Univ. of
Toronto
Library

P
Sparkle
C

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Abril 1918.

# FILMS DE PARIS

147872

28/12/18

## I

## ADVERTENCIA

Pronto voy a cumplir veinticinco años de haber publicado mi primer artículo en *La Nación*.

Mientras llega el momento de que yo celebre estas bodas de plata—*hélas*—esperando las de oro, en Buenos Aires, palabra que tengo dada a tantos amigos y que hoy afirmo a los de Casa, voy a permitirme—lo que nunca he hecho—ser *grincheux*.

Y se trata de esto:

Aunque en mi vida haya tenido representaciones diplomáticas y consulares, por mi país de origen, y otros, jamás he tenido otra base de vigor vital—por mi inteligencia y mi trabajo—que la que me dió el Sr. D. José Victorino Lartorria, en una carta de presentación y recomendación a quien hoy ya no se puede nombrar sino en odas o gestos. Pero puesto que me veo obligado a hablar de páginas de mi vida, que quizá más tarde contribuyan a la historia de nuestras Letras, diré que por obra e indicación del señor General Mitre entré yo en *La Nación*, y que mi primer artículo fué sobre ya no sé cual príncipe brasileño que llegara a Valparaíso en una corbeta de guerra.

AP
60
C4
1918
abr.-jul.

¿A qué viene todo esto?

A lo siguiente:

He visto en algún diario de tierras cálidas y queridas, artículos míos, escritos especialmente y únicamente para *La Nación*, de Buenos Aires, que llevan, reproducción, el subtítulo: *Especial* para tal periódico.

Conviene, y me conviene declarar lo siguiente: Yo no escribo especialmente sino para *La Nación*, de Buenos Aires y para los dos perió-

dicos que dirijo en París, y esto en exclusiva literatura. Hace unos meses, de Venezuela, se me pidió—por el intermedio honroso de Manuel Díaz Rodríguez, que es un gran cerebro también—una corta colaboración bimensual por el principal diario de allá, dirigido por el célebre poeta Andrés Mata. Acepté y cobrando muy caro.

Lo escribo porque ya no soy joven y porque por algo ganamos entorchados en la fila en donde tenemos un Mariscal en el Mundo, y mi primer patrón se llamaba Bartolito. El segundo se llamaba Juan Cancio.

## II

## ELOY ALFARO

... Cada vez que, por momentos, dije a mis lectores de *La Nación* páginas de mi vida, (quizá por el influjo de la «leyenda») cuan gustado que mis páginas exclusivamente literarias; cada vez, digo, que yo vuelva a escenas en que he tenido participación y que sean en absoluto «tierra caliente», he de hedir primero, comprensión del medio; segundo, visión de

mi intelecto en ese medio. Diciéndolo más claro—o para otros—absolutamente obscuro: *Prosas profanas* en tiempo de Rozas.

Diré, pues, cómo conocí y quién era ese hombre anciano y fatal que no murió ni en la belleza de la idea ni en el batallón de su carrera.

Era en Costa Rica. Un cadáver—el de un hombre ilustre, antiguo Presidente de la República, el Sr. Jose María Castro—estaba allí. Un viejo, bajito, canoso, con una barbilla Napoleón III, tímido, ojos de ardilla, andaba por allí rodando y *haciendo revolución*; pues ese desventurado político de nuestra criolla sociabilidad hispano-americana, de «por allá», era la encarnación de lo que dejó en literatura Montalvo, un semi genio que se tragó a Cervantes y al Diccionario.

Este General—¡ay!—tuvo el romanticismo de las tiranías, ¡qué fiebre amarilla, qué zancudo ni qué bubónica! Todavía tendré, si Dios quiere, tiempo de contar cosas que yo he visto; tiranos negros y tiranos rojos, tiranuelos amarillos y tiranuelos zambos, sátrapas con cierta cultura, o sátrapas que le hablan a usted en fino francés, y «¡que los despachen en

caliente!», pongo esa frase porque los que sabemos cuentos clásicos tenemos a qué atenernos.

Vi, pues, a Eloy Alfaro en San José de Costa Rica. Mi recuerdo mental de ese caudillo, obtuso, a pesar de que, según me dicen, fué quien enviaba cheques de vida a Juan Montalvo a París; obtuso, pero agudo; agudo entre los politiquillos de las cinco, ocho y tal vez diez repúblicas; obtuso, pero calculador, calculador de gentes. No lo sé: «todo hombre tiene su precio». Si no lo de «licenciado o doctor»: ¡Tenga usted la bondad!... «Hizo morir mucha gente. Hizo desterrar mucha gente. Y él mismo fué un eterno desterrado, hasta cuando ocupó la Presidencia de la República.»

Tuvo dos águilas encadenadas. Es decir, una, Montalvo, porque Vargas Vila desde el fondo exclusivo y egoísta de su genio, me dijo, y podría recordar hasta sus palabras, el desdén que le inspiraba su favorecedor, muy mediocre de Roma. Por otra parte, cuando Vargas Vila revele cosas...

Eloy Alfaro era un anciano inquieto, cuya presencia era un síntoma de nerviosidad en cualquiera de aquellas repúblicas pequeñas.

Representaba en política un romanticismo *demodé* y ya casi incomprensible para el lector que me busca en Buenos Aires. ¿Qué elogio le podría hacer? Porque después de todo era un hombre, Garzón me aprobará mi oración fúnebre.

—¡Un gaucho en el Chimborazo!

RUBÉN DARÍO

# LAS DOS CABEZAS

*«Omnis plaga tristitia cordis est et omnis malitia, nequitia mulieris.»*

El Eclesiástico.

## JUDIT Y HOLOFERNES

(TESIS)

Senos de nieve y rosa, que al majestuoso paso
de la hebrea se mueve bajo el ritmo sonoro
de las ajorcas rubias y los cintillos de oro,
vivaces como estrellas sobre la tez de raso.

Su boca, dos jacintos en indecible vaso,
de la sutil esencia de la voz. Un tesoro
de miel hincha la pulpa de sus carnes. El lloro
no dió nunca a esa faz languideces de ocaso.

Yacente sobre un lecho de sándalo, el Asirio
reposa fatigado. Melancólico cirio
los objetos alarga y proyecta en la alfombra...

Y ella, mientras reposa la bélica falange,
muda, impasible, sola, escondido el alfange,
para el trágico golpe se recata en la sombra.

***

Y, ágil tigre que salta de tupida maleza,
se lanzó la israelita sobre el héroe dormido,
y de doble mandoble, sin robarle un gemido,
del atlético tronco desgajó la cabeza:

Como de ánforas rotas, con urgida presteza,
desbordó en oleadas el carmín encendido,
y de un lago de púrpura y de sueño y de olvido
recogió la homicida la pujante cabeza.

En el ojo apagado, las mejillas y el cuello,
de la barba, en sortijas, al ungido cabello
se apiñaban las sombras en siniestro derroche,

sobre el lívido tajo de color de granada...
y fingía la negra cabeza destroncada
una lúbrica rosa del jardín de la Noche.

## SALOMÉ Y YOAKANANN

(ANTITESIS)

Con un aire maligno de mujer y serpiente
cruza en rápidos giros Salomé la gitana
al compás de los crótalos. De su carne lozana
vuela equívoco aroma que satura el ambiente.

Danza todas las danzas que ha tejido el Oriente;
las que prenden hogueras en la sangre liviana,
y a las plantas deshojan de la déspota humana,
o la flor de la vida, o la flor de la mente.

Inyectados los ojos, con la faz amarilla,
el caduco Tetrarca se lanzó de su silla
tras la hermosa, gimiendo con febril arrebato:

«Por la miel de tus besos te daré Tiberiades»,
y ella dícele: «En cambio de tus muertas ciudades,
dadme a ver la cabeza del Esenio en un plato».

***

Como viento que cierra con raquítico arbusto,
en el viejo magnate la pasión se desata,
y al guiñar de los ojos, el esclavo que mata
apercibe el acero con su brazo robusto.

Y hubo grave silencio cuando el cuello del justo,
suelto en cálido arroyo de fugaz escarlata,
ofrecieron a Antinas en el plato de plata
que él tendió a la sirena con medroso disgusto.

Una lumbre que viene de lejano infinito
da a las sienes del mártir y a su labio marchito
la blancura llorosa de cansado lucero.

Y—del mar de la muerte melancólica espuma—
la cabeza sin sangre del Esenio se esfuma
en las nubes de mirra de sutil pebetero.

## LA PALABRA DE DIOS

(SINTESIS)

Cuando vió mi poema Jonatás el Rabino
(el espíritu y carne de la bíblica ciencia),
con la risa en los labios me explicó la sentencia
que soltó la Paloma sobre el Texto divino.

Nunca pruebes, me dijo del licor femenino,
que es licor de mandrágoras y destila demencia;
si lo bebes, al punto morirá tu conciencia,
volarán tus canciones, errarás el camino.

Y agregó: Lo que ahora vas a oir no te asombre,
la mujer es el viejo enemigo del hombre;
sus cabellos de llama son cometa de espanto.

Ella libra la tierra del amante vicioso,
y Ella calma la angustia de su sed de reposo
con el jugo que vierten las heridas del santo.

GUILLERMO VALENCIA

# EL LIBERTADOR

*(Fragmento de un discurso.)*

. . . . . .

Yo he mostrado de pie como lo incorporó Tenerani en su sepulcro, a este inmenso muerto que bien pronto no cabrá en la historia americana y habrá que trashumarlo a la Historia Universal.

Yo lo he mostrado soberbio de gallardía guerrera, guiando su ejército que parece un largo raudal de gloria que va cantando por el dorso del continente un lejano himno triunfal; fúlgido de acero y oro, de púrpura y grana, para mentado con nombres victoriosos en los cuales denota la epopeya: *Rifles, Guías de Apure, Húsares de Colombia, Granaderos a caba-*

*llo;* amplios e hinchados de orgullo los pechos, sobre cuyas combas tintinan cruces egregias estampadas en la alta divisa en relieve: *Libertadores de Colombia;* fogosos e indomables los corceles de pretal poderoso, que han sido cazados por los centauros del Apure en una batida salvaje de la pampa; trajeada de azul, volteada de encarnado, botonada de oro, calzada botín la infantería de línea; ceñida de chaqueta prusiana la tropa ligera; señalados con granadas al collarín los artilleros y con dos castillos la ingeniería; enredados en alamares de seda los dormanes de los dragones, húsares y coraceros... y el ejército libertador ha desfilado manchando de escarlata los albos flancos de la cordillera, ha flameado en las cumbres rojo y azul como un girón de cielo ensangrentado, y chispeado entre la noche de las hondonadas como un collar de diamantes sacudidos...

Yo he mostrado cómo, camino de Ayacucho, va resonando con breves intervalos de silencio, la voz colérica y despiadada de aquel hombre que se ve obligado a sostener un combate incomparable con la naturaleza del país peruano y con la índole de sus propios compañeros.

A la vera de aquel egregio camino, caprichoso para la impericia, que va trazando la estrategia fulgurante del Mariscal, rumbo a los declives de Quinua, va oyéndose el sordo retumbo de las descargas expiatorias, sin que lleguen al campo de la acción, sino desatentadas mesnadas turbulentas.

.....

Pensad en Salom.

Cuando todos los libertadores toman descanso, tendidos sobre gavillas de laureles o bajo frondas de encinares, arrulla él su siesta de leones con el remoto tronar de sus metrallas infatigables, fervorizando el oleaje del Mar Pacífico. ¡Y es el último que enfunda su espada sobre las ruinas humeantes del Callao vencido!

.....

ELOY GONZÁLEZ

# BÍBLICA

Tenía tu exangüe y fino rostro de nazarena,
el inefable encanto de una visión lejana;
tenías los rizos blondos de María Magdalena,
y la voz armoniosa de la Samaritana.

Eran tus senos núbiles dos rosas de Ecbatana;
fluía de ti una aroma de nardo y de verbena,
e incendiaba amapolas el sol de la mañana
en el trigal maduro de tu carne morena.

Yo fuí hacia ti, sediento de fe, de amor, de calma...
con óleo de tus besos mis heridas ungiste,
y refresqué mis labios en el Jordán de tu alma.

Brillaron en mi noche tus grandes ojos vagos...
¡Y fué esa luz de ensueño para mi vida triste,
lo que la blanca estrella para los Reyes Magos...!

# Lluvia.

Tarde glacial de lluvia y de monotonía.
Tú, tras de los cristales del florido balcón,
con la mirada náufraga en la gris lejanía,
vas deshojando, lentamente, el corazón...

Ruedan mustios los pétalos. Tedio... melancolía...
desencanto... te dicen las hojas al caer;
y tu incierta mirada, como un ave sombría,
abate el vuelo sobre las ruinas del ayer...

Canta la lluvia armónica. Bajo la tarde mustia,
muere tu postrer sueño como una flor de angustia.
Y en tanto que a lo lejos preludia la oración

sagrada de la tarde la voz de una campana,
tú rezas la doliente letanía verlainiana:
«Como llueve en las calles, llora en mi corazón».

# En la tarde de Sol.

Por el parque, extenuado bajo un Sol que calcina,
vas, lánguida y pausada como convaleciente,
y el abandono grácil de tu silueta fina,
pone una nota suave sobre la tarde ardiente.

Un anhelo romántico de amores se adivina
que naufraga en tu clara pupila transparente,
mientras sobre las flores tu mirada declina,
como un ave que pliega las alas... dulcemente.

Enferma de belleza, de ensueño y de elegancia,
hollas la blanca arena con paso distraído
dejando una áurea estela de espiritual fragancia.

Y en tanto que te alejas por el *parterre* florido,
¡con avidez secreta te besan a distancia
mis pobres ojos tristes de niño envejecido...!

E. NOBOA CAAMAÑO

# EL LEÓN Y LA LÁGRIMA

**(De los nuevos motivos de Proteo.)**

El phytónico Astiages, proscrito por tiranos cuya ruina predijo, vivía, ciego y caduco, en la soledad de unas montañas riscosas. Le acompañaban y valían, una hija, dulce y hermosa criatura, y un león, adicto con fidelidad salvaje al viejo mago, desde que éste hallándole pasado de una saeta en el desierto, le puso el bálsamo en la herida.

De la hija del mago decía la fama una singularidad que era sobrenatural privilegio: contaban que en lo hondo de sus ojos serenos, si se les miraba de cerca, en la sombra de la noche, veíase, en puntual aunque abreviado reflejo, el firmamento estrellado, y aún cierta luz, ulte-

rior al firmamento visible, que era lo más misterioso y sorprendente de ver.

Ciaxar, sátrapa persa, que removía en el tedio de la saciedad las pavesas de su corazón estragado, ardió en deseos de hacer suya a esta mujer que en el misterio de sus ojos llevaba la gloria de la noche Todas las tardes, acompañada de su león, iba la doncella en busca de agua a una fuente, que celaba el corazón bravío de un monte. Ciaxar hizo emboscarse allí soldados suyos, y para el león, fué un sabio nigromante con ellos, que prometió dominarle con su hechizo. Aquella tarde el león se adelantó como siempre a explorar la orilla breñosa, y no bien hubo asomado la cabeza entre las zarzas, recibió en ella emponzoñada aspersión, que le postró al punto sumido en un letárgico sueño. Cuando, ignorante y confiada, llegó su dulce amiga, precipitándose los raptores a apresarla, buscó ella con espanto a su león, se abrazó trémula al cuerpo inane de la fiera, y al reparar en que vacila sin aliento, dejó caer sobre el león una lágrima, una sola, que se perdió, como el diamante que cayese dentro de pérsica alcatifa, en la espesura de la melena antes soberbia, ahora rendida y lánguida.

Ya apoderados los esclavos de la hermosura que codiciaba su señor, el nigromante decidió llevarle por su parte otra presea. Aproximándose con hierático gesto al león dormido, tendió hacia él las manos imponentes mientras decía un breve conjuro, y el león, sin cambiar una línea en forma ni actitud, trocóse al punto en león de mármol; tal, que era una estatua de realidad y perfección pasmosas. Cortaron bajo la estatua un trozo de tierra, que, convertida en mármol también, sirvió al león de zócalo o peana, y con tiro de bueyes llevaron al animal petrificado al palacio del señor.

Cuando apartó éste su atención de la cautiva, admiró al león y quiso que se le pusiera, como símbolo, en frente de su lecho. León que duerme, potestad que reposa. Desde alta base, bajo el bruñido entablamento, quitando preeminencias a los unicornios de pórfido que recogían, a ambos lados del lecho, las alas en espeso pabellón de púrpura, el león, en actitud de sueño, dominó la estancia suntuosa.

Pero en lo interno de esa estatua leonina algo lento e inaudito pasaba... Y es que, en el instante del hechizo, a tiempo de cuajarse en mármol la melena del león, la lágrima que den-

tro de ella había se congeló y endureció con ella y quedó trocada en dardo diamantino y agudo. La lágrima entrañada en el mármol fué como gota de un fuego inextinguible dentro de durísimo hielo; fué como imantada flecha cuyo norte estuviese en el petrificado pecho del león. La lágrima gravitaba al pecho, pero venciendo a su paso resistencia tan dura, que cada día avanzaba un espacio no mayor que uno de los corpúsculos de polvo que hace desprenderse, del mármol en trabajo, al golpe del martillo. No importa: bajo la quietud e impasibilidad de la piedra, en silencioso ambiente o entre los ecos de la orgía, cuando las dichas y cuando las penas del señor, la lágrima buscaba el pecho.

¿Cuánto tiempo pasó antes que con su lenta punzada atravesase la melena, hendiera la cerviz sumisa, penetrase al través del espacioso tórax y llegase a su centro, partiendo su corazón endurecido?

Nadie puede saberlo... Era alta noche. Hondísimo silencio en la estancia. Sólo la vaga luz que alimentaba el aceite de una copa de bronce. Bajo la púrpura, el señor, decrépito, dormía. De pronto hubo un rumor como de levísi-

mo choque: duro latido pareció mover, al mismo tiempo, el pecho del león y propagarse en un sacudimiento extraño por su cuerpo. Y cual, si resucitara, todo él revistióse en un instante de un cálido y subido tinte de oro: en el fondo de sus ojos abiertos apuntó roja luz, y la mustia melena comenzó a enrularse como mar en donde el viento hace ondas. Con empuje que fué al principio desperezo, después movimiento voluntario, luego esfuerzo iracundo, el león arrancó del zócalo los tendidos jarretes, que hicieron sangre, manchando la blancura del mármol, y se puso de pie. Quedó un momento en estupor; la ondulante melena encrespóse de un golpe, rasgó los aires el rugido, como una recia tela que se rompe entre dos manos de Hércules... Y cuando tras un salto de coloso las crispadas garras se hundieron en el lecho macizado de pluma, quien estuviera allí sólo hubiera visto bajo de ellas una sombra anegada en un charco de sangre miserable, y hubiera visto después los vidrios de colores, los entablados de cedro, los lampadarios y trípodes de bronce, que rodaban, en espantosa confunsión, por la estancia, y el león, rugiente, que revolvía el furor de su destrozo entre

ellos, mientras la lágrima, asomando fuera de su corazón, como acerada punta, le teñía el pecho de sangre.

José ENRIQUE RODÓ

# Reminiscencia griega.

Pan recobró su otoñal caramillo
y hace vibrar la dorada floresta
y es en un claro del bosque amarillo
danza rosada de ninfas en fiesta.

Sombras desnudas temblando en la brisa
siempre más fina, más suave, más leve,
mientras el agua la imagen precisa
de piernas rosas y cuerpos de nieve.

De lo más negro del bosque fragante,
como la sangre se va de la herida,
fluye la voz pastoril y galante
del harmonioso instrumento panida.

Suave se riza la hierba menuda
bajo el jazmín de los pies nacarados,
y va borrando la danza desnuda
la sombra gris de los sueños pasados...

Y es un dolor harmonioso, una angustia
imprecisable, una amargura ambigua
ver tan lejana la dulce edad mustia
y la belleza de esta tarde antigua!

## Reminiscencia del siglo XVIII

Vaga el olor por la antigua vereda,
donde marmóreo sileno retoza,
del dieciochesco vestido de seda
en la ducal y dorada carroza.

Era Trianón y la Arcadia—artificio
que hizo más suave las ásperas horas—
y el pastoril y bucólico vicio
de las divinas marquesas pastoras.

Eran los iris, las joyas temblantes
y las espumas de los surtidores;
la sombra azul de los kioscos galantes
y el sonreir de los lindos Amores.

Eran los mórbidos brazos de lira,
inclinaciones de blancas pelucas
y Pompadour y la cruel Lindamira
y los lunares en las rubias nucas.

Ardiente roce de la mano cauta
y acariciante boca diminuta...
era el idilio al sonar de la flauta
del verde fauno de la barba hirsuta..

¡Oh, siglo lindo!—amarilla viñeta,
rasos, perfumes, risas, terciopelos—,
que tuvo un viejo y galante poeta:
Pablo Verlaine que se encuentra en los cielos.

## Envío.

Apolonida: a las voces lejanas
de la siringa del fauno sonoro
ponen oído las musas hermanas,
en el dormido crepúsculo de oro.

Un manantial melodioso de lloro
tiembla en la flauta de risas paganas,
apolonida: a las voces lejanas
de la siringa del fauno sonoro.

MEDARDO ANGEL SILVA

# LA FRANCIA Y LA GUERRA

*«Tere de France, mult estes dulz païs...»*

Este verso de la *Canción de Rolando,* tan tierno, tan añejo y tan fresco, ¡cómo se le siente venir, no solamente de la profundidad del tiempo, sino también de la de un sentimiento, que aun en nosotros, extranjeros, es antiquísimo, inmemorial, hecho de las predilecciones de nuestros antepasados. Pues nos parece que no es únicamente desde el despertar de nuestra consciencia intelectual, ni tan sólo a causa de lo que le debemos por la iniciación de nuestra inteligencia y de nuestra sensibilidad en la belleza y el orden del sentido *francés* de la vida y de la verdad, que sentimos tan espontáneamente, tan filialmente podríamos decir, este amor a Francia.

Así bendigo yo la suerte que me ha permitido tomar, muy humildemente, pero de muy cerca, mi parte de las alarmas y las esperanzas francesas en esta guerra. Creo que, en vez de huir, habría yo acudido de lejos. ¡Presencia más que ínfima, y por demás, superflua, la mía! Pero yo habría sentido una especie de remordimiento al no hallarme en Francia como junto a una persona bien amada sobre quien se cierne una calamidad.

Los primeros presagios, cargados ya de la tormenta, me sorprendieron bajo el cielo delicado de Turena, a orillas del Loira indolente. Visitaba sus paisajes sensibles como un alma sus ciudades ennoblecidas por tantos siglos de bella historia, sus castillos famosos. ¿Dónde experimentar más hondamente lo que había de brutal y monstruoso en la agresión?—Cuna del arte y de la poesía del renacimiento francés, centro de la monarquía de Carlos VII a Francisco I, es el lugar donde más visible y más penetrante se ejerce el encanto antiguo, y tan noble, de lo que es más francés en la raza: el gusto de la vida inteligente, ornada de todos los lujos del arte, de la gloria y de la voluptuosidad. Esta clara y dulce Turena, tan impreg-

nada de pensamiento y de poesía, de una belleza tan humana, ¡cómo nos persuade sin esfuerzo y nos conquista sin premura! Fineza en la molicie, gracia en la fuerza, espiritualismo en la voluptuosidad, todas las virtudes con los correctivos que la impiden exagerar y convertirse en defectos, se les halla como fundidos en esta pingüe y sabrosa tierra. Se comprende que, aun en un siglo en que el sentimiento de la naturaleza no había entrado todavía en las almas, hubiese un Lafontaine para amar:

*ces provinces*
*qu'entre tous les plus grands trésors*
*ont toujours placè nos princes.*

Se comprende que Balzac pidiese, para vivir allí «*sin enojos*», un terreno, un pequeño castillo, una bella biblioteca. «*Je quitte toujours a regret ce vallon solitaire*—decía—. *Le silence y est merveilleux*». El escuchaba con pasión ese silencio, hecho del rumor de siglos magníficos y de bellos tumultos apaciguados.

El corazón se oprimía al pensar que tanta gracia y tanta nobleza iban tal vez a ser ultrajadas por el alemán. Parecían sin defensa con-

tra la brutalidad, adormidas en la límpida dulzura de sus horizontes y en la paz de los hombres... Pero ¿no era aquel el país de Lemaitre, espíritu hecho a imagen y semejanza de su propia tierra? Ese sutil, ese ondulante, que parecía débil y frágil a fuerza de fineza, ¿no fué también un combatiente encarnizado contra lo que tendía a destruir la hermosura de su Francia tradicional? Su escepticismo no era sino una elegancia maravillosa para insinuar mejor, y mantener la fuerza de su ideal. Lo mismo iba a pasar con todos. Veíanse ya, en todos los rostros, los signos reveladores del fondo de la naturaleza francesa, heroica y lucida como ninguna, oculto en la amenidad de la vida ordinaria bajo apariencias despreocupadas o frívolas. Todos, los más superficiales y los más rebeldes, se les veía cogidos ya por la común angustia, soliviados por el común amor. El espíritu de la *Doncella* resucitaba en esos caminos, los mismos que ella recorrió para «*bouter dehors*» al invasor.

El amigo con quien hacia este paseo, el historiador peruano, José de la Riva-Agüero, con su potente y seguro sentido de la historia, veía venir lo inevitable y me decía sus razones,

mientras los gobiernos proseguían sus discusiones jadeantes.—Deslizábase el automóvil por entre los campos que aguardaban, ricos, rubios, colmados, la cosecha tranquila. El espíritu sobrecogido por los sombríos presagios, mirábamos esa dispersa belleza, inconsciente, y por lo mismo, más patética. ¿Qué iba a acontecer?—Me acordé entonces, no sé por qué, del verso de Vigny, que aconseja apresurarse a amar lo que tal vez no se verá dos veces...

Volvimos a París en la tarde del 31 de Julio. La grande urbe en fiebre hervía ya en la más santa de las cóleras, pero retenía su ímpetu. Daba, como en sus mejores días, el son total de la Francia.

No he dejado su recinto desde entonces. La he visto, pues, serena en los días de espectativa, sagaz y fiera en las noches de angustia horadadas por los rayos vigilantes de los proyectores.—La invasión tocó a las puertas; fué rechazada, vencida. Salvada, la ciudad continuó revestida de gravedad ardiente, de heroísmo sin énfasis, sin miedo, bajo el ojo del Destino. Jamás la amé ni la admiré tanto. Ella era entonces, de veras, el centro de gravitación del mundo, el corazón que no podía desfallecer.

Sobrevino la victoria del Marne. ¡Un milagro!—exclamaron algunos—. Sea, si milagro hay en que la Francia se haya hallado a sí misma, tal cual la modelaron siglos de desbordante, generosa y feliz bravura, en la continuidad de su historia.

Cuanto a la batalla misma, ¿qué milagro en la obra humana de la más alta ciencia servida por el perfecto valor? La Francia, a la hora de la prueba, halló vivientes las fuerzas de su pasado. Parecía haber roto, en sus juegos peligrosos y un poco locos, esos viejos resortes de tan bello temple: los encontró más flexibles.

Ciertamente había de qué asombrarse. Habría podido decirse que una frase de Renan a Deroulède, contada por Barrès, era la consigna de la mayor parte de los espíritus: «*Jeune homme, la France se meurt; ne troublez pas son agonie...*» Parecía dejarse morir gozando de las supremas delicias de su agonía, rodeada de poetas demasiado exclusivamente musicales, de artistas demasiado conscientes de su extrañeza, de pensadores demasiado desligados, especie de dilettantes por demás inteligentes que le aconsejaban la elegancia del desdén de lo que no se puede o no se quiere retener

por la fuerza, y que no la habían visto nunca más bella que con su rostro extenuado y su sonrisa demasiado fina... En el desconcierto y la incoherencia de las aspiraciones, en el abandono de todos, tan sólo los políticos apresuraban su labor de ruina. Los sabios no vivían sino para su ciencia, ídolo abstracto y sin patria, ajeno a las vicisitudes de la hora; los filósofos no amaban sino el juego de las ideas peligrosas, sin cuidarse de los aturdidos que les llevaban a estallar en medio de la multitud; los poetas sufrían más que sufrió el mismo Baudelaire.

*«d'un monde où l'action n'est pas*
*la sœur du rêve.»*

Algunos, sin embargo, sobre todo entre los nuevos, daban voces de alerta, y carecían de condescendencia para con las quimeras. Querían probar que la agonizante no estaba sino pérfidamente adormecida, y la sacudían, no sin rudeza. De verlos tan prontos a enderezar y a obrar, temíase que su precipitación lo echase todo a perder: los acontecimientos vinieron a darles razón. Se hallaron con el alma

de antemano lista a responder con fe y alegría al desafío previsto. Por boca del soldado Vincent, el héroe de Ernest Psychari en «*L'Appel des Armes*», rogaba toda una generación: *Seigneur*—decía él—, *faites que je sois fort et que je tue beaucoup d'ennemis*». El voto fué escuchado. Anunciaba, desde antes de la guerra, almas de héroes, y hasta chocaba por eso; pues ya el penacho, así no fuese más que puramente intelectual, no se usaba en Francia, como previsión de este heroísmo ingenuo y espontáneo de las trincheras, en que abundan los más sencillos, los que no obedecen a teorías y acaso ignoran el alcance de sus actos.

Y es emocionante el ver, a su lado, a aquellos que subtilizaban quizás un poco demasiado sobre la idea y el sentimiento de la patria, defendiéndola hundidos en la tierra. Comprenden mejor ahora, y demuestran que la patria no es solamente algo ideal y un tanto vago, sino la tierra misma, y está presente en cada retazo de tierra lodosa y sagrada. Vueltos así, después de tanto refinar en el vagabundeo intelectual, al más elemental, al más antiguo apego del hombre al suelo de los suyos, han recuperado una especie de candor heroico.

Y todos, los más bastos como los más cultivados, sienten con igual certidumbre la belleza de esta guerra suprema, que salva de la garra de fuerzas bajas y frenéticas la libertad del mundo y las aspiraciones del hombre a lo que constituye el atractivo y la nobleza de la vida moderna: la posibilidad para cada cual de gozar de la plenitud de su individualidad en el esplendor tranquilo de una civilización despejada de su perpetua pesadilla, al abrigo de matanzas estúpidas, de criminales locuras.

Sabe el mundo que siempre fué la divina fatalidad de Francia el tener que desempeñar, en aventuras en que arriesga la propia vida, un papel que sobrepasa la medida de sus intereses, y que exalta su ideal hasta identificarlo con el de la humanidad en cada etapa de su evolución. Es cada vez la primera en presentir las auroras encerradas en la noche del porvenir.

Y es ella quien más ha ennoblecido esta lucha atroz, imprimiendo este carácter trascendente—de tan trágica alteza—de conflicto de direcciones morales, de drama de ideas esenciales a la vida espiritual. Y es ella quien, con su triunfo, mantendrá al genio latino, el único de veras creador en su misión tutelar.

A juzgar por la enormidad de esta guerra, cuya fatídica envergadura cubre el mundo, créese generalmente que señalará el comienzo de una era diferente, sin común medida con las otras. Entendámonos. Es probable que los historiadores escojan un acontecimiento tan universal y memorable para cerrar grandiosamente el ciclo de las fuerzas en trabajo de la edad contemporánea. Pero es únicamente el triunfo de Alemania el que podría determinar un cambio de norte para el espíritu de los hombres y la vida de los pueblos.—La victoria de los defensores de la civilización no puede sino afirmarla en su esencia, de una virtualidad infinita. No es, creo yo, el número o la potencia de los ejércitos desatados ni la importancia de las naciones en campaña, ni los cambios de geografía política resultantes, lo que traerá transformaciones substanciales para el alma y la dirección de la vida moderna. Antes que, impelida por la brutalidad de una guerra, la humanidad emprende por rumbos inexplorados, entreabre no vistos horizontes, conducida más bien por principios de una moral nueva, por grandes corrientes de ideas más bien que de hechos, por fuerzas operan-

tes de lo interno a lo externo, en los espíritus primero, en la realidad en seguida, tales como el Cristianismo, el Renacimiento, la Revolución.

¿Surgirán de esta lid siniestra nuevos principios directores? No se los ve todavía despuntar. Lo esencial es habernos ya librado de la dominación alemana. Alemania habría reinstalado de permanencia entre los hombres el estado de guerra tal como afecta de verlo reinar en la naturaleza. Ella conduce la guerra proclamando que no hace sino obedecer a las leyes generatrices reguladoras de toda existencia. Interpretación falsa, desde luego, puesto que en la naturaleza, el principio de destrucción se ejerce de una especie a otra, y por razones vitales; mas no se ven bandadas de perros, organizadas contra otras bandadas de perros, ni se entredevoran los cuervos.—La Francia, en cambio, hace esta guera — y la hace maravillosamente — considerándola en el agresor, por el hecho y la iniquidad de la agresión, como un descenso bestial del espíritu, con tanto esfuerzo llevado a la altura de la vida libre y consciente. La hace teniéndole por contraria a la condición de nuestra espe-

cie, más que a medias desprendida de la brabarie originaria, y sabiendo que, en todo caso, la belleza y orgullo del hombre consisten en poder erguirse contra la ciega naturaleza para corregirla y sobrepasarla.

... Esperemos que, después de la horrible matanza, en la paz que la razón victoriosa impondrá a las turbulentas fuerzas animales, habrá por encima de los duelos gloriosos, un vuelo alciónico de esperanzas, una reflorecencia de alegrías.

Lucirá de nuevo sobre el mundo la sonrisa de la Francia eterna.

GONZALO ZALDUMBIDE

1916.

# DE LA PRISIÓN

## A un turpial.

Hermano en el amor o la harmonía,
Camarada en el noble orgullo fiero,
Amigo sin falacias, compañero
De calabozo y de melancolía.

Para mí vales todo en la sombría
Mazmorra donde yazgo prisionero,
Porque soy, como tú, siempre altanero,
Ignorante de miedo y villanía.

¡Otros tiempos vendrán! De mis blasones
No la pureza manchará el ultraje
De los viles, cobardes y felones,

¡Y libre esponjarás en el boscaje,
Cantando la altivez de tus canciones,
El ébano y el oro del plumaje!

## La visita

Negra la falda de seda,
Joyante el rojo corpiño,
Pálida la tez de armiño,
La marcha rítmica y leda:

¡Así llegaste aquel día
Bajo la reja sombría
Que clausura mi ventana,
Y al crudo recinto umbroso
Tu mirar trajo radioso
¡Todo el sol de la mañana!

ALFREDO ARVELO LARRIVA

# MEDITANDO

El cielo gris lloraba en mudas gotas de lluvia; tenue vapor elevábase de la tierra; en el palacio vecino, chisporroteo de luces y armonías musicales presagiaban fiesta. Infernal bullicio en las calles, máscaras diversas llenaban el ambiente con cantos y locuras haciendo como si se divirtieran; coches fantásticos, gentes que corren al son de flautas y tambores completan el cuadro.

De lo alto de un balcón meditaba lo que significa esa alegría ficticia, esa locura que nadie siente, esa embriaguez mentida, fiel imagen de la tragicomedia de la vida diaria. ¡Ay! pienso en la verdad del Eclesiastés: «Todo es vanidad y aflicción de espíritu en la vida del hombre.» De todas sus alegrías y dolores, de sus palabras, pensamientos y obras, ¿qué le queda?

Un puñadito de polvo que es preciso guardarlo en el hueco de una tumba, para evitar que el viento lo disperse.

La vida, los hombres y las cosas me parecen semejantes a esas inmensas moles artificiales, sólidas e inamovibles, pero que, examinadas de cerca, se ve con sorpresa que sólo bastaría un leve empuje para echarlas por tierra.

Entonces, ¿qué es la vida? Un soplo sobre la llama de un cirio; tentaciones, rebeliones secretas, agonías de esperanzas que no se resignan a morir, pero que sucumben; inestabilidad de las cosas, continuo y eterno pasar.

Hay instantes que se ahonda en el alma la tristeza, y como la mariposa, ella se apega a la llama que la consume.

La meditación sobre la fragilidad de las cosas hace daño, y muerde la ansiedad el corazón. El olvido cual flúido venenoso se escurre por la naturaleza, recorre el mundo y pronto le envuelve como un sudario. El englutamiento de los seres, la mano siniestra que borra de la existencia los recuerdos, los afectos, como letras escritas en el aire y que sólo sabe conservar las terribles palabras: llegar y partir, es una dolorosa verdad.

¡En cuán pocos corazones vivimos, y ni aun en uno sólo estamos para siempre. Pasamos como las nubes que las lleva el viento! ¡Cuánto ganaría la vida si pudiéramos tener en ella un poco de eternidad!

Los sueños de los hombres huyen como la claridad vespertina ante las sombras de la noche. Sus trabajos, esperanzas y anhelos, se marchan poco a poco y asiste uno mismo a su propio ostracismo. La compañía de estos fantasmas queridos no existe ya; y el dulce bullicio de voces que sonoran en el alma como cascabeles de risas, promesas y cantos, cesa de improviso; ¡el silencio, el gran silencio aplasta!

Una quietud letal se adueña del ser y lo va hundiendo de abismo en abismo.

El alma parece caer de inmensurable altura envuelta en sus propias ruinas. Ella a veces se levanta tambaleando, y sobre sus escombros, cual espectro triste, sufre y espera.

El dolor y la muerte, la esperanza y los ensueños, he ahí lo que custodia el edén de un alma, de allí esa amarga poesía de la vida y esa desasosegada angustia del corazón. De un lado, sombras, duelo, olvido, llanto; de otro, cielo sin nubes, horizontes sucesivos, alame-

das sombrosas, prados floridos, primaverales cantos, luz, vida y, en medio de todo ésto, el témor de poseer y la incertidumbre de perder.

Sin la esperanza en algo superior, en un más allá eterno donde se ama en paz, donde no hay abandonos y traidores engaños, ni separaciones ni olvidos, que son peores que la muerte misma, la vida sería un escalofrío de terror.

Rema, alma mía, si te ahogas, si sientes el corazón deshecho, si todos los sueños que rodean tu existencia fallan, si el mundo te grita y se burla de ti, si lloras y vas chorreando sangre, si te es dolorosa la cuesta, no temas, ya llegará la hora...

Tu pálida antorcha la dejarás pronto, el sol sobre la tierra calla, la noche cubre el mundo y el silencio estrangula las cosas. Pero arriba, muy arriba, hay un rayo de luz que corta la onda negra; rema, alma mía, ya llegarás allí donde no es ilusión, donde no es sueños ni esperanzas; allí, donde es fe e infinito.

Cuando volví de mi abstracción, todos los ruidos habían cesado; ni luces, ni coches, ni máscaras; la onda bravía de la vida llevóse consigo también estas horas y sólo quedó lo que no puede pasar ¡la voz de la eternidad!

# AÑORANZAS

Lejos de mi ciudad natal, he aquí algunos de mis recuerdos.

Es fuerza partir, abandonar para siempre mis montañas, aquel cielo diáfano, donde tantas veces se han fijado mis ojos en espera de visiones que nunca llegaron. No veré más la placita llena de sombras bajo las copas de los naranjos, donde embriagados con el azahar los sentidos me fraguaban mundos, promesas, dichas... allí soñé ¡cuántas veces! con grandezas, placeres y glorias por mí desconocidas; y en la asfixia enervante de las tardes de verano, deseaba tener alas muy grandes; volar sobre el picacho sombrío y extralimitar el horizonte hacia un país mejor.

Todos mis anhelos y sueños nacieron en aquella tierra, bajo aquellas árboles...

Voy a dejarlos; otros seres vendrán, vivirán bajo estos cielos, sentirán el aroma de mis na-

ranjos y soñarán también como yo frente al coloso. ¿Amarán sus mañanas diáfanas, llenas de sol y de cantos de zorzales y sus tardes bochornosas, enervantes de olores de apriscos y hierbas montañesas?

¡Quién sabe!...

Nada es para siempre en la vida del hombre, y en este adiós a mis montes, a mi suelo, a mis naranjos, está la primera perla del collar de lágrimas que algún día llevaré conmigo.

La emoción despertada en mis campos fué para mí como el tronco mordido por la llama. Un incendio de esperanzas agitó desde entonces mi alma. Emprendí bregas y lidias nuevas, y en cuanto hacía creí; mas después de esas campañas, me dominaba una tristeza inexplicable, dudaba de todo y lloraba mi vida perdida con la melancolía con que se ve caer en el otoño, una a una, las amarillas hojas, como cansadas de vivir. Para mí misma era un enigma. Algo se agitaba en mi existencia sin diseñarse del todo; un movimiento de ternura tan hondo y desconocido que llegaba a postrarme algunas veces. Cuando veía estampas de santos o ángeles me quedaba extática, sin comprender el sentimiento que despertaba en

mi alma, y a veces horas enteras en la semioscuridad, fijos los ojos sobre algunos de aquellos cuadros, veía entre nubes animarse su figura y mirarme con ojos misteriosos. ¡Cuánto hubiera dado por sentir su voz!

Comencé a comprender que había una felicidad a la cual tendía mi corazón, y que mañana sería bautizada con sus dolores y placeres, llevando desde entonces en el alma el germen divino del amor que en mí tomaría formas gigantescas, y como el hambriento que ha divisado entre la niebla de sus ojos estólidos el dulce manjar y espera día tras día llevarlo a sus labios, así el corazón mío llevó aquel ensueño de ángeles, entrevisto en comienzos de auroras.

No sé si el drama universal comenzará siempre en la misma página.

ROSA BAZÁN DE CÁMARA

Buenos Aires, Febrero de 1918.

## Mañana los poetas...

Mañana los poetas cantarán un divino
verso que no logramos entonar los de hoy;
nuevas constelaciones darán otro destino
a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana los poetas seguirán su camino
absortos en ignota y extraña floración,
y al oir nuestro canto con desdén repentino
echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será vano;
será el afán de siempre y el idéntico arcano,
y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira,
recogerán del polvo la abandonada lira
y cantarán con ella nuestra misma canción.

# Tuércele el cuello al cisne...

Tuércele el cuello al cisne de engañoso plumaje
que da su nota blanca al azul de la fuente;
él pasea su gracia, no más; pero no siente
el alma de las cosas ni la voz del paisaje.

Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda... y adora íntimamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje.

Mira el sapiente buho cómo tiende las alas
desde el Olimpo, deja el regazo de Palas
y posa en aquel árbol el vuelo taciturno...

Él no tiene la gracia del cisne; mas su inquieta
pupila que se clava en la sombra, interpreta
el misterioso libro del silencio nocturno.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ

# ACTUALIDAD ARTÍSTICA

**El pintor chileno Alfredo Lobos.—Los hermanos Larraya.—Roberto Montenegro y Carlos Alberto Castellanos.**

Con el año de 1917 y a los veintisiete de su edad, en plena granación de sus facultades y lleno de vigor intelectual, murió en Madrid Alfredo Lobos.

La noticia, siempre dolorosa, de que se malogra un artista, en este caso adquiere caracteres de verdadera desgracia, puesto que el fallecido no era un vulgar cultivador del arte, sino que estaba llamado a ocupar un alto puesto en la pintura contemporánea.

Lobos llegó a España hace poco más de un año, y no vino, como tantos otros, a asombrarnos con excentricidades huecas ni a pretender

empequeñecernos con audacias seudorrenovadoras. Vino a conocer a la antigua metrópoli, a la anciana progenitora que le dió su lengua y civilización, y a estudiar su ambiente y a gozar de sus bellezas, bien ajeno a que aquí le sorprendería la Implacable cuando con más ardor se dedicaba al trabajo y cuando sus afanes y desvelos le prometían un próximo triunfo.

Alfredo Lobos no parecía americano; ni en sus cuadros da idea de que fué su cuna el continente descubierto por Colón. Los que no le conocieron personalmente, jamás le tendrán por trasatlántico, y los que le conocieron, sabían su procedencia por los rasgos fisonómicos, por los caracteres raciales que en él dejaron los distintivos del tipo araucano. Por su modo de sentir y ser, por su temperamento y por su arte, parecía más bien un hijo de estas tierras próceres y augustas de la vieja España.

Melancólico y reconcentrado, huía de la exhibición y del tráfago social; aventurero y nómada, iba siempre errante y solitario en busca de los paisajes que había de plasmar en los lienzos; ambicioso e independiente, se esforzaba de continuo por hallar nuevas normas, por

descubrir nuevos secretos que dieran a su arte la distinción, el relieve, que en sus inquietudes espirituales le atormentaban; denodado y tenaz, perseguía sin desfallecer «la libélula vaga de una vaga ilusión», que cantara tan bellamente el poeta, para definirla y concretarla con sus lápices enérgicos o sus pinceles luminosos y arriscados en trazos geniales.

Raras veces concurría a tertulias y corrillos en que se juntan los del oficio para distraer sus largos ocios con enatías charlas y falaces murmuraciones. Si alguna vez se le vió en ellos, permanecía como extrañado, como fuera de su centro, como en un ambiente inhóspito y hostil. El espíritu de Lobos vagaba ausente, ajeno a las pasioncillas y mezquindades de sus congéneres. Por eso, tal vez, su labor enorme, su valía grande, estaba como oculta, ignorada de todos. Muchos de los que él trató desconocen aún su obra, esa obra hecha en el silencio y en la oscuridad, con la «rápida» parsimonia del laborioso consciente.

La Pálida, la Única, repentina y traidora, le sorprendió con los pinceles en la mano, en el instante en que trataba de resolver la perspectiva de un gran lienzo que ha dejado sin con-

cluir. Pero la muerte, al sobrevenir en trágicas circunstancias, ha servido también para romper esa innominación, esa meditez en que el pintor chileno estaba recluído por propia voluntad, sin duda, debido a que en sus claras visiones del porvenir aún no juzgara llegado el momento de darse a conocer.

El admirable Sotomayor, que fué su maestro allá en Chile, no ha querido que la labor de Lobos permanezca más tiempo ignorada, y con un altruísmo plausible y ejemplar organizó el pasado mes de Marzo una Exposición de algunas de sus obras en el lindo e íntimo saloncillo del Ateneo. Causaron esas obras extrañeza en aquellos que compartieron la amistad de Lobos, y admiración en los que no le trataron y en el público en general, que pasó ante sus cuadros rindiéndoles el homenaje de sus fervores.

Sin embargo, han visto solamente una pequeña parte de su labor, no toda la que realizó en el transcurso del año de su permanencia en España. Nosotros, que hemos podido apreciarla en su conjunto, la reputamos de primer orden, y ante la muerte del artista eminente sentimos un profundo dolor.

Alfredo Lobos era un paisajista formidable, con una retina prodigiosa y una intensa sensibilidad.

Sus paisajes de Andalucía se apartan por completo de cuantos estamos acostumbrados a ver. Sus vistas de Sevilla, del Albaicín, de Alcalá de Guadaira, de Córdoba y de Granada, no son los eternos patios árabes, ni las chumberas, ni los jardines gayos de cromolitografía, de que tanto han abusado los pintores carentes de personalidad y fáciles, por lo mismo, a seguir una norma consagrada y adaptarse a un patrón.

En Alfredo Lobos lo que extraña es cómo ha sabido adentrarse en el ambiente, cómo ha sabido interpretar, *ver* el carácter de aquellas tierras.

No hay enfermizos sensualismos en su pintura, ni deliquios femeniles. Es cálido, varonil, bizarro, vibrante y armonioso. Buscaba lo realmente típico y genuino, y lo expresaba con una unción, con un entusiasmo y con tal dominio de la paleta, que desde el primer instante se apodera de la atención.

Sus lienzos «Castillos árabes», «Pinos de Alcalá», «La placeta del Abad» de Córdoba,

«Sol de la tarde en el Generalife» y «Noche en el Albaicín», por no citar más, son de lo más vigoroso y emotivo que conocemos. Porque entre las cualidades distintivas de este pintor, figuraba en primer término la de buscar siempre la emoción, fuente inagotable de la Belleza, condición esencial del arte que nunca muere. Lobos no se atenía a dar una visión viril de la realidad, sino que se preocupaba también de la parte sensitiva. ¡Como que él era un apasionado, como que en su alma ardía la llama del entusiasmo! Pintor sincero, veía la profunda substancialidad de las cosas y la realidad de sus volúmenes y calidades; espíritu enamorado de la luz y del color, no hay en sus cuadros exageraciones y arbitrariedades y sí una honda armonía.

Ponderado y ecuánime el infortunado artista, jamás mentía por lograr un recurso de efecto indudable, y eso que era un colorista formidable, como lo prueban sus notas ocres y rojas, en las que alcanzaba tonalidades de una pureza encantadora.

Pues con ser tan gran pintor, aun nos gustaba más como dibujante. Son sus dibujos de un empaque tan original y tan sugestivo, que

con ellos solos hubiese conquistado una culminante reputación.

Lloremos todos su muerte. Con Alfredo Lobos ha desaparecido una de las esperanzas más insignes de la pintura contemporánea. La labor copiosa que ha dejado demuestra que era un gran artista llamado a obtener triunfos ruidosos.

***

Con motivo de la Exposición de humoristas y decoradores, recientemente celebrada en los salones del Círculo de Bellas Artes, el concepto del arte decorativo ha sido objeto de diversas interpretaciones por parte de la crítica, hasta el punto de que el lector que haya seguido las elucubraciones de los críticos, o de los que por tales se tienen, se habrá encontrado con que al final de sus lecturas no sabía, en resumen, qué era arte decorativo. Y es que los que merecen, en realidad, el nombre de críticos tienen de lo decorativo un concepto deficiente y restringido, y los que no son nada más que glosadores de cuestiones artísticas, obedecen en sus comentarios a razones de

amistad y simpatía, más bien que a dictados de cultura e idoneidad. Es cierto que las estampas que presentaron a la precitada Exposición no son todo el arte decorativo; pero no se puede decir de ellas que no sean arte decorativo, pues éste no se limita a las artes menores, llamadas de aplicación, sino que lo abarca todo. Igual puede haber arte decorativo en la Arquitectura, que en la Pintura, que en la Escultura. Todo lo que se haga sin más pretensión que ornamentar y producir un bello efecto objetivo es arte decorativo. Bien está que la crítica se duela de que la mayor parte de nuestros artistas cultiven sólo la estampa; pero no puede llegar ese dolor hasta el punto de negarlo todo sistemáticamente. Al fin, no son los artistas los culpables de que el arte decorativo viva en precario en nuestro país; cúlpese, en todo caso, a la incompleta, a la casi rudimentaria organización de los liceos y escuelas artísticas que funcionan en pleno siglo XX bajo la dirección suprema de la rutina. Como en España no se hace verdadera labor crítica, ni se educa, ni se proteje a los artistas, ni se tiene para el arte aquella devoción de los siglos XVI y XVII, resulta que los artistas han

de formarse solos, y para vivir han de acudir a aquello que con el menor esfuerzo posible les reditúe lo suficiente para atender a las más perentorias necesidades, y han de dejar irrealizados sus más caros sueños de gloria. Por falta de medios y de preparación, se acojen resignados a las ficticias satisfacciones de una aureola momentánea. Nunca como ahora se ha gastado tan baldíamente un número tan grande de personalidades, que bien encauzadas y atendidas hubiesen señalado un florecimiento artístico esplendoroso, y el arte nacional en todos los órdenes, vestiría de gala.

(Bueno será, sin embargo, consignar aquí que en el momento en que esto escribimos parece que se inicia un período de renovación, puesto que surgen críticos capacitados, amantes de las artes y artistas que no se conforman con trabajar para vivir, y que a los halagos del momento oponen una sed insaciable de ideal.)

Dos artistas muy notables, Aurora y Tomás Gutiérrez-Larraya, en la Exposición que de sus obras han celebrado en el Ateneo, han puesto ante la crítica, los profesionales y el público un verdadero curso de arte decorati-

vo. Nadie que contemple esas obras podrá en lo sucesivo engañarse respecto a lo que aquél sea.

En nuestro sentir, ha sido esa Exposición lo más notable de la actualidad española, puesto que, aparte la valía personal, ha sido como un ejemplo gráfico que ha iluminado una cuestión confusa.

Ellos han llevado al hogar, al comercio y a la industria, el arte; ellos han demostrado que con la mayor sencillez, con talento y con la suficiente preparación, los más satisfactorios resultados se pueden lograr.

En sus obras se ve que ambos artistas no laboran a merced de las influencias del momento; es decir, que no están sujetos a los caprichos de las modas, sino que fuera por completo de ellas han basamentado y solidificado su personalidad de tal modo que pueden constituir una verdadera escuela.

Espíritus delicados, poseedores de una cultura nada vulgar, han sabido orientarse por derroteros sanos que les han conducido a una realidad inalterable y ecuánime.

El arte de los hermanos Larraya es extenso en aplicaciones, aunque siempre obediente a

un mismo ritmo: el de la personalidad; se extiende desde el decorado y ornamento de las habitaciones a los objetos que nos podrían parecer más insignificantes. Almohadones, peinetas, guardas de libros, hojas de álbum, carteras, motivos para frisos y cenefas, pinturas estilizadas al temple y sobre pergamino, ilustraciones de libros y revistas, marcos para cuadros, y todo ello ejecutado con una soltura, con una prodigalidad de buen gusto e inspiración, sin fanfarrias ostentosas, demostrando que tienen talento y que saben hacer las cosas, que el contemplar la vasta labor produce en nosotros un sentimiento de profunda admiración hacia esos artistas meritísimos, tan bien orientados y tan originales dentro de la tendencia germánica que siguen.

⁂

En los salones del Círculo de Bellas Artes han expuesto, durante la segunda quincena de Marzo, dos artistas americanos dignos de cuidadosa atención: Roberto Montenegro y Carlos Alberto Castellanos.

La guerra con su fragor apocalíptico los ahu-

yentó de Francia y los ha traído a España. En París hallaron campo abierto para que sus temperamentos artísticos se educasen, y ellos traen de la moderna Grecia, de la que hasta hace unos años era centro mundial de todas las genialidades y de todas las locuras, el aroma de la exquisitez, del refinamiento y de la originalidad. Dotados de gran sensibilidad, dueños de una vasta cultura, artistas de corazón y conocedores de sí mismos, París no les pertubó como un vino endemoniado y embriagador. El viaje a París que hacían todos los americanos antes de ocurrir la tragedia no fué para ellos nocivo, puesto que lejos de destruir sus naturales disposiciones para el arte, encontraron cuanto pudieron apetecer para desarrollar sus cualidades y facultades.

Ostentosos y exagerados, sus vehemencias tropicales se serenaron, se limaron sus asperezas y en aquel ambiente tan lleno de espíritu y delicadeza, de morbideces y sensualidades, encontraron las pautas de su desenvolvimiento.

En Montenegro y Castellanos, sobre todo en éste, no hay ideas generadoras. Tienen de común, que su arte, obedeciendo a un refinamiento espiritual, a una alquitarada depuración del

gusto, no se dirige al cerebro o al corazón. No hay en ellos la pretensión de conmover ni emocionar. Su único objeto es agradar e impresionar. De aquí que sus obras tengan, sobre todo, un gran valor decorativo. Son fervientes adoradores de la forma y del exterior de las cosas, de las brillanteces y de las suntuosidades. Como los egipcios y como los griegos sólo ven la actitud tranquila y serena, y aportan ellos, por su parte, un sentido gótico y ultramoderno en la estilización y el adorno, una veces de arquitectura y otras de orfebrería, singularmente Montenegro.

Es éste un virtuoso de la línea. En los 62 dibujos que ha expuesto en los salones del Círculo, antes que nada, se aprecia que es un técnico formidable. De todos los dibujantes que conocemos, es Montenegro el más sutil y alambicado, el que más detalla y precisa; pero también el más eurítmico. Sus estilizaciones jamás llegan al absurdo. Las manos que dibuja, son manos; los pies, son pies; las piernas corresponden al cuerpo; los ojos, la nariz y la boca, están donde deben; las posturas, con todos los refinamientos y con todas las elegancias que se quiera, son lógicas y naturales,

nunca arbitrarias e inverosímiles. Hacemos resaltar todo esto porque hoy pretenden que sea signo de genialidad, algunos mentecatos pedantes, el no saber dibujar.

Muchos dibujantes españoles se parecen en la factura y la tendencia a Montenegro; pero lo que en ellos es falso y ficticio, en el artista mejicano es propio y verdadero, responde a un modo de ser.

De los 62 dibujos preferimos los titulados «Motivos mejicanos», y entre éstos las cuatro cabezas de estudio, que son magistrales.

Carlos Alberto Castellanos es un pintor de una poderosa personalidad. A nosotros nos da la sensación de un gigante, de un ente fabuloso tocado por la manía de pintar. Todo en él es extraordinario; su estilo, con tener concomitancias modernas, se aparta de todo para hacerse singular, para no ser nada más que suyo. Trabaja con los colores como un escultor trabajaría con el barro. No hace pintura, hace relieve. El pincel suyo es la espátula.

Posee una imaginación asombrosa. Los motivos más extraños, los caprichos más exóticos, las más raras combinaciones, brotan de su fantasía tropical como el agua de la fuente.

Es así como una viva encarnación de esos magos y genios encantadores de que nos hablan las leyendas.

En esta Exposición a que nos referimos, Castellanos nos da todas las facetas de su arte: es la más completa de cuantas ha celebrado.

De aquel pintor que vimos en la casa Iturrioz y en la Exposición nacional de 1916, a este de ahora, hay bastante diferencia.

Ahora tiene cuatro cuadros—los titulados, «Primerose», «Dyonisios niño», «De la isla de la calma» y «Retrato»—que, dentro de su manera personal, nos dicen que Castellanos no es sólo un pintor extraño y fantástico, un colorista fastuoso y cálido, enamorado de la luz vibrante, sino que ama también el natural, sabe ser elegante y distinguido, y encontrar en su paleta armonías suaves y apacibles, calidades y matices.

Realista es en sus paisajes y en sus cuadros de escenas americanas; pero en ellos predomina el sentido del color, el conjunto pintoresco y rutilante con algo de visión impresionista.

En sus paisajes españoles, sólo los de Mallorca, tierra del sol encintada por un mar azul y entoldada por un cielo añil, tienen valor ex-

presivos. Los demás, no; porque Castellanos es sólo un pintor objetivo que únicamente siente lo que decora y armoniza, y jamás entrará en el alma de nuestro suelo, nunca aprisionará en sus cuadros el carácter de nuestra patria, tan vario y distinto en sus aspectos regionales.

BALLESTEROS DE MARTOS

# Somos los enfermos...

¡Somos los enfermos de un terrible mal
que lleva sus lepras hasta el corazón
y en la nueva lírica hunde su puñal:
somos los enfermos de la imitación!

Traemos a cuestas la carga fatal
de siglos de ensueño, de fe y de emoción;
la frase que usamos no es original,
nuestro canto es glosa de un arcaico son,
porque nos invade, nos ahoga el mal
de la imitación.

¿Para qué la pugna, si no hay al final
de esta miserable vida de expiación,
ni la refulgencia de oro de un fanal...?
¡Dejad que otros rimen ecos del mal,
del mal terrorífico de la imitación!

No es de joven pámpano el vino cordial;
la crátera acusa vieja posesión,
y la carcajada de claro cristal,
que usa nuestra musa tras la creación,
recuerda la risa del fauno jovial...
¡Oh, pobres enfermos del terrible mal
de la imitación!

¡Paladines fieros del sacro ideal,
cruzados del arte, romped el pendón!
que en la torre ebúrnea do luce triunfal,
como un oriflama, nuestra ensoñación,
no penetre nunca con su lepra el mal,
el mal terrorífico de la imitación!

José DE J. NÚÑEZ Y DOMÍNGUEZ

# "EL PEREGRINO CURIOSO"

## Excursión a Leganés.

I

Por el camino polvoriento llegamos al villorrio. Allá, lejos, queda Madrid brillando bajo el sol de Octubre. Acá, más cerca, el puente de Toledo, lleno de poesía y de ruido en este día de fiesta en que he salido a vagar por los campos de España. Allá, como formando el vértice de un triángulo, entre Madrid y el viajero, vése erguido el cerro famoso que diz se halla ubicado en el centro mismo del Reino. Sobre el cerro, como un símbolo triste, el monasterio de piedra, dominando el caserío y la llanura.

Una pena profunda, incomprensible, algo enfermiza quizás, me invade siempre que visito estas pequeñas villas cercanas a las grandes

ciudades. Me han producido, inevitablemente, el efecto de las cosas incompletas, sin carácter, híbridas, amorfas. Carecen de los encantos del campo y no tienen de las ciudades más que sus defectos. Todo es pequeño en ellas, todo es sórdido, todo es hostil al espíritu. Seres y cosas. Pensáis entonces que si un hado adverso os condenara a vivir allí el resto de vuestros días, sin titubear un instante, preferiríais la muerte.

Así como quien ahonda en su tristeza, no he querido abandonar el pueblecito sin recorrerlo por entero. ¡El pueblecito! Veinticinco manzanas y un cuartel lo forman. Para el cuartel vive el pueblo. O al revés, pues, según los soldados, ellos son los que le dan vida...

Fuera del cuartel —un caserón inmenso, tan inmenso como carcomido—, cual notas salientes, figuran la iglesia y un salón de baile. Al salón van los soldados de noche. Y, de día, van a la iglesia todas las jóvenes del pueblo que no pueden ir de noche al salón ¡Y así vive el pueblecito! Hoy, ayer, mañana. Siempre. Rezando, durmiendo o bailando, según la hora y el rango. Y la edad. ¡Y el valor! Porque hay quien reza por las mañanas en la iglesia, para ba-

lar por la noche, limpia de culpas, con los soldados...

II

Hasta veinticinco tenduchas de vino he contado en los frentes de las manzanas de casas que he recorrido. Salen a una por frente. Calculad: $25 \times 4 = 100$. Y ahora pensad que en el recorrido el viajero no se ha echado a la cara un solo letrero que diga: librería.

El pueblecito no lee, me he dicho. Bebe. Está bien. ¡Pero en qué sitios! Tenduchas de vino dije y dije mal. Ni eso siquiera. Son cuevas sucias, sombrías, mal olientes, donde los vecinos y los soldados ingurgitan el líquido, tinto o blanco, pero sin poder ponerse de acuerdo con la copla:

*Si es o no invención moderna*
*A fe mía no lo sé;*
*Pero delicada fué*
*La invención de la taberna.*

Aunque si el vino es bueno,

*Bueno es el vino cuando el vino es bueno,*

tenducho o taberna lo mismo da, para algunos. Porque si para otros suele el vaso mejorar o

empeorar el contenido, ¿qué decir del efecto moral producido por el sitio adonde el vaso se expende?

III

Al dar vuelta en una esquina, caído sobre un umbral, he contemplado a un borracho. El sol le daba en el rostro. Como un enjambre, las moscas cubrían su cuerpo. Me he acercado al cuerpo inmóvil. Al volar aquéllas he sentido un vaho fétido. Es el tufo del borracho. Entonces he pensado que hice bien en no probar el vino de los tenduchos.

IV

Perseguido por las moscas he andado un trecho. Por las moscas y el tufo alcohólico del pobre cuerpo caído. Y no he querido ver más. Campo afuera otra vez, lejos de las calles tristes, donde la vida vegeta, me he encontrado con la cara sonriente de un labrador. Y entonces he pensado que yo podría también sonreir, con mi mano sobre el arado, escuchando, como un ritmo, el roturar de la tierra.

ALBERTO GHIRALDO

# LA HORA AZUL

El día, con jadeante fatiga de labriego,
alborotado el rizo de su último arrebol,
segaba allá en la linde, que era un perfil de fuego
sobre ulteriores campos sus gavillas de sol.

De este lado del mundo, pálidos abedules
delineaban la tarde cual si fuera un vergel;
y en el fondo, hacia tierras remotamente azules,
iba el Silencio andando como un largo lebrel.

Iba el Silencio andando con su estrellada frente
oculta todavía tras de lo inmaterial;
mas ya en su pensamiento se azulaba hondamente
la inmensidad con una luz sobrenatural.

Y se azuló la hierba; y en un zafiro al monte
se le traslució el alma bajo su torvo añil,
y desleía el cándido cielo del horizonte
una azulina gota, como un lirio de Abril.

Callaba el mundo, y desde la trémula distancia
donde un polvo de luna cierne el aire en su tul,
la noche, dilatándose en lánguida fragancia,
subía lentamente como un incienso azul.

LEOPOLDO LUGONES

# LA CANCIÓN DE LA VIDA

## Paso de comedia, inspirado en una poesía de Francisco Villaespesa.

PERSONAJES

GLORIA, veinte años. Es morena, de grandes ojos brunos, propicios a todas las ensoñaciones y a todos los éxtasis. Su boca, dulce y sabrosa, pide los besos y sugiere el mordisco. Alta, esbelta; sus caderas de ánfora se dibujan valientes, amenazando hacer estallar la seda del vestido; su busto se yergue gallardo con excelsitudes esculturales; los senos, como dos fuentes de vida, viven y palpitan. Como un casco de tinieblas, sus cabellos negrísimos sombrean su frente curvada y amplia, y, en la nuca, son ricillos locos que juguetean al viento. Su voz es dulce y cantarina, como la voz de su hermana, el agua. De temperamento sensual y místico, a la vez, corre por sus venas una mezcla confusa y extraña de la sangre de sus antepasados, don Juanes

Tenorios y caballeros cruzados; damas devotas y damiselas aventureras.

JAIME, veinticinco años. Guapo, elegante. Es poeta y profesa el culto idolátrico de la vida: su alma, como una gran flor, se abre al sol de todos los amores. Sus labios de gozador quieren beber de un sorbo el cáliz de la vida; sabe de la fugacidad del momento y es capaz de sacrificarlo todo a un instante de felicidad. Libre de prejuicios de educación y de sangre, comprende la dicha del vivir.

---

La escena representa un jardín que empieza a florecer ante el ábside de una iglesia gótica que al fondo se levanta, como una oración de arte y de ensueño, destacando la elegancia de sus líneas largas sobre el fondo añil del cielo, y ostentando en sus ventanales la fantástica policromía de sus vidrieras, en las que el sol fulge triunfador de las cárdenas luces de los cirios y de los sacros lampadarios de adentro. Los árboles del jardín, movidos por la brisa, conversan cabeceando e imprimen maternales movimientos de cuna a los nidos. Las rosas en botón abren lentamente el tesoro de sus cien pétalos fragantes. Una fuente parlera borbotea incesante sus palabras rotas. Parejas de gorriones pican y cantan en las copas de los árboles. Un hálito de primavera flota en el ambiente matinal. De la iglesia vienen lamentos de órgano clamoroso y efluvios de cera e incienso, que se funden con los ramalazos primaverales de música y de aromas que envuelven al jardín. — En primer término, hay un banco rústico.

JAIME

*«En el aire hay caricias, la campiña está en fiesta,*
*un incendio de púrpura llamea en la floresta,*
*y revoloteando en las torres vecinas,*
*parece que me hablan de amor las golondrinas.*
. . . . . .»

¡La canción de la vida...! Esta es la canción, la eterna canción que surge siempre en el fondo de nuestra alma, cuando tenemos veinte años y estamos enamorados; sólo que nosotros la sentimos y la expresamos como podemos, a nuestra manera: diluyendo nuestra alma en la contemplación de un crepúsculo muriente; besando, con labios tremantes, una boca de mujer o un ramo de violetas; añorando un viaje imposible en el esquife de la luna o el vernos retratados en las alucinantes pupilas de una mujer que no hemos visto, que quizá no veremos nunca, pero que la presentimos en nuestros ensueños; haciendo versos, en los que, tras terrible lucha, las pobres palabras quedan engarzadas, agrupadas en renglóncitos cortos; pero mudas, insonoras, incoloras, impotentes para expresar todo lo que llevamos dentro. Los poetas de verdad, los grandes poetas, son

los únicos que tienen el don divino de poder decir, con belleza, todo lo que sienten. Hoy vienen, con tenacidad, a mi memoria las sonantes estrofas de uno de los mayores poetas de la vida, del que dice:

*«La mujer que al acaso hallaste en tu jornada*
*su lasciva cabeza reclina en la almohada,*
*y entreabiertos los labios y palpitante el pecho,*
*desnuda y temblorosa se te ofrece en el lecho...*
*¡Gózala intensamente...! Esa desconocida*
*que el azar a tus brazos ha arrojado, es la Vida.*
*Mañana será otra, igual o diferente,*
*morena, rubia o pálida, insensible o ardiente...*
*¡Será acaso más bella, quizá será más loca,*
*darás el mismo beso, aunque en distinta boca!*
. . . . . .
. . . . . .»

Pero... por recitar a Villaespesa, voy a olvidar ahora que ya es hora de que venga Gloria, mi Gloria, a quien di cita en este jardín nemoroso. Y dijo que sí, que vendría, haciendo una escapatoria, así que concluyera la misa que están diciendo actualmente en esta iglesia gótica, que parece que sube al cielo, en un vuelo místico y solemne de sus encajes de piedra...

A mí me gustan tanto las iglesias góticas que siempre que paso ante una de ellas, entro a rezar una oración de arte y de ensueño. Y a ésta sobre todo, cómo no entraría a rezar mi oración ante Gloria, ante mi virgencita Gloria; pero como la tal iglesia es particular de las buenas monjitas del Carmen, y no permiten la entrada a ningún hijo de Adán, tengo que esperar que terminen los rezos para implorar de mi santa. Y estoy aquí tan contento: es tan linda la mañanita, y esta emoción que precede a la cita es tan dulce... *(mirando las copas de los árboles.)* Ellos sí ya están ahí, no tienen que oir misa, que arrepentirse de pecados, que conseguir otra vida: toda su vida es para vivir, para amarse. Es una alegre pareja de gorriones que se arrullan, se besan y se hunden en el nido. Bien, bien, amigos mios, parece que no perdemos el tiempo...

*(El órgano ha lanzado su último sollozo; la ceremonia religiosa parece terminada; la iglesia se agita con susurro de colmena. Aparece Gloria que viene lentamente por el fondo. Viste de negro, llevando en las manos un libro de misa y un rosario. En su frente blanquísima pone su nota negra una cruz de ceniza. Al*

*principio, Jaime, contemplando el nido de gorriones no repara en ella, pero luego siente sus pisadas y se vuelve alborozado.)*

JAIME

*(Yendo al encuentro de Gloria.)*

Ven Gloria, mi Gloria, ¡cuánto has tardado! ¡Cuánto te he esperado! *(Quiere abrazarla.)*

GLORIA

*(Rechazándole, muy seria.)*

Déjame, no me toques. He venido sólo a despedirme de ti, a decirte adiós, adiós para siempre... No podemos amarnos: el amor es la más terrible de las falacias...

JAIME

*(Sorprendido.)*

Pero, ¿qué estás diciendo? Hoy has venido con ganitas de bromear.

GLORIA

No; te digo la verdad, la única verdad que hay en toda nuestra vida. Acabo de oírla de los labios inspirados del virtuoso Padre que ha

predicado esta mañana, y algo como la voz de Dios ha resonado en mi conciencia.

JAIME

Qué extraña estás y... ahora que me fijo ¿qué mancha es esa que tienes en la frente?

GLORIA

Es una cruz, una cruz santa, una cruz de ceniza, la que en el primer día de cuaresma pone la Iglesia a los fieles para recordarnos que «polvo somos y en polvo nos hemos de convertir».

JAIME

Y si eso es verdad, es una razón más para hacer de esta fugaz vibración de nuestra vida actual una intensa y quemante vibración de amor. Ven Gloria, ven, gocemos de la alegría del momento; ven y borraré con besos esa fatídica cruz negra de ceniza; ven, y, en lugar de ese signo de muerte y de renunciación, encenderé con mis labios, estrellas de luz en tu cuerpo, estrellas de luz en tu alma...

GLORIA

¡Oh! No, no me hables así; me asusta tu pa-

sión, llameante como una hoguera. No puedo amarte: una voz imperiosa que viene de lo alto me aparta de ti. Digámonos adiós fraternalmente.

JAIME

¿Y tu juventud cree, puede creer, con sinceridad, que debemos sacrificar nuestro amor, un amor que es todo para nosotros, en aras de una hipótesis que ha surgido en la mente calenturienta de los místicos, que nunca supieron lo que era amor, unos; y otros, lo que es peor aún, renegaron de él, después de agotarlo con exceso? ¿No sientes que toda tu naturaleza se revela en una rotunda negación de todo lo que has dicho? ¿No escuchas a la vida que canta una canción gloriosa, que surge triunfadora del fondo de tu ser?...

GLORIA

Eso que dices tú no son sino palabras y palabras con las que quieres disfrazar, sin conseguirlo, las más impuras tentaciones. No la voz tuya, sino la voz misteriosa e inmensa que me promete algo desconocido, grande y perdurable, es la que debo seguir, y me voy... Es la voz de Dios que me llama desde lejos.

JAIME

Pero, ¡qué cambiada estás, Gloria! No te conozco... ¿quién ha podido cambiarte? No eres la misma de antes. ¿Quién ha robado a mi Gloria?

GLORIA

La misma fuerza misteriosa que detuvo a Saulo a las puertas de Damasco, me ha detenido a mí en el dintel de una cita de amor. Ya lo sabes, no me detengas, no podrás detenerme.

JAIME

No te detengo yo; te detiene la vida que ansiosa te aprisiona en sus brazos, porque, como ella, eres juventud, porque, como ella, eres vida!...

GLORIA

Yo sabré desligarme de sus torpes ataduras y volar en busca de la vida eterna, que es nuestra única y verdadera vida. Ansío, he ansiado siempre, algo definitivo que no ha podido darme el mundo en su ridícula pequeñez de materia que vibra y que palpita en incesante fermentación de miserias, en incansable flore-

cer de dolores... Creí que el amor humano calmaría mis ansias imposibles, y ¡te amé tanto!... Pero mi alma, la eterna incomprendida, la eterna insatisfecha, no puede encontrar sus consolaciones supremas sino en un puro amor inasequible y alto, como el que, acerbo, consumió el alma inmensa de Santa Teresa, como el que diluyó en un cántico exaltado y perenne el espíritu todo poesía y todo amor de San Juan de la Cruz.

JAIME

Todo lo que tú dices no son sino exaltaciones de nerviosa. Sé razonable, sé humana; comprende que sería pueril dejar de gozar ahora para gozar más allá de la muerte. La renunciación definitiva que tú intentas equivaldría a un suicidio; sería ir contra la voluntad de Dios mismo, manifestada de manera tan admirable en la Naturaleza que vibra, florece y canta... No, no; todos los teólogos del mundo no podrán hacerme comprender que esta espléndida belleza tuya, rebelándose contra su madre, Natura fecunda, deba secarse y agostarse inútil y torpemente, ofreciéndose en holocausto de un futuro que, quién sabe, si no

tendrá más realidad que la soñada en la mente calenturienta de los que lo inventaron.

GLORIA

Esta existencia terrena es la mentirosa, la falsa, la que debe ser sacrificada. Ya lo dijo Kempis: «La tierra es materia, podredumbre... y todo lo temporal es engañoso.» Aquí está su libro admirable, lo llevaré siempre como un talismán. *(Muestra a Jaime «La Imitación de Cristo.»)*

JAIME

Lo conozco. Arroja ese libro, no bebas ideas y sentimientos en esa fuente funesta de todas las amarguras y de todos los pesimismos. Ese libro, flor alucinante de martirio, que brotara en los oscuros desvanes del cerebro de un monge loco, ha inundado el mundo con su perfume enervador y maléfico que recuerda el acre olor de los inciensos y de las hogueras medioevales.

GLORIA

No digas eso; es éste un libro inmortal, de infinita consolación y sedante, como un bálsamo.

JAIME

Nada quiero saber de tus bálsamos extraños y simbólicos; sería un sarcasmo oir los trenos clamorosos de Kempis, la voz fatídica de la Edad Media, en esta rumorosa mañana de primavera. Aquello sonaría como una cruel y disparatada paradoja, hoy que resuena triunfante la canción, la eterna canción de la vida. ¿Quiéres oirla, hecha poesía, por milagro de la inspiración de uno de los mayores poetas de hoy?

GLORIA

Dila.

JAIME

*«El sol, como una inmensa y lúbrica mirada,*
*incendia en un relámpago de luz a la enramada.*
*Calla el pájaro, apaga la fuente su lamento*
*y se besan los árboles a los besos del viento...*
*No llores sobre el féretro de olvidados amores...*
*¡Ven al jardín, aún quedan en los rosales flores!*
*¡Aún hay nidos y tálamos en el ramaje espeso*
*y labios en flor dignos de recibir tu beso!...*
. . . . . .»

GLORIA

Ya te lo he dicho: esas son palabras y nada

más que palabras, más o menos bellas, más o menos seductoras; pero, palabras, al fin.

JAIME

*(Queriendo atraerla.)*

Pero ven acá, más cerca de mí, y dime si también son palabras las notas vibrantes que, coordinándose en un ritmo sabio, forman la grandiosa sinfonía que es como la voz del alma de la madre Naturaleza. El eco del torrente y la canción del viento; la voz cantarina de la fuente y el arpegio cristalino que, como cascada de perlas, brota de las gargantas de los pájaros cantores; el susurro rumoroso de las hojas, y esos mil ruidos vitales que surgen de la tierra, ¿no forman la más potente y armoniosa orquesta? Oye con recogimiento, ausculta, atenta, el corazón del mundo y percibirás cómo él late perennemente con fuertes palpitaciones generosas. Tiende la vista a tu alrededor, ¡mira qué sinfonía de colores más espléndida! Levanta la vista a lo alto y contempla ese cielo «que no es cielo, ni es azul», pero que nos parece azul y sirve de dosel a nuestros amores, y ésto basta; mira al sol que imperio-

samente nos manda que nos amemos, pues él es el gran fecundador de todo lo creado. Y después, tiende la vista a lo que queda detrás de nosotros, y mira cómo se alza, avergonzada en medio de tanta vida, la mole tenebrosa de ese convento de monjas, en cuyos antros consumen sus vidas inútiles unas pobres alucinadas por un ideal que no alcanzarán jamás... Estoy como loco al oirte hablar como has hablado y al pensar que tú intentas desertar cobardemente de la vida.

GLORIA

No, no es que yo quiera desertar: dejo el camino de flores y escojo el de las espinas del vivir doliente. Jesús nos dijo: «Yo soy la verdadera senda.»

JAIME

El fin supremo de toda nuestra existencia es el amor—estremecimiento divino, ansia infinita de perpetuación—que late y alienta triunfador en las ígneas entrañas de los soles y en la infinita pequeñez del infusorio; en las lujuriantes selvas tropicales y en la aridez calenturienta de los desiertos; en el fondo alucinante de los

mares y en las cimas impolutas de los volcanes; en los jardines sonrientes y florecidos, y hasta en el yermo macabro de los cementerios! Sin el amor, alma del universo, causa de todo cuanto existe, hace siglos de siglos que el mundo, apagado y frío, estaría rodando inútilmente por la infinita inmensidad de los espacios telúricos.

GLORIA

Me quema el fuego de tu alma; quisiera no oirte, quisiera huir, pero... no puedo. Comprende que hay muchos amores, y que es de las almas amarse idealmente, con amor purísimo, libre de torpes materialidades. Amémonos, en buena hora; pero, amémonos en Dios, con un amor apacible y sereno en que nuestras almas se fundan y se besen, sin que nuestros cuerpos sientan nada. Dame tu alma, y la mía le enseñará un amor eterno nunca sospechado por ti: yo sé del amor de los amores.

JAIME

El amor que yo te ofrezco, ¡oh, Gloria, mi Gloria! es tan grande que en él se suman y compendian todos los amores: tú serás para mí la

pura fuente de idealidad abstracta, en que mi alma abrevará su sed de infinito; tu cuerpo será troquel excelso que fundirá una humanidad nueva. Te amo como amante, te amo como a madre, te amo como a hermana; te amo con todos los amores, te amo con amor humano! Ven, Gloria, la Vida nos llama... *(Toma una mano de Gloria, que ella no retira.)*

GLORIA

Imposible... Aparta, aparta de mí.

JAIME

¿Crees que puedo dejarte habiéndote encontrado? ¿Crees que puedo vivir sin ti?... ¿Se puede vivir sin aire, sin luz, sin fuego?... Pues aire y luz y fuego y vida de mi vida eres para mí. Si te vas, tampoco me separaré de ti: mi espíritu te seguirá adonde vayas, y si no estás conmigo, estarás en mí.

GLORIA

Nuestras almas, nuestros destinos son diversos; todo nos separa... No nos empeñemos en mantener unido lo que Dios ha separado. Despidámonos fríamente, sin dolor, sin pena, sin

dar a nuestra despedida un aspecto de despedida cruel...

JAIME

Ya te he dicho que no, que no te dejaré ni ahora, ni nunca, ¿lo oyes?: nunca, nunca... ¿Por qué me rechazas? Tu resistencia es inútil y fingida. Déjame mirarme en tus ojos, beber la dicha en tu boca, constelar de besos el cielo divino de tu cara.

GLORIA

*(Intentando desasirse de él.)*

Déjame, déjame, por Dios.

JAIME

¡Si quien nos manda que nos amemos es Dios mismo!...

GLORIA

*(Sin intentar defenderse ya, y con voz trémula y velada.)*

No... no... no...

JAIME

¡Sí... sí..., en nombre de la Vida, de la Naturaleza y del Amor, que siempre triunfan!...

*(Caen abrazados en el banco rústico. Jaime besa largamente la frente de Gloria... la cruz de ceniza se borra... el libro de Kempis ha caído al suelo... la Vida triunfa.)*

TELÓN

CÉSAR E. ARROYO

# MINUETO

Anoche al piano,
a la pálida caricia de tu mano
—marfil hecho dolor—
en un ahogo de sollozos y suspiros
dijo la romanza de nuestro antiguo amor.
Jugaba tu alma en tonos y giros,
y era la estancia
en la fragancia
del tiempo que fué...

Y hoy en el jardín lejano los rosales
están llenos de rosas té.
Ya no abren las rosas y las blancas,
ya no sales
por las tardes al jardín,
y en las bancas
que sombrea el jazmín

no encuentro tu sombrero en que las margaritas
estaban curiosas de un problema de amor
que entonces resolvieron nuestras primeras citas,
—¡cuántas cosas guardara en reflejos la fuente
si no rompiera en ondas su cristal transparente
el surtidor!—
y junto a tu sombrero mis versos y mis prosas
y más lejos, pensativa, tu silueta en espera.
—¡Oh, los florecimientos de aquella primavera
que sin ser verano languideció en tus rosas!—

...A la pálida caricia de tu mano
—marfil hecho dolor—
anoche al piano
dijo la romanza de nuestro antiguo amor.

ENRIQUE BUSTAMANTE Y BALLIVIAN

# ALBERTO GHIRALDO

## La conquista espiritual de España.

Seamos sinceros para que nuestro elogio tenga, al menos, el prestigio de ser desapasionado. Cuando el gran escritor argentino Alberto Ghiraldo vino a España—hace poco más de un año—era en la península admirado de un reducido núcleo de españoles... y conocido de una selecta minoría, formada por los que se preocupan verdaderamente del movimiento político, artístico y literario de la América latina. Ahora—ya que ha triunfado aquí—podemos decirlo: No obstante sus resonantes éxitos teatrales en Buenos Aires, no obstante sus numerosos libros, sus revistas, sus luchas de la Argentina, cuando este admirable poeta llegó a Madrid, el problema de las colabora-

ciones, el de editar sus obras, el de estrenar sus dramas, el de darse a conocer, en fin, y a respetar y admirar de la metrópoli, presentaba ante su recio temple de luchador los mismos insuperables obstáculos que encuentran los inéditos provincianos e ilusionados que, con el bagaje de sus sueños y sus ambiciones, llegan todos los otoños - con las comisiones de diputados provinciales y los estudiantes universitarios—a la corte de don Alfonso XIII, nuestro muy amado señor y rey (q. D. g.)...

Un año le ha bastado este complejo y ya muerto 1917, tan rico en enseñanzas, tan henchido de interrogaciones que, muy pronto, tendrán su respuesta más clara en los mismos hechos—; un año ha sido suficiente a Alberto Ghiraldo para destacar su firma generosa y la virilidad de su perfil revolucionario entre el coro innumerado de los desconocidos. Sus diversas aptitudes de artista y de pensador, desplegadas con una activa y fuerte voluntad, se han puesto bien claramente de manifiesto en los libros que en España ha publicado. Son ellos, enumerados de un somero modo, en gracia a la parvedad del tiempo y del espacio, los siguientes:

*Triunfos nuevos,* poesías vibrantes y entusiastas, llenas de un espíritu rebelde—¡oh, aquellas hermosas *Palabras a Gavroche!*—, a espensas de la Editorial-América, de Blanco Fombona; *Carne doliente,* admirables cuentos argentinos, originales en la forma, plásticos, profundos y alados a un tiempo, llenos de un vigor inusitado entre nuestros escritores indígenas, y *El Peregrino Curioso,* impresiones de su viaje a España, ambos editados por la Casa Sanz Calleja, y este último reciente. Poco después de *El Peregrino Curioso*—excelente haz de crónicas ágiles y sagacísimas sobre los problemas de la política y la literatura españolas, y publicadas ya periódicamente en *La Razón* bonaerense, de la que es corresponsal en Madrid—ha fundado la «Biblioteca de España y América», en cuyo primer volumen, *Después de la paz*, ha recogido las opiniones de hombres tan ilustres en la vida del pensamiento español como Ramón y Cajal, Palacio Valdés, Carracido, Unamuno, Marcelino Domingo, Ortega Gasset, Sánchez de Toca, Dr. Turró, Zozaya y otros que, con unanimidad de criterio digna de sereno y profundo meditar, han contestado, del modo más favorable a la

causa de Francia y sus aliados, a la pregunta: «¿qué corrientes políticas sentimentales e ideológicas dominarán en Europa después de la paz?»

En *La Esfera,* en *Blanco y Negro,* en *España*, en *Los Contemporáneos,* en CERVANTES, en la prensa diaria ha dado también frecuentemente Alberto Ghiraldo, gallardas pruebas de su claro talento y de su vigoroso espíritu personalísimo.

Finalmente, la musa proteica y batalladora de este bardo nos viene a deleitar al recogimiento de nuestro estudio con la colección de narraciones admirables que, bajo el epígrafe *Cuentos de la angustia,* ha publicado la Casa Editorial Monclús, de Tortosa, en la «Biblioteca Avante». Componen el volumen doce vibrantes y desgarrados relatos, de una vitalidad asombrosa, reales y palpitantes como los cuadros de la vida misma que, de manera magistral, pinta en ellos. Mejor que en ningún otro libro de los ya anotados, se puede estudiar en éste el alma compleja, compleja, torturada y siempre luminosa de Alberto Ghiraldo. Sus cuentos pueden soportar el parangón con las mejores obras de este género, a mi juicio, el

más difícil de cuantos hay en literatura, y que el escritor argentino cultiva con la profundidad, el interés, la emoción y la agilidad de los cuentistas óptimos.

Estas son, hasta el día, las batallas que un hombre de América ha librado en el yermo español por romper nuestra indiferencia espiritual y conquistar la rama esquiva de nuestros laureles. Y estas son sus victorias, porque Ghiraldo, como los conquistadores que esculpió Heredia en sus *Trofeos*, cuenta los triunfos de su talento por los combates que ha emprendido.

Alberto Ghiraldo aporta a la literatura española contemporánea un acopio, hasta ahora no igualado por nadie, de bellas arrogancias y masculinas energías; un venero pujante de savia varonil, hecha brillantes imágenes y centelleante de pasionales rebeldías.

Es Ghiraldo el hombre de las claras tierras trasatlánticas, que trae a la vieja patria fundadora las lumbraradas del sol del trópico, las impetuosidades, las utopías ardientemente sentidas de una raza virgen, emprendedora y romántica, con restos de la ancestral reciedumbre ibérica e intuiciones de pueblo nuevo, elegido para dictar la palabra de Dios en el por-

venir. El es, entre nosotros, la encarnación de los hombres de aquellos países artistas de la América latina que, educados en el culto de veneradas tradiciones, saben jugarse la vida por el triunfo de las nobles ideas que creen justas. Aquí, este escritor argentino, más legítimamente que otro alguno, es el prototipo ejemplar del americano sincero e impetuoso, que se asomó al mundo a través del arte y de los libros, y que aún conserva la gallarda prestancia y el brioso empuje rebelde de los hijos de unas tierras solares, audaces y ansiosos de vida, pletóricos de vigor juvenil y dispuestos siempre al sacrificio por las bellas utopías que justifican y aun ennoblecen nuestro paso efímero por este viejo planeta desorbitado moralmente, bañado en sangre, loco...

JUAN GONZÁLEZ OLMEDILLA

Madrid, Abril de 1918.

# INTERROGACIONES

Ojo de luz imperativo, atento,
que apuntas en las sombras y no oscilas,
soplando fuerte el viento:
que impones semejante a las pupilas
del buho inmóvil y del lobo hambriento...;
perfume inexplicable, ni de poma
comprada ni de flor:
aroma que, a lo sumo, del aroma
denuncias lo intangible y volador...;
viviente voz del órgano cerrado,
de las salas vacías;
profundas e inquietantes ironías
del arco roto y del reloj parado...;
lejano y paradójico siseo
de un aire que no llega,
mas, suena ya en la rama con que juega,
mas, no le imprime un leve balanceo...,
suspiro extraviado, falso y triste,
que vienes de una absurda lejanía,

como la nota fría
de un esquilón cascado, que no existe...;
secretas cosas mudas que os habláis
sin voz, conducto ni señal alguna;
vosotras que algo tácito entabláis,
¡oh flor insomne y amarilla luna. .!
¿Qué avisa (vagamente) en torno mío
quizás vuestra presencia?
¿La vida (lrancamente) es una ausencia...?
¿Qué sois y qué influencia
tenéis hasta en mi ser y en mi albedrío?
Tal vez mi corazón os dió existencia,
pero no sois mi corazón sombrío:
¿me habláis de una verdad,
o sois también... la pobre realidad?

José BRUNO.

# AMERICANOS ILUSTRES

## El Ilmo. Sr. D. Federico González Suárez.

No es de una de aquellas personalidades que, merced al énfasis característico de nuestro Continente americano, llenan con su nombre el corto ambiente local, de quien he de ocuparme en estos breves renglones, que pretenden ser un homenaje al hombre ilustre que, con su vida y con su obra, varia y múltiple, supo honrar, no sólo a su terruño, sino a su patria más grande, a nuestra América.

A los grandes hombres de América hemos de considerarlos patrimonio, no sólo de la república que los vió nacer: se pertenecen a todo el Continente hispano, son otros tantos frutos ópimos de nuestra cultura joven, que va siendo cada día más vigorosa.

Rodó, Montalvo, Bello, Rubén Darío, entre los muertos; Toribio Medina, para no citar sino a uno de los más grandes de entre los vivos, son, ante todo, americanos, son honra de la raza.

Entre aquella pléyade de ilustres—y desgraciadamente entre los muertos—hemos de citar el nombre de González Suárez, historiador, arqueólogo y polígrafo ecuatoriano.

Fué el ilustrísimo González Suárez un hombre sabio, fué un hombre fuerte. Fué también un santo. Sólo la índole de sus trabajos, la historia y la arqueología americanas, dedicados naturalmente a una *élite* de lectores, sólo el medio en que vivió, sólo su natural modestia—o, si queréis, su desprecio de la «gloriola», ya que de un santo se trata—, han podido hacer que su obra no haya sido más conocida.

González Suárez fué el iniciador de los estudios arqueológicos bajo un método verdaderamente científico en América. Sin antecedentes, sin libros que le guiaran en sus investigaciones, armado tan solamente de la paciente y repetida observación, de la lógica que deduce inflexible, supo reconstituir civilizaciones pretéritas, perdidas en la noche de los tiempos, en-

trever una solución aceptable, científica, del tan debatido problema de la primitiva población del Continente de Colón: Geología, Paleontología, Antropología, Lingüística, mil ciencias auxiliares hubo de abarcar su vastísima erudición para alcanzar a divisar la luz en el pasado tenebroso. Su aporte a la ciencia que hemos venido a llamar «Americanista» es considerable: su estudio sobre los *Cañaris*, sus «Aborígenes del Carchi e Imbabura», sus «Notas arqueológicas», son otros tantos monumentos de su profundo saber, de su lógica rígida y esclarecida: Son libros de aquellos que marcan una etapa en la ciencia.

Fué González Suárez un obrero infatigable y pacien te entre aquellos que van levantando sobre base sólida el edificio de la historia americana, construcción tanto más difícil, cuanto que para ella ha sido necesario un trabajo previo de revisión de las crónicas antiguas, escritas, a la verdad, las más de ellas por testigos presenciales, o por historiógrafos que tuvieron entre manos relaciones contemporáneas de los sucesos, pero faltos, casi todos, de sana crítica y de facultades de observación.

«Soy como el narrador árabe de *Las mil y*

*una noches,* dijo una vez: no sé sino historias de mi tierra...» A su historia aplicó su saber, su energía, sus talentos, y emprendió en la titánica empresa de dotar a su tierra de la historia más seria, más sesuda, más imparcial de cuantas se han escrito en América sobre los tiempos coloniales: tal es su «Historia General de la República del Ecuador». Nada, o casi nada se había escrito antes sobre este período, pues no puede aceptarse, en el estado actual de la crítica histórica, como una obra seria la enmarañada selva de fabulosos cuentos que escribió el presbítero D. Juan de Velasco sobre el antiguo Reino de Quito. La muy estimable obra de Cevallos, de los cinco pequeños volúmenes en que encierra la historia del Ecuador, hasta 1875, apenas dedica el primero a narrar el descubrimiento, conquista y régimen colonial del país historiado. Siete gruesos volúmenes le fueron necesarios a González Suárez para narrar ese mismo período, al cual Cevallos le dedicó tan poca atención. Se puede, pues, afirmar que es él, González Suárez, el único historiador de aquella época, si bien llena de miserias, también fecundísima en hechos gloriosos de la raza hispana.

Su concepción de la historia es severa y alta: para él la historia es la ciencia por excelencia, la maestra de la verdad, que muestra a las edades futuras las reglas de conducta que ha desentrañado de los sucesos pretéritos: su definición de la historia sería la de la antigüedad clásica: *Historia testis temporum...*

A esta teoría, expuesta en el prólogo de su obra, se ajusta el historiador, como siempre se conformó el hombre a las reglas de conducta que se trazara. Así, su historia es siempre sincera: dice siempre la verdad, nada más que la verdad, *toda la verdad.* El, Obispo católico, no se dejó en el tintero, al escribir su Historia, la narración de las abominaciones con que envilecieron el régimen colonial frailes impúdicos y libidinosos, que convirtieron el santuario en pocilga y lupanar... El clero regular denunció su obra al Papa. El Papa le dió la razón... Fué con sagrado Arzobispo metropolitano de Quito. Eran los luminosos tiempos de León XIII.

Más arriba he apuntado que González Suárez fué un poligrafo. Su incansable laboriosidad, su actividad maravillosa, su vasto talento, abarcaron muchos ramos del saber humano.— Fué también un hombre de gusto, un literato

de nota. Su primer trabajo fué un estudio crítico sobre la poesía lírica en América—.No se había levantado aún la pléyade luminosa de astros que lucen en el hemisferio americano: Rubén Darío no había aún hecho su aparición, y Olmedo empuñaba el cetro de la lírica americana.

Como crítico, González Suárez es ampliamente ecléctico: es, si minucioso, generalmente acertado. Nunca juzgará al artista, al escritor o poeta aisladamente en su obra literaria: estudiará detalladamente las condiciones de su vida, el medio en que ésta se desarrolló, las ideas que influyeron en su espíritu y su cultura, ya sean morales o religiosas.—Para González Suárez, la obra de arte es la resultante del genio del artista sometido a variadas influencias. Siendo así, las facultades del artista obran, al producir la obra de arte, bajo la influencia de modalidades impuestas por el ambiente que le rodea—.De esta crítica dió muestra en variados y exquisitos trabajos literarios sobre Virgilio, Lacordaire, etc.

El maestro universal de quienes movieron una pluma española en el último tercio del pasado siglo, el ilustre, el enorme D. Marcelino

Menéndez y Pelayo, fué el amigo, el estimador de quien más ha de preciarse la obra de González Suárez: el prólogo que el mayor ingenio de su época puso a los «Estudios literarios» de González Suárez, que se publicaron en Madrid en 1908, habla más alto del valor de la obra que lo pudiera hacer yo aquí.

He dicho que González Suárez fué un hombre fuerte: Desencadenadas las pasiones políticas de su país, la demagogía sin freno lo encontró en su camino demoledor, como una barrera infranqueable, como una broncínea fortaleza.— Con rectitud intachable, con austeridad sin ejemplo en aquellas tierras acariciadas por las blanduras de un cielo benigno, hubo un hombre, un sacerdote, un Obispo, que supo levantarse muy alto para decir a aquéllos que invocaban el nombre sagrado de Cristo para exterminar a los que con el ardor de neófitos de credos libertarios diferentes al suyo, echaban abajo instituciones consagradas por el tiempo y la creencia: «Cristo no enseñó la guerra, Cristo nos enseñó a amar a la Patria, no asesinéis a la Patria con nuestras contiendas...» Y los suyos, entonces, como Judas del Maestro, renegaron de él...

Montalvo dijo del Ecuador que era un país de enanos que solía producir gigantes. Juzgad si González Suárez fué uno de ellos, un hombre fuerte. Eran los tiempos ominosos de una de tantas dictaduras de las que afligen a nuestras incipientes repúblicas. Rotos los vínculos entre la Iglesia y el Poder Civil en su país, la clerofobia ignara reinaba. Fué nombrado Arzobispo de Quito. El Gobierno no quiso reconocerlo por tal, aún más, llegó a amenazarlo con la prisión, con el destierro... se temió aún cosa peor... Su carácter entero no se apocó; el hombre fuerte se irguió, y escribió estas palabras:

«Bien, aquí estoy; inerme e indefenso... Señores de la dictadura, ¿qué os place hacer de mí...? ¿La celda del Panóptico...? ¡Ahí, yo he de ser el Arzobispo de Quito...! ¿El destierro...? ¡Por remoto que de la tierra patria estuviera el lugar de mi proscripción, allí yo no he de dejar de ser el Metropolitano de la provincia eclesiástica ecuatoriana...! ¡De dos cosas no podéis nunca despojarme, del amor a la Patria y del Palio Arzobispal...!»

Y rígido, severo, a la par que simple, siguió su camino siempre recto, con la cabeza muy alta... ¡Fué todo un carácter!

Y fué un santo. Porque santidad, y la mayor, es la justicia, el amor a los semejantes, porque santidad es la humildad. Y él fué humilde, compasivo, bueno. Dió con sus manos la limosna al pobre, con su corazón y su palabra llevó el consuelo a muchos corazones.—Los tesoros de su amistad eran inmensos; no fué nunca avaro de su ciencia, que distribuyó con su palabra y con su pluma, como distribuyera con sus manos el pan a los desvalidos, largamente...

El ilustrísimo Federico González Suárez, historiógrafo, polígrafo, fué un sabio; el ciudadano tuvo todas las virtudes de un hombre eminente y fuerte; el Arzobispo de Quito fué un santo.—El amigo, el maestro, el guía, deja, al bajar a la tumba, un inmenso vacío en el alma de su más ferviente admirador.

C. GANGOTENA Y JIJÓN

Valencia, Abril, 1918.

# ROSAS

Quisiera ir arrancando de todos los rosales
paganas rosas rojas, eucarísticas rosas,
rosas de rosa-té, rosas que fuesen tales
que tuviesen la esencia del alma de las cosas.

Las rosas escapadas de huertos conventuales
que cuelgan suspendidas de las tapias musgosas,
las rosas amarillas bordadas en los chales
de seda, que guardaban las abuelas, unciosas,

en los cofres de sándalo; brujas rosas triunfales...
Agrupar esas flores de tersuras sedosas
en manojo ceñido por tus manos liliales;

ocultarte en su fronda, y, con ansias mimosas,
separar el follaje con los labios sensuales
hasta besar tus labios en medio de las rosas.

XAVIER SORONDO

DE LA MISERIA Y DEL DOLOR

# EL HÉROE

Juan, volteando el brazo, lanza a los vientos la semilla; como polvo de oro, a los rayos del sol, cae sobre los surcos abiertos en la tierra por la cortante reja del arado. Juan ha trabajado toda la mañana y, después de pasarse la mano por la frente sudorosa, asienta satisfecho en un montón de piedras, busca la petaca entre los pliegues de su faja y se dispone a hacer lentamente un cigarro mientras silba un viejo canto popular. Pero Juan se pone triste poco a poco cuando sus pupilas, luego de recorrer alegres el campo que acaba de recibir los gérmenes fecundadores, pasan la linde de su hacienda y miran las fronterizas heredades.

En ellas no se siembra nada; la tierra seca se

abre en grietas anchas de las que hacen vivero las hormigas y a las que asoman el grillo y la chicharra para cantar, en las horas de siesta y en las noches de luna, sus serenatas monocordes. Tranquilos viven los insectos en aquellos terrenos estériles donde el pie del hombre no pisa, donde por falta de verdura no pastan los ganados, donde los pájaros no posan.

Juan mira estos campos con dolor, que de su padre fueron y a sus hermanos pasaron cuando el padre murió... Y el fantasma del pasado, puesto en pié sobre la nave del recuerdo, cruza por su imaginación dejando en ella como una estela de melancolía, que nada hay tan bellamente triste como el retorno ideal de los pretéritos.

Al morir el señor Pedro, el viejo y rico labrador, en cinco partes, tantas como hijos tenía, se dividió su hacienda, que así lo dejaba ordenado sobre su firma en escritura redactada por el notario del lugar. Los hijos mozos, al aceptar la herencia, contrajeron la santa obligación de donar un tanto equitativo del producto que sacase cada uno a su ya anciana engendradora. Y fueron felices los hermanos y feliz fué la madre viéndolos a todos unidos

bajo los techos de la casa donde sus ojos se abrieron a la luz. Todas las mañanas, cuando el gallo anunciaba el alba desde las tapias del corral, abríase la puerta de la lugareña mansión dando paso a los cinco mocetones fornidos que caminaban juntos a labrar la tierra... Y la viuda del señor Pedro los miraba marchar desde la ventana, y ellos, lejos ya, creían que un pañuelo blanco se agitaba en el aire diciéndoles ¡adiós! y eran los cabellos despeinados de la anciana, mecidos por el viento suave del amanecer.

Sobre la parte de heredad correspondiente a cada uno de los mozos se les veía ir y venir, conduciendo el arado cuando era época de remover la tierra, echando la semilla en los surcos si la siembra llegaba y, en los días de siega, moviendo la hoz que era una cinta de plata entre el oro del trigo... Y juntos tornaban al lugar y juntos miraban, desde lo alto de la encuestada carretera, aquella cosa blanca que les despedía al amanecer y que les llamaba en la hora romántica de la puesta del sol.

Pero un día llegó hasta el pueblo la noticia: el rey de la nación aquella deseaba acrecentar sus dominios y preparaba un ejército para

mandarlos a la guerra. El señor Pedro enseñó a sus hijos a venerar la patria y les había sermoneado de continuo cuando eran niños aún, predicándoles constantemente el sacrificio por la tierra madre, relatándoles heroicas hazañas y epopeyas sangrientas. Oyendo al padre se entusiasmaban sus cerebros infantiles, y, cual más cual menos, cuando después de estas veladas se disponían a dormir, soñaban todos con ser los héroes de tales hazañas y epopeyas tales, que el crimen en la historia tiene apariencias de virtud. Sólo uno de los hijos, Juan, aunque gustoso de escuchar los relatos de su padre, no llegó jamás a sentir durante ellos el ardor bélico de sus hermanos.

El mayor fué el que llevó a la casa la nueva de la guerra... Desde este día, todos menos Juan, dieron en andar cavilosos y en hablar entre ellos, enfermos del falso patriotismo al uso, de la grandeza de las batallas que sobrevendrían, de la sublimidad de arriesgar la vida y de verter la sangre por la tierra madre. Juan escuchaba sus conversaciones y se apartaba de ellos murmurando frases como ésta:

—Cruel patria la que pide la sangre de sus hijos.

Y los hermanos se reían de él, que no hay locura mayor que la de lanzar ideas nuevas entre fanáticos de viejas religiones; hacerlo es como querer levantar edificios de mármol sobre cimientos de madera podrida, como desear que salgan nuevos soles por los horizontes donde los agónicos se ocultan.

Y supo la familia que la guerra había sido declarada, que habían empezado los combates.

Y el tiempo transcurría.

De noticia en noticia llegó la mala nueva de que el ejército nacional, tras de algunos éxitos, habíase declarado en retirada; el ardor patriótico se rebeló contra la derrota, y allá fueron hombres y más hombres alistándose voluntarios para defender el honor en peligro. Los hermanos de Juan andaban más cavilosos cada vez; y, un día, después de una larga entrevista que celebraron sobre las tierras heredadas del señor Pedro, llenos de entusiasmo y de valor, decidieron alistarse en el ejército de voluntarios.

Vanas fueron las palabras de Juan para disuadirles de su empresa, vanos los ruegos y llantos de la madre; partieron, la patria nece-

sitaba de ellos y partieron orgullosos de su nuevo ministerio que creían sagrado, mirando a Juan despectivamente y con ganas de llamarle cobarde.

Y mientras sus hermanos luchan por la patria en lejanos países, Juan, después de sembrar su heredad, mira dolorosamente los estériles terrenos fronterizos y echa camino del lugar, y pone la vista en la ventana de su casa donde mece el viento un montón de cabellos nevados que se agitan como las alas de una blanca paloma prisionera.

***

Ya lo sabe todo el pueblo: los voluntarios están para llegar; la guerra ha terminado y vuelven victoriosos. Los lugareños esperan el tren en que tornan; entre ellos está Juan vestido de negro.

Una nube de humo anuncia el convoy que avanza majestuoso, vomitando fuego; se acerca deprisa, agrandándose según se acorta la distancia. Todas las miradas se clavan en el vehículo que llega a la estación, acortando la

marcha. Al fin se detiene. Una salva de aplausos le recibe...

- En una ventanilla ve Juan los rostros alegres de dos de sus hermanos, y sus pechos salpicados de cruces.

—¡Vivan los héroes!—ruge la gente entusiasmada.

—¡Aquí, Juan, aquí!—gritan de todos lados conduciendo al labrador hasta el coche que ocupan los guerreros. La portezuela se abre, pero no baja nadie; el hermano mayor tiende los brazos hacia fuera:

—No veo—dice, y sus ojos se clavan inmóviles en el infinito.

Detrás del ciego baja el otro hermano; un brazo rodea el cuello de Juan.

—¡Los dos brazos—grita éste— y aprieta fuerte!

—No queda más que uno—contesta el héroe sonriendo.

Juan retrocede espantado y luego vuelve a avanzar hacia el coche.

—¿Qué esperas?—interroga el lisiado, y bajando la cabeza murmura con ahogada voz:—¡Los otros no vienen!

—¡Vivan los héroes! ¡Vivan los héroes!—si-

gue vociferando la multitud mientras los tres hermanos echan a andar camino de la casa.

Juan quiere contar algo, pero no se atreve a decirlo de pronto y empieza a relatar cómo la peste, saliendo de los campos de batalla, ha arrebatado a muchos de los habitantes del lugar. Y divisan la casa con su alta ventana donde se recorta a la luz una figura de mujer.

—¡Nuestra madre!—grita el hermano manco.

—¿Dónde, dónde?—exclama el ciego extendiendo las manos como si quisiese coger el cuerpo de la anciana.

Ahora es Juan quien baja la cabeza y quien dice con ahogada voz:

—No es madre. Es una mujer que me sirve. Madre murió. La mató la peste.—Y cree ver los cuerpos de sus hermanos muertos, tendidos en el campo de batalla, insepultos, podridos, sirviendo de germen a la epidemia que se llevó a la viuda del señor Pedro.

Sollozando entran los tres hermanos en la casa; a la puerta sigue la multitud ovacionando a los soldados victoriosos, que se dejan caer contra la mesa familiar. Juan se pasa por los ojos el dorso de la mano y exclama:

—Vamos, no lloréis; ya no tiene remedio.

Después, encarándose con la sirviente, dice con acento de infinita amargura:

—Petra, traéles de comer a los héroes.

JOAQUÍN DICENTA (hijo)

# Salutación al romero

«Caminas por el prado, que está de primavera
y, ciego, ¿no contemplas sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, conduces la carrera
alzando a Dios las palmas que llevas en la mano?

»Ciego del mundo y sabio para mirar al cielo,
sueltas el alma por donde los astros van.
como en la *noche oscura*, por el Monte Carmelo,
erraba libre el alma del místico San Juan.

»La tierra estaba verde, el cielo estaba rosa,
y al lejos, en el cielo, fulguraba una cruz;
pasaste tú, romero, y no mirabas cosa
sino en el cielo la maravillosa luz.

»¿Andabas por el prado, que está de primera
y, ciego, no miraste sino el radioso vano?
¿Adónde, adónde, ciego, llevabas la carrera,
alzando a Dios las palmas que ofrecía tu mano?

»A mí, que donde piso siento la voz del suelo,
¿qué me dices con tu silencio y tu oración?
¿Qué buscas con los ojos fatigados de cielo,
más alto que la vida y sobre la pasión?

»Romero: en el crepúsculo vuelan los serafines.
En la dorada luz te borras para mí.
Tu alma y el crepúsculo se mezcla por afines,
y en la tarde tu lámpara arde como un rubí.

»La sacrosanta lámpara donde quemar perfumes,
la de alumbrar nocturna la trabajosa senda,
la que ha de velar por ti, cuando te abrumes
en medio de la noche y bajo de tu tienda.»

El romero que estaba en medio de la tarde
me miró silenciosamente, con claridad:
yo no ví en sus ojos mentira ni alarde
sino la inmóvil luz de la fatalidad.

La lumbre se apagaba del cielo: raudo giro
de imperceptibles pájaros cantó con suave son.
Y un grito, y un sollozo, y un canto, y un suspiro
se ahogaron en la tarde como en mi corazón.

ALFONSO REYES

# POLITICA ESPAÑOLA

El título que acabamos de escribir nos invita al humorismo. Es una tentación de la que hemos de procurar defendernos, haciendo prevalecer nuestra seriedad, el juicio sereno y reflexivo de nuestra pluma honrada, sincera e independiente, que por estas tan raras cualidades, que casi nos atrevemos a reputar de virtudes, y no por otros méritos, aspira a revestirse de la autoridad suficiente para la conquista de la confianza del lector.

Política española es, en efecto, un buen título para un trabajo de humorismo, un tema propicio a la burla excéptica, a la amable ironía, a la prosa ática, a la sátira punzante y a veces, con demasiada frecuencia, a la regocijada caricatura. Es un título este de «Política española» que escribió algunas veces a la cabe-

za de sus hilarantes artículos la pluma de Luis Taboada. Es un tema este de la política española materia que explota a diario la fina ironía de Fernández Flórez. Y sin embargo, se trata de algo trascendental, tan trascendental que se trata del porvenir de la nación y de la Historia de la nación, de la vida de la patria, de nuestra propia vida. Esto es serio, ésto debe ser tomado en serio y en serio lo tomaremos nosotros siempre que nos sea posible. Si alguna vez traicionáramos tan razonable propósito, no sería nuestra la culpa, sino de quien nos lo hiciera traicionar.

Porque no es la Política, tan elevada en su significación que sólo con alteza de miras podemos ocuparnos de ella, la que nos mueve a la ironía; son los políticos los que, a veces, nos inspiran el comentario zumbón y el trazo de la caricatura.

Ni el uno ni el otro tienen en estos momentos oportunidad. Comenzamos estas impresiones en días solemnes. Comportémonos, pues, con solemnidad, ni más ni menos que un buen gobernador civil de tercera, de uniforme y presidiendo la procesión del Corpus.

A los días de zozobras, de incertidumbres,

de hondas preocupaciones, de acongojadores pesimismos, siguieron los días optimistas en los que la esperanza puso su luz consoladora en amplios horizontes. Y con la mirada en estos horizontes que el patriotismo abrió ante nuestros ojos, esperando estamos; esperanzados aguardamos cuanto se nos prometió y cuanto nos prometieron nuestros optimismos.

Sin embargo, un vaho de desconfianza se eleva del fondo de nuestro espíritu y comienza a empañar esa luz prometedora que ilumina los horizontes que el patriotismo abrió ante nuestros ojos.

Y ¿por qué esto? España tiene en estos momentos un gobierno de altura, el de mayor altura que puede tener; los intereses de España están en poder de unas Cortes que son el fruto apenas picado de unas elecciones todo lo morales que la corrupción del cuerpo electoral permitió; los ministros son figuras representativas y personalidades preeminentes; gobiernan a España los primeros, los más altos, los más prestigiosos, los más experimentados, y en el Gobierno tienen su representación todas las tendencias políticas, todas las orientacio-

nes, todas los partidos históricos de la Monarquía... ¿Por qué esta desconfianza que creemos advertir en nuestro espíritu, que comienza a inquietarnos? ¿Es que somos un pueblo demasiado impaciente? ¿Es que la impaciencia nos hace ingobernables, o es que nos impacientamos al vernos sin gobierno?

Ya hablaremos de ésto en nuestra próxima crónica. De ahondar hoy el tema podría creérsenos dominados por esa impaciencia de que hablábamos.

Para entonces—un mes ha de transcurrir—las Cámaras, que habrán reformado sus reglamentos y habrán concedido la amnistía, estarán en vísperas de suspender sus tareas. A ello forzará la necesidad de que el gobierno prepare los presupuestos.

El Sr. Cambó convencerá a sus compañeros de gabinete de que, para realizar tan importante labor, necesitan verse libres de los trabajos parlamentarios.

Y el Sr. Ventosa, que por no seguir en la Comisaría de Abastecimientos el camino trazado por D. Luis Silvela—único político a quien el pueblo acepta hoy sin reservas—, sufre y sufrirá muy serios embates de los diputados socia-

listas, se mostrará seguramente reconocido por la tregua parlamentaria.

Tanto la desea, que el adelanto de una hora en los relojes—medida perturbadora y sin ninguna finalidad práctica—, obedece precisamente a ese deseo, en el que le acompaña el señor Cambó. Es una martingala para que las Cortes suspendan sus tareas una hora antes.

Joaquín AZNAR

# LA NIÑA "BIEN"

*(Para mi amiguita de las trenzas rubias.)*

Es una amiga tan discreta
que pensamientos y sentires
podrás decirle sin la inquieta
preocupación de que, repleta
de tus más cándidos decires,
vaya a verter en los oídos
de la rival curiosidad,
cuanto aprendió de los latidos
de tus ensueños más queridos
o de tu leve ingenuidad.

Ella suele mirar con los ojos cerrados,
pero sabe callar con los labios abiertos;
y sabrá divertirte con sus ojos pintados
y sabrá acariciarte con sus dedos helados
y sabrá acompañarte con sus pasos inciertos.

Sus trajes te dirán de la elegancia
que Venus y Endymión usan en Francia,
y con ondas sutiles, su fragancia
tapizará de pétalos tu estancia.

—

Por los arcos de triunfo de sus pintadas cejas;
por la gracia solar de sus rubias guedejas;
por la copla sin eco de su eterno reir;
por las líneas purísimas de sus contornos fríos;
por el misterio suave de sus ojos sombríos;
por su felicidad de no vivir;
por la gracia que vive prisionera en las cosas
y es soberbia en las piedras y candor en las rosas
y que el hombre adivina sin poderla expresar;
por la fragilidad de esta rubia muñeca
a quien puedes confiarle sin temores la rueca
de tus ensueños, para hilar;
por ella que madejas de amables ilusiones
hará del copo blanco de tus blancas visiones
y que será la esclava más bella del telar;
por ella, la purísima, que no tiene sentidos
e ignora los dolores como ignora los nidos
en su felicidad de no pensar;
por ella me presento ante tu olvido;
yo soy un poeta dolorido:
los hombres me han mordido...

¡Tú no puedes saberlo: las pasiones
que no dicen amor, son tan mezquinas
para las dulces almas femeninas!

—

Y en esta amiga tan discreta
que de las manos del poeta
va al reposorio del candor;
en la «poupée» de porcelana
a quien verás cada mañana
con más confianza y más amor;
en esta rubia compañera
que te dirá de la manera
cómo más tarde has de querer;
cuando se acabe la fragancia
de estos tus años de la infancia
y te conviertas en mujer;
¡oh! tú la rubia señorita
que una muñeca necesita
para jugar a la pasión,
y que meciéndola en tus brazos
vas aprendiendo otros abrazos
en que pondrás tu corazón;
piensa que así es la musa mía,
en sus contornos dura y fría
y muy adentro pasional,
y cuando dejes de quererla

piensa que en lo hondo hay una perla,
la perla negra que es fatal.
Y así, dudando entre arrojarla,
entre quererla u olvidarla,
con femenil frivolidad,
habrás sin duelos aprendido
que Amor termina en el Olvido
y las ternuras en crueldad.

JULIO RUIZ ALMENAS

# Romancero de los recuerdos.

*Que es propio del amor,*
*si es verdadero,*
*compendiar en un ser*
*el mundo entero.*

(Poetas Españoles.)

—¡Buenos días! ¡buenos días!

¡Con una voz tan viva, tan sonora y tan clara...! Aquellos *buenos días* se precipitaban unos tras de otros como los eslabones de una cadena de cristal. No eran, ciertamente, pocas las pestes que solían echarle los peones, los arrieros y las fámulas. Por lo bajo, se entiende, porque... ¿quién iba a chistarle a la reina de la casa, a la hija adorada y adorable del amo?

Era cargante, en verdad, eso de tener que

levantarse antes de las cinco de la mañana... no a estarse mano sobre mano al calorcillo de los fogones crepitantes, erizados de luengas llamaradas, sino a tirar muy duro y diligentemente del rabo del azadón, mojándose la faz en el rocío de la espinosa *sarzahueca* y demás herbajos que apestan los plantíos, no a tomar sosegadamente del humoso cacharro de cacao criollo, sino a tragar de prisa para salir en seguida a derribar, hacha en mano, corpulentos robles, enormes brezos y troncudos samanes; a ir, camino de los legumbrales, a traer la provisión de vituallas, y en grandes cantidades, por los laberintos de los araucarales y los cangilones.

¡Qué muchacha! ¡Tan acaudalada y dejar su lecho tan temprano! Pero ella no podía sustraerse al placer de madrugar. De ahí que al primer claror del alba se precipitase diligentemente al tazón... Hundía los morenos brazos en el agua... luego las manecitas pasaban por aquella cara risueña como las alas húmedas de un pájaro!

Luego comenzaba a gritar desde lo alto de la noria: —¡Buenos días! ¡Buenos días! ¡Buenos días!

Y aquellos gritos eran la campanada. ¡A levantarse *todo Dios!* ¡No era posible quedarse bajo la espesa manta! Junto con ella cantar su saludo; se alborotaban los perros, se precipitaban las gallinas desde lo alto de sus dormitorios, en los árboles del patio, ¡y la guasa de los pájaros salvajes picoteando los racimos amarillos del dulce y oloroso cotopriz!

Cuando las fregonas, bostezando, estirando los brazos, escarbándose las liendres, comenzaban a entrar en la cocina, ya Encarnación había hecho abundante lumbre y barría con diligencia los suelos.

Vibraba su voz:

—¡Ponte a moler, Juana! ¡lava las cazuelas, Isidora! ¡Atiza el fogón, Lucía! ¡No seas perezosa, Manuela! ¡Habla menos, Guadalupe, que te pones más flaca y más fruncida!

¡Era tan nerviosa y tan viva! ¡Estaba en todo!

Y todo eso no le impedía aprender a tañer la guitarra, leer los periódicos de la capital, asistir a los saraos de las familias acomodadas en el pueblo inmediato.

¡Cantar! ¡cantar! ¡cantar! ¡Adorando mucho a aquel pedazo de tierra serrana... amando

mucho a su papaíto, el buen viejo cuya vida prolongaba ella con el hálito santo de sus zalemas y sus risas!

¡Y eso que *ella* jamás había sentido en sus labios la infinita dulzura del pezón maternal; pues la amorosa mujer, su madre, al darla a luz, se rasgó la entraña para siempre!

Desde entonces su madre fué... *¡Madreperla!* una vaca joven, de cuernos negros, que, acostumbrada a que se la pusiesen todos los días bajo la ubre, solía mugir cuando la oía llorar!

El patio de la casa de la hacienda era la casa de la primavera, por la gracia y la diligencia de sus manos. Allí las cayenas, cuyos adornos purpurinos se desmayaban sobre los tallos como bocas torturadas por una fiebre de tormentos carnales; allí el jazmín real taraceado de nieve; ahí las berberías fragantes, las clemátides, las sarzarrosas, las clavellinas de oro, la campanilla azul cuajada de rocío. Y por sobre los pretiles y los brocales de los pozos, desparramadas, las enredaderas floridas... y el empinado barranco desde cuya eminencia se contemplaba el río bullicioso precipitándose entre peñascos, todo blanco de espumas y resplandores, como empeñado en desguasar con-

tra las asperezas de su lecho toda la belleza inmaculada de sus nieves y de sus platas.

¿Acaudalada? ¡Sí! Cada toro de las dehesas de su padre pesaba tanto como un farallón; los hórreos crujían bajo el peso de las cosechas. El pedazo de tierra propio tenía por lindero las charreteras berroqueñas de unas cordilleras lejanas.

Y toda ella rosada, harmoniosa, viva, olorosa, como una amapola selvática. Las trenzas le flotaban a la espalda como una bandera victoriosa; los ojos negros, rasgados y grandes, mimados por la potencia de la juventud, pero en cuyo fondo parecía vagar la misteriosa luz, toda pesadumbre, de las razas vencidas.

Era la Jauja ideal para toda una tropa de representativos en el distrito.

«La hija de don Roque, ¡quién pudiera conquistar a la hija de don Roque! ¡La hija de don Roque... era un imposible!»

La hija de don Roque era... como las cumbres de su país: lejana, preciosa, toda fragancia y lozanía... pero, ¡cómo ascender hasta ella!

Aquella cuestión había sido tratada... Y ella suplicó al punto, ciñendo con sus brazos—guirnaldas de azucenas—el cuello del anciano.

—¡Papaíto...! tú me dejarás casar con quien yo quiera, ¿verdad? ¡No hay prisa! Ya verás como el día menos pensado, te sorprendo... ¡un novio! ¡Dios, mío! ¡un novio!

Los besos pasaron por el rugoso cuello del anciano como las lluvias por las grietas de un árido pedazo de tierra.

—Lo que tú dispongas, hija mía.

Don Roque no tenía más voluntad que la de aquel pedazo de su alma.

Y no volvió más a insinuarle las pretensiones de este o aquel ricacho.

Ella, Encarnación, no se preocupaba por la edad, ¿veinte años? ¡quiá! ella se casaría al quererlo. Estaba segura de ello... Mil veces se lo había dicho el agua de la noria al pasar loca de frescura y de risa por aquellos sus hombros milagrosos, por aquellos sus senos duros y ricos, al dejar sus espesos cabellos castaños cuajados de brillantes.

Y decía la gente: «la hija de don Roque, ¡qué hermosa está! ¡Cuándo se casará la hija de don Roque!»

Los peones y las fámulas deploraban desde el fondo del alma que aquel casorio no se efectuase lo más pronto posible. Porque... —refle-

xión muy lógica —, casándose «la niña Encarnación», pues... ¡dejarían de ser aquellas baraúndas de los *buenos días* antes de las cinco de la mañana!

¡Cada cual está en lo que está!

Aquel año se había hecho la costumbre de los *buenos días* más torturadora que nunca. La sierra permanecía escueta. El cielo purísimo. ¡Pero el sol se levantaba tan tarde! Y claro, que la brisa hacía lo demás, viniéndose a retosar lochinchera y áspera en las cabelleras de los árboles.

El frío nos va a matar este año, solían exclamar apesadumbrados los peones.

El único que no decía palabra era Miguel, el mayoral, un mocetón que engañaba muchachas, desbravaba potros, y que, cuando *coleaba* reses zahareñas en las calles del pueblo, obtenía más galardones que nadie.

Muchos de estos trofeos se los llevó a su ama «la niña Encarnación».

Presentes que ella recibía con cierta frialdad. Ni las gracias le daba. Limitábase a decirle: — ¡Pónlas ahí!

Y era llegada la noche de la Navidad, en que en labranzas y bohíos americanos se da

a los criados, peones, fregonas, una regalía (1).

La casona de don Roque estaba aquella noche como otros fines de año, llena de músicas, de flores, de zarazas nuevas.

¡A todos se les había dado «su regalía»!

El reloj iba a marcar la hora de las doce. Todos estaban borrachos. Sólo se esperaba que la campana del cobertizo diese el golpe, para lanzar todos un ¡hurrah! y abrazarse entusiastamente.

Ya no faltaban sino dos minutos, cuando vibró la voz de Encarnación:

—¡Miguel!

El aludido corrió donde lo llamaban.

—A todos—díjole Encarnación—, se les ha dado su regalía... y a ti... ni te la han dado... ni la has pedido. ¡Soberbio...! ¡Pues bien! A mí tampoco me la habían dado. Pero yo sí la pedí, porque no soy tan soberbia como tú... ¡le he pedido a papá la regalía de que me deje casar contigo!

Los morenos brazos de Encarnación se colgaron al cuello del recio mayoral, sus labios

---

(1) Propina de Año Nuevo o Pascuas.

rojos se hundieron en aquella boca ávida y montaraz...

Cuando los peones y las fámulas supieron lo ocurrido, murmuraron tristemente:

—Los buenos días continuarán, quién sabe hasta cuando...

RAFAEL BOLIVAR CORONADO

Madrid, 1918.

# SACRIFICIO

Dividiera en cien hojas tu epidermis de raso,
dos mil tipos de calcio de tus huesos haría
y con rojo vivo de tu faz, timbraría
la sedosa blancura... Modelaría un vaso
de marfil, con tus dientes.. para morderte acaso
al beberme tu sangre... ¡Con qué placer leería
entonce aquellos versos que te cantaron mía,
cuando de sangre mía te colmabas el vaso.
Releyendo esos cantos en tu epidermi impresos,
como inaudito monje su misal de aleluyas,
te estrujara en mis manos, te aspirara en mis besos...
Y si hoy a tu mirada no más fulguro y vibro,
por bañarme en las crueles emanaciones tuyas
con la piel de tu seno empastara ese libro!

RAFAEL BRUZUAL LÓPEZ

# ¡HERMANA...!

Eres bella; tus ojos tienen como una transparencia azulada, y cuando una lágrima, de tristeza o de alegría, brilla en ellos, semeja una estrellita sobre el azul del cielo; tus labios, de color de cereza, son dulces y afables, acarician en su mutismo y hablan sólo al corazón que puede comprenderlos... Por eso muchas veces platican con los míos... Tu rostro, virgen de todo contacto impuro, es blanco como un símbolo de la pureza misma. Y en tus gestos y en tus expresiones hay una ternura infinita, una bondad sincera, una melancolía de ensueño... Esto corporalmente; en espíritu eres un ángel, una santa...

Y, sin embargo, ¡cosa rara! no puedo amarte. En ti residen todas las hermosuras que el poeta sueña para sus versos, todos esos líricos

encantos que él engarza como perlas preciosas en el divino collar de un poema admirable, en ti se encarna la más sublime concepción del artista, y tú sola, con tu belleza y tu bondad, bastarías para hacer francamente feliz a todo un mundo de desdichados... Pero tus ojos dejaron un día de mirarse en Jesucristo y en Dios; por primera vez, fueron intérpretes de tu corazón y de tus sentimientos, y clavároнse con dulce pasión en los míos... Yo te miré también. Un poco desconcertado, abstraído y confuso, fuí unos instantes víctima de un hipnotismo sentimental... Al principio fué una emoción inexplicable, después una admiración profunda. Tú no me comprendiste; yo leí claramente en tu mirada y por ella supe tus sentires.

Y hoy acaso seas desgraciada, tal vez no seas feliz. Tuvieron la culpa tus bellos ojos. Inconscientemente, he arrancado de tu pecho la serenidad de la inocencia y descorrido de tus ojos el velo de los sueños de color de rosa... Has empezado a vivir, esto es, a padecer. Y yo, sabiendo que tú me quieres con un cariño incomparable, comprendiendo que serías capaz de todos los sacrificios y de todos los su-

frimientos si con ellos podías darme una partícula de felicidad, no puedo corresponder a tus ilusiones de enamorada. No es que te aborrezca, no es tampoco que odie o que rehuya tus quejas amables, no; es... no lo sé, créeme, te lo juro, no acierto a explicármelo. ¡Te admiro, eso sí, en toda tu belleza! Yo te quiero también, te quiero mucho, pero con un cariño de hermano, con un amor fraternal... Yo te besaría con unción fervorosa en la frente, lejos el deseo carnal, y tú sufrirías acaso porque me quieres de otro modo, y tus labios no podrían resignarse a la quietud, abrasándose mentalmente en el fuego de la pasión. Se unirían tus labios y los míos, y sería como el beso del sol en el mármol...

Muchas veces he querido analizarme a mí mismo, meditar mi vida, estudiar detenidamente este aspecto raro de una psicología no menos extraña. ¡Todo inútil! ¡Fueron siempre vanas mis pretensiones!

.....

Te llamo hermana y tú lloras en silencio. Cuando estoy a tu lado, créeme, sufro tanto como tú. Yo quisiera poder castigar a mi corazón, mortificarle duramente, pero no puedo,

me faltan energías... Hay momentos en que quisiera mentir, engañarte, ya que así podría hacerte un poco dichosa. Pero no me atrevo. Además, ésto equivaldría a duplicar tus pesares, y yo tendría siempre este remordimiento de conciencia. ¡Pobre hermana de mi alma, qué no haría yo por devolverte todo lo que sin querer te he robado! Eres tan buena, que tengo miedo de encontrarme contigo y escuchar tu voz apagada, con tímidas intermitencias y cortadas frases... ¡Goces no aplacados, anhelos no satisfechos! Y soy yo, a pesar mío, el responsable de tus dolorosos quebrantos. Yo tengo la culpa de tus pesares y de tus tristezas.

¿Por qué no piensas en mí como piensas en el hermano querido? ¿Por qué no procuras alejar de tu mente la constante preocupación de un cariño que a ti te mata y a mí me tortura...? Pero, ¿qué digo...? Sé que si continuara en mis consejos, algo absurdos, agrandaría el sufrimiento tuyo, y la llaga que hay en tu corazón manaría con más abundancia sangre... ¡Perdóname, hermana mía! No me guardes rencor ninguno, que yo soy bueno como tú... Reclina tu cabeza en mi pecho, asoma a los labios tu alma, y ven, acércate a los míos, que se unan

entonces nuestras almas, en un beso, dulcísimo y puro, lleno de fraternal emoción...!

.....

.....

.....

.....

ANIL AS

# EL TEATRO

En esta sección vamos a analizar la producción teatral española, es decir, vamos a tratar de hacer crítica analítica. Debemos, por lo tanto, adoptar la conveniente actitud espiritual y, además, los prismáticos de *Claretie* o las gafas potentes de *Clarín*.

Y cuanto veamos algo, lo diremos.

Primeramente, un interesante preámbulo de aclaración para que nuestra crítica quizás no logre encerrar el análisis debido y sea, por lo tanto, más impresionista.

Y una necesaria declaración: nuestro escalpelo está desinfectado y bañado en una benevolencia optimista.

Esto no quiere decir que seamos esclavos del elogio. El elogio lo consideramos, en ciertos casos, necesario. Se puede elogiar una la-

bor, y ser ésto un noble estímulo fortificante, y censurar una obra. Una producción dramática desorientada puede encerrar una alta concepción artística. El elogio debe ser aplicado con la justa ponderación.

Queremos, en fin, expresar que estamos dispuestos a pregonar con clamores de fama el valor de una obra, cuando surja una obra. Y que no seremos demasiado apostróficos ante el fracaso, cuando veamos que éste es debido a desorientación, no a falta de sanos propósitos.

Del teatro extranjero, pocas líneas. Como un estudio comparativo, o como homenaje de admiración a la obra excepcional, únicamente. La producción española será siempre nuestro tema.

Como acostumbramos a tener el valor de nuestros propios actos, nuestro nombre irá al pie de las críticas, sin que nos arredren las críticas que seguirán a nuestro nombre.

Nos consta la importacia y la trascendencia que todos los españoles conceden a la literatura dramática, y sabemos que un mozo de café tiene el suficiente *entrenamiento* para establecer paralelos entre el autor de *Los intereses creados* y el creador de *Macbeth*. Y pensando

de este modo, trataremos de escribir para todas las categorías de lectores.

Sinceridad es el escudo. Claridad de lenguaje, justeza, frialdad y equilibrio, son las armas.

Ahora observamos en las precedentes líneas una seria contradicción. Hemos dicho que adoptaremos los lentes de *Claretie* o las gafas de *Clarín*. Esta es una cosa que debemos aclarar.

*Claretie* era el examinador técnico, teatral, sujeto al impresionable espíritu latino. *Clarín* era el profundo analizador, escrupuloso, exigente, investigador y elocuente.

De modo que en nuestro espíritu no caben estas dos vibraciones del temperamento, y, por lo tanto, rectificamos nuestra *pose* de cronistas teatrales.

Y a ésto es, precisamente, a lo que queríamos llegar. Cronistas, mejor que críticos.

La crónica será a la vez informadora y examinadora. Una impresión exacta, en lo posible, un juicio desapasionado y una relativa amenidad.

En esta primera crónica han de figurar varios títulos sobre los que no hemos de detener-

nos mucho, porque estos títulos tampoco se detuvieron mucho en los carteles.

Antes de empezar la temporada de Primavera el interés de la producción teatral estuvo en la obra de Benavente *Los cachorros*. Las orientaciones artísticas y la finalidad del dramaturgo en esta comedia acusaban una modalidad muy cercana al realismo, pero el tema tratado estaba falto de la necesaria sugestión teatral. Por esto *Los cachorros* defraudaron al público.

Sin duda, el Sr. Benavente ha estudiado muy de cerca la vida inconsciente de los hijos del Circo, y ha intentado presentarla sin matices literarios y con exhuberancia de detalles, que el auditorio, desconocedor del ambiente, no ha podido apreciar en todo su valor naturalista.

En *Los cachorros* el comediógrafo no logra su fin. Pero, sin duda alguna, triunfa el observador de caracteres y sentimientos.

Todo lo contrario ocurre en *Los senderos del mal,* excelente comedia de D. José López Pinillos, estrenada en Lara. En esta obra, el autor teatral consigue sostener el interés sobre un tema falto en absoluto de novedad.

En cambio, apenas vislumbramos una medi-

tada finalidad artística, aunque el intento del comediógrafo queda esbozado en la psicología eterna del Bien y del Mal.

*Los senderos del mal* acusan personalidad dramática y firmeza escénica; sólo esta relativa importancia tiene la comedia del Sr. López Pinillos.

Vemos, pues, que la temporada primaveral no florece en literatura dramática. Pasó *Alondra*, de D. Eduardo Marquina, con raudo vuelo; triunfó en el Odeón la poesía de *La madre Quimera*, de López Alarcón y Godoy, y nada más.

Nos encontramos después ante la producción de teatro cómico.

El teatro cómico tiene, para nosotros, una considerable importancia y una relativa trascendencia. Al teatro cómico hemos de consagrar un detenido estudio, aunque ahora lancemos la afirmación de que en España faltan autores que recojan todo el aspecto cómico que tiene nuestro carácter latino y todo el matiz jocoso de la vida que *consumimos* en Europa.

Las obras dignas de clasificarse en este género teatral, estrenadas últimamente, son pocas. *Rosina es frágil*, del Sr. Martínez Sierra,

es apenas un intento; *El voto de Santiago*, de Muñoz Seca y Pérez Fernández, es más vigorosa y tiene oportunos trazos de sainete; *Alicia neurasténica* encierra divertidos lances derivados de las anormalidades de un carácter femenino, y es una farsa norteamericana que cumple las exigencias de su categoría teatral, y *Un lío del otro mundo* es un gracioso juguete cómico—con toda la factura del *vaudeville*—del Sr. Lepina.

La crónica, esta vez, no puede recoger más actualidad. La campaña artística no inspira otros más serios juicios, y terminamos con toda sencillez.

EDUARDO HARO

# NOTA

*En el próximo número, y con motivo de cumplirse el primer aniversario del fallecimiento de* **José Enrique Rodó,** CERVANTES *dedicará un homenaje a la memoria esclarecida del Maestro.*

*LA DIRECCIÓN*

# ÍNDICE

Páginas

Films de París, por Rubén Darío.. . . . . 1
Las dos cabezas, por Guillermo Valencia.. . . . 7
El Libertador, por Eloy González..... 12
Bíblica.—Lluvia —En la tarde de sol, por E. Noboa Caamaño..... 15
El león y la lágrima, por José Enrique Rodó.... 18
Reminiscencia griega.—Reminiscencia del siglo xvm.—Envío, por Medardo Angel Silva... 24
La Francia y la Guerra, por Gonzalo Zaldumbide. 27
De la prisión, por Alfredo Arvelo Larriva..... 39
Meditando.—Añoranzas, por Rosa Bazán de Cámara..... 41
Mañana los poetas...—Tuércele el cuello al cisne..., por Enrique González Martínez..... 48
Actualidad artística, por Ballesteros de Martos.. 50
Somos los enfermos..., por José de J. Núñez y Domínguez..... 66

Páginas

El Peregrino curioso, por Alberto Ghiraldo..... 68
La hora azul, por Leopoldo Lugones ..... 72
La Canción de la Vida, por César E. Arroyo.... 74
Minueto, por Enrique Bustamante y Ballivian... 92
Alberto Ghiraldo, por Juan González Olmedilla.. 94
Interrogaciones, por José Bruno..... 100
Americanos ilustres: El Ilmo Sr. D. Federico González Suárez, por C. Gangotena y Jijón... 102
Rosas, por Xavier Sorondo..... 111
El Héroe, por Joaquín Dicenta (hijo)..... 112
Salutación al romero, por Alfonso Reyes..... 121
Política española, por Joaquín Aznar. ..... 123
La Niña «bien», por Julio Ruiz Almenas..... 128
Romancero de los recuerdos, por Rafael Bolívar Coronado..... 132
Sacrificio, por Rafael Bruzual López..... 141
Hermana..., por Alfredo Cabanillas..... 142
El Teatro, por Eduardo Haro..... 147
Nota de la Dirección..... 153

# Editorial "MUNDO LATINO"

APARTADO 502. — MADRID

## Extracto del Catálogo general

Pesetas

## OBRAS COMPLETAS

### DE RICARDO DE LEÓN
(de la Real Academia Española)

dición del Banco de España. Ocho volúmenes en 4.°, encuadernados en tela, con alegorías de Coullaut Valera y retrato del autor, por Vacqué . . . . . 50,00
A plazos . . . . . 60,00

### DE FRANCISCO VILLAESPESA

-Intimidades.—Flores de Almendro . . . . . 3,00
—Luchas.—Confidencias . . . . . 3,00
—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma . . . 3,00
—El alto de los Bohemios.—Rapsodias . . . . . 3,00
—Las horas que pasan. (Veladas de amor . . . . . 3,00
—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua. 3,00
.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales . . . . . 3,00

Pesetas

VIII.—El milagro de las rosas.—Resurrección.—Amigas viejas ..... 3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán ..... 3,00
X.—Tristitiæ rerum ..... 3,00
XI.—La leona de Castilla.—En el desierto ..... 3,00
XII.—El rey Galaor.—El triunfo del amor ..... 3,00

## DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de [illegible])

Tomos publicados:

I.—La caravana pasa ..... 3,00
II.—Prosas profanas ..... 3,00
III.—Tierras solares ..... 3,00
IV.—Azul ..... 3,00
V.—Parisiana ..... 3,00
VI.—Los raros ..... 3,00
VII.—Cantos de vida [illegible] 3,00
VIII.—Letras ..... 3,00
IX.—Canto a la [illegible] 3,00
X.—Opiniones ..... 3,00
XI.—Poema del otoño [illegible] 3,00
Ediciones de lujo [illegible]

## COLECCIÓN DE AUTORES ESPAÑOLES

*Edmundo González Blanco.*—Jesús de Nazareth ..... 3,00
*Emiliano Ramírez* [illegible] El Sol-Venta ..... 3,00
*Francisco De* [illegible] Andaluza ..... 3,00
*J. M Carretero.*—[illegible] series ..... 3,00
*J. Costa.*—Alemani[illegible] ..... 3,00

Pesetas

*J. de Lucas Acevedo.*—La Caja de Pandora..... 3,00
*López de Sáa.*—Los indianos vuelven..... 3,50
— Bruja de amor..... 3,50
*W. Fernández Flórez.*—La procesión de los días .... 3,00
*Zurita.*—Pícaros y donosos..... 3,00
*Elías Cerdá* —Don Quijote en la guerra..... 2,00
*V. García Martí.*—Don Severo Carvallo..... 2,50
*María Luisa Latil.*—Según labremos..... 2,50
— Genoveva..... 3,00
*Rafael Cansinos-Assens.*—Las cuatro gracias..... 3,50
*Eugenio Noel.*—El allegretto de la Sinfonía VII..... 3,00
*Pedro Pellicena.*—Los Cosacos..... 3,50
*Mauricio Bacarise.*—El esfuerzo..... 3,00
*Eliodoro Puche.*—Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño..... 2,50
— Corazón de la noche..... 2,50

## LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA EUROPEA

Biografías de los generales: Alberto I de Bélgica.—Joffre. Sir John French.—Lord Kitchener. Con preciosas fototipias, a ..... 3,00

## COLECCION DE AUTORES EXTRANJEROS

Traducidas por *Felipe Trigo.*

*Victoriano de Saussay.*—La ciencia del beso..... 3,50
*René Emery.*—Santa María Magdalena..... 3,50
*Maquiavelo.*—Obras festivas: La Mandrágora.—El P Alberico.—La Celestina.—El archidiablo Belfegor..... 3,00

Pesetas

## CELEBRIDADES ESPANOLAS Y SUD-AMERICANAS

I.—Bécquer (encuadernado)..... 3,50
II.—Zorrilla (ídem)..... 3,50
III.- Espronceda (ídem)..... 3,50

## COLECCION SELECTA

*Tomás de Quincey.*—Los últimos días de Kant..... 1,00
*Kalidasa.*—El reconocimiento de Sakuntala..... 1,00
*Rousseau.*—Discurso sobre las artes y las ciencias.... 1,00
— Origen de la desigualdad entre los hombres 1,00
*Luciano de Samosata.*—La diosa de Siria..... 1,00
*L. Sterne.*—Viaje sentimental de un inglés a Francia... 1,00
*F. Alvarado.*—El filósofo rancio. (Cartas)..... 1,50

## OBRAS DE JOSÉ FRANCÉS

El año artístico 1915..... 6,00
El año artístico 1916 (con 250 grabados)..... 10,00
El año artístico 1917 (con 250 grabados)..... 11,50
La estatua de carne (novela)..... 5,00
El alma viajera (novela)..... 3,50

## OBRAS VARIAS

*Sthendal.*—Del amor..... 6,00
*E. M. Segovia* (Oficial del Banco de España).—Los documentos de crédito ... 5,00
— Manual epistolar..... 2,00
*Rivero.*—Legislación de clases pasivas. Volumen de 500 páginas, encuadernado en tela..... 10,00
*R. Yesares.*—Ayuda memoria del mecánico electricista. Un volumen, encuadernado en tela.... 1,50

# HOMENAJE

DE LA REVISTA HISPANO-AMERICANA

# CERVANTES

A LA GLORIOSA MEMORIA DEL MAESTRO

# D. JOSÉ ENRIQUE RODÓ

EN EL PRIMER ANIVERSARIO

DE SU FALLECIMIENTO

José Enrique
Rodó

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Mayo 1918.

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

El oficio de pensar es de los más graves y peligrosos sobre la faz de la tierra, bajo la bóveda del cielo. Es como el del aeronauta, el del marino y el del minero. Ir muy lejos explorando, muy arriba o muy abajo, mantiene alrededor la continua amenaza del vértigo, del naufragio o del aplastamiento. Así, la principal condición del pensador es la serenidad.

En la América nuestra no hemos tenido casi pensadores; no ha habido tiempo. Todo ha sido fecundidad verbal, más o menos feliz, decla-

mación sibilina, «pastiche» oratoria, expansión, panfleto. Con dificultad se encontrará en toda la historia de nuestro desarrollo intelectual este producto de otras civilizaciones: el ensayista.

José Enrique Rodó es el pensador de nuestros nuevos tiempos, y, para buscar siempre el parangón en el otro plato de la balanza americana, diré que corresponde a Emerson. Es el Emerson latino cuya serenidad viene de Grecia, y cuya oración dominical es la salutación a Palas Atenea, la plegaria ante la Acrópolis. Y advertid que, a pesar de lo que se afirme y comente, Rodó no es un renaniano, en el sentido que en el común dialecto literario se da a esta palabra. Su tranquila visión está llena de profundidad. El cristal de su oración arrastra arenas de oro de las más diversas filosofías, y más encontraréis en él, del más optimista de los ensayistas, que del gordo cura laico biógrafo de Nuestro Señor Jesucristo, abate de Jouarre *in pártibus infidelium*.

Desde sus comienzos, la obra de Rodó se concreta en ideas, en ideas decoradas con pulcritud por la gracia dignamente seductora de un estilo de alabastros y mármoles. Solamente

que él pigmalioniza, y el temor de imposibilidad de frialdad desaparece cuando se ve la piedra cincelada que se anima, la estatua que canta. Nació con vocación de belleza y enseñanza. Enseñanza, es decir, conducción de almas. A tal pedagogía es a la que se refiere el Dante en un verso referente a Virgilio. Cuando apareció su primer opúsculo, «Vida Nueva», se vió el surgir de un maestro en su generación, en la generación continental. Su segundo opúsculo sobre el autor de «Prosas Profanas», o mejor dicho, sobre este libro de poesías, le afirmo virtuoso de la prosa de la erudición elegante, y en la última parte de su trabajo, profeta. Altas y generosas especulaciones le ocuparon, y «Ariel» señala un nuevo triunfo de su espíritu y una nueva conquista de sus predicaciones, por la hermosura de la existencia, por la elevación de los intelectos hispano-americanos, por el culto nunca desfalleciente ni claudicante del más puro y alentador de los ideales. Definíase más y más su personalidad, y se hubiera dicho un filósofo platónico de la flor del paganismo antiguo, resucitado en tierras americanas. Y tuvo el más bello de sus gestos, cuando llevado a las controversias de la prensa

y a las agitaciones de la cámara por los caprichos de la política, el adorador de los dioses de la Hélade salió a la defensa de nuestro pálido Dios Cristiano, desterrado allá como en Francia, de los lugares de la Justicia, por obra de la roja cosa jacobina.

Por último, aparece su obra magna hasta hoy, esos «Motivos de Proteo», aires mentales sinfonías de ideas que llevan dentro tanta virtud bienhechora, libro que ha sido acogido en todas partes con entusiasmo y con razonada admiración. Es un libro fragmentario, ¡pero cuán lleno de riqueza! Fragmentario ocasional o decididamente. Ello hace que su prosecución sea indefinida, y que el encanto y el provecho se prolonguen en la esperanza después de cada aporte. El tesoro está allí. Cada vez que Aladino baje, estemos atentos.

RUBÉN DARÍO

# OPINIONES

Estudió y escribió, brilló y sufrió.
Nunca de *la abuelita renegó,*
Ni al triunfar ni al sufrir. ¡Gloria a Rodó!

MARIANO DE CÁVIA
(Español.)

---

Pensad—¡oh, jóvenes de América!—que para la liberación de vuestros pueblos, para la eterna independencia de vuestro espíritu, más útil y decisiva que la espada triunfadora de vuestros Libertadores, ha sido la pluma luminosa de José Enrique Rodó, esa sombra augusta que acaba de desaparecer de las miserias de la vida para traspasar, serena y radiosa como la de un semidiós, los umbrales gloriosos de la Inmortalidad.

FRANCISCO VILLAESPESA
(Español.)

He aquí los escalones del ingenio de nuestras tierras, cuando es predestinado: primero, su provincia; después, su República; luego, América; más tarde, España; al fin, el mundo.

Rodó, el amado de los dioses, ascendió por todos estos escalones, sereno, radiante, inmortal...

No es nuestro, por más que nos enorgullezca su paisanaje: pertenece ya a la cultura y a la excelencia humanas.

AMADO NERVO
(Mexicano.)

---

La mayor parte de los escritores constituye únicamente un reflejo de la época en que vivieron; la obra de José Enrique Rodó significa algo más que esto; pertenece a esa preciosa minoría de obras que no tienen fecha porque son de todos los tiempos, porque los hombres que las produjeron no tuvieron ojos ni oídos para un pedazo de mundo determinado y unos cuantos años, sino que supieron ver y escuchar, sin limitaciones mezquinas, el alma universal.

J. ORTIZ DE PINEDO
(Español.)

Considero a José Enrique Rodó la mentalidad más alta de la raza latina. Aún no está suficientemente conocido: pero la corriente iniciada en su favor promete divulgar sus obras como merecen. La posteridad ha de incluirle entre la media docena que, a lo sumo, forman los grandes pensadores del universo.

Augusto MARTÍNEZ OLMEDILLA
(Español.)

30-IV-918.

---

Rodó es un espíritu que merece que se dedique toda la atención hacia su obra. Se parece a Renan, de cuya bondad estaba lleno; su obra es un largo buen consejo que da a todos, intentando despertar y despertando lo mejor que hay en cada uno.

Su cultura circula al través de su obra, con una circulación igual, constante, fácil y copiosa. Había hecho que la cultura circulara escondida y fertilizante, bajo la belleza de su estilo, como la savia que le daba una vida fervorosa. No era su cultura la del crédito, un poco estancada y muerta en su alma, sino una cultura vital que vibraba con inquietud en su memoria de un modo orgánico y vivificador.

Tenía Rodó algo de apóstol, un apóstol que podríamos llamar *trapense;* un apóstol que escogía el silencio, el medio silencio aportado y solitario del libro para cumplir su apostolado. Resultaba admirable cómo desde su remoto despacho de América se había dado cuenta del espíritu español y se había apoderado de la forma del castellano, un castellano dúctil, transparente y tierno, como un modelo purísimo de castellano moderno y antiguo, fundidos de un modo adorable.

El amor y respeto a España que Rodó demuestra en su obra es algo sincero, fundamental, que sin propalar el tópico de la fraternidad, era lo verdaderamente fraterno.

CARMEN DE BURGOS *(Colombine).*
(Española.)

---

Yo veo en José Enrique Rodó a una de las más altas mentalidades de estos últimos tiempos.

Por sus obras cruzan unidas inmortalmente—como las almas de Francesca y Paolo en el infierno del Dante—las bellezas y las ideas, que son las flores y los frutos del jardín del entendimiento humano.

«El mirador de Próspero» es una de las obras más amenas, más intensas y más sugeridoras que he leído.

Hay muchos escritores antiguos que son siempre modernos. Pero son contados los modernos que merezcan llegar a ser antiguos.

Entre los que alcancen esa gloria, las generaciones futuras habrán de contar al insigne autor de «Los motivos de Proteo».

¿Dónde hallar sus fuentes literarias? ¿En Stendhal? ¿En Saint-Víctor? ¿Quién puede afirmarlo? El espíritu del genio es tan pulcro que sabe secarse las comisuras de los labios de modo que nadie adivine si ha bebido.

MIGUEL DE CASTRO
(Español.)

Madrid, Mayo de 1918.

---

José Enrique Rodó representa el pasado, el presente y el porvenir de la raza hispánica; las tradiciones de ayer, el trabajo de hoy, las esperanzas de mañana; es el idealista armónico predicador de las más nobles virtudes de la madre España.

MANUEL RODRIGUEZ-NAVAS
(Español.)

Mayo de 1918.

Sin tiempo para hablar del gran Rodó con la extensión que se merece, ya que está acabándose de imprimir el número que la revista CERVANTES le dedica, no quiero, sin embargo, que falte mi nombre en el homenaje, aun cuando supongo lo autorizarán otros de mayor valía.

José Enrique Rodó es el más alto pensador del Uruguay y uno de los ingenios más preclaros que ha producido la América hispana. Es el maestro uruguayo de la prosa, como Zorrilla San Martín lo es de la poesía. Como crítico literario, probablemente es el más acabado de América. Pero por encima de su manejo del idioma y de su temperamento artístico, de su crítica atinada, de su portentosa erudición y de sus emersonianos ensayos, está su altísimo magisterio. Toda la juventud americana le rodea en espíritu y en verdad, atenta, ansiosa de oir sus consejos, arrebatada en alas de la altísima idea que para su educación intelectual y ética les propone, de los nobles propósitos y recios alientos que en sus pechos infunde.

Maestro de maestros, «Ariel» de la juventud americana, es todo luz esplendorosa, calor de vida, anhelos de belleza artística y de grandeza moral.

No nació en la América hispana varón tan

apostólico del más encumbrado arte y de las empresas más excelsas de la inteligencia y del corazón.

Las páginas todas de sus libros son acicate que espolea a todo lo mejor. En ellas puso su asiento la Elocuencia, que, sin sentir, arrastra al lector hacia el bien, que le encamina hacia la verdad, que le levanta sobre sí, haciéndole menospreciar las pequeñeces transitorias de la vida y le pone alas para volar por lo más alto, y le endurece para las luchas del mundo, y le engrandece y agiganta para las lides de la inteligencia.

Maestro de maestros. Esa es su gloria, que sólo el insigne Andrés Bello puede en alguna manera disputarle en América, y Menéndez y Pelayo en España.

Y no me queda espacio para más, ni siquiera para extasiarme en su estudio sobre *Rubén Darío*, dechado de crítica perspicaz y certera, modelo de prosa florida y armoniosa.

Julio CEJADOR
(Español.)

Mayo de 1918.

# A RODÓ

Si en el Parthenopeo,
—visión azul, viento sonoro
y rápidos trirremes entre las islas de oro,—
el sutil monstruo marino,
—¡Proteo!,—
genio multiforme, númen divino,
sobre el enigma de la vida, fragua
el sortilegio maravilloso
de la mudanza eterna de las formas,
tornándose de fuego el agua
y de agua el fuego en el reposo
augusto de las normas,
también tu alma vió
en la gran cifra de lo inmutable,
la maravilla ideal
que la mano de hada de la vida tejió,
el fenómeno, el sueño, la urdidumbre, la magia innumerable
sobre lo infinito, perenne, eternal...
tu alma vió,
tu alma clarividente de latino,
y tu intelecto equilibrado y cristalino...
¡José Enrique Rodó!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Sería preciso evocar la atmósfera, que parecía cargada de presagios, de la época en que Rodó surgió a la vida intelectual para comprender cuan inevitables fueron las inquietudes de su iniciación. Ellas dan, a sus primeros ensayos, aquel tono ansioso, patético, que pronto dejará de resonar en la calma alciónica de su obra.

En su ardor de comprenderlo todo, hizo suyas, hacia 1895, todas las audacias y todas las dudas del pensamiento finisecular. En medio a tantas negaciones y solicitaciones contradictorias como entrechocaban en la grandeza sombría del fin del siglo, el joven pensador buscaba ansiosamente una certidumbre. Pensar, para él, no era, desde entonces, mero ejercicio dialéctico, función aislada o inocua. Era iniciación grave y prueba de una vocación. Las ideas, repercutiendo en el centro mismo del alma, prolongaban su resonancia sobre la vida,

extendían su influjo ledo o su fatídica sombra sobre las cosas más inocentes. Rodó aparecía así dotado de esa intuición que percibe, en el fondo de los sistemas más abstractos, el dramático alcance de las ideas. Comprendía apasionadamente la tragedia íntima de un Amiel—de quien se apartará más tarde casi con desdén—. Aventuraba en sus fervores y meditaciones la paz del alma frente a la vida de sentido incierto... Pero ya el presentimiento de su inmunidad despertaba en él.

Se acercaba de preferencia a los libros vertiginosos. Recorría con seriedad los «*Dialogues Philosophiques*» del sonriente profesor de nihilismo, más sensible sin duda al encanto de las páginas aladas, que a la atracción de los abismos sobre los cuales revuelan. Se demoraba en la peligrosa voluptuosidad de no encontrar ya fe alguna, ni caridad que compense, ni esperanza que persuada a seguir buscando. Pero todo aquello no era en realidad sino diletantismo pensativo y grave. En el secreto de su conciencia una luz velaba. Una voz interior persistía como anunciándole que saldría de su opresión, y hallaría, descampado y libre, su camino propio.

De la decepción peculiar a la filosofía de la época, pasaba a refrescar su sensibilidad en la poesía. Mas en el juego de ritmos, de imágenes y de acordes, no lograba olvidar del todo sus preferencias. Reclamaba para la emoción poética el fermento humano de sinceridad, el dolor y el misterio del hombre, la visión de su destino. Como el d'Annunzio convaleciente de exquisitos males, pedía a los poetas «el verso que exalta y consuela». Pedíales también augurios, presentimientos del rumbo ignoto o promesas de apaciguamiento. Más malhallados que nunca, los poetas sólo ofrecían vanos nepentes de olvido, y no sabían qué responder.

Sin embargo, Rodó se abandonaba al encanto vario y la parcial verdad de todas las escuelas. Era el tiempo en que, dispersos los últimos cenáculos originales, sus doctrinas e innovaciones llegaban desde París, en confusos ecos, a la América ávida.

«Mi temperamento de Simbad literario es un gran curioso de sensaciones», decía. Pero pronto su inteligencia de la realidad y su amor de las grandes ideas le arrancaban al falaz hechizo. No se afilió a escuela alguna, que desde entonces sobrepasaba toda arbitraria limita-

ción, por natural amplitud de espíritu como por celo de libertad.

Así, de los parnasianos—con quienes, empero, tenía, por la reserva distante y el fiero pudor del alma, tantas afinidades de gusto y de temperamento — le alejaban la glacial inmovilidad de la contemplación marmórea y la desesperanza implícita. Alejábale también de ellos el desdén que profesaban por su propia época. Rodó, que sufrió en espíritu tanto de ella, nunca quiso renegarla: amábala a pesar de todo, por todo, y quería más bien que el arte la reflejase en toda su sombría y anárquica aspiración. Por eso del naturalismo, de quien aborrecía la estrechez y las negaciones, aceptaba con entusiasmo el total denuedo ante la realidad. Y por eso no quiso huir con el simbolismo a la «última Thule» del sueño.

Mas después de apurado el vino de todas las vides, sintió que ninguno aplacaba la sed del alma, vuelta más acerba.

Su primera obra está llena de esta espera y de este clamor. Aguardar respuesta a ansias eternas, ¿no era candor? Pronto dejó de esperar. Advirtió que la inquietud provenía principalmente de la anarquía interior, y volvió la

atención hacia sí. Comenzó por ponerse de acuerdo con su verdad íntima. Su dialéctica era ante todo necesidad de concordia. Lejos de todo narcisismo, lejos de todo contagio o afectación de perversión elegante, lejos también del amielismo inhibidor y cruel, dióse al cultivo del alma, arte que llevará luego a la perfección. Serenado, pudo mejor escuchar las *voces interiores*. No tardaron en preludiar esa melodía de serenidad que es como la interna música de su espíritu.

Desde entonces comienza a alzarse con el don innato de la orientación la heroica y cándida esperanza de su optimismo regenerador.

Aquel Rodó, juvenil, inquieto, ansioso de hallar rumbo, sería muy interesante de esbozar aquí, en contraste con el pensador ecuánime, norte y guía de generaciones. Pero en esta rápida traza no cabe tal desarrollo.

Fué aquel un Rodó momentáneo, de iniciación. Luego su vida interior avanza y se despeja como esos climas de primavera furtiva y brusca, en que la urgente savia estalla casi repentina y florece toda a la vez, para ceder en seguida el campo a los radiosos días de estío, que instalan su esplendor tranquilo como

si hubieran de durar siempre. Páginas hay en su obra de tan radiosa serenidad, que en verdad inspiran la misma melancolía que esos días demasiado bellos: no tenemos felicidad que resista a su resplandor, ni podemos poner el alma a diapasón de su luz.

⁂

Rodó nos ha hecho sentir magníficamente el calor de su alma —por lo demás recatada y distante— en esos retratos de personajes sudamericanos, de distintas regiones todos, pintados con viviente predilección, y en cuyo fondo, con una fuerza potente y enternecida, puso tan vivos toques de americanismo esencial. Por todo ello, por sus evocaciones y por sus pronósticos, por sus sentimientos, tanto como por sus ideas, Rodó fué amado por todo el continente y considerado como nuestro escritor más representativo.

Menos original en la manera, menos genial en el temperamento, que Montalvo, en el sentido del candor y la alegría creadores; más cordial, más harmonioso que Andrés Bello, Rodó, con ser tan europeo, es, precisamente por esto,

el literato que encarna con mayor pureza la civilización que vamos aprendiendo, la mente que vamos asimilando.

Otro que tuviese alguna sorprendente originalidad distintiva, algún pungente sabor regional, algún incontenible prurito americanizante, no representaría la dirección de nuestros espíritus y el tenor de nuestros hábitos intelectuales tan genuinamente como este escritor que, con sus dones de ampliación y de asimilación, característicos de nuestra general aptitud, ha sabido, por modo tan gallardo y tan persuasivo, disimular nuestra pobreza de invención, nuestra carencia de iniciaciones autóctonas.

Es en su obra donde más altamente se cifra nuestro esfuerzo por llegar del rápido aprendizaje a la maestría, nuestra capacidad de reproducir, y hasta de agrandar —ya que no hemos creado, ni lo podríamos, una civilización divergente, peculiar y exclusiva nuestra— los moldes del mundo moderno. «Mirando hacia el lado del Naciente, dice Rodó, es como hemos de ver alzarse por mucho tiempo todavía la luz que irradiará sobre nuestra organización moral, sobre nuestra vida inteligente.»

Continúa, pues, para América la antigua espera de los galeones, pero convertida a más nobles necesidades.

***

Faltábanos, a la verdad, hasta que le tuvimos en Rodó, completo y acabado, el *escritor* por excelencia que, uniendo a un grave y encendido amor de la verdad, una sensitiva inteligencia de lo bello, fuese a un tiempo, en igual grado, artista y crítico, poeta y pensador, sabio y espontáneo—el escritor dueño de sí y de su arte, en quien aparezca tan egregio el don literario como lúcida y estricta la conciencia estética; que ponga tanto escrúpulo en el detalle como medida en las proporciones, y sea tan responsable de cuanto dice como de cuanto calla— género el más raro y el más necesario en países donde la falta de tradición literaria clásica deja a cada uno entregado a la viciosa espontaneidad nativa.

En otros grandes escritores americanos, no sé que fibra rebelde e irreducible, no sé que de bárbaro e incólume—excesos borbollantes con el ímpetu y el caudal de las fuerzas elementa-

les, o voraginosos vacíos de franca y libre ignorancia—delataron siempre el pecado original: el de la raza incipiente y contradictoria, la cultura atropellada y la vida nacional caótica.

Instintivos casi todos, extraordinariamente dotados sin saberlo, estallaba a menudo en ellos algún monstruoso y desigual talento, en tal o cual página fuerte, en tal o cual insofocable poema, libelo o apóstrofe. (Pienso en Sarmiento, en Martí, en tantos otros). Así es como hemos tenido, y por modo admirable, poetas «inspirados», pensadores «geniales», oradores «irresistibles», bellos ejemplares de todos los géneros fáciles, en el sentido de requerir casi únicamente una aptitud innata. Mas la perfección fué en ellos tan sólo acierto genial, casi nunca voluntad exclusiva, conciencia imperiosa y tenaz: destella acrisolada en trozos, por lo general vehementes motivos líricos, mientras el conjunto de la obra, casi siempre impulsiva y de primer brote, desborda de incoherencias y desigualdades. En nuestra voluntariosa literatura domina así la impresión de una multiplicidad de fuerzas insignes y desgobernadas, fecundas y mal aprovechadas. Pereza o romanticismo obligábales a nuestros escrito-

res el construir sólidamente la morada del pensamiento de un día en países instables, convulsos, en perenne aborto de instituciones. Aun de los poetas puede decirse que el anhelo de perfección formal, la exquisita intransigencia de expresión, son cosa de ahora, llevada por Darío de la Francia de los parnasianos y los simbolistas. A los predecesores la «inspiración» les hacía titubear como una embriaguez sagrada, privándoles de paciencia para la nimia y exacta adecuación de la palabra al matiz. Los románticos, poetas por «fatalidad», más atentos a las bellezas tempestuosas de la pasión que a las exigencias del «arte severo y del silencio», modularon su alma confusa como les salía, sollozante o huracanada, sin mesura y como sin pudor. Más libres los prosistas, descuidaron más, con desenfado más negligente, el arte de imponer una arquitectura a sus fáciles concepciones.

Pero, he aquí realizado casi de repente el tipo del escritor perfecto, y al propio tiempo la mente más civilizada, la más discreta sensibilidad. Para admirar sin reservas la calidad de una prosa de nobleza constante e infatigable elevación, ceñida a elegancia igual, página

tras página, sin flaquezas para con la abundancia aproximativa ni condescendencias ante la «rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color»; para admirar asimismo el decoro de un pensamiento mantenido en belleza por la expresión más hermosa y en libertad por la amplitud más segura de sí, es preciso, en efecto, llegar a Rodó. La misma prosa de Montalvo (autor a quien Rodó ha tributado el más estupendo elogio, con un «ensayo» sin par en lengua castellana dentro de la crítica, por la magnificencia del estilo, el entono de la concepción y el calor de americanismo) es una prosa aparte, prosa de excepción, admirable a título de alarde personalísimo, de intrasmisible secreto.

Rodó consagra egregiamente en América la nueva prosa, vivificada por el ritmo, antes que remozada por modismos o engalanada de construcciones y giros arduos; vivificada por un ritmo que hace ondular la serie inerte de las palabras con el aliento mismo del alma, que las concierta conforme a su íntima propulsión.

Así, alado de ritmos, libro tan grave como «Ariel» parece leve. Ya la lógica misma del pensador armonioso, toda en suaves curvas y

delicados procesos de ennoblecimiento y depuración, le llenaban el espíritu de una como inmanente música de ideas. La ondulación de su pensamiento fluía así en ritmo ingénito, y no meramente impuesto como número y medida externos, en la acompasada frase. Por esa infusa armonía su dón de persuasión, al que todo lector se rinde en sereno arrobo, es de virtud musical.

Rodó trajo asimismo a la forense declamación de nuestra prosa la mesura, la reserva, el poder de sugestión indefinido. «Nadie rehusó, en verdad, con tan cabal sentido de la música a elevar la voz», dice Ventura García Calderón en un admirable estudio (1), el mejor de cuantos hasta hoy se han escrito sobre el maestro uruguayo.

Escritor refractario, si los hubo, a toda melindrosidad, Rodó busca, sin embargo, las transiciones matizadas y fundidas, la rítmica circulación de las ideas y los sentimientos dentro de un solo período armonioso y amplio, la gracia de los movimientos graduales para ir de una a otra parte del discurso por declivios sua-

(1) En una Historia de la Literatura Uruguaya, escrita en colaboración con el Sr. H. Barbagelata.

ves, llevando como de la mano rondas de imágenes entrelazadas.

Si va a exaltarse su lirismo, es largo y tenue el preludio. Sus cuadros ofrecen siempre las líneas calmas y puras de paisajes clásicos Aún más tarde, cuando el aliento se hace más largo y el período, potente y rápido, avanza recogiendo al paso varia copia de riquezas tributarias, las frases se suceden sin remolinarse, con la ondulación tendida de los grandes ríos, en que el tumulto de los torrentes se ha sosegado.

Gracias al más acendrado autoconocimiento, Rodó ha suplido con su cultura las deficiencias de su temperamento, o se ha apartado de pasos donde otros, más incautos, habrían tal vez revelado su inferioridad. Jamás en su obra, disparidad alguna, sea entre el asunto y las facultades, sea entre el intento y la realización. Y menos aún aquella que sospechamos en tantos otros, entre el hombre y la obra. El alma de sus libros era, por decirlo así, su alma cotidiana.

De ahí esa alta unidad de tono. Desde *El que vendrá* hasta *Los que callan*, la misma melodía se difunde. Igualdad quizá contraproducente,

pues aplana el interés y aduerme la admiración, confiada una vez por todas. En Montalvo, pongo por caso, como en sublime monte fragoso, uno va por entre enniestos riscos de pasión que ocultan valles amenos, o por sobre altos y bajos, sin saber a dónde, mas de sorpresa en sorpresa, incansable y maravillado. Rodó, con su bella barca, tensa la vela latina a un viento siempre propicio, nos lleva en blando movimiento por mares tan aplacados que parecen de eternidad.

Mal acostumbrados, quisiéramos, a veces, verle romper su serena línea ascendente con alguna fuga audaz, con algún salto mortal al antro de las pasiones; o por lo menos, oirle alguna disonancia para resalte mismo de su melodiosa meditación. Pero todo está en ello traslúcido; aún ciertas inquietudes espirituales se destacan sobre horizontes de serenidad. Todo está ahí inmune de contagio, por más que para saber del secreto de todas las perversiones, haya embebido su inteligencia en los más capciosos filtros: hánsele vueltos inofensivos todos, sin más que revelarle el secreto de su composición.

⁂

Delicioso diletantismo el de Rodó en poesía. Pero detrás del crítico ondulante se adivinaba, madurando ya más serias predilecciones, al pensador que quería recordar a los hombres, por encima de las innumerables bellezas del arte, la esencial belleza de ser hombre. Su precoz y dulce gravedad no era sino el sentimiento de esta vocación de apóstol delicado e íntimo. El, que parecía no haber conocido de la juventud sino la ansiedad de la espera y esa sed de ideal que sobrepasa todos los credos, conoció también el entusiasmo purificador, y vino, con todas las gracias del arte, a decirnos su evangelio, entre platónico y renaniano, entre cristiano y helénico.

Cuando Próspero, pues, invocando a Ariel, dirigió a una juventud pensativa su exhortación al ideal, toda América reconoció que un gran guía espiritual había surgido para el Continente. Aquel libro pequeñito que irradia una helénica gracia de serenidad, fué su obra maestra.

Cundió como el anuncio de la «Vida nueva», por la que clamara él mismo en su crisis de juventud. Desataba allí, en plenitud y armonía, las fuerzas que un momentáneo barresismo

había mantenido en impaciente inhibición. El don de persuasión, la pureza cordial del llamamiento eran tales, que nadie reparó entonces en lo inadecuado y tal vez nocivo, para América, de esa enseñanza tan sana. De no sentirse en su acento la imposibilidad de ironía que caracterizó su dulce y austera generosidad, habría hecho sonreir el peligro de predicar el desinterés en casa de pródigos, la devoción del ideal a raza de Quijotes, el culto del héroe en la tierra de promisión de los caudillos, el dulce *otium* clásico a gente de molicie y ociosidad proverbiales, el cultivo de la vida interior a índoles refractarias a la acción, la moral de lo bello, en una época que refinaba la estética del mal, la universidad en el país de la improvisación.

Tal evangelio era más bien para predicado en los Estados Unidos, cuyo sentido de la vida analizaba ahí mismo, en páginas de maravillosa sagacidad, dándonos su progreso como el modelo de perfección que, precisamente, no debíamos imitar.

Mas, la inoportunidad no era sino aparente. Y el peligro no estaba sino en no comprender bien. Rodó fijaba con exquisita precisión y sen-

tido de matices la parte de la acción y la del ensueño, o más bien, la compenetración del ideal en la realidad cotidiana, por el cuidado del perfeccionamiento interior.

Aunque hubiese sido inactual o superabundante el predicarnos el idealismo, no por eso era menos bella ni menos persuasiva su exhortación. Su verdad estaba en su belleza. Propagóse con el encanto de una religión para hombres buenos y exquisitos.

Todo el mundo, desde entonces, llamóle maestro. Y así comenzó, con el éxito ante la primera prueba de su vocación, el sentimiento de una «misión».

Con los años y la ciencia de las almas, que él ha profundizado a través de todas sus lecturas, estimulado además por la autoridad que se le ha reconocido, este don de persuadir, que es su aptitud capital, se convierte en necesidad de guiar, de preservar, de restablecer el orden y la belleza en los espíritus desquiciados. Tal fué siempre el lado cordial, la impulsión decisiva de su obra. Es ahora la fuerza viva de perseverancia, su vocación ya irrevocable. Esta se ha exaltado a ideal redentor casi en forma de piedad. Si los «intereses del alma»

fueron siempre su más alta preocupación, quiere ahora servirlos de más cerca, más concretamente, en la conciencia de cada uno. Ve las posibilidades sin número que esperan el llamamiento eficaz en el alma más devastada. Contempla la infinita virtualidad de la vida, no con el vértigo, la tristeza y la perplejidad de un Amiel, sino con una voluntad operante y lúcida. Su fin es el de suscitar estas resurrecciones de tantos vivos como yacen sepultados en su propia inconsciencia. Por su amor de la vida y su orgullo de hombre, quiere compartir con el tiempo y las leyes universales la dirección de nuestros cambios de alma. Y con una potente abundancia, con una obstinación inventiva de misionero, renueva infatigablemente —y tales son sus «Motivos de Proteo» —todas las razones de esperar, cambiantes como nosotros y con nosotros.

Inclínase sobre todos los enfermos de la voluntad, sostiene las vocaciones vacilantes, hace brotar nuevas fuentes de esperanza allí donde el total desaliento ha secado las antiguas. Cree salvar riquezas ignoradas aun en los más pobres de espíritu. Ejerce en verdad cura de almas.

Condescendencia generosa, pero excesiva. «A veces, nos dice García Calderón, a veces, nos importuna que Próspero, para consolarnos, vulgarice los consejos de higiene sentimental que aprendimos en los manuales anglicanos de Smiles. No nos obliga jamás a esa «gimnasia emersionana», que nos hace «ir de cumbre en cumbre» con «una alma toda erecta, como de infinitas puntas para el rayo». Eso asustaría tal vez a los que vienen en busca de confianza en sí. Rodó prefiere emplear, inagotablemente, la persuasión lenta y discursiva.

Dado el fin que se ha propuesto, imposible, en verdad, alcanzarlo con arte más gallardo. La confianza optimista en la razón es poco propicia al lirismo que preferimos. ¡Es tan fácil conmovernos con las patéticas voces de la duda y de la ansiedad del alma que tanto eco despiertan en cada cual! Era menester un potente artista para hacer resplandecer de belleza estas esperanzas deslustradas por la familiaridad del sentido común panglosiano. Lo ha logrado Rodó maravillosamente.

Mas cuando se piensa en tanta región inexplorada de la vida y la historia de América, que pudieron dar a su pluma la ocasión de pintar

frescos tan impresionantes como aquellos en que se destacan las singulares figuras que hizo él mismo revivir poderosamente de Bolívar y de Montalvo, contrista en verdad ver a tan alta inteligencia y a tan prestigiosa fuerza de composición empeñadas en probar, largamente, cosas de evidencia inmediata.

Olvidando la aérea, la exquisita brevedad de «Ariel», todo el mundo ha creído en esta última obra como en su obra maestra. ¡Tan grande ánimo eleva, vivifica, estas páginas densas! Con ellas nos hace pensar en la alteza de alma de un Marco-Aurelio, no desengañado por la experiencia del Imperio, más bien que en las lecciones de *savoir-vivre* de un Lord Chesterfield, que hubiese sabido escribir en tan grande estilo. El magnánimo aliento que encumbra su propósito bastaría a redimirlo del vago tedio que se desprende de ciertas obras de cordura excesiva, escritas explícitamente para guiarnos, aconsejarnos y precavernos, si allí no estuvieran a recordarnos la presencia de un gran artista aquella ordenada opulencia, aquel prolijo fausto con que se vierten en cada página las mayores riquezas de la lengua, y mil puras imágenes de poesía plástica y sonora,

todos los alardes de quien posee en supremo grado un sabio dón de estilo, y si los pasos más singulares de biografías ilustres, las más bellas figuraciones de la fábula, no dieran forma viviente o representación insigne a todas sus ideas.

Y así como Rodó transforma en amplias visiones poéticas las consideraciones de un simple educador, así sus apólogos de moralista sobrepasan en alcance y en belleza ideal a aquellos que Franklin, por ejemplo, usaba con familiar bonhomia.

***

La muerte abatió brutalmente a este pensador que apartó siempre su sombra de delante el alma. Murió casi de súbito, cuando se preparaba a venir acá. Quería conocer de cerca esta dulce Francia que él había amado siempre, y sobre todo ahora.

La muerte ha venido a sorprenderle apenas dimidiada la meseta de la vida, antes del descenso, y en el fervor de una nueva vida. Pues su viaje era doble, para los ojos y para el alma. Este gran cuerdo que aconsejó alguna vez las necesarias ingratitudes del Hijo Pródigo, para

preparar los retornos profundos, habría sabido sacar, de esta peregrinación emocionante, lecciones para su espíritu, que él quería renovar errando por el mundo antiguo, *padre y maestro*.

La plenitud de la fuerza, de la gloria, de la cordura, le esperaba con todas las coronas. Y habría sabido envejecer con belleza, él, que durante su juventud pensativa y grave, no quiso ser joven de veras. Este hombre sin melancolía ni condescendencia para con las voluptuosidades, no conoció sino tarde, quizá demasiado tarde, el sufrimiento de los sueños mutiados, de las pasiones malgastadas, de las ambiciones aridecidas. La política no aceptó por entero al hombre de realización serena que en él vivía de acuerdo con el soñador sagaz. Apartóse él suavemente, quizá con desdén compasivo, de la lucha con las fuerzas inferiores, de las que rigen el mundo de la acción. No tardó en recuperar, con la soledad, la limpidez de sus mejores días.

Trabajó siempre en calma, largamente, por devoción, y más que todo por probidad, ignorando la mayor parte de sus conquistas espirituales, sin correr nunca tras el éxito ni coger

de él otra cosa que el honor, con puras manos consagradas a abolida caballería.

La vida tan pura de este solitario, amigo de las muchedumbres, es también una enseñanza. Condenado por su propia alteza, aun en medio de sus discípulos, a una de las más vastas soledades de espíritu, no se quejó jamás. Tal vez no amó ni su gloria: de entre sus admiradores más sinceros sus íntimas predilecciones iban *a los que callan.*

... Nunca, en América, se apagará el eco de la voz de Próspero despidiéndose de sus amigos. Cada generación le escuchará de nuevo: suavemente, seria y pensativa, avanzará hacia la vida terrible, sintiéndose mejor después de haberla oído.

GONZALO ZALDUMBIDE

París, Junio 1917.

N. de la R.—Tomamos estas páginas del artículo, bastante más extenso, que el Sr. Gonzalo Zaldumbide publicó en francés, a raíz de la muerte de Rodó, en el *Mercure de France.*

Sabemos que la *Revue Hispanique,* de París, publicará en su próximo volumen un estudio completo del Sr. Zaldumbide sobre la obra y el espíritu del gran escritor.

IN MEMORIAM

# EL PEREGRINO ILUSIONADO

El ordenanza del *Heraldo de Madrid*, disculpándose por su lamentable olvido, nos dió la tarjeta. La tarjeta, gloriosamente autógrafa, decía:

«José Enrique Rodó, de paso por Madrid, ha querido tener el placer de estrechar la mano de Cristóbal de Castro, a quien deja los más afectuosos saludos. Sigue viaje en el día; pero se propone volver a España en el próximo invierno.»

Guardamos la tarjeta como reliquia y como un escudo de armas. El patriarca de las letras hispano-americanas, príncipe y maestro del idioma castellano, esquivó, con austeridad magnífica, el anuncio de su llegada, y con las premuras del viaje, toda ocasión de publicidad aparatosa. Mas nuestra admiración por Rodó

consignó entonces en el *Nuevo Mundo* su fugaz estancia en la Corte, como una efemérides, y el silencio con que pasó por Madrid como un remordimiento de nuestra desidia.

Por espacio de algunos meses, sus cartas a *Caras y Caretas,* de Buenos Aires, fueron delicia del espíritu y regalo del intelecto. Seguimos al maestro en sus viajes por Italia, maravillados y conmovidos. Eran sus impresiones, de una categoría superior, dignas de Goethe, por lo precisas y profundas; de Byron, por lo plásticas y suntuosas; de Taine, por lo ponderadas y sutiles. La Italia de Torcuato Tasso resurgía, heroica y vergélica, ciñendo la coraza de Arnoldo, en la magia de Armida y sus jardines. Todo el Renacimiento aparecía, juvenil y deslumbrador, como en «El cortesano», de Castiglione, o como en los lienzos del Veronés, en aquellas deslumbradoras páginas de Rodó.

«El peregrino ilusionado», tiembla de unción ante las ruinas del Capitolio, bajo el arco de Adriano, sobre las termas de Caracalla. Su Roma es, como la de Goethe, «una pesadilla de entusiasmo». Su Florencia, santificada por el sol que encendía al Dante y el aire que aspiró Beatriz, es, más que una ciudad moderna, un cántico antiguo. En Pisa, en Siena, en Rávena, la sensibilidad de Rodó llega a «la angustia histórica», dulce mal de filósofos y de poetas. Por fin, su última carta, desde Sorren-

to, es un *scherzo* delicioso, durante el cual la fatiga intelectual se orea con las brisas marinas y el corazón se rejuvenece con las canciones pescadoras.

Y he aquí que una mañana, al desplegar *El Liberal*, de Madrid, vemos que ha muerto «El peregrino ilusionado». Su tarjeta en la mano—«se propone volver a España en el próximo invierno»—es ahora de una tristeza infinita. La Historia y la Poesía, que tanto en vida se lo disputaron, se abrazan ahora, ante su muerte, como las dos figuras de un sarcófago. Muere en Italia, como Byron, en Missolonghi, teniendo el cetro de un idioma contemporáneo. Pero su muerte no es el agotamiento de su vida. Es el descanso de una apasionada peregrinación...

⁂

José Enrique Rodó, por la majestad del pensamiento, la firmeza del saber y la noble elegancia del estilo, había renovado en Ultramar la alcurnia de nuestros humanistas más preclaros; de Raimundo Lulio y Luis Vives, de San Isidoro y de Quevedo.

Sus alientos geniales han sabido reconquistar para nuestro idioma aquel augusto cetro especulativo que paseara el mundo, en manos españolas, de convento en convento, de universidad en universidad, de libro en libro y de

alma en alma; y que hoy, convertido en batán inglés, en tórculo alemán o en sonrisa de *midinette* elevada a actriz, pasea por el globo sus laureles y pone en las divinas manos de Palas el caduceo de Mercurio.

Su prosa, hidalgamente sobria, elegantizada por una agil cultura neohelénica, es de la luminosa estirpe de Renán y de Saint Víctor. Las ideas se transparentan y reproducen con la poética fidelidad de los árboles en el agua. No hay concepto que no tenga relieve, emoción que no se destaque, palabra que el lector no sienta en el oído y en el corazón.

Los estilistas más atormentados—Flaubert y Banville—recusarían pocas páginas de estos libros de gentileza y primor. Los eruditos más escrupulosos—Taine y Macaulay—no podrían tachar en ellos ni una cita ni una fecha. Y aquellos maestros ejemplares, que aúnan erudición y estilo para engendrar la maravilla—Pablo de Saint Víctor y Enrique Beyle—hallarían, en ciertas páginas de «Ariel», en bastantes pasajes de los «Motivos de Proteo» y en casi todos los artículos y crónicas que componen «El mirador de Próspero», más de un eco galán de sus gentiles voces y más de una emoción genial de sus melancolías perdurables.

«Renovarse es vivir». Este es el mito de Proteo y éste también el lema de Rodó. La orografía del planeta es interina, hasta que surge el terremoto. La orografía del espíritu es transito-

ria, hasta que se agrieta el corazón. No hay monte que resista a la trepidación telúrica, ni hombre lo bastante impávido ante el vendaval de sus flaquezas. Desde el «Eclesiástico» a Schopenhauer, la arcilla humana es siempre frágil al contacto del Misterio.

Es Rodó, como Saint Víctor, su alto modelo, un gran sugeridor y un conjurador inefable. La elegante firmeza con que pisa por caminos inexplorados de Grecia y Roma; la naturalidad con que nos revela zonas morales, inéditas para la Filosofía, y zonas literarias, desconocidas del Estilo; lo nuevo y lo rotundo de sus imágenes, que tienen la sonoridad y el brillo de monedas recién salidas del troquel; la distinción con que conversa, ya, como un ateniense, con el Mito, ya, como un israelita, con la Parábola; la frecuencia con que nos dice cosas que él solo ha dicho «por primera vez»; la proporción y la armonía con que destaca de un fondo de barbarie y epopeya a un héroe feudal; de un patio del Renacimiento, a un cortesano florentino; de un castillo con fosos y adarves, a una mesnada de lorigas; de un Club de girondinos clamorosos, a un poeta pensativo y augural, como Andrés Chenier, sorprenden, emocionan y maravillan.

Su patriarcal retiro de Montevideo no fué la quinta del *Beatus ille*, pero no fué tampoco el palacio de Timón de Atenas. José Enrique Rodó, ni es un indiferente, ni un misántropo.

Es un espíritu generoso, enfrenado en sus ímpetus por la delicadeza y espoleado en sus meditaciones por la vindicación social.

El dolor de las muchedumbres le inspira, más que imprecaciones, razonamientos. Pero todos y cada uno de sus análisis tienen fragancia de poeta, verdor de laurel.

La predilección de este noble espíritu por el silencio austero y comprensivo esmaltó «El mirador de Próspero», su último libro, con una delicada joya benvenutesca, el artículo «Los que callan». El recuerdo de este admirable codicilo intelectual ha flotado como la sombra del maestro, sobre la incontinencia de tantas plumas americanas y españolas. Aquí, en España, la ramplonería gañanesca de un criticón gramático llegó a negar, ¡a José Enrique Rodó! cultura helénica. Allá, en América, la soberbia irascible de un cenáculo de filósofos *chez Alcán* y de literatos al *Mercure,* ha pretendido someter al maestro a un juicio sumarísimo de erudición barata. Cada sayón intelectual arrojó su dado en la mesa; el filósofo, un dado de Guyau, con el perfil de Le Dantec; el crítico arrojó su dado de Gourmont, con el busto de Benedetto Croce. Y la túnica del Maestro, sangrando aún sangre de su noble mente y sangre de su corazón generoso, se repartió una noche de vanidad, de sobremesa en un banquete de pedantes. Rodó no era filósofo. Rodó no era crítico. Rodó no era «científico». Rodó, en fin, no

era «estilista». Y con estas gavillas filosófico-literarias, el órgano de ese cenáculo, mitad *Alcan*, mitad *Mercure*, lanzó su Número-Homenaje, ¡en honor de José Enrique Rodó!

Maestro. ¡Amigo! ¡Peregrino ilusianado! Sobre todas esas miserias—los primeros gusanos que pulularon en tu sepulcro—vela, como un Angel Custodio, tu obra...

CRISTÓBAL DE CASTRO

(Español.)

Madrid, 5 de Mayo de 1918.

# OFRENDA A RODÓ

Al cumplirse en este mes de Mayo el aniversario primero de la muerte de José Enrique Rodó, queremos ofrendar un pensamiento en el ara ideal de este paladín de nuestro lenguaje y primogénito del espíritu moderno.

Rodó fué uno de los cerebros de inteligencia más reflexiva, en las dos acepciones de reflexión; fué un espíritu amplio, generoso y nómada cuyas alas eran la belleza y la armonía de la imagen y la palabra.

Admira, ante todo, en la obra de este artista filósofo la pureza y musicalidad de su estilo. El castellano de Rodó brota directamente del manantial pristino, y después de pasar por los cáuces clásicos, rectilíneos y límpidos, se detiene un instante en remansos cristalinos, donde las imágenes más bellas del arte se reflejan serenamente para continuar su curso entre los campos nuevos, fértiles y maravillosos, hasta formar un nuevo río, caudaloso por su léxico y armonioso por la sonoridad de su corriente, que parece deslizarse sobre un lecho de arenas de

oro hacia el mar de las ideas comunes, donde se confunden y agitan las palabras universales.

Cervantes y Quevedo habránle acogido allá, en las riberas elíseas, como al crisógrafo más puro y representativo de nuestro tiempo.

El primer libro de José Enrique Rodó, que llegó a nuestras manos, lo debemos, con gratitud sincera, a la amabilidad de Rufino Blanco Fombona; fué el de los «Cinco Ensayos» que tratan de *Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío* y de *Liberalismo* y *Jacobismo,* y forman uno de los tomos capitales de la «Biblioteca Andrés Bello».

Este libro fué para nosotros como una revelación y nos obligó a volver la mirada, con atención más profunda, hacia los horizontes americanos donde ya se anuncian, radiantes, las nuevas auroras del pensamiento.

Consideramos en Rodó, más que al creador, al investigador animado de ese espíritu perceptivo y sutil que acusa a los grandes orientadores. Como crítico y guía se revela, sobre todo, en esos libros inapreciables que se titulan: «Cinco Ensayos», «El mirador de Próspero» y «Motivos de Proteo». Son caracolas del pensamiento humano, que encierran el canto de los ecos universales... o, más bien, linternas de sabiduría, de luz potente y guiadora, que han de alumbrar, por tiempo indefinido, los pasos inciertos de la juventud exploradora en la selva del Ideal.

La muerte de este gran ideólogo, cuya cuna fué una de las más bellas ciudades de la América-hispana (Montevideo) parece haber sido decretada por el Destino en la tierra del arte, tal vez para que allí pueda su cráneo servir de colmena a las abejas híbleas.

Pensemos, como el filósofo árabe, que «aquél cuya muerte fué decretada de antemano en una tierra, no podrá morir en otra».

¿Y acaso no es Roma la tumba ideal para un artista...?

Su epitafio podría ser este elogio lapidario de la antigua poesía oriental:

«En ti estaban reunidas las ocho cualidades que obligan a inclinar la frente al más sabio:

»La ciencia, la fuerza, el poderío, la generosidad, la elocuencia, la sagacidad, la fortuna y la victoria.»

Goy DE SILVA
(Español.)

# EL MIRADOR DE PRÓSPERO

Un libro de Rodó es un dón raro, una etapa literaria, un acto de fe en la virtualidad artística de nuestra raza. Representa en nuestra incipiente literatura más que un ensayo de Renán, en la plenitud de las letras francesas, o una disertación de Walter Pater, en el refinado inglés, poblado de cantos y de ideas. Es un esfuerzo solitario en democracias bárbaras. Le saludan como a maestro cuantos confiesan su provisoria labor frente a los libros magistrales del escritor uruguayo.

«El Mirador de Próspero» no es obra orgánica. Demasiado rico de páginas, hubiéramos querido que sus editores le dieran otra forma y encerraran en dos volúmenes esos asuntos tan ricos y diversos. Han reunido ensayos, prólogos, libres comentarios al margen de la vida, interrogaciones angustiosas y evocaciones serenas, dulce arcaísmo, himnos al porvenir. Este libro «sobre la perspectiva indefini-

da», como quiere hacerlo ahora el maestro admirable, nos revela mejor que «Ariel» o «Los motivos de Proteo» a un Rodó integral, crítico y pensador, conferencista y ensayista, poeta a quien la naturaleza «habla siempre el lenguaje del espíritu», para quien el ideal lírico sería «cincelar con el cincel de Heredia la carne viva de Musset», prosador incomparable, rotundo y sutil, musical y profético que ha sentido todas las voluptuosidades en la lucha con las palabras—«esos monstruos minúsculos»—que lo exaltaba como «una desesperada contienda por la fortuna y el honor».

Nada le es extraño en el diverso escenario del mundo: ni el fervor de los caudillos, ni la música de los poetas, ni el tumulto de la lucha obrera, ni el tesón benedictino de los eruditos. Atento a todos los rumores de la tierra mudable, como su Proteo simbólico vive en la menuda realidad circundante y en el vasto mundo de las ideas y de las formas. Desinteresado y nobilísimo, indiferente a toda presión, hostil a todo jacobismo, parece que a medida que avanza hacia la grave mitad de la vida, llega a su obra, como un sol de otoño, la serenidad de Goethe. Ni indiferencia ni pasión agresiva: curiosidad benévola y simpatía universal. No es suya la muelle ironía de Renán, sino el calor de una fe invulnerable. Las Gracias le concedieron, aun en la sonrisa de su prosa, una leve apariencia magistral, la nobleza de una auto-

ridad indiscutible. En él no separamos al escritor del hombre: su vida sin claudicaciones, su erudición honrada, precisa, sin vanidoso apresuramiento, la perpetua elevación de sus ideas, platonismo elegante sobre el tráfago vulgar, le conceden en nuestra América doble superioridad intelectual y moral.

¿Qué preferir en el «Mirador de Próspero», cómo señalar la obra suprema, la cumbre insuperable para una inteligencia en plena robustez? Si algo hubiéramos de separar sería algunos estudios definitivos sobre Juan Carlos Gómez, sobre Bolívar, Montalvo y Juan María Gutiérrez. En reciente entrevista anuncia Rodó que prepara nuevos escritos de este género, perfiles de escritores y de caudillos, de Martí, quizás de antiguos cronistas como el inca Garcilaso o de formidables conquistadores. Bello proyecto que nos dará páginas que nadie sino él puede escribir. Su estudio sobre Montalvo me parece igual a los mejores de Taine, hasta por el esfuerzo de estudiar la época y el hombre. Desde Montevideo ha reconstruído Rodó el medio ecuatoriano con erudición e intuición sorprendentes. Las páginas en que analiza el arte literario de Montalvo son de las mejores que escribiera el maestro, y no creemos que haya en la España actual quien pueda superarlas.

Dos corrientes literarias se juntan en América: la una más adecuada a la tierra ancestral,

indisciplinada, abundante, a veces bárbara; la otra, que tiende a la elegancia académica, armoniosa, selecta, clásica, rica de ideas. En esta última que podría derivarse de Bello, culmina José Enrique Rodó. Diríase que los esfuerzos anteriores iban preparando su obra, como anuncia al vástago glorioso la lenta ascensión de una familia secular. Desde «Ariel», figura el ilustre uruguayo, fuera de las ondulaciones de la moda y de las sonoridades de la *réclame*, como director intelectual de una época.

FRANCISCO GARCÍA CALDERÓN

(Peruano.)

París, 1914.

# APUNTES PARA UN ENSAYO CRITICO SOBRE RODÓ

Por su nacionalidad y por su patriotismo, el gran pensador fué un americano; por su amor y por su veneración a nuestra España, por su magnífica obra labrada en nuestro hermoso idioma, podemos considerarlo también español; por la dignidad de sus ideales, por su tolerancia sublime, por su espíritu comprensivo y ecuánime, por sus vastas miras, por la suprema elegancia de su intelectualidad, es un mundial; por su corazón de Francisco de Asís en su pecho de librepensador, por su luminosa serenidad, por la altura sobrehumana de su vuelo, es un hombre divino. Se descubre en sus páginas un velado fondo de misticismo, que no le impidió hollar con firme planta los senderos de la realidad.

Su patriotismo recuerda el de Amicis, tan ardiente para su Italia y tan sentido admirador de las tierras extrañas, tan saturado de humanidad y de ternura.

Este americano habla de la vieja España

con más comprensión y con más justicia que muchos españoles. Ha erigido las grandes figuras de América sobre el pedestal de puro y cincelado mármol de su prosa.

«Al hablar de Francia—dijo en una ocasión—no podemos hablar como extranjeros. Vemos en ella la suprema florescencia de esta alma latina que vela, en los siglos, sobre el mundo, para mantener, sobre los desbordes de la fuerza y sobre los incentivos de la utilidad, la enseña augusta del ideal desinteresado.» ¡Palabras de vidente que ha confirmado en toda su plenitud la epopeya de los presentes tiempos!

En sus juicios sobre patrias, libros, ideas y personas, admira sin restricciones y corrige sin acritudes; el equilibrio de sus facultades, la ecuanimidad de su criterio, son las notas dominantes de su obra. Emerson, Renán y Rodó, forman el triunvirato de la serenidad intelectual, no constituída por desdeñosa impasibilidad, sino por una amplísima comprensión humana, iluminada por una cordialidad divina. Y aun es Rodó—especialmente en «Ariel»—quien alcanza la cumbre suprema de esa serenidad, donde brota a veces el entusiasmo, como el torrente entre las rocas aterciopeladas de musgo de un paisaje paradisíaco. En Emerson hay más optimismo, ya un tanto sistemático. En Renan más melancolía resignada, sintetizada en esta frase suya: *Estar*

*dispuesto a todo: he aquí la verdadera filosofía.*

Esta serenidad era tan absolutamente sincera, arrancaba tan de lo íntimo del modo de ser del maestro, que resplandece no sólo en su transparente y tersa prosa, sino en su misma faz, que podemos contemplar en su fotografía, en la paz de su frente, vertical y compacta como un bloque de mármol, en su luminosa mirada, en su tranquila sonrisa. Imagino que conversar con él debía ser como correr por un prado florido, o como beber en un fresco manantial, a la sombra de apacibles árboles, en un día radiante. ¡Oh, qué hubiéramos dado por la felicidad de conocerlo los que hemos sentido resbalar hasta el fondo del corazón la tónica hermosura de sus enseñanzas!

El mayor elogio que se puede hacer de su estilo, es decir que correspondía a la riqueza del fondo. Su constante preocupación de la belleza, no tiene nada que ver con la superficialidad quebradiza del ténue barniz, donde suelen poner un colorido tan brillante como deleznable nuestros modernos preciosistas. En él la forma, el pulido estilo, es lo que la piel satinada y aromática del fruto sano y sabroso, su natural envoltura, la expresión fiel de sentimientos y de ideas donde todo era generosidad, luz y belleza.

MATILDE RAS
(Española)

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Fué Rodó—lo tengo dicho y afirmado—el mejor escritor de lengua castellana que hubo en su tiempo. Rotunda y terminantemente lo expuse en mi libro reciente «Escritores representativos de América», y no me limité a exponerlo, a lanzar un aserto así porque así, inconsultamente, sino que lo razoné y fundamenté—con paralelismos audaces que otro crítico más timorato hubiera desechado... Fuí comparando el estilo de Rodó, tan vario, flexible, rico y abundante, con estilos tan gloriosos, afamados y por mí admirados—como en letras de molde lo tengo expuesto—como los de Pérez Galdós, Pereda, la Pardo Bazán, *Azorín,* Valle Inclán y no sé si alguno más, y en todos ellos encontré cualidades que a Rodó le faltaban; pero también en este vi un conjunto harmónico más perfecto, una impresión total de mayor plenitud y de más belleza (1).

---

(1) Para darse más cabal cuenta de estos paralelismos, léase la primera parte de mi estudio sobre Rodó. («Escritores representativos de América». Editorial América. Madrid, 1916.)

Pues bien; al leer este libro y dar cuenta de él en la sección bibliográfica del *Heraldo de Madrid,* se me repuchó cierta escritora que tiene el mal gusto de prenderse sobre la cabeza no la mantilla de la maja, sino la capucha del crítico... Y asustada hablaba de mi crítica hiperbólica y excesiva. ¡Mujer había de ser para no ser comedida y timorata y asustarse de lo excesivo y extremecerse ante lo audaz...! Las escritoras, como al fin son mujeres, tienen un alma casera y burguesa, asustadiza, hipócrita... Comprendo que le asustara a esa escritora el valor cívico de un crítico que, siendo reputado de benévolo, se atreve a decir en un corro, donde están todos sus contemporáneos, en alta voz y con la visera levantada, que el mejor escritor de lengua castellana no es ninguno de aquellos que le rodean con ser tan grandes... ¡sino un escritor a quien él no conoce personalmente y que vive allá lejos en la remota América...!

Comprendo que me hubiera hecho esta observación y me parecería muy razonable que a esto hubiera limitado su asombro ante los ardidos paralelismos; pero ¡asombrarse de lo hiperbólico...! Yo estoy dispuesto a demostrarle a esa muy estimada amiga (c. p. b.) que Rodó fué el escritor que mejor manejó el instrumento de la lengua castellana; el que mejor conoció y empleó su idioma; el que tiene más jugo, flexibilidad y riqueza de matices; el que mejor

supo dar a este idioma, bronco y rancio, giros de mayor modernidad, de más elegancia, de más francesa frivolidad, de más aparente ligereza y real profundidad...! ¡Y yo estoy dispuesto a probar mi aserto ante esta escritora, no con frases retóricas y tropos elegantes, sino con la exactitud de un teorema matemático: como se demuestra que la suma de dos ángulos de un triángulo es igual a dos rectos...!

Y, sin embargo, ¡qué poco conocido y estimado ha sido Rodó en España, y fuera de ella...! ¡Cuán pocos le han leído a fondo, con *amore,* y en todas sus obras...! ¡Cuán pocos han apreciado toda la belleza y profundidad de su obra...! Quienes más bellamente lo han estudiado en estos últimos años, han sido los señores Ventura García Calderón y Hugo Barbagelata en su breve historia de la literatura uruguaya (1), que es un modelo de historias sintéticas, razonadas, documentadas, con erudición amena y elegante estilo... Justa es la observación que hacen de comparar «el proteísmo de que hablara dolorosamente Amiel, su patética dispersión de amar y comprender, con la amena y elegante divagación de Rodó».

Aparte de alguno de estos casos de clarivi-

---

(1) Ventura García Calderón y Hugo Barbagelata: *La literatura uruguaya* (1757-1917)—*Extrait de la Revue Hispanique,* tomo XI; New-York—París, 1917.

dencia, ¡cuán poco y cuán mal conocido ha sido Rodó, que no era, por lo demás, un hermético, sino un autor muy humano—el hombre que buscaba Pascal por debajo del escritor—forrado de un cierto dilettantismo que le hacía muy agradable y fácil de leer...! Esta honda síntesis de humanidad encerrada en Rodó y revestida de una envoltura tan elegante y ajustada al pensamiento como era el estilo en Rodó, es lo que le dará pasaporte para la inmortalidad...

Y reconocidas estas cualidades de mago de lenguaje, de estilista insuperable, de pensador sutil y original, de maestro del *ensayismo* en lengua castellana—¿por qué había yo de negarle su supremacía sobre otros maestros españoles? ¿Por haber tenido el desacierto—para los fines de gran resonancia europea—de haber nacido en un rincón de los más apartados de América, en la quieta y modesta República del Uruguay...? Menguada sería mi sinceridad crítica y mi autoridad si tal hiciera. Por eso otros espíritus más sagaces que *Colombine* rindieron tributo a mi nobleza crítica y reconocieron que no había hipérbole en tal afirmación de ser Rodó el más grande escritor de lengua castellana mientras vivió; y aunque hubiera habido hipérbole, hay ocasiones en que la hipérbole es la única expresión adecuada al juicio crítico. «A veces la hipérbole—ha dicho un maestro de la crítica teatral, el cultísimo y sagaz

Manuel Bueno (1)—da la medida exacta del juicio y éste es uno de los casos en que la crítica condensa en la hipérbole todas sus aspiraciones».

Así lo entendió, leyendo mi estudio sobre Rodó, un culto crítico ecuatoriano, Gonzalo Zaldumbide. «*Le plus grand écrivain de l'Amérique latine est mort. De l'aveu même d'un critique espagnol, M. González Blanco, il était, comme déjà notre Montalvo à son époque, le meilleur prosateur contemporain de langue castillane* (2)».

Me satisface más que el juicio ligero y frívolo de *Colombine*, la sagacidad y la pericia de este joven maestro americano que comprendió todo el contenido de justicia y de sinceridad que latía en el fondo de mi aparente hipérbole...

Y sin embargo, con todas estas cualidades, que ostentaba Rodó, había presuntos hispanófilos que le desconocían; y así se da el caso de todo un Mr. Ernest Mérimée, con gran reputación aquí, sobre todo entre las gentes de la Institución Libre de Enseñanza y en cierto grupito de intelectuales a quienes ha lisonjeado la vanidad y el prurito de superioridad sobre todos los demás grupos, consultándoles en

(1) A propósito del reciente drama del maestro Galdós, «Santa Juana de Castilla». (*Heraldo de Madrid*, 9 de Mayo de 1918).

(2) Gonzalo Zaldumbide: *José Enrique Rodó*. (MERCURE DE FRANCE, núm. 458, tomo CXXII-16 Julio 1917).

todas las materias de literatura, como si ellos fuesen definidores supremos de la doctrina estética y custodios del arca santa de la Belleza... Pues bien, este buen Mr. Mérimée, ducho ya y canoso en la erudición literaria, de nevada barba en rostro rubicundo, se ve expuesto ante todo el público hispano-americano a la rechifla y burleta de las gentes al ver cómo yo, mozo apenas granado en la vida, le doy una azotaina merecida en mi ya susomentado libro «Escritores Representativos de América». ¿Con fundamento? me preguntaréis... Figuraos que en pleno *Précis d'histoire de la littérature espagnole* (6.ª época, capítulo IV, Garnier Frères, París, 1912) da a Rodó por novelista y lo despacha de un bajonazo suprimiéndole el primer nombre propio y mencionando «Ariel» entre las grandes novelas americanas de Grandmontagne (sic), Martín Fierro, Fernández y Guardia, y otros *ejusdem furfuris*...

¿Se concibe seriamente que un señor tan mal documentado ejerza el magisterio de la crítica y difunda su enseñanza por los liceos y universidades de Francia donde se aprende el español? Se puede tolerar que un crítico escriba mal o sea harto pesado o demasiado ligero; lo que no se puede tolerar es que esté tan mal documentado.

Y sin embargo, el Sr. Mérimée goza aquí fama de hombre serio y no se le toma aquí por un hispanizante banal a estilo de Mr. Mar-

vaud, por ejemplo, sino por un hispanófilo serio. Pero el hecho es que comete pifias de gran calibre, por el estilo de la mencionada, y que toda su vasta obra que le dió reputación de hispanófilo se reduce a una monografía de Quevedo, donde ha utilizado piratescamente todos los datos del libro muy estimable de don Aureliano Fernández Guerra. Fuera de ésto, el buen profesor Ernest Mérimée pasa la vida en continua equivocación; se le tiene por hispanista entre sus compatriotas y comete *lapsus calami* tan enormes como el de atribuir al P. Diego González el nombre arcádico de Liseno—el cual convenía al P. Juan Fernández—y olvida que el P. González se hacía llamar Delio en la Arcadia salmantina, como le adjudica también el célebre Tratado de «La Crotalogía o el arte de tocar las castañuelas», que es asimismo del Padre Juan Fernández de Rojas... (1)

Yo le anoté otra pifia enorme (la ya citada sobre Rodó) en su lamentable *Précis d'histoire de la litterature espagnole;* parece, pues, que el Sr. Mérimée tiene la capa llena de casualidades...

A este paso el docto catedrático de Tolosa va a caer en la candidez de algunos eruditos

---

(1) Ved un artículo de León Verger sobre «El murciélago alevoso» en *Revue Hispanique*, tomo XXXIX, núm. 95; París; Febrero 1917.

ingenuos que se dejan embaucar por el prestigio de sentar plaza de descubridores de enigmas y de adivinadores de las quintas intenciones que las letras de molde encierran. Típico es en este caso—y por ello quiero reseñarlo detalladamente—el caso poco conocido del erudito helenista Gail que cometió una equivocación famosa en la historia literaria... Pero harto hemos dedicado nuestra atención—perdón, lectores—a Mr. Mérimée. *¡Assez de ce cuistre de Mérimée...!*

Dediquemos ahora, para expiar nuestro pecado, un tributo a la memoria del glorioso Rodó, tan totalmente contrario a esa crítica cominera de los *cuistres*, a esos falsos eruditos a lo Mérimée o a lo Casares, y tan amante y cultivadora de la alta crítica, ¡la crítica artística.,.!

ANDRÉS GONZÁLEZ BLANCO

(Español.)

Madrid, Mayo 1918.

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Estudiando la personalidad y la admirable obra literaria realizada por José Enrique Rodó, obsérvanse las siguientes circunstancias:

Nació en 1873 en Montevideo, donde toda esperanza tiene su asiento y donde toda hidalguía ha encontrado su habitación; es decir, del ensueño melancólico tradicional y de la energía dispuesta a toda empresa útil: fué, pues, Rodó el filósofo, artista y trabajador que mejor pudo significar, y que sin duda representó, la alianza espiritual indestructible de España y de las actuales naciones hispanoamericanas.

Su labor fué fecunda, y en toda ella, como literato, como historiador y como filósofo, fué siempre hispanista convencido; él pensaba que en los actuales tiempos hay que conservar las tradiciones y el amor a la raza, o confundirse con otra que no tiene, ni jamás podrá alcanzar la gloriosa historia de España en América, y mucho menos su idealismo desinteresado.

Luis PALOMO
(Español.)
Presidente del Centro de Cultura Hispanoamericana.

Madrid, Mayo 1918.

# DIVAGACIÓN CREPUSCULAR EN TORNO AL RECUERDO DEL MAESTRO

Velemos nuestras liras si han de entonar elegíacos dípticos. No eran gratas las sombras al espíritu de aquel que ya partió para nunca volver. Su vida—llena de la noble ociosidad en que se engendra el pensamiento puro—; su obra—que no fué sino un reposado promenar entre los árboles más altos de los parques ideológicos—; su mismo tránsito—cuando la que no se nombra vino por él para el postrer viaje—¿no nos dicen bien claramente, hermanos, que a su alma no pueden ser amables ni las alusiones al Orco tenebroso, ni el dantesco horror del infierno cristiano, ni las lamentaciones de cuantos ven en los desposorios con Tanathos un dolor y no un epitalamio?

Vivió serenamente, sin oxidar sus manos con los metales de la ambición bastarda; dedicado a su cátedra—en donde, como Próspero, bajo la advocación de Ariel, enseñó sabia y cordial-

mente a varias falanges de juventud americanas—; consagrado a sus libros, a sus discursos, a sus epístolas. La labor realizada por él es asombrosa—más en relación a su intensidad que a su extensión—, no obstante, no fué jamás un forzado del cálamo, sino un sacerdote de la Belleza y la Verdad que confundía en un mismo horizonte lejano, como se confunden y compenetran en un claro día, en la lontananza, el mar azul y el cielo azul, bajo un sol flamígero. Trabajó siempre, por todos y para todos, con el fervor apasionado con que podría haberse pasado la vida besando a una mujer: por amor. Amó a la Humanidad y a ella ofreció su saber y su pensamiento. Exaltó a los héreos para fortalecernos en su ejemplo; glosó y explicó a los maestros—Jesús, Renan, Carlyle, Emerson, Cervantes—para allanarnos el camino de sus luminosas enseñanzas; ejerció la crítica —en cartas, en prólogos y en artículos— de cuantos libros le enviaron sus contemporáneos, como quien ejerce un ministerio sacro: poniendo en ello su buena fe, su voluntad de acierto y su deseo de ser útil a quienes acudían a su consulta. Con rara ecuanimidad, sorteando la ironía, censuró el yerro, y esquivando la lisonja, elogió el acierto. Sus cuartillas no se mancillaron jamás con bajos vocablos, y menos aún con bajas intenciones. Donde encontró un hecho, un apólogo o una frase que mereciese ser divulgada para bien de alguien, allí clavó su

piqueta de exégeta, pescador de las perlas del arte, minero de los diamantes del bien. Su frente amplia de pensador sereno y generoso sólo se frunció iracunda ante la estulticia de los filisteos. Si albergó un odio en su alma, fué para Mr. Proudhomme y Mr. Homais, sobre quienes lanzó en todo momento su anatema de fuego.

Nunca supo callar a una pregunta; ni eludir su intervención, si era solicitada, en un pleito espiritual; ni negarse a escribir un discurso para solemnizar cualquier fasto del pensamiento o la acción humanos. Creía que la vida era deber y, consciente del suyo, jamás desertó de su avanzada en la batalla inextinguible contra el futuro, al que, en cada instante de su vida, procuró arrancar un girón de la nueva verdad para darla a sus contemporáneos.

Si Bolívar libertó a la América latina del yugo europeo, José Enrique Rodó—por la perfección de su prosa, digna de los mejores escritores del habla castellana, y por la universalidad de su ideología—¡tan amplia, tan humana!—libertó a las letras de América y al pensamiento americano de su peor enemigo: «el americanismo». La obra de Rodó, ni por la expresión, ni por el fondo, parece la obra de un americano, en el concepto que el mundo civilizado tenía hasta hace muy poco de los escritores del sur del Nuevo Continente.

A partir de Rodó la crítica americana se in-

corpora a la española—mejor dicho a la europea, ya que en este género no tienen nada que aprender aquéllos de los ensayistas españoles—, así como a partir de Rubén Darío—y no antes—la poesía de Sud-América—y aun la castellana—se universaliza, desvinculándose de los estrechos conceptos de patria y raza, con sus mezquinos anexos de lo típico, lo pintoresco, la fe de los mayores, la tradición, etcétera... ¿Quiere esto decir que Rodó—como Rubén—no amase a América y a España y no se sintiese carne y raíz del suelo en que nació, y espíritu del pueblo colonizador que fecundó aquel suelo? Basta leer su obra para afirmar lo contrario. Hemos querido decir que sobre estas preocupaciones de origen puso en toda ocasión el sentido de humanidad, más próximo a lo divino cuanto más amplio. Por eso su obra perdurará y su nombre quedará inscrito en la tabla de los benefactores de la civilización.

Y no sólo su vida fué un raro ejemplo de humanidad—llena de comprensión, de amor, de tolerancia—, sino que su éxodo mismo aparece como un símbolo de su pensamiento, orientado siempre hacia Europa, foco de todas las polarizaciones del espíritu. Vivió y laboró en Montevideo; vino a concluir sus días a Italia, dejando la vida—como quien se liberta de un pesado fardo para volar más alto—en Palermo, frente al protéico mar latino, el mar de Homero y de

D'Annunzio, el mar de los argonautas y del Boucentauro.

Una noble serenidad de ocaso presidió su partida; se fué del mundo como quien emprende un viaje del que, temprano o tarde, se vuelve indefectiblemente; con la misma ecuánime alegría con que se despidiera de sus amigos de América al zarpar hacia Europa; y, sobre todo, con la conciencia del deber cumplido: el culto perenne de la Belleza, que es el Bien... o del Bien, que es la Belleza, como gustéis.

JUAN GONZALEZ OLMEDILLA

# RODÓ Y MONTALVO

En la plenitud de su gloria y de su genio, y cuando su vida serena y armoniosa, como una obra de arte, aún parecía lejana del tramonto ineluctable, murió, con la majestad de un semidiós y teniendo por fondo de su agonía el sacro mar de la cultura latina, el magno creador de idealismos, cuya palabra inspirada fué el verbo de todo un Continente.

Generoso sembrador de enseñanzas, alma intensa que sintió y vivió, como nadie, los arduos problemas de su raza y de su siglo; sabio alquimista que del vasto jardín de la filosofía moderna supo extraer la más pura y alquitarada esencia de doctrina para darla a sus contemporáneos en forma asimilable, saturada del fuerte perfume de su intensa personalidad; apóstol, orientador y vidente, el Santo Evangelista de «Ariel» ha sido, en la América libre, el último de los grandes maestros, cuya estir-

pe egregia empieza en Andrés Bello y culmina en Juan Montalvo, a quien el autor de «El Mirador de Própero» profesó gran amor y rindió siempre admiración ferviente, levantando, en uno de sus libros, el monumento luminoso y perdurable que estaban reclamando los fueros insignes del «Cervantes americano».

¡Montalvo y Rodó! ¡Rodó y Montalvo! ¡Qué misteriosas, qué profundas, qué emotivas evocaciones tienen estos dos nombres, unidos ya para la eternidad por los diamantinos e indestructibles lazos del pensamiento, de la palabra, del bien, de la belleza, de la consagración y de la muerte! Vidas gigantes y fecundas, tienen hondas analogías y se armonizan hasta en lo que, aparentemente, tienen de dispares: inquieta, rebelde, tempestuosa, oceánica, fué la de Montalvo; reposada, serena, fué la de Rodó; y, como cielo y mar se influencian, se unen y se reflejan causando benéficos efectos en el Continente, estas dos almas infinitas, de océano verde y de firmamento azul.

Su desaparición del escenario humano fué también parecido: el uno murió en París; solo, pobre, nostálgico y doliente esperó, con rosas, a la Pálida, en una ya lejana mañana de Enero; el otro muere, hace un año, en una tarde de primavera, frente al *Mare nostrum*, en Palermo evocador, capital de la isla florecida, que es como el corazón de la *Italia Mater*, latiendo al compás de la epopeya. ¡Almas cumbres, aqui-

linas, siempre distantes, siempre lejanas, para desprenderse, como de un manto, de la materia y entrar en la inmortalidad, buscaron un pórtico condigno en antiquísimas urbes legendarias!

Extinguida la voz profética del *Cosmopolita* y tras un paréntesis de silencio, comenzó a oirse, en el Mundo de Colón, la voz unciosa e iluminada del joven profesor de Montevideo, que predicaba el evangelio de «Ariel», y cuyas palabras profundas eran como un bautismo de fuego sobre las cabezas de las juventudes de América. De entonces a acá, ¡cuántas cosas hondas, sutiles, sugerentes, emotivas, alentadoras, como un filtro, nos ha dicho el prodigioso creador de «Motivos de Proteo»!

El ideólogo de los «Cinco Ensayos», como el filósofo de los «Siete Tratados», tuvo fe ciega en los altos destinos de nuestra raza; sintió la integridad de esa patria continental y grandiosa que, por tradición, por historia, por idiosincrasia, por lengua, por hábitos, por destinos y por continuidad territorial, es una, aunque integrada por diversos Estados soberanos. Esos dos genios eran los tutelares de la América: ellos la salvaban, ellos la protegían.

A la muerte de Rodó, como a la muerte de Montalvo, esa América nuestra se halla huérfana, y ha enmudecido. Desorientada y convulsa, en el momento más crítico y decisivo de su vida, la *india histérica* que dijo Rubén,

se siente poseída de una *presagiosa inquietud*, y, con ojos desorbitados, escruta, en la cerrazón hostil de sus horizontes, buscando, con avidez angustiosa, el cerebro estrella, precursor del orto luminoso del futuro...

CÉSAR E. ARROYO

(Ecuatoriano.)

# LA PERSONALIDAD DE JOSÉ ENRIQUE RODÓ

## A propósito de su libro «El Mirador de Próspero»

Para los que conocíamos las obras anteriores de este delicado autor, para los jóvenes en particular que hemos abrevado con asiduidad fervorosa, vecina del amor, en las linfas ideales de «Ariel» y «Motivos de Proteo», este nuevo volumen del escritor uruguayo no ofrece otro interés ideológico que el de relacionarnos más estrechamente con la historia política e intelectual de las Repúblicas del Sur y, a lo sumo, precisar algunos hechos que no debiera ignorar en todos sus detalles ningún amigo de las letras hispanoamericanas; mínimo obsequio, a decir verdad, en esta nuestra época de producción literaria, sobre intensa, sesuda y substanciosa, cuando la vieja Europa inunda diarimente el orbe entero con las meditaciones

de plumas tan acrisoladas, de tantos y tan eximios pensadores. Cierto es que este a manera de reproche que nos merece autor querido y admirado, tórnase expresivo elogio si le parangonamos con la legión de cuentómanos, poetastros y escritorzuelos de tintes diversos, que, con desmedida audacia, hanse apoderado de la opinión pública en Sur América y forjado reputación de hombres eminentes. El solo hecho de que Rodó rechace comparación entre nosotros, de que su nombre no corra de boca en boca, bien así cual oímos de continuo el de un Rubén Darío, parécenos indiscutible superioridad, indicio por de contado de una personalidad a la que trataremos de dar a continuación algún relieve.

Si está fuera de duda, según decir ya clásico, que el estilo hace al hombre, el de Rodó es seguramente lo que más le caracteriza y distingue entre todos los buenos literatos dignos de llamarse tales en la América hispana. Excepción hecha de Montalvo y Ricardo Palma, entre los clásicos, y de José María Vargas Vila, para hablar asimismo de los modernos, no sabemos, con efecto, de ningún otro escritor cuyo corte de pluma sea más genuinamente propio, más personal; suponed diez páginas desconocidas acerca de Juan C. Gómez, un diálogo filosófico entre dos personajes que representen: el uno, nuestro espíritu; el otro, la materia; imaginad, en fin, una parábola que,

cual la respuesta de Leuconoe, dice tanto al alma americana, olvidadiza del grande espacio que la circunda, campo abierto a todas las empresas donde nada hay hecho y todo está por hacer; imaginad, repetimos, uno de esos regalos exquisitos, y adivinaréis, si ya conocíais a Rodó, que tales trozos no pueden menos de brotar de la misma pluma que ha engendrado el «Adiós de Gorgias», «Los seis peregrinos», «Hylas» y cien pétalos más que en perfumada corola forman la trama principal de los «Motivos». Castizo, elegante y delicado, el estilo de este hombre se asemeja, a considerarlo con detenimiento, a alguno de esos joyeles corintios de gusto antiguo, policromos y cambiantes, cuyos matices revelaban por el número los diferentes artífices que intervinieran en su fabricación; estilo de facetas múltiples en que se descubren no menos variadas influencias, las del Padre Isla, Jovellanos y Juan Valera, entre los españoles; las de Renan, Ruskin, Taine y Anatole France entre los extranjeros, influencias que no alcanzan, sin embargo, a empañar el sello personal del autor.

Extraños cuanto a la forma, en estos países moralmente demasiado bastos todavía para saber apreciar en su verdadero valor el culto de la frase nítida y gallarda y la euritmia del estilo, los libros de Rodó lo parecen más aún por su contenido. Es que, sin difundir en realidad ideas nuevas en sí, lo que corre en tales

páginas tiene como sorprender necesariamente a gentes que, por lo común, tienen atiborrado el meollo de lecturas fáciles, de índole insulsa, cuando no perversa y degenerada, entre las cuales preciso es señalar la que de diario nos suministra la cofradía de los poetas.

Para ser francos, añadiremos que nuestro público no nos parece digno de escritor del fuste de Rodó, lo que no es óbice a que éste le tome siempre cual objetivo de sus lucubraciones y desvelos; en «Ariel» primero, en la magistral y subsiguiente alegoría de «Proteo», en los artículos anteriores y posteriores reunidos en el «Mirador», por doquiera y en todos los momentos diríase que el pensador está absorbido, menos en la propia contemplación, que en el efecto de sus palabras en el ánimo de determinado e ideal interlocutor. De ahí los defectos arquitectónicos (si se nos permite el término) que cualquier lector perspicaz descubre en esos libros, vicios de composición o falta de plan, como mejor plazca; es una plática desordenada y veleidosa, hija del azar, que el maestro sostiene con su discípulo, quien la da, lo que ocurre generalmente en conversaciones de tal naturaleza, verdadero giro, orientación verdadera. Este interlocutor velado y prestigioso, ante el cuol explaya Rodó las diferentes modalidades de su yo psíquico (cauce en el que se confunden crisis morales diversas, tendencias y sentimientos artísticos, odios y amores

literarios acumulados en más de veinte años de cultura especial), no es otro que la juventud latinoamericana sorprendida en sus primeros alientos, en su virginidad, por así decirlo, cuando se la puede inculcar ese amor de las ideas que, cristalizado en obras, conduce, según Carlyle y Emerson, a la eternidad; ignorante todavía de los besos tentadores y deletéreos del utilitarismo, ese mal de nuestro siglo. La salvación de nuestra América española, insinúa suavemente el maestro a su discípulo, no estriba únicamente en los progresos industriales, en el acrecentamiento de la riqueza bruta, sino asimismo en el cultivo metódico y diario de nuestra alma criolla, que es a la par que materia, inteligencia y sensibilidad; ya conoces tu misión, la conocéis vosotros todos, jóvenes americanos, y la llevaréis a feliz término porque tenéis entusiasmos generosos y desbordantes, e ilusiones que arrastran a todas las empresas, porque sois naturalmente optimistas.

Hay, pues, que romper con el mercantilismo exclusivista en que se complacen algunos, compañero inveterado de la ignorancia, a los que debemos conjuntamente los más de nuestros males políticos y administrativos, revoluciones periódicas, tiranías cesáreas envueltas en los cendales de la libertad profanada, culto de la incompetencia, etc.; hay que substraerse a las fascinaciones espurias de la irracionalidad, pasajeras y versátiles, para buscar en

nuestro sér espiritual los fundamentos de una disciplina de conducta más noble, apropiada a nuestra humana dignidad, que sea también norma estable e inflexible de acción física, de moralidad, de vida.

Persuasivo, elocuente y hasta poético tórnase Rodó cuando el giro de la conversación le lleva a estigmatizar el positivismo contemporáneo, esa concepción utilitaria que los europeos han dado en llamar *americanismo*, aunque sólo caracterice al coloso septentrional, amenazando, sí, echar raíces en los pueblos del Sur... «la visión de una América *deslatinizada* por propia voluntad, sin la extorsión de la conquista, y regenerada luego a imagen y semejanza del arquitecto del Norte, flota ya sobre los sueños de muchos sinceros, interesados por nuestro porvenir; inspira la fruición con que ellos formulan a cada paso los más sugestivos paralelos, y se manifiesta por constantes propósitos de innovación y de reforma. Tenemos nuestra *nordomanía*. Es necesario oponerle los límites que la razón y el sentimiento señalan de consuno.»

¿Cómo ha de operar nuestra juventud esta trasmutación de valores? Ante los asaltos y empujes absorbentes del Júpiter de la cosmogonía moderna, el *dollar*, que todo lo allana y lo facilita todo, placeres materiales y halagos de la baja sensualidad, en primera línea, ¿no suena como un anacronismo, cual sarcástica

paradoja, esa entronización de la inteligencia por ella misma, ese culto de las modalidades «superiores» del ser? Por último, tan radical cuanto trascendente transformación, ¿es siquiera factible? «Reformarse es vivir», dice lapidariamente el artista uruguayo en la primera página de los «Motivos», frase que es a la vez, entre todos los motivos que componen la obra, el motivo principal, genésico, el que acompaña de continuo al lector, a manera de guía espiritual, y le libra de extraviarse entre dédalo tan intrincado de alegorías, parábolas y sutilezas. Si el devenir, que dice el bergsonismo moderno, es ley inquebrantable de nuestra existencia, y si cada momento de la duración pura, para seguir usando la terminología del sabio profesor francés, es el «lugar geométrico» de nuestros sentimientos e ideas y voliciones que fueron, a la par que el crisol do se eslabonan antes de brotar la luz las virtualidades del alma, es decir, *los gérmenes de futuras transformaciones,* el método que debe seguir nuestra juventud en la conquista de sus ideales está indicado con antelación: estudiar, de modo general, colectiva e individualmente, el pasado, para comprender el presente y dominar el porvenir. «De la veneración piadosa del pasado, del culto de la tradición... se compone la noble fuerza que, levantando el espíritu colectivo *sobre las limitaciones del presente*, comunica a las agitaciones y los sentimientos so-

ciales un sentido ideal», dice el venerable Próspero, siguiendo, como bien se ve, las huellas de predecesores ilustres, de Augusto Compte, Taine y Renan, particularmente.

Asentada esta tesis en conjunto, es fácil prever los compromisos que ella impone a los individuos, de modo particular. La América latina constituye emporio de riquezas tal, que no lo aventaja ninguna otra región del Globo; sin embargo, los hechos nos revelan ¡cuán dolorosamente! una marcada inferioridad, así material como intelectual, comparándonos no sólo con las naciones europeas, de añejas tradiciones, si que también con nuestros jóvenes vecinos del Norte. A menos, pues, de aceptar una superioridad absoluta de razas, que ningún argumento especulativo y racional justifica, mejor todavía, pretensión desmentida por las ciencias antropológicas, fuerza nos es inquirir las causas determinantes en aquel fenómeno. Desde el punto de vista bruto, la explicación es, si se quiere, evidente: somos demasiado jóvenes aún. Incapacitados por la carencia de brazos, que no inconscientes de nuestras propias fuerzas, para arrancar a la tierra sus magníficos e inagotables tesoros, llevamos la más triste de las existencias, vida de parias dependientes de las industrias y el comercio europeo y yanqui, súbditos de todos los extranjeros que, como inmensa legión de vampiros, ciérnense sobre nuestros mercados y nos

explotan suavemente, al soplo adormentador de sus alas.

Moralmente, nuestra situación resulta más lastimosa acaso, si se para en mientes en los dones y cualidades con que nos ha favorecido próvida Naturaleza. Tenemos, por de pronto, si descartamos divisiones territoriales caprichosas, trazadas al azar de nuestra separación de España, lo que cabe llamar con entero rigor un alma latino-americana propia, genuina; hálito espiritual cuyo ritmo vibra con un mismo latir en los cerebros de setenta millones de habitantes; alma que se ostenta en manifestaciones múltiples, del pensamiento y de la pluma, en el periodismo diario y la tribuna parlamentaria y política, en las letras y las artes; que se evidencia por sensibilidades y modos de comprender las cosas, *sui generis;* por un habla, en fin, que si bien continúa los principios fundamentales de la lengua castellana, encierra giros, formas y modismos acusadores de una personalidad fuerte y vigorosa. Empero, nos faltan disciplina y métodos filosóficos y científicos que, luego de cristalizar y purificar tan preciosos elementos, preparen la aparición de los hombres verdaderamente grandes, superiores: es que la llama del saber no ha iluminado todavía suficiente número de conciencias y cerebros. Descolgar esa nube que empaña nuestros amplios horizontes, que nos oculta más halagadoras perspectivas, tal es la tre-

menda, pero noble y halagadora labor que pesa sobre los gobernantes y educadores de las democracias latinas de América, y a la que un Rodó había de prestar necesariamente su valioso concurso.

Bien así como nuestra riqueza florestal y minera permanece inexplotada e inexplorada, virgen del contacto de la civilización casi, de igual manera, el rico tesoro de nuestra conciencia individual y el de la conciencia colectiva latinoamericano existe ¡quien lo creyera! inadvertidos de sus mismos poseedores; dentro de ese espacio infinito, inconmensurable, tanto que, para conquistarlo *exhaustivamente*, no alcanzaría la vida toda de la humanidad futura; apenas si ensayamos tenues, ligerísimos vuelos, porque ignoramos la inmensidad que nos circunda y hasta la amplitud de nuestras alas; somos infantes para los cuales el mundo no se explaya más allá los inmediatos horizontes. Así vivimos... satisfechos, contentos con las manifestaciones superficiales y externas del ser psíquico, en vez de arrojarnos de plano en las profundidades mismas de la conciencia: poseemos un sol interior de lumbre intensa y lo despreciamos por pálidos reflejos; a la luz meridiana que alienta y da vida, preferimos, en nuestra estulticia, los cejales mortecinos del poniente. Hay que «traer al haz el alma esa ignorada riqueza: tal es tu obra y la de cada uno. Derramar luz dentro de sí por la observa-

ción interior y la experiencia... Empeño difícil éste de conocer—¿quién lo duda?—y expuesto a mil engaños. Pero ¿no vale todos los tesoros de la voluntad el término que quien lo acomete se propone? ¿Hay cosa que te interese más que describir lo que está en ti y en ninguna parte sino en ti: tierra que para ti sólo fué creada; América, cuyo único descubridor posible eres tú mismo; sin que puedas tener en tu designio gigante, ni émulos que te disputen la gloria, ni conquistadores que te usurpen el derecho?» Ahondemos, sí, en la conciencia, primaria etapa de la grande jornada por medio de la cual entraremos en posesión de todos los tesoros que en su seno guarda el alma latinoamericana; echemos pie, mar adentro, en el oleaje de la vida interior, pero que ello sea no excursión pasiva, de diletante que se ve vivir por el placer de mirarse o de cortesana que se embelesa en la contemplación de sus formas mercenarias: mirémonos, dice admirablemente Rodó, a la manera de severo Marco Aurelio, cuyos exámenes de conciencia eran siempre presagios de acciones futuras... «modo de saber de sí, que no prurito exasperador, ni deleite moroso, sino obra viva en favor de nuestro perfeccionamiento; que no nos incapacita... para el ejercicio de la voluntad, sino que por lo contrario, nos capacita y corrobora, porque consiste en *observarse para reformarse...*»

En medio del indiferentismo general por las

labores ideológicas, que nos caracteriza a los sudamericanos, ante el derroche de superficialidad que se gastan la mayoría de nuestros sedicentes literatos y «maestros»; en consideración, por último, del desdén con que cualquier hijo de vecino mira hoy la corrección y pureza del estilo, la estética del lenguaje escrito, un José Enrique Rodó, un escritor de frases gallardas, delicadas, siempre correctas en la forma, sazonadas de ideas y pensamientos vigorosos, en el fondo, que mueven, incitan a la meditación, es un fenómeno punto menos que un caso teratológico; desde este punto de vista hay que admirarlo con orgullo, venerarlo con unción respetuosa, pues que sintetiza uno de los baluartes más puros y preciosos de nuestra intelectualidad, de nuestra raza.

CRISTÓBAL RODRÍGUEZ

(Panameño.)

# JOSÉ ENRIQUE RODÓ

Hacia el 98, las generaciones americanas, sobre todo las jóvenes, hacían vislumbrar en su inquietud, en su indecisión espiritual, el anhelo único, vagamente sentido, de oir una voz serena y fuerte que, al mismo tiempo que despertara energías, señalara también caminos, esas *vías de comunicación* por cuya falta tanto hemos sufrido. Y esta como silenciosa imploración era sincera; todas las almas estaban convencidas de que hacía falta un maestro, y si no lo pedían a gritos—hábito obligado de nuestras democracias—era porque se recelaba de la bondad del resultado. Entonces abundaron los poetas—al decir de varios críticos de aquellos tiempos— sonoros, rotundos, heroicos; entonces la sombra complaciente de don José Zorrilla protegía a cuantos, impacientes, buscaban las rimas precisas para un soneto heroico...; entonces cuantos gastaban ideas y sentimientos literarios y filosóficos se dirigían

al campo, siempre fecundo, de la política. Faltaba en Poesía quien trajera y pusiera en los vates aquel sentido que muy bien podría calificársele de definitivo: el de la harmonía. En crítica y en filosofía aún estaban en discusión las ideas de los Enciclopedistas; todavía, en algunas repúblicas, los conceptos religiosos seguían una dirección paralela a los políticos. Y el ambiente, pesado con tantas discusiones inútiles, saturado de humo guerrero, impedía la libre comunicación espiritual del Continente.

Y fué en esos días, que desde Montevideo llegó a la juventud la voz persuasiva, armónica, serena y sabia de José Enrique Rodó. Mientras los otros se prodigaban en diversiones infructuosas, el futuro pensador había templado en el silencio de su gabinete y con la amistad de los maestros su espíritu selecto. Lleno de tristeza, tal vez, al contemplar aquel indeciso tanteo, sintió que algo divino le impulsaba a observar con atenta mirada el accionar de toda una generación. Y después de la intuición maravillosa de «El que vendrá», un tanto desconocido en los días de su publicación, el joven pensador rompió el confuso discurrir con su «Ariel». Era la palabra suprema de que tanto se necesitaba, era la revelación de cuanto se imponía para la fecundidad de las energías. Sermón laico se le ha llamado, y en verdad, sólo a eso puede compararse la fervorosa prédica. —En «Ariel» se encuentra la unción en

su más alto grado, mas no la severidad ni la rigidez de los que imponen creencias. Su carácter principal es que no se dirige a la potencia emotiva de las almas en busca de éxitos oratorios tan sólo, ni tampoco únicamente a la fantasía literaria. Lo que quiere Rodó, y lo hace, es reunir todas las ideas actuales, abarcarlas en una síntesis comprensiva para mostrar así cuáles son errores y cuáles son cualidades, señalar la manera de borrar aquéllos como también la de imponer las últimas. Con la revelación hecha por Rodó, vemos un camino ancho, claro, propio para caminar con bagaje de juventud, un camino que carece de encrucijadas entorpecedoras. Para ir a él, sólo hace falta disposición. ¿Cómo sabremos si nuestra alma puede caminar segura por tal camino sin temer tropiezos ni arrepentimientos?

Ante todo, necesita la fuerza, el valor, la fe. Y también su revelación encontramos en «Ariel». Todo se consigue por medio del Ideal. La palabra persuasiva y suave de Rodó nos habla: «No os encojáis de hombros delante de una noble y fecunda manifestación de la naturaleza humana, a pretexto de que vuestra organización individual os liga con preterencia a manifestaciones diferentes. Sed espectadores atentos allí donde no podéis ser actores. Cuando cierto falsísimo y vulgarizado concepto de la educación, que la imagina subordinada ex-

clusivamente al fin utilitario, se empeña en mutilar, por medio de ese utilitarismo y de una especialización prematura, la integridad natural de los espíritus, y anhela proscribir de la enseñanza todo elemento desinteresado e ideal, no repara suficientemente en el peligro de preparar para el porvenir espíritus estrechos que, incapaces de considerar más que el único aspecto de la realidad con que están inmediatamente en contacto, vivirán separados por helados desiertos de los espíritus que, dentro de la misma sociedad, se hayan adherido a otras manifestaciones de la vida». Quien atentamente siga el desarrollo del discurso, admirará, cada instante más, la profunda clarividencia de Rodó. El no hablaba del Ideal como si discurriera en un curso de metafísica; al contrario, demostraba que no es una palabra sin significación concreta, sino que era el verdadero camino para la orientación de los espíritus. Y aquel singular anhelo de que los jóvenes sean dueños de cierta cultura general responde a una verdadera necesidad. Rodó veía cuan estéril era, cuan engañosa, toda labor unilateral. Todos los días veremos la razón de su prédica; quienes, en una alarde de disciplina germánica, creen que el estudio de ciencias en nada importa al filósofo, al poeta y viceversa, andan muy equivocados. Las ciencias y las letras no carecen, como muchos creen, afirmados en su ignorancia, de íntimas relaciones, pues basta

decir que son aspectos distintos de un solo todo que es la vida. Ahora que tanto se discute en la formación de reglamentos de instrucción, los conceptos de Rodó muy bien pueden servir de norma verdadera para las resoluciones. Y Rodó, espíritu superior, quería aquella armonía tan exótica aún; la quería en todas las acciones, coronándolas como una cúpula de oro, y no como un concepto puramente filosófico; la quería como complemento matemático. El maestro, con su visión tan límpida de las cosas, veía las deformidades que resultaban al efectuar la comparación entre las capacidades morales del individuo, de los pueblos y el medio físico en que ejercitaban sus energías. Luego, en «Motivos de Proteo» se encuentra explicada esta armonía, suprema ley universal, en el capítulo de las vocaciones. Rodó no quería que se efectúe ninguna aplicación práctica de la energía del Individuo—y este es el punto principal de su obra como educacionista y como filósofo—sin antes consultar con la disposición de las posibilidades espirituales. Y su ideal era que los fines utilitarios no sean lo que determinen—cosa imposible—los caracteres psicológicos correspondientes, sino que estos últimos sean los directores, puesto que ellos forman el *Carácter,* la personalidad misma del individuo, y las aplicaciones prácticas son resultantes lógicas de esa personalidad, resultantes, por lo tanto, insustituibles. O dicho de otro

modo, cualquiera manifestación correspondiente al mundo exterior no es sino la prolongación continua del medio Interno.

Pocos escritores, como Rodó, han logrado al mismo tiempo profundizar sus estudios y ponerlos en práctica. Tal vez ésta sea su distintiva. Pues, al contrario de muchos, no fué un teorizante; sus críticas no eran exposiciones doctrinarias sin objeto, ni tampoco lugares comunes de erudición. En ninguno de sus escritos es posible encontrar la cita ociosa, sin objeto; menos la divagación estéril. Estudios de autores, encadenaciones lógicas de ideas, todo se dirige a un solo fin: la belleza. Y para Rodó el concepto de belleza no es tan sólo una cuestión filosófica, o mejor dicho, no estudiada por el maestro de «Motivos de Proteo» como tema estético, sino como finalidad de todos los actos del individuo. Porque la Belleza significa armonía, sutileza, perfección, y todos los actos tienen por único fin el ser más o menos completos, es decir, perfectos. Rodó, sincero creyente de toda manifestación artística, avizoraba atento en las energías de la juventud grandes posibilidades de belleza, por eso se dirigía a ella; por eso su alma, toda delicadeza, estaba embebida por completo de ella. E iba radiante en su serenidad, recordando a todos los que tenían dudas e indecisiones: «la belleza, la juventud, está en vosotros».

Para demostrarlo, no recurría a silogismos

sofísticos; sacaba de su cerebro las pruebas naturales que están latentes en las almas de todos los hombres, pero él sabía, gracias a la delicadeza de su talento, darles los contornos eternos, los significados verdaderos. Minador sublime, extraía de entre la dura tierra de los prejuicios cuanto había de bueno y de noble. Y es así como, con un gesto inigualable de piedad y de sabiduría, defendía la permanencia de los crucifijos en los hospitales, cuando los proyectos de un doctrinario exagerado quiso arrojarlos a la calle. En ese folleto «Liberalismo y Jacobinismo»—que es, entre sus obras, por quien sabe qué incomprensión, la menos citada—, se puede ver a qué altura alcanzaba la serenidad, la tolerancia del maestro. Ecuánime cual ningún otro; sabio, con aquella sabiduría luminosa que no se adquiere en los libros, hacía de su liberalismo un argumento invencible. Además de demostrar la significación histórica de Jesús, su valor como reformador moral y como hombre, su bien comprendido concepto de la belleza, le sirve de apoyo en esta justa digna de su talento. Y decía: «¡Pensamiento libre...! He aquí otro motivo de consideraciones que bien merecerían una prolija atención, si estos artículos no se hubieran dilatado ya más de lo justo. ¿Piensa por ventura el doctor Díaz que no hay más que romper el yugo de los dogmas católicos para adquirir la libertad de pensar? El libre pensamiento es

cosa mucho más ardua y compleja de lo que supone la superficial interpretación común que le identifica con la independencia respecto de la fe tradicional. Es mucho más que una fórmula y una divisa: es un resultado de educación *interior,* que pocos, muy pocos, alcanzan. Pensar con libertad, o no significa sino una frase hecha, o significa pensar por cuenta propia, por esfuerzo consciente o racional del propio espíritu y para consumar su propia emancipación. Y para adquirir esta difícil capacidad no basta haberse libertado de la autoridad dogmática de esa fe.» Así hablaba Rodó a los *librepensadores* que anhelaban este calificativo a manera de título comercial; muy por encima de esas mediocridades, se había formado el maestro una visión compleja, fuerte, que podía desafiar con inmensa ventaja a mil contorsiones sutiles.

Subyugada la juventud americana por gloria tan pura, por ingenio de tan preclaro linaje, le tomó por maestro. Nunca se pudo encontrar mejor. Llenaba todas las exigencias: talento, gusto, bondad, lozanía, arte. Y, sobre todo, aquella majestad emocionante de sus ideas, que bien podían compararse a caravanas regias. Ondulante y armonioso, no era un escritor tan sólo; era la encarnación palpitante de cuantas cualidades habíamos escaseado. Era la belleza misma, la vida dinámica y avasalladora, rica en orientaciones, pródiga en ense-

ñanzas. Con una comprensión exacta, dice Gonzalo Zaldumbide: *L'eurythmie interieure préside à son enseignement. Pour lui, meme le sentiment de la justice n'est q'un sens delicat de la messure, de la proportion. Le mal, la grossière erreur la passion mesquine sont une dissonance desagreáble dans "l'esthetique de la conduite"*. El ideal para Rodó era hacer de la juventud un camino de perfección hacia la belleza, que, siempre escondida en todas las cosas, espera a quienes, con una afinidad particular para con ella, logren descubrirla...

Hace poco el maestro, en pleno triunfo, se dirigió a Italia la bella, la más pura fuente de armonía, quizás con el propósito de realizar muchas ansias insatisfechas de su alma aristocrática. Y ha sido allí, en pleno peregrinaje, que la muerte, la amiga inoportuna, ha querido arrebatarnos esa luz, cuando más radiante y más potente se encontraba. En ese trance terrible bien pudo el maestro repetir aquellas palabras citadas por Montaigne:

*Manent opera interrumpta, minaeque murorum ingentes.*

JULIO CÉSAR ENDARA

(Ecuatoriano.)

# DON JOSÉ ENRIQUE RODÓ
# Y SUS OBRAS LITERARIAS

El Director de la Revista Hispano-Americana CERVANTES, me invita galantemente para que contribuya con unas cuantas cuartillas a enaltecer la memoria de D. José Enrique Rodó, ilustre autor uruguayo, en el primer aniversario de su fallecimiento, y como el trabajo de toda nuestra vida ha sido y es investigar en las fuentes del pasado, ¿qué mejor trabajo se puede hacer del que fué en vida maestro de la crítica, que consignar lo que otros notables escritores dijeron de José Enrique Rodó en su tiempo y lugar?

Del escritor Rodó y de su opúsculo «Ariel», escrito allá por 1904, decía el gran crítico Leopoldo Alas, *Clarín,* en un artículo de *El Imparcial* de 23 de Abril, puesto como prólogo en otra edición de «Ariel», lo siguiente:

«José Enrique Rodó es uno de los críticos

más jóvenes y más notables de la América latina, el Catedrático de Literatura en Montevideo es de los que honran su patria con sobrado motivo.»

«En su bien acabado libro presenta como protagonista a un maestro venerable «que al despedirse de sus discípulos, con genio sutil, describe en la sala de estudio, y junto a una estatua de Ariel, lo que representa ésta en el momento final de la tempestad, cuando el mago Próspero devuelve la libertad al genio del aire.»

«Rodó es siempre inspirado por la justicia; siempre sincero, valiente y decidido en la defensa de sus propias ideas, pero leal en las opuestas, sin desvirtuarlas; flexible, tolerante, comprendiéndolo *todo,* pero predicando lo suyo; joven equilibrado, sereno e imparcial, en mengua del entusiasmo; enamorado del porvenir, pero con veneración por el pasado y con el conocimiento del presente, trata de la situación actual histórica, de la situación del *americanismo del Norte,* con la América joven latina.»

Así definía la cultura y el genio de Rodó, entonces, Leopoldo Alas, *Clarín.*

José Enrique Rodó, al hacer la monografía política con documentos inéditos, en 1904, de la obra «La Bandera de San Antonio», del doctor Volló, trata admirablemente de la obra futura de José Garibaldi, destinando los productos de

su publicación al monumento dedicado en Montevideo al gran liberal italiano.

En la novena edición de «Ariel», impresa en Montevideo, en 1911, aparece al frente de ella el retrato del autor, y en sus rasgos fisonómicos, cualquier hombre observador verá reflejada en la fotografía la bondad de carácter, la inteligencia y la firmeza.

Rodó imaginó una serie de trabajos uniformes y con tendencia a un mismo fin crítico, y así su primer opúsculo de esta clase de trabajos, titulado «La Vida Nueva», lo comenta el autor de la manera siguiente:

«La Vida Nueva» será una colección de opúsculos literarios, en los que me propongo reunir todas las páginas que expresen el estado de mi conciencia de espectador en el gran drama de la inquietud contemporánea.»

Su segundo folleto de «La Vida Nueva» refiérese al gran poeta Rubén Darío, a su personalidad literaria y a su última obra de entonces; este folleto está impreso en 1899. José Enrique Rodó encomia cual se merece el trabajo del autor de «Prosas Profanas» y de «Azul». En el libro «América» de Abel J. Pérez, prólogo de Rodó, Abel le consulta a nuestro crítico sobre las relaciones de Gil Blas de Santillana respecto a literatura con el Arzobispo de Granada, manifestándole a Rodó dijera toda la verdad, contestándole éste con una admirable carta fechada en Granada, en 6 de Septiembre de 1911.

La edición y el prólogo fueron impresos en Montevideo en la fecha indicada, y por último, queremos tratar, muy a la ligera, porque el espacio no da más de sí, del libro impreso en París, en 1915, de los ensayos de Rodó por su entusiasta amigo Hugo de Barbagelata, quien coleccionó en un mismo libro los ensayos: Montalvo, Ariel, Bolívar, Rubén Darío y Liberalismo y Jacobinismo. Barbagelata decía en una nota de su libro lo siguiente:

«Como hace apenas un año que apareció en París una obra mía con prólogo de Rodó, quiero dejar constancia de que yo no ignoro cuáles son los trozos selectos de los trabajos del maestro uruguayo, cumpliendo así un homenaje a un compatriota y al país que lo produjo y que obséquianos con una generosa amistad.»

¡Dichosos los hombres como José Enrique Rodó, que, al dejar las miserias de la vida, también dejan en ella una estela del genio que sirve de enseñanza y estudio a las generaciones venideras de la madre España y de sus hijas las Naciones americanas!

NICETO ONECA CARRILLO

(Español)

Madrid, 7 de Mayo de 1918.

# MIS LECTURAS

De la dichosa edad en los albores
amó a Perault mi ingenua fantasía,
mago que en torno de mi sien tendía
gasas de luz y flecos de colores.

Del sol de adolescencia en los ardores
Fué Lamartine mi cariñoso guía,
*Focelyn* propició, bajo la umbría
fronda vernal, mis ocios soñadores.

Luego el bronce hugoriano arma y escuda
al corazón, que austeridad entraña.
Cuando avanzaba en mi heredad el frío

Amé a Cervantes. Sensación más ruda
busqué luego en Balzac .. y hoy, ¡cosa extraña!,
vuelvo a Perault, ¡me reconcentro y río...!

José Enrique RODÓ

# ALEJAMIENTO DEL MAESTRO

*Con motivo del viaje a Europa del llorado maestro, uno de sus compatriotas escribió lo siguiente:*

El trasatlántico que conduce a su bordo la personalidad de José Enrique Rodó, el insigne autor de «El mirador de Próspero» —preciado presente que el Nuevo Mundo, símbolo del porvenir, envía al antiguo, de cara vuelta hoy al pasado—, avanza rápidamente en su marcha misteriosa a través del Océano, proa a Europa... Y en tanto que el barco se aleja y se pierde en las brumas de los mares, perduran en el ambiente y en el espíritu de los amigos y admiradores del maestro, como en el cielo los reflejos de luz y oro que recuerdan la esplendidez de una puesta de sol, las sensaciones diversas, de pena, de entusiasmo, de contento y de tristeza, que su despedida, grande por es-

pontánea, magnífica por afectuosa, intensa por expresiva, produjo en todos los que en ella intervinieron directa o indirectamente. Las simpatías, las amistades, el cariño, el respeto y la veneración hondos y sinceros que el escritor y el hombre, en plena irradiación juvenil todavía, han conquistado con su talento y austeridad—nunca menguado el primero por la menor negación, jamás nublada la segunda por la más leve sombra de duda—, adquirieron la exteriorización definitiva y consagradora que el maestro se merecía desde muchos años atrás por sus múltiples méritos, sólidos talentos y enaltecedoras virtudes. El alma popular, sin contacto hasta ahora con el esforzado sembrador de ideas —demasiado elevado en sus concepciones y refinado en la forma para ser comprendido y apreciado por las grandes masas, hechas para sentir y no para pensar—, se contagió también con el estremecimiento de la juventud que estudia, de la juventud que discurre, de los hombres que ponen la justicia sobre las pasiones y el perdón sobre los odios, de los que luchan y de los que sufren, de los que alientan por liberaciones equitativas, y de los que indiferentes, en apariencia, a las oscilaciones y brusquedades de la política, observan con expresivo silencio, no por eso menos eficaz que la acción, los acontecimientos que esmaltan y manchan el ambiente y las fuerzas encontradas que los encauzan, desvían, desnaturali-

zan y precipitan. Y el alma popular, que en Rodó y en su obra sólo ha podido ver, lógicamente, una abstracción, despertó también agitada por la pasión dominante, para saludar al maestro antes de su repentina partida, y ofrecerle, como sencillo don de simpatía y de respeto, la flor bien aromada de su sinceridad y el calor leal de su adhesión vibrante y franca... El maestro se ha ido, pues... Y se ha ido empujado por dos fuerzas poderosas: el ansia—inquietud eterna de su espíritu— de ampliar con nuevas visiones de vida los dilatados horizontes de su visión, y el deseo, que en este caso hizo más que su voluntad, de aceptar un ofrecimiento honroso, una representación periodística digna, y escapar a una atmósfera que, por fuerza, tenía que molestarle y sacudirlo en su augusta serenidad, y herirlo, por último, en sus más íntimos afectos y en sus más leales convicciones. Espíritu superior, y como superior delicado y sensible, hecho sólo para las nobles luchas del pensamiento —en las que cada día se afirma y robustece con mayor fuerza su severa figura de apóstol de las más sanas y profundas aspiraciones de la humanidad—, la política, que ha sido, es y será siempre arte primero que ciencia, destreza antes que saber, audacia antes que lealtad—, no podía adaptarse a su temperamento, que, forjado al calor de los más puros principios filosóficos y nutrido en la infalible sabiduría de la naturaleza, fuen-

te de toda verdad, había de sentirse dolorido y amargado por los dardos y sombras, venenosos unos, desconcertantes otras, que aquélla arroja ciegamente sobre los que persiguen su conquista con la buena fe y la sinceridad por únicas armas, y el triunfo de una idea —jamás de un interés o de una pasión personales— por solo y definitivo propósito. La ausencia de Rodó es, por esa dolorosa circunstancia, doblemente lamentable y lamentada. Error grave de los que la han determinado, voluntaria o involuntariamente, importa un desgarramiento de nuestro ya poco frondoso árbol intelectual. En cualquier otro instante constituiría un accidente de significación por tratarse de quien se trata, pero sin importancia fundamental alguna: hoy consagra el alejamiento indefinido de la más fuerte y alta cumbre del pensamiento nacional, y aun americano, en momentos, precisamente, en que los complicados y nebulosos sucesos que se eslabonan a lo largo del camino de la vida cívica, y de los cuales depende el más grave de los problemas que a la conciencia nacional se han ofrecido, piden el concurso y el consejo de todos los buenos y de todos los sabios. Para el maestro, sin embargo, la ausencia será, a poco que el olvido suavice las asperezas que la pasión de sus adversarios políticos ha levantado en su espíritu, una fuente de emociones gratas, y quizás el origen de un retoñar de las esperanzas e idealidades que

duermen en el fondo de su alma, adormecidas por los vahos de vulgaridad que en estos últimos tiempos ha caído sobre ellas. En uno de los admirables capítulos de sus «Motivos de Proteo» —libro que, como todos los suyos, debía ser lectura obligada y constante en la juventud del momento—, el impecable artista de la palabra dice: «La filosofía digna de almas fuertes es la que enseña que del mal irremediable ha de sacarse la aspiración de un bien distinto de aquel que cedió al golpe de la fatalidad: estímulo y objeto para un nuevo sentido de la acción, nunca segada en sus raíces. «A la vocación que fracasa, puede suceder otra vocación: al amor que perece, puede sustituirse un nuevo amor: a la felicidad desvanecida, puede hallarse el reparo de otra nueva felicidad...» La política ha cegado en el alma del maestro, transitoria o definitivamente—¡quién sabe!—, un amor que no por corriente y desnaturalizado era menos noble y leal en él: el amor al civismo rígido, a la pureza del sufragio, a la verdad de las instituciones, al triunfo de las libertades. Luchó tenazmente por todas esas abstracciones en el libro, en el parlamento y en el periodismo; puso en su afán, que por ser suyo era de excepción, igual empeño y entusiasmo que en sus obras de recogimiento y alta meditación; y la recompensa de su esfuerzo sincero, el premio de su propósito altruísta, la finalidad de sus aspiraciones patrióticas, ha sido el desen-

gaño más amargo y las rozaduras fatales que la pasión mal contenida y la agresividad poco encubierta han señalado en su espíritu que, si grande como el Océano por su fuerza y amplitud, es semejante al del niño por su bondad y pureza... El mar inquieto que hoy le conduce a lejanos lugares del planeta, donde también se lucha y donde también se sufre, aunque por muy distintos ideales y principios, lo ha de devolver algún día no distante al ambiente que voluntariamente abandona, fortalecido, quizás transformado, con nuevas sensaciones de belleza en el espíritu, mayor caudal de misericordia en el alma y un concepto nuevo de humanidad en el cerebro. Amplio y generoso—con la amplitud y generosidad propias de los hombres superiores—el maestro olvidará y hasta perdonará, que el olvido y el perdón son señal de fortaleza, dejando que allá, en el rincón más oculto de su ser, vuelva a resurgir, al calor no extinguido de viejos recuerdos y de viejos afectos, el amor que en estos momentos le arranca a la tranquilidad y dulce apacibilidad del estudio, del hogar y de los amigos, y le lleva a peregrinar, ansioso de emociones y de olvido, por sitios donde la muerte vence a la vida, y donde cada placer estético que se apura se diluye rápidamente en una trágica visión de guerra... Y, entonces, su reconquista será la mejor, la más bella, la más completa de las reivindicaciones a que podremos aspirar los

que lamentamos el alejamiento de Rodó por lo que dice de ausencia, de distancia, de desengaño y de injusticia.....
.....

EDUARDO FERREIRA
(Uruguayo.)

Montevideo, Julio, 1916.

# PARÁFRASIS DE RODÓ

## Mirando jugar a un niño.

I

Jugaba el niño en el jardín,
con una copa de cristal
que, en el límpido ambiente de la tarde,
un rayo de sol hería.

Manteniéndola en alto, no muy firme,
en la una mano, golpeaba
acompasadamente con un junco
que traía en la otra.

Después del toque, se quedaba atento
inclinando gracioso la cabeza,
y las ondas sonoras,
como nacidas de un vibrante trino
de pájaro,

se desprendían del cristal herido,
suaves, y agonizaban en los aires.
Prolongó así su improvisada música,
hasta que, en un arranque de voluble,
cambió el motivo de su juego;
se inclinó a tierra,
y de la arena limpia del sendero,
que recogió en el hueco de ambas manos,
fué vertiendo en la copa hasta llenarla.
Terminada esta obra,
la desigual arena de los bordes
alisó, con primor.

No pasó mucho tiempo
sin que de nuevo él arrancar quisiera
voz al cristal de fresca resonancia;
pero el cristal, enmudecido,
cual si hubiera emigrado de su seno
diáfano un alma,
a los golpes del junco
no respondía mas que con un ruido
de seca percusión.

Gesto de enojo el incipiente artista
tuvo para el fracaso de su lira;
tal vez hubo una lágrima en sus ojos,
mas la dejó en suspenso.

Miró a su alrededor como indeciso:
detuvo, al fin, sus ojos húmedos
en una blanca flor pomposa

que a la orilla cercana de un cantero,
meciéndose graciosa
en la rama que más se adelantaba,
parecía
rehuir la compañía de las hojas,
como en espera de atrevida mano.

Sonriendo el niño fué a la flor,
pugnó por alcanzarla,
hasta que aprisionándola
con la gentil complicidad del viento
que en un instante hizo abatir la rama,
la colocó en la copa de cristal,
vuelta en ufano búcaro,
el tallo endeble asegurando
con la arena que había sofocado
su alma musical.

Orgulloso, después, de su desquite,
levantó cuanto pudo
muy en alto la flor entronizada,
y paseóla como en triunfo por
entre la muchedumbre de las flores.

¡Sabia filosofía, candorosa,
la del niño! ¡Las veces que en la vida
hemos roto la copa enmudecida
sin coronado haberla con la rosa!

Tú que vas con la frente ensombrecida
y el alma como una Dolorosa;
tú que elevas la mano temblorosa
apenas sujetándote la herida;

tú que vas iracundo, tú doliente,
y aquel de más allá, y el otro y otros;
ved lo que la parábola atesora:

¡Nunca rompais la copa torpemente:
Tal vez esté muy cerca de vosotros
la suspirada flor reparadora...!

ISMAEL URDANETA
(Venezolano.)

# LA ÚLTIMA ENTREVISTA DEL MAESTRO

*Poco antes de embarcar para Europa fué entrevistado Rodó por un periodista argentino. He aquí algunos de sus conceptos:*

Procuré verlo todo... Pero el centro, el núcleo de mis lecturas fueron—y han continuado siendo—lo moderno francés y lo clásico de nuestra lengua. Acaso en el consorcio de este doble orden de influencias pueda encontrarse el génesis de mi estilo.

—¿Creáronle obstáculos las ideas expuestas en sus primeras obras?

—Cuando publiqué mi *Ariel*, todavía predominaba en el espíritu americano la tendencia positivista, el sentido utilitario de las ideas de la segunda mitad del siglo XIX. Predominaba también cierto desvío de las tradiciones de raza, cierto pesimismo respecto de la geniali-

dad latina, a la que era común considerar herida de irremediable decadencia oponiéndole, en todo y para todo, la superioridad del modelo anglo-sajón. Por eso mi libro, aunque se abrió paso por su estilo, en cuanto a las ideas desentonó, al principio, en el ambiente, y no faltó quien lo tildase de «reaccionario».

—Sin que lo fuera—interrumpo.

—Estaba lejos de serlo continúa Rodó—; era, por el contrario, una de las primeras manifestaciones americanas de una renovación ideal que universalmente prosperaba con la decadencia del positivismo. Hoy el espíritu que infundí en aquellas páginas es, en lo fundamental, el de las generaciones que se han formado desde entonces. El sentido idealista de la vida y la idea y el sentimiento de la raza son hoy rasgos característicos de la fisonomía intelectual de nuestra América.

Paso a hablar, con motivo de este giro, sobre cuestiones de orden continental, e interrogo a mi ilustre interlocutor respecto al ideal político y moral que, según su elevado criterio, debe ser el norte de los pueblos americanos.

—Pienso—me dice—que el magno problema a que deben atender los pueblos hispano-americanos es al de formar una «conciencia nacional», una personalidad colectiva, propia y característica, que se refleje en su cultura. En los pueblos del Río de la Plata, donde la inmigración ha desgastado más que en el resto de

América, el núcleo latino, y donde, además, pueden considerarse relativamente superadas otras dificultades de la infancia social, el problema a que me refiero tiene aún más actualidad e importancia que en los otros. Debemos esforzarnos por llevar al espíritu de todos la persuasión de que ni la fuerza material, ni la riqueza, ni la civilización prestada, suplen en los pueblos la ausencia de esta energía soberana: ser algo propio, tener una personalidad.

—A propósito, ¿qué países americanos cree usted que se destacan al presente por una literatura más vigorosa y por un temperamento más artístico?

—Haciendo abstracción de mi país, sobre el cual el juicio mío carecería de imparcialidad, creo que en el período literario de los veinte años últimos, la Argentina, Venezuela y Cuba son los que han mantenido una actividad intelectual más intensa y continua. No me refiero a la obra de tal o cual personalidad excepcional, sino a la actividad literaria como obra colectiva.

—¿Le parece a usted que en estos países debiera existir y sería posible establecer un Ministerio de Artes y Letras que tendiera a nacionalizar la producción?

—Entiendo que, en los pueblos de nuestra América, esa institución sería prematura; no estaría justificada por la capacidad de nuestro ambiente cultural. Pero creo que la obra de es-

tímulo a que usted se refiere podría ser atendida por los Gobiernos, sin necesidad de crear un organismo administrativo aparte.

Aquí la conversación sufre un desvío.

—Ustedes escriben mucho—me dice Rodó, refiriéndose a los argentinos—. Tienen más posibilidades de hacerlo. El ambiente es propicio. Sus centros de cultura cuentan con el apoyo oficial.

Rectifico esta apreciación. Se me vienen a las mientes ciertas quejas que, en comunicación amistosa, oyera en Buenos Aires a los doctores Carlos Malagarriga y David Peña, fundadores, respectivamente, del Ateneo Hispano-Americano y del Ateneo Nacional, sobre la marcha dificultosa de tales instituciones.

—Es un error muy extendido, error de óptica—digo—el creer que el Gobierno argentino se ocupa del fomento de las letras. Nada hacen, en la Argentina, ni el Presidente de la República ni las Cámaras legislativas por la literatura nuestra. Los intelectuales vegetan sin ningún estímulo oficial. El Ateneo Hispano-Americano gozaba de una miserable subvención y le fué suprimida. El Ateneo Nacional no logra que el Congreso le despache un subsidio solicitado. Y esto en un país donde se tiran los millones...

Hay un breve silencio. Observo que el maestro se ha quedado pensativo. Una ligera pronunciación de sus hombros, que sólo ahora

descubro, me hace adivinar sus largas y fatigosas jornadas de estudio y de labor intelectual sobre el pupitre.

—Quisiera de usted—digo, renovando nuestro diálogo—un juicio sobre la misión del periodismo, desde el punto de vista de su influencia educativa en la vida de los pueblos.

—Siempre he pensado—me contesta—que la parte más trascendental del periodismo, la que hace de él un órgano absolutamente insustituible de la vida moderna, no es la que tiene apariencias de más grave y selecta, la de doctrina y propaganda, sino la que el concepto común juzga más trivial: la información. Por la información, más que por el comentario, es la prensa un medio de comunicación y simpatía social.

No queriendo abusar de la benevolencia del escritor uruguayo, terminé la entrevista con una última interrogación.

Tuve la curiosidad de saber qué pensaba Rodó de la guerra europea, del ideal que reinará después de establecida la paz sobre los pueblos combatientes.

—Creo—repuso a mi pregunta—que el triunfo de las naciones aliadas en la lucha contra el imperialismo alemán determinará la tendencia a un orden internacional más justo, más amistoso y más estable. Pero, como usted comprenderá, no creo en resultados de paz y justicia internacional absoluta y definitiva; no creo en

paraísos restaurados para siempre sobre la tierra, por obra y gracia de la paz que haya de firmarse. Pienso que no serán perdidos los sacrificios de esta guerra espantosa si de ella sale fortalecida la esperanza de llegar algún día a la realidad del derecho internacional.

..... .....

Cuando salí a la calle la media tinta del crepúsculo se desvanecía, tenuemente, sobre el confín marino, entre la descendente paralela de los edificios. La iluminación artificial empezaba a acentuar los relieves arquitectónicos de las casas.

Y me alejé pensando que Montevideo bien puede estar orgulloso de las dos eminencias que se destacan, hoy, en su suelo: la orográfica y la intelctualidad; el cerro y José Enrique Rodó.

JULIÁN DE CHARRAS
(Argentino.)

# BARCELONA VISTA POR RODÓ

*Antes de que pasara a Italia, Rodó detúvose en España. A su paso por Barcelona escribió la siguiente impresión:*

Después de rápido paso por la corte, y de un viaje en ferrocarril que me hace pensar, con envidia profética, en los que burlarán a los calores del futuro viajando en aeroplano, llego una tórrida noche a Barcelona, la ilustre y hacendosa ciudad, raíz de mi sangre y objeto siempre para mí de estimación y simpatía, que acrecentaban mi deseo de verla.

Cierto es que la ocasión es la menos propicia para conocer a fondo aquella parte del conjunto social donde están mis relaciones y mis semejanzas. Aquí, como en Madrid, el rigor del verano mantiene fuera de la ciudad a la mayor parte de la gente de letras. Encuentro, sin embargo, entre otros de los mejores, a Rafael Vehils, que, con cariñosa solicitud, se afa-

na por hacer doblemente interesantes y gratos los breves días que paso en Barcelona. Vehils prepara aquí, acompañado desde su cátedra de Oviedo por Rafael Altamira, una publicación de la mayor oportunidad e interés: una revista de estudios internacionales, donde, anticipándose a la solución del actual conflicto europeo, con las transformaciones que probablemente determinará y el nuevo orden que ha de resultar de él, se tenderá a señalar una idea de política exterior para España, una dirección consciente y sistemática de sus relaciones con el resto del mundo, incluyendo como parte preferente de ellas las que se refieren a los pueblos hispanoamericanos.

Mientras llega la hora de marchar orientado por tan selecto guía, quiero, confiándome al soplo de la casualidad, conocer callejeramente a Barcelona. Salgo, pues, a la calle, y recibo la impresión de haber pasado una frontera internacional. Viniendo de las tierras de la opuesta parte del Ebro, notáis, a la primera ojeada, que el ambiente es otro; que al deslinde geográfico corresponde, en la conciencia social, un cambio de clima. Falta la gracia singular de Madrid, y falta también lo que forma, en la villa y corte española, el reverso, un poco chocante, de esa gracia local. Hay carteles de toros; pero el torero, con sus innumerables variedades, complementos y adherencias, es aquí tipo inadaptado y fugaz, o tiene el buen

gusto de quedarse en los alrededores de la plaza. El pueblo luce, en lo pintoresco y en lo anímico, su carácter propio. La barretina, «la milenaria barretina», de que habla Prat de la Riba en un libro célebre, salpica de rojo las ramblas y las calles. Ese color está en su medio. Rojo es aquí el tono de las almas, rojo el reflejo de la fragua espiritual. Sigo donde me indica el paso de la muchedumbre; pero, como veréis, no sin fruto provechoso. He aquí que descubro mi apellido en la muestra de una casa de comercio, y por vez primera aprendo a pronunciarlo bien... Parece ser, según me explica concienzuda y prolijamente mi homónimo que, en buena prosodia de esta lengua, la primera **o** no suena como la clara y neta vocal castellana, sino de una manera que participaría de la **o** y de la **u**. Agradezco la revelación de mi homónimo, y pienso cuán cierto es que cada hora trae su enseñanza. Andando, andando, proveo mi cesta de observador. El aire y la expresión de la gente que pasa son como de quien va al trabajo o piensa en él. El obrero marcha con la frente altiva. La belleza de las mujeres es del linaje que incluye plásticos himnos de vitalidad, promesas gratas al genio de la especie. Un frente de casa acribillado de señales de bala, allá en el barrio del Puerto, trae a mi memoria que ese género de granizo suele cuajar en este clima barrascoso. Allá también veo, bruscamente erguida sobre

el mar, la adusta mole del Montjuich, con su famoso castillo, y comparece en mi recuerdo la imagen del infortunado y mediocre agitador a quien tan deplorable torpeza política dió universal aureola de mártir y consagraciones que ya se han perpetuado, por ahí afuera, en bronce de estatua. Me dirijo a lugar más apacible. La «Rambla de las Flores», donde se las vende en graciosa feria matinal, me habla del delicado instinto del pueblo que da vida diariamente a ese comercio sin significación utilitaria. Paso ante dos o tres escaparates atestados de libros franceses, y se me ocurre relacionar con este dato de la calle la explicación de algunas de las características de esta cultura. Me siento ufano de criollismo cuando veo que la más universal creación sudamericana ha trascendido a un rótulo de la Rambla del Centro: el «Cabaret-Tango».

Frente a la hermosa estatua de Colón, en la Plaza de la Paz, escucho el razonar de un joven estudiante, que enseña la estatua a un forastero, y le dice:

—Inmensa es la gloria de Colón, e indiscutible la belleza de este monumento; pero nunca se presentará mejor ocasión de recordar el *non erat hic locus* de Horacio. Si hay un principio de oportunidad, hay una razón de congruencia histórica, que determine el lugar de los monumentos. Colón no debiera estar aquí. Su estatua quedaría mejor en cualquiera otra

de las ciudades de España. Cierto es que aquí desembarcó, trayendo en la mano el orbe de de oro que puso en las de Isabel y Fernando; pero, en la parte referente a nosotros, ¿representó esto un beneficio? El espléndido obsequio de Colón fué de gloria para la humanidad, de gloria y grandeza para España; para Cataluña fué el triste presente de la decadencia. A Cataluña la hirió, si no en el corazón, en las vísceras del vientre. Eramos árbitros del Mediterráneo; el Mediterráneo era la vía del intercambio universal. Compartíamos con las ciudades italianas, con Venecia, con Génova, el dominio de las rutas que llevaban fuera de Europa. Todo esto desapareció desde que fué transportado al Atlántico el eje comercial del mundo; nos hundimos en la despoblación y la pobreza, y se necesitaron no menos de dos siglos para que iniciáramos nuestro renacimiento. ¿Tiene sentido histórico la estatua de Colón en una plaza de Barcelona? Queda sólo la consideración de que fué aquí donde tocó tierra de regreso e hizo a los reyes de Castilla entrega de su mundo.

Al día siguiente, visitando el Archivo de la Corona de Aragón, que ocupa el viejo palacio de los condes de Barcelona (y que es, por cierto, un dechado de organización, de orden y limpieza, donde hasta el más mínimo grano de polvo parece desterrado por el soplo de invisibles y oficiosos gnomos, me refería el director,

a propósito de Colón y su desembarco, una singularidad interesante. Me refería que, revisando una por una las crónicas del siglo XV que se custodian en ese rico depósito, y en muchas de las cuales están consignadas con monacal prolijidad los hechos de cada día, no ha encontrado en ninguna de ellas la más insignificante alusión a la llegada del descubridor a Barcelona. Este silencio sería suficientemente extraño para motivar cierta inquietud en cuanto a la autenticidad de un hecho tenido hasta hoy por de tan inconsusa certidumbre, si no existiera, en concepto de quien esto me decía una posible, quizá probable, explicación: el designio puramente local de los cronistas catalanes se habría negado a considerar como acontecimiento propio de los anales de su gente el arribo de un navegante genovés que venía de ganar nuevas tierras para la corona de Castilla.

Continúo mis excursiones callejeras. Los barceloneses me hablan con orgullo del «Ensanche», que es el barrio moderno; de sus majestuosas avenidas y sus frentes de mármol, y se afanan porque le conozca y admire. Nada más justificado que ese orgullo. Pero no sé si llego a hacerles comprender del todo que a un americano de la parte más nueva de América (y añádase, por temperamento personal, un poco nostálgico e idealizador de lo que queda atrás en el tiempo), debe interesarle mucho

más que todo aquel alarde de espléndida modernidad, la Barcelona que han dejado los siglos; la de las calles estrechas y tortuosas, por donde no pasan tranvías ni automóviles; la que evoca el recuerdo, ya del balcón del trovador, ya del sosiego del convento; la de la Casa Consistorial, y la Audiencia, y la «Sala de Contrataciones» de la Lonja; la de esa característica plazuela de la Catedral que, con Rafael Vehils, recorrimos una tarde en que, a la verdad, me creí transportado por encanto a los días de Roger de Flor y de los condes en guerra con turcos y con moros. Dentro del admirable templo me trasmitía Vehils una expresión que recogió de labios de Rodin, acompañando al gran escultor a visitar esa joya de vetusta piedra: «El incomunicable secreto del arte gótico consiste en saber «modular» la luz y la sombra.»

Soberbia y bella es ¿quién lo duda? la Barcelona moderna. Mirando de la altura de Vallvidriera o el Tibidabo, donde solía ir por las tardes, domínase, en vasto panorama, la tendida metrópoli, y aparece en conjunto la magnitud de su desenvolvimiento y la magnificencia de su edificación, en que profusas luces responden a la caída de las sombras, como un inmenso asalto de «cocuyos». De las dos ciudades que pueden disputarle el principado del Mediterráneo y que he visto después: Marsella y Génova, la provenzal me pareció más popu-

losa y activa; la ligur, de más típica originalidad; pero Barcelona es más pulcra, más primorosa, más «compuesta». Confieso, sin embargo, que lo que preferentemente ha cautivado mi atención en la moderna Barcelona, no es la arrogancia monumental, ni los esplendores de la calle, sino aquellas cosas, de modesta apariencia que dan testimonio de la actividad espiritual de las generaciones vivas.

José ENRIQUE RODÓ

# ACTUALIDAD ARTISTICA

*Los pintores polacos.—Enrique Muñoz Murató.—Guido Caprotty.—José Drudis Biada.—Francisco Llorens.—Daniel Zuloaga—Juan José.—"El año artístico".—Gustavo Butler.*

En el patio del Ministerio de Estado, donde suelen exhibirse las obras que envían los pensionados de Roma, cinco pintores polacos instalaron durante la primera quincena del pasado Abril una Exposición que, por lo menos, tuvo la virtud de remover las mansas corrientes de la actualidad artística madrileña. Fué una novedad, ya un poco vieja para los que, desde hace algún tiempo, seguimos con interés el desenvolvimiento mundial de las artes, que originó, como todas las novedades, apasionadas disputas, feroces diatribas y desmedidos elogios.

Fuimos nosotros de los que con más acritud

censuramos a los pintores polacos; pero nuestras censuras no implicaban un jacobinismo doctrinario, un inquisitorial dogmatismo, un jesuítico criterio. Nadie está ante el movimiento artístico contemporáneo colocado con más amplitud espiritual, más libre de prejuicios, más abierto a todas las innovaciones y a todos los progresos que nosotros. El peso de la tradición no nos sujeta la pluma, ni nos oblitera el sentimiento, ni nos impide el pensar. Hombres jóvenes, somos hijos de nuestro siglo, y un fondo de protesta y rebeldía contra lo que se opone al progreso, se agita en nuestra alma. Pero es que tampoco somos sectarios, es que odiamos la superstición y el fanatismo, negros o rojos. Equilibrados y conscientes, procuramos mantenernos tan lejos de los errores de la derecha como de la izquierda, por entender que la labor del crítico no ha de ser apasionada y ciega, sino ecuánime, ponderada, analítica y serena. Buscamos siempre con toda sinceridad y vivo anhelo aproximarnos a la verdad. Ahora bien; en cuanto creemos hallarnos, después de pesadas y medidas las cosas, en terreno verdadero, entonces sí, entonces no podemos evitar que la juventud ponga fuego en las venas, vehemencia en las palabras y rotundidad en el pensamiento, cosa que es, además, muy lógica y muy humana.

Impugnamos con todo ardor la Exposición de los pintores polacos; mas no a humo de pa-

jas, no porque sean representantes de la demagogia artística, sino porque los señores Wladyslaw Jahl, Jozef Pankiewicz, Wanda Pankiewicz y Waclaw Zawadowski destruyen, pero no crean. Destruir para crear es un principio admisible y respetable; pero destruir porque sí, para que no haya nada y nos sumamos en el caos, es una teoría absurda que nos indigna como hombres y como artistas. Y a tanto equivale el arte de los pintores polacos: establecen una teoría, inventan una doctrina, niegan todo lo que hubo antes, y cuando anhelosos de nuevas normas y cánones inéditos, nos asomamos a su arte, a ese *arte nuevo* que algunos desequilibrados defienden por darse tono de anarquistas y presumir de renovadores—ya que de otra cosa no pueden presumir—, vemos que todo eso no es más que una locura, un extravío, una enfermedad irremediable de la sensibilidad y del pensamiento, que sólo a la muerte, a la nada, puede conducir.

El arte va ligado al espíritu humano, y por lo tanto es suceptible de progreso y de revoluciones. Marcha a compás de él. Si el espíritu progresa, progresa el arte; si el espíritu se detiene, el arte se bastardea y acaba por extinguirse fatalmente.

En los pintores polacos no hay espíritu, el espíritu se ha detenido en ellos, no ha progresado. Las teorías que defienden, y que al ser practicadas nos mueven a la risa, o a la cóle-

ra, o a la estupefacción, no son espirituales, no acusan perfeccionamiento del espíritu. Nos hablan solamente de torturas mentales, de cerebraciones forzadas y angustiosas. Es así como si quisieran hacer del arte, que es una flor del espíritu, un arduo problema filosófico para la resolución del cual hiciera falta toda la sabiduría de Kant. ¡Y cuán lejos de la verdad está esto! ¡Como que el arte dejará de serlo el día en que lo conviertan en una nueva, ardua e intrincada ciencia!

Hay que decir a esos señores que apliquen sus esfuerzos intelectuales a cualquier rama del saber humano, y que nos dejen el arte a los infelices que aún queremos soñar y sentir a pesar de todo, sin que nos lo impida un mazorral teorético, impenetrable como una peña.

***

Ha sido norma bastante extendida el creer que sólo era arte el cuadro y la estatua, o por lo menos que sólo el cuadro y la estatua merecían la atención de los grandes artistas. De esa errónea creencia vino, como secuela inevitable, la decadencia del arte aplicado, o arte decorativo, o artes menores, o artes industriales, como quiera denominársele. Esta creencia se manifiesta incluso en los tratados y en las historias artísticas, en los que se trata a tal especialidad con marcado desdén, haciendo caso omiso

de su enorme significancia y de su importante trascendencia.

Y esto es tanto más de extrañar, cuanto que el principio del arte no es más que la decoración y el ornamento.

Así hemos tenido generaciones enteras de pintores y escultores malos, mientras artistas decoradores o industriales no hemos tenido.

De la importancia de las artes aplicadas queremos un día hablar con toda extensión para hacer ver su significado y la utilidad estética y educadora que puede reportar en la vida social.

Por ahora nos hemos de limitar a presentar a dos artistas de gran temperamento, que han aplicado su arte a las necesidades y refinamientos de la vida, armonizando lo bello con lo útil. Son éstos, Enrique Muñoz Murató y Juan José García. Los dos son herreros, y en la dura materia, en una evocación de siglos pretéritos, imprimen los ritmos de su sensibilidad e inspiración, más rudo, fuerte y original el uno, más culto, exquisito y técnico el otro.

Enrique Muñoz Murató presentó por primera vez sus obras en el mes de Enero en el Ateneo, y después, en Abril último, en el salón Mateu. Juan José presentó sus obras a principios del actual mes en los salones del Círculo de Bellas Artes, junto con unos paisajes de Francisco Llorens y con las cerámicas de Daniel Zuloaga y sus hijos. Los dos llamaron podero-

samente la atención del público y de la crítica.

Ambos hablaban de unos tiempos ya idos en que España era poderosa en todos los órdenes de la vida, y de aquellos tiempos turbulentos y gigantes de la Reconquista. Siete u ocho siglos evocaban los jóvenes artífices; varias generaciones de insignes e inmortales varones se asomaban tras los hierros labrados de tan bravos artistas, los cuales, no obstante la indiferencia y el olvido general, quisieron reanudar el hilo de una tradición gloriosa que en el suelo de la patria aún ofrece monumentos inapreciables.

Las grandes figuras del Greco, de Velázquez y de Goya, de Berruguete, Alonso Cano y Montañez, cegaron a todos, y todos quisieron ser pintores y escultores como ellos, sin lograrlo, naturalmente, y olvidando, incautos, que en otras ramas de las artes podían conquistar la personalidad de que carecían y hacer más abundante y diversa la producción artística nacional.

Una de las aplicaciones más olvidadas ha sido el hierro, incluso en Cataluña, donde la forja constituyó una de sus manifestaciones de arte características.

Muñoz Murató es un continuador de aquellos forjadores catalanes de los siglos XVI y XVII, que tanta fama conquistaron en el mundo entero. Pero es también un espíritu moderno que marcha a compás de su época. No se limita a

reproducir las obras de sus antepasados, sino que encuentra en su arte medios de adaptación a los gustos y modas de hoy.

Así, mientras forja y burila y repuja escudos, arquetas, marcos, palmatorias y toda clase de cerrajería como sus antecesores, es decir, según los estilos de otros tiempos, se esfuerza en lograr una personalidad, un estilo propio, y busca en su fantasía ritmos y motivos con que caracterizarse. Y para conseguir el éxito ha llamado a la vanidad de las gentes con una colección de sortijas, camafeos, pendientes, colgantes para el reloj y alfileres de corbata, en la cual campea un gran dominio de la técnica y un gusto distinguido. Y por su genio, un pedazo de hierro que las gentes desechan, se convierte en una joya y en un objeto de arte que a todos admira.

Juan José es distinto. Juan José recuerda a Benvenuto Cellini. Es más bien un cincelador y un orfebre. Trabaja en el hierro como podría trabajar en el oro, la plata y el marfil. Refinado y culto, es un dibujante primoroso y concienzudo y posee la técnica de su oficio de un modo magistral. Pero le gusta dar a sus trabajos la pátina de lo antiguo.

Los dos merecen los más efusivos elogios.

***

En los salones del Círculo se nos presentó también un pintor italiano, que en la Exposi-

ción nacional de 1917 llamó la atención de la crítica con dos cuadros titulados «Flores débiles» y «Los ojos de la noche».

Había cierto marcado interés por conocer una labor amplia de este artista, cuya fama de gran pintor nos querían hacer valer determinadas personalidades de gran predicamento en estos menesteres y de indudable autoridad por los prestigios de que gozan. Por eso, cuando se anunció la Exposición que Guido Caprotty—tal se llama el interfecto—iba a celebrar en el Círculo de Bellas Artes, se originó una gran expectación entre los adscritos a este mundillo artístico madrileño, nido de murmuradores, turiferarios y maldicientes, propicios a todas las exaltaciones del elogio y de la censura.

Nosotros procuramos revestirnos de la seriedad que nos caracteriza y huir de toda posible influencia favorable o adversa a la obra del pintor, aunque siempre inclinándonos, propensión innata de nuestro espíritu, hacia las corrientes de la favorabilidad, en primer lugar, porque los cuadros que conocíamos de Caprotty así nos lo aconsejaban, y después, porque no en balde hemos vivido algunos años entre la turbamulta artística, y sabemos la escasa sinceridad que hay y el poco valor que se aprecia en sus juicios, siempre apasionados y mezquinos.

En esta actitud fuimos a visitar la Exposi-

ción de Guido Caprotty, y no debemos ocultar que nuestra primera impresión fué de todo punto halagüeña. Sesenta obras integraban la Exposición, y en ellas abundaban los cuadros grandes, reveladores de empeños considerables y de una gran virtud, que escasea en estos tiempos: una ambición de llegar a la cumbre por el propio esfuerzo, sin que amigos interesados ayuden venal y tortuosamente fabricando a bombo y platillo reputaciones embusteras.

¿Pero esa impresión halagüeña que de primer momento recibimos respondía a la realidad? No; fué sólo una sugestión pasajera. Los cuadros grandes nos sedujeron con sus dimensiones extraordinarias, y las manchas de rútilos colores nos deslumbraron.

Guido Caprotty es un pintor efectista; pero no es un artista sincero, cual son y deben ser los verdaderos artistas que han pasado a la historia y los que aspiren a la inmortalidad. Porque en el fondo de todas las cuestiones de este mundo no hay más verdad que ésta: la sinceridad y la mentira. Ellas son las que valoran a los hombres. Por ellas se llega a la genialidad y a la farandulería.

Tal como está situado hoy Caprotty, su destino cierto es la farándula. Nosotros se lo advertimos con todo el dolor de nuestro corazón; pero también con el más vivo deseo de que se rectifique y de que huya de los fáciles triunfos y de las capciosas y perturbadoras alabanzas.

La cuantiosa labor que ha expuesto es una labor para entusiasmar a la galería: es falsa, petulante, llamativa; es una labor de feria, y él, si quiere alcanzar un nombre glorioso, no debe concurrir a esta feria de vanidades. Déjela para los tontos y los necios, para los gárrulos y los badulaques que, vestidos con plumas de pavo real, tienen tan torpes los ojos y obtusa la conciencia que no ven ni comprenden el disfraz con que se engalanan.

En cualquier cuadro que paremos la atención, echaremos de ver en seguida que el pintor no busca el natural para reflejarlo tal y como él es, sino que recurre a los latiguillos, a las martingalas de indudable efecto; el pintor abusa del color y de saber colocar la pasta; mas el artista no aparece por parte alguna; desaparece tras los chafarrinones de pintura. Esto, en un pintor realista, como quiere ser Caprotty, no puede admitirse. Además, se presenta a los ojos inmediatamente un defecto máximo: el pintor no ha sentido el cuadro, no ha visto el cuadro en la realidad; pinta a través de otros cuadros que le impresionaron anteriormente y no pensó arrancar la realidad, sino emular aquellos cuadros. De esto resulta que la España que Guido Caprotty nos ha presentado no es una España vista y sentida por él, sino que es la España que pintaron Zuloaga, Chicharro, Sotomayor y tantos otros ilustres costumbristas.

En resumen: el Sr. Guido Caprotty, que tiene una paleta muy jugosa y rica, y que sabe pintar, nos ha defraudado en esta Exposición de sus obras que con tanto interés esperábamos.

***

José Drudis Biada es un mozo catalán cuajado de promesas. En su haber tiene un alma enamorada de la ilusión y una voluntad amiga del esfuerzo.

Una mañana vernal, clara y luminosa, animado por el optimismo del día, hizo presa en él la quimera, y echó a andar camino adelante, cargado con un álbum de cartulinas y con una caja de acuarelas. No se limitaba, como otras veces, a recorrer la región, sino que la empresa era mucho más audaz: recorrer el suelo de la península para pintar sus paisajes. Y allá se fué tras la quimera, horro de dineros y preocupaciones; pero rico de ideal y entusiasmo, y estuvo en Navarra y Guipúzcoa, en Asturias y Galicia, en las dos Castillas y en Andalucía. Lo que pasara y lo que sufriera, nadie, sino él, lo sabe; lo que obtuvo hemos podido verlo en el salón Vilches de esta Corte.

Sesenta paisajes españoles componían la Exposición y en ellos se pudo apreciar la existencia de un artista poderoso llamado a ocupar un alto puesto.

En esos paisajes resplandece una ingenuidad maravillosa. Jamás se ha tratado a la Naturaleza con mayor devoción y con más ansia de arrancarle sus secretos estéticos.

Lo admirable, además, de esta audacia de Drudis Biada, estriba en que no fué el deseo de pintar cuadros para el mercado lo que le llevó a peregrinar por andurriales y vericuetos, montes y valles, pueblos y aldeas, sino todo lo contrario; fué porque no podía vivir en el medio angustioso y descorazonador de la ciudad; porque allí no podía estudiar, no podía aprender, y aunque pudiese, las enseñanzas no serían nunca otras que las del taller o de la academia, faltas de intensidad y vigor y casi siempre perjudiciales. Amante del paisaje y de la belleza, la gran maestra, la insustituíble y la insuperable, era Natura. Por eso tienen tanto valor estas acuarelas que Drudis ha expuesto; porque son ellas los estudios concienzudos y voluntarios de un pintor joven, porque son los primeros frutos de un temperamento original e inédito, que buscó en la realidad sus futuras orientaciones ejercitando su retina a plena luz y a pleno aire y cultivando su sensibilidad, no con teorías académicas, mas con la arrebatadora elocuencia divina.

Ahora bien; Drudis debe pensar que estas acuarelas no tienen en su carrera artística más valor que el de la iniciación; son un punto de partida solamente. Si creyera, obcecado por

los elogios y los aplausos que le tributaron, que son obras ya definitivas, nos lamentaríamos de que un artista con eminentes condiciones se hubiese malogrado.

⁂

A Guido Caprotty sustituyen en el Salón del Círculo los Sres. Llorens, Zuloaga y Juan José.

Como de éste ya hemos hablado, nos referiremos a su compañeros en la Exposición.

Primeramente hemos de tributar un aplauso al Círculo. Al comenzar la temporada en el pasado otoño, los encargados de organizar estas Exposiciones permanentes, que tanto han contribuído al florecimiento artístico actual, siguieron un camino francamente detestable por lo que hubimos de protestar con toda energía; pero a partir de la Exposición de los humoristas, han rectificado la conducta y vienen celebrando actos dignos del nombre del Círculo y del respeto que una entidad semejante debe tener para el arte. Así como antes protestamos, ahora aplaudimos, en nuestro deseo de ser siempre justos e imparciales.

Francisco Llorens, el notable paisajista gallego, nos ofreció 33 óleos y 10 dibujos, en los cuales el paisaje de Galicia nos mostraba distintos aspectos.

Estos paisajes son mucho más estimables que los dos que presentó a la última Exposición na-

cional. En aquéllos, Galicia estaba falsificada por un erróneo afán de seguir tendencias extrañas; en los de ahora, Galicia está sentida e interpretada con mucha más sinceridad.

Revela tal evolución que el amor al terruño ha ido quitando a Llorens aquellas influencias que le impedían manifestarse con plenitud, y le va dejando solo y desnudo, tal y como es, revelándole su personalidad.

Porque yo creo firmemente que es ahora cuando Llorens ha comenzado a exteriorizarse. Antes no era él. Su arte era una cosa híbrida, producto de sus viajes y su cultura. La tierra nativa, con sus bellezas y poesías, le ha conquistado y ha hecho posible que uno de sus mejores pintores no se extraviara y dejase incumplida la misión que todo artista está obligado a realizar.

Aún no podemos decir, sin embargo, que Llorens ha hecho su obra maestra, esa obra que consagra de una vez y para siempre; pero estos óleos de hoy la anuncian con voces claras y potentes. Lienzos como «El valle de Samoedo», «Mercado del jueves», «Santa María del Azogue», «La casa del puente», «Marea baja», «La playa de Espiñeiro», «La boca de la ría» y «Temporal», tan llenos de emoción y con trozos magistrales de pintura, nos hacen esperar ese cuadro definitivo y magno, síntesis de una vida y de una personalidad.

Daniel Zuloaga es otro caso insigne de apli-

cación del arte. Sus obras de cerámica gozan de una fama mundial. Él no ha desdeñado manchar sus manos de artista con el barro del artesano, y así ha podido realizar una de las empresas que más pueden envanecer a un hombre, y es la de educar el gusto de las gentes, haciendo que cuanto les rodee, y cuanto vean, y toquen y usen sea artístico, sea estético.

Vaya al veterano artista nuestra más efusiva alabanza y el más entusiasta aplauso por esta Exposición suya de ahora, y por esa su ilustre vida consagrada a una especialidad del arte tan prestigiosa y que tanto ha enaltecido.

* * *

Acaba de aparecer «El año artístico 1917» de José Francés, y al venir a nuestras manos este voluminoso tomo, tercero de la obra que el ilustre crítico pretende llevar a cabo, no podemos sustraernos a saludar en él con todo entusiasmo a uno de los hombres más admirables de estos tiempos.

José Francés, joven, fuerte, soñador y voluntarioso, es uno de los valores más positivos de la intelectualidad española.

Su labor fecunda, asombra; el caudal de energías que ha derrochado, admira; la obra que ha realizado, todavía en plena juventud, lleno, por lo tanto, de posibilidades, entusiasma.

Nadie puede hoy envanecerse de haber sido más útil a su patria que José Francés.

Cuando nuestros artistas, faltos de toda protección y de todo aliento, carentes de estímulos y atenciones; cuando el arte nacional era un asilo de impedidos espirituales y de fracasados; cuando el Estado se olvidaba de una de sus funciones más importantes: la de velar por el esplendor de las artes, José Francés, nuevo Atlante, apareció y se cargó sobre los hombros la enorme empresa de dirigir y encauzar, de alentar y aplaudir, de analizar y observar, y presentar ante los españoles la tabla de valores de sus artistas contemporáneos. Y por si fuera poco aún, José Francés se propuso que en España no se careciera de dibujantes, decoradores e ilustradores como los hay en los demás países, y educó a una pléyade de jóvenes artistas que hoy son gala de las revistas, los periódicos y las publicaciones españolas.

Una vida de ajetreo constante, de perenne agitación, que sólo a una voluntad ejemplar le es dado realizar.

Toda esa labor maravillosa tiene su compendio en estos libros que cada año publica, en los cuales se recoge cuantos acontecimientos artísticos ocurrieron durante el año en el país; libros que tienen un valor anecdótico e histórico superior a todo encarecimiento.

¿Verdad que asombra tal trabajo, tal bizarría espiritual, tal grandeza de pensamiento?

¿Verdad que parece increíble que un solo hombre sea capaz de empresa tan ardua, tan espinosa y tan altruísta?

Mientras que los tenidos por críticos sólo se preocupaban del Museo del Prado, y los hombres de dinero sólo estimaban a los artistas mediocres amigos de la adulación y de las recomendaciones, José Francés se preocupaba de continuar la tradición, haciendo que no se malograsen los nuevos artistas que pugnaban por salir y que andaban dispersos, mordidos por la duda y amargados por el desamparo.

Hombres como José Francés son los que España necesita para su total rehabilitación; hombres que creen, que hagan, que realicen; hombres de voluntad y de entendimiento que sepan sacrificar su vida de holgura y de bienestar en aras del engrandecimiento de la patria.

Nosotros, jóvenes y entusiastas también, queremos aprovechar esta ocasión que nos brinda libro tan meritorio como «El año artístico», para tributar a una juventud ejemplar e ilustre el fervor de nuestra admiración y el premio de la justicia.

⁂

La Exposición que el pintor argentino Gustavo Butler celebró en el Ateneo no mereció de la crítica aquella acogida que fuera de desear, pues en ella se nos presentaba un ar-

tista, si no de altos vuelos, muy digno de fijarse en él.

Seguidor devoto de las renovadoras inquietudes francesas, bajo el ropaje efectista e insincero del puntillismo a lo Seurat con que viste la mayoría de sus cuadros, aparecía un alma delicada y sencilla, un temperamento grave e ingenuo.

Todas sus obras, pero más aún los paisajes, eran sentidas, y de ellas emanaba un misticismo algo simplista, algo arcaico y primitivo, pero hondo y suave.

En sus cuadros religiosos «María de Nazareth» y «Natividad del Señor», nos recordaba las pinturas murales del arte antiguo cristiano, a pesar de lo modernísimo y revolucionario de la técnica, y en su proyecto de vidriera «La virgen del Rosario», nos hacía pensar en los artistas medioevos y en las catedrales góticas.

Fué, pues, muy interesante esta Exposición, porque nos revelaba a un singular artista, arcaico en el fondo y moderno en la forma.

BALLESTEROS DE MARTOS

# POLÍTICA ESPAÑOLA

Desde nuestra última crónica ningún acontecimiento político hay que señalar. Los mismos ministros en los mismos ministerios, y las Cortes funcionando normalmente, cumpliendo los fines para que fueron reunidas.

¿Qué sucede? ¿Por qué esta calma política? ¿A qué obedece esta normalidad? ¿Realmente puede dársele el nombre de normalidad al simple engarce de los días de todo un mes en el hilo quebradizo de la política española? No, no puede dársele ese nombre. Un mes sin acontecimientos políticos, sin una crisis ministerial, sin un serio disgusto en el seno del Gobierno, sin una perturbación parlamentaria, sin una contradanza de carteras siquiera, es algo inusitado, insólito, asombroso; sin duda, es algo anormal y defraudador.

Y mucho más cuando en la jaula ministerial están encerrados pájaros de tan distinta con-

dición como el águila mauritana, el ruiseñor albista, el gorrión democrático, la pajarita de las nieves romanonista, el cuco conservador y el cuervo catalanista.

Los que pensaron que de esta peregrina mezcolanza surgiera una cría de polluelos mixtos, capaces de elevar el vuelo sobre las miserias de la vieja política, sobre las ruinas de los partidos turnantes, no hizo sino soñar.

Estos pájaros no pueden emparejarse para construir nido. Bastante hacen con convivir; bastante han hecho con no haberse arrancado unos a otros la pluma y el pellejo a picotazos.

Y es que unos y otros, alineados en el banco azul, como pudieran alinearse en la caña de una canariera los pájaros de verdad, cierran el pico para no caer en tentación.

Sin embargo, esto durará poco. Un buen día, no lejano, acaso muy próximo, una mano piadosa abrirá la puertecilla de la pajarera, o los alambres de ésta se quebrarán al empuje del tumulto de sus inquilinos en querella, y cada uno de los pájaros irá a posarse en su rama; la amable rama que meció sus sueños de ambición y ofreció grata sombra a los que supieron arrimarse al buen árbol de sazonados frutos, dulces y sabrosos, como jugo que son del presupuesto nacional.

Mientras llega el momento de la desbandada, examinemos la situación del actual Gabinete. No es, por cierto, muy lisonjera. Las viejas espadas de Miranda y Marina ni pinchan ni cortan. Los dos ilustres generales pasarán por sus respectivos ministerios sin ganar ni una sola batalla, casi sin enterarse del alcance de la misión que les está encomendada. Ahora mismo, al ministro de Marina le sorprenden los temporales en su camarote, y es que el hombre no percibe ya la existencia del «mar de fondo». Y en cuanto al ministro de la Guerra, tan distraído vive que ni siquiera se había dado cuenta de que en el proyecto de nacionalización de las industrias militares se hacía caso omiso de los artilleros, que tienen a su cargo nada menos que la Fábrica de Armas de Toledo, la de pólvoras de Granada, la de cañones de Trubia, la de Oviedo y la Maestranza de Sevilla, sin contar los Parques, centros todos ellos que pueden presentarse como modelo.

Pero no nos detengamos más en este punto. Una distracción la tiene cualquiera, y con mayor motivo quien vive bajo el peso abrumador de los entorchados y de una cartera ministerial. Prosigamos el examen de la situación en que se encuentran las figuras preeminentes que integran el Gobierno.

El señor González Besada está desasosegado, deseando escapar. No ve la hora de marcharse a su casa, donde sólo puede atormentarle la cuenta de su cocinera. Es mucha hacienda la hacienda pública para un hombre de la modestia intelectual del señor González Besada. Político honrado, administra honradamente; pero esto no basta. Decimos cuando queremos elogiar a una mujer fea que es virtuosa. La virtud no puede ser nunca un mérito de la fealdad femenina, sino de la hermosura. Así en el político despierto, perspicaz, apto, capaz de las más atrevidas concepciones, de las iniciativas más arriesgadas, la honradez es una cualidad inestimable.

Otro ministro: el señor Alba. Con permiso del señor Maura, hemos de decir que para nosotros el señor Alba es la más fuerte mentalidad del Gabinete. Nosotros admiramos al señor Alba, no por lo que significa en la política española, que hoy no es mucho, aunque mañana no será poco; no por la ciencia que pudo extraer de los libros, que no creemos considerable, sino por su talento natural, por lo que aprendió en la vida, por la clara percepción que tiene de las cosas, de los hombres y de los hechos. El señor Alba es listo, listo y listo. Lo triste del caso es que lo mismo es listo para el

bien que para el mal. Ahora el señor Alba duerme, pero con los ojos abiertos; cree que los momentos son los más adecuados para no hacer nada, para no meterse en nada y ha decidido dormirse. Pero no creais que sueña; el señor Alba no sueña nunca. Dormido, y hasta roncando, vive atento a la realidad, y cuando le conviene adopta la condición de sonámbulo y «actúa»...

No así el conde de Romanones, cuya única preocupación es rehabilitarse políticamente, ganar las voluntades perdidas, aprovechando esta coyuntura del Gabinete de concentración monárquica que su buena estrella le ha deparado. En su afán de congraciarse con unos y con otros ha querido tremolar la bandera de la amnistía votada por las Cortes. Esa bandera se la ha disputado con razón el marqués de Alhucemas, que de no haberse precipitado los acontecimientos políticos, hubiera llevado a las Cámaras, como Presidente del Consejo, ese proyecto que hoy ha redactado el conde de Romanones, en su calidad de ministro de Gracia y Justicia. La disputa por la posesión de esa bandera—disputa que no ha traspasado los límites de la corrección y que no ha tenido consecuencias de ninguna clase—era perfectamente inútil. La bandera de la amnistía está

en manos de los amnistiados del Comité de la huelga de Agosto, y ellos y no otros son los que la agitan para enardecer los ánimos de la masa obrera, y ellos son los que han de izarla en su escaño del Congreso, para que a la vista de la enseña de paz, que en este caso no es blanca, porque está tinta en sangre del pueblo—obreros y soldados—, tiemble en el banco azul el señor Cambó.

La gestión de éste y del señor Ventosa, al que podemos considerar ministro sin cartera, no hemos de ser nosotros quienes la califiquemos. Las pruebas de cuanto pudiéramos decir no están en nuestra mano. Están en la conciencia de todos, que es como no estar en ninguna parte, cuando están en realidad en el más alto tribunal acusador.

Y sólo nos quedan los señores Dato y García Prieto. De ellos tenemos que decir muy poco. En paz vivían turnando en la Gobernación del país, y resultan hoy los verdaderos sacrificados; porque ellos, a la postre, el uno primero y el otro después, son los que han de recoger la triste herencia, los que han de sufrir las consecuencias de las nuevas posiciones tomadas por Alba, por Romanones y por La Cierva, y de la preponderancia adquirida por los socialistas, que nunca podrán pagar a Sánchez

Guerra, por muy generosos que sean en la retribución, el bien que les hizo llevándoles a presidio para toda la vida... de nueve meses y ofreciéndoles la aureola del martirio. ¡Ahí es nada! Mártires por la causa, por las ideas, por el ideal, por defender los intereses del pueblo oprimido... ¡Buena la hizo usted, señor Sánchez Guerra! ¡Buena la hizo usted...! Otro golpe así, y que abran la frontera...

JOAQUÍN AZNAR

# EL TEATRO

*La mala vida.—La Inmaculada de los Dolores.—Santa Juana de Castilla.—El fin de Sodoma.*

## La mala vida.

En el hampa hay siempre latentes los intensos problemas de la sociología y humanidad. Todos los atavismos de una raza pueden ser estudiados en su escoria moral y material. El dolor de la vida truncada, de los gérmenes infecundos, de las fuerzas inactivas, de las voluntades muertas, de las vidas sin llama, es el drama angustioso que se extiende como una sombra impenetrable sobre las naciones en plena civilización.

La mala vida es consecuencia de muchas viejas leyes de la vida. El principio fatalista es indudablemente de una fuerza poderosa y ex-

traña. Pero creemos, con la más pura convicción, en la virtud de las energías morales.

En España la mala vida tiene muchos orígenes. Se cae en ella por distintos motivos de ineducación, de carácter, de abandono y hasta de ciega equivocación.

La ruina moral es, sobre todo, la causa de una perdición absoluta y eterna. Porque en España son pocas las voluntades esforzadas en el humanitario y santo ideal de redención. Esas Juntas de Protección apenas sirven para realizar una misión caritativa, y no dan la necesaria preponderancia al trabajo de restitución de cualidades y sentimientos.

En Francia, la guerra actual tiene, además de otras, esta virtud. En aquella nación el hampa era un constante problema de alarmante progresión. En Italia, el decadentismo latino arrastraba los espíritus faltos de vigor. En cambio, el problema tiene inexplicables motivos en los países de razas que se conservan más puras.

En Inglaterra es quizá donde la mala vida tiene más numerosos prosélitos. No entendemos por qué. En la tierra británica impera siempre el estímulo y se ejercita noblemente la compensación. El trabajo es norma de vida. Faltan brazos y esfuerzos para las iniciativas cons-

tantes, inspiradas en el anhelo patriótico. El oro llega a todas las manos trabajadoras. Existen, además, agrupaciones misionarias del noble ideal. *The Salvations Army* es la más popular de todas. ¿Por qué, pues, esa espantosa hampa, de imposible curación, que ocupa barrios enteros en Londres?

En Barcelona, donde el culto escritor señor Valmitjana presenta la acción de su obra, el hampa presenta el mismo aspecto que en las grandes metrópolis.

El autor de *La mala vida* ha estudiado con toda atención el asunto. Un noble propósito alienta en su producción. Y el comediógrafo consigue algunos de sus apetecidos deseos, como, por ejemplo, el matiz dramático de este aspecto del vivir y el reflejo de la piedad hacia los desheredados.

Esta labor es de todo punto plausible, y el Sr. Valmitjana debe perseverar en ella.

Técnicamente, *La mala vida* está bien constituída, sobre todo, su primer acto, que tiene el valor de una pintura exacta y sobria. El acto segundo, bien de ambiente y de colorido, y el acto tercero, de tendencias melodramáticas, tiene algunos tipos acertados.

En general, la obra es de una tensión excesiva.

## La Inmaculada de los Dolores.

El primero de los dramaturgos españoles ha escrito una comedia llena de hondo interés, de observación, de amenidad, de encanto escénico, de sugestión dramática, de agradable factura literaria y de plausible finalidad artística, una obra *de público,* principal virtud de las producciones teatrales.

Pero en la obra del ilustre autor falta el nervio benaventino que vibra en sus más famosas comedias. En algunos momentos sentimos, en efecto, el amargor de la ironía encerrada en una bella frase de artificio literario teatral; alguna vez relampaguea el ingenio del original comediógrafo... Y, sin embargo, Benavente no está en *La Inmaculada de los Dolores*, como no está en *Los cachorros*.

El Sr. Benavente tiene una complejidad desconcertante. Aprendió en los autores ingleses y escribió *El dragón de fuego* para interpretar arbitrariamente el espíritu de Inglaterra. Hizo la bella apología de una raza—con sus lirismos, con sus egoístas emboscadas espirituales, con sus hidalguías y sus audacias tradicionales—en *Los intereses creados,* y dedica, a lo largo de su producción, su espíritu privilegia-

do a satirizar y zaherir lo más fundamental de la vida: el amor.

La complejidad del Sr. Benavente necesita un detenido análisis.

En su nueva producción, que él clasifica acertadamente de novela escénica, hay un considerable caudal espiritual, que eleva la obra a cierta categoría literaria; pero la falta de grandeza dramática, el escaso valor ideológico y las débiles palpitaciones que la vida y la realidad tienen en ella, merman considerablemente la preponderancia de la obra.

*La Inmaculada de los Dolores* es, sin duda, un acierto del autor teatral, no otra cosa. Sus principales méritos son la sobriedad y el oportunismo, la claridad del tema y la sencillez admirable de los procedimientos.

El cuadro tercero es el mejor; el primero es un acertado prólogo, lleno de interés; el segundo tiene tipos y escenas de absoluta observación—aunque la ironía no encaje en modo alguno en la situación, y se desvirtúe de este modo la realidad del momento—; el cuarto y el quinto son francamente de novela, y el final de la obra, toca ligeramente la más ingenua sensiblería.

## Santa Juana de Castilla.

Confesamos que la sugestión que ejerce en nosotros el glorioso nombre de don Benito Pérez Galdós, pone en nuestra pluma los más viriles cálificativos. Para nosotros, el Sr. Galdós es la figura literaria más grande y más noble de la época. En otro país, el formidable escritor hubiera alcanzado con su producción las cumbres de la universalidad, como hoy brilla en ellas el genio de Bernard Shaw, de igual nivel mental que nuestro insigne dramaturgo.

En España apenas pueden cubrirse unas listas mezquinas de suscripción para perpetuar en un monumento la memoria del Sr. Galdós. Es la miseria ambiente: la intelectual en las gentes hundidas en el oro, y la economía en los ingenuos amantes de lo bello. Pero ahí está el verdadero monumento nacional, el aureolado monumento que ha de elevar el nombre de Galdós sobre todas las alturas españolas: el monumento de su labor inmensa, grandiosa, patriótica, sorprendente y admirable sobre toda ponderación.

Don Benito es orgullo y satisfacción de todos los españoles. En todos, la admiración hacia el patriarca es culto y devoción. Es el emi-

nente escritor algo constitutivo del país entero, porque en él hay siempre vibrantes todas las manifestaciones de la raza, todas las bellas páginas de la Historia y todo el proceso psicológico del pueblo español... Le amamos como amamos la tierra en que nacimos, porque él nos enseñó a enaltecerla, porque él formó nuestro espíritu de españoles, porque él nos habló de ella con la más pura emoción.

La figura del dramaturgo en la escena de la Princesa nos conmovió profundamente. De ser posible, todos los espectadores hubiéramos abrazado al Sr. Galdós con el corazón tembloroso de admiración.

Su nuevo drama *Santa Juana de Castilla* tiene toda la grandeza del alma española. La pluma sublime del dramaturgo ha sabido dar vida escénica a los últimos días de la infortunada reina de Castilla—que tanto amor sembró, para recoger ingratitudes tantas—y ofrecer los más fuertes matices dramáticos de aquella vida, cruelmente, injustamente, segada.

Todo el espíritu de la época está en *Santa Juana de Castilla:* está en el Marqués de Denia, en Francisco de Borja, en los aldeanos de Castilla, que claman por los Comuneros y no fraternizan con los Flamencos.

La nueva obra del Sr. Galdós tiene el interés y el valor de un documento histórico. La pureza artística de sus procedimientos, la exactitud de ambiente, la belleza del lenguaje, los momentos escénicos sabiamente elegidos, hacen de *Santa Juana de Castilla* una perfecta obra teatral.

Quizá el efecto patético se prolonga demasiado, pero esto es una exigencia de la índole espiritual de la protagonista. El autor no ha querido, sin duda, para no desvirtuar la acción dramática, ahondar todo lo necesario para esclarecer en lo posible algún punto dudoso en la vida de la ultrajada reina de Castilla.

### El fin de Sodoma.

No sabemos si el público que asistió al estreno de *El fin de Sodoma* era el mismo que presenció el de *La figlia del Yorio* y *La marcha de las antorchas*. Tampoco comprendemos cómo un auditorio puede sustraerse, para juzgar una obra, de la clasificación de ésta, en primer término, del lugar de su acción, de la naturaleza de sus personajes y del ambiente de la vida que se refleja en ella.

El público, digámoslo con toda franqueza, no llegó a comprender un solo instante la

ideología y la finalidad de *El fin de Sodoma*, y ueqivocó lamentablemente su juicio colectivo y apenas desarrugó el ceño durante la representación. Nosotros sentimos que tan brillante público perdiera aquella armoniosa sensación de grandeza.

De grandeza y de humanidad. Porque Sudermann, descarnado, violento, perverso, brutal, es grande y humano sobre todos sus méritos. Es el espíritu exacto de su raza germana. El intérprete justo del pueblo alemán, que sobrecoge y espanta por el procedimiento, pero que, aun a aquellos que por latinos de sangre y espíritu no le amamos, produce una sincera admiración.

Así es *El fin de Sodoma:* bárbaramente grande.

Willy es el desnudo de un instinto de maldad. El genio de Sudermann ha trazado el carácter con la mayor puridad de líneas, y no ha mentido un solo convencionalismo teatral. Willy nos aterra con su clara demostración de lo que es capaz el Mal.

En este sentido debió encauzar el público su análisis crítico. Como una perfecta sensación—naturalmente fuerte—de la perversidad humana, derivada de la más trágica ruina moraly espiritual.

Las escenas con que termina el drama sorprendieron al público, que las calificó de truculentas. A nosotros, aquellos momentos nos parecieron la más honda y real revelación de los tipos creados en el drama.

*El fin de Sodoma* no encontró su público en el selecto y elegante que llenaba la sala del Odeón.

---

Del teatro cómico, durante el pasado mes, sólo un lamentable intento de un autor cuya excesiva producción sólo sirve para contribuir a la fatiga espiritual de nuestro buen público, sediento de emociones estéticas.

EDUARDO HARO

# INDICE


Págs.

José Enrique Rodó, por Rubén Darío..... 5
Opiniones, por Mariano de Cávia, Francisco Villaespesa, Amado Nervo, J. Ortiz de Pinedo, Augusto Martínez Olmedilla, Carmen de Burgos, «Colombine», Miguel de Castro, Manuel Rodríguez-Navas y Julio Cejador..... 7
A Rodó, por Rafael Lasso de la Vega..... 14
José Enrique Rodó, por Gonzalo Zaldumbide... 15
In memoriam: El peregrino ilusionado, por Cristóbal de Castro..... 38
Ofrenda a Rodó, por Goy de Silva..... 45
«El Mirador de Próspero», por Francisco García Calderón..... 48
Apuntes para un ensayo crítico sobre Rodó, por Matilde Ras..... 52
José Enrique Rodó, por Andrés González Blanco..... 55
José Enrique Rodó, por Luis Palomo..... 63

Págs.

Divagación crepuscular en torno al recuerdo del maestro, por Juan González Olmedilla..... 64
Rodó y Montalvo, por César E. Arroyo..... 69
La personalidad de José Enrique Rodó, por Cristóbal Rodríguez..... 75
José Enrique Rodó, por Julio César Endara..... 85
Don José Enrique Rodó y sus obras literarias, por Niceto Oneca Carrillo..... 94
Mis lecturas, por José Enrique Rodó..... 98
Alejamiento del maestro, por Eduardo Ferreira.. 99
Paráfrasis de Rodó, por Ismael Urdaneta..... 106
La última entrevista del maestro, por Julián de Charras..... 110
Barcelona, vista por Rodó, por José Enrique Rodó..... 116
Actualidad artística, por Ballesteros de Martos. 124
Política española, por Joaquín Aznar..... 145
El teatro, por Eduardo Haro..... 156

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Junio 1918.

# DON JOSÉ JOAQUÍN DE OLMEDO

**Conferencia leída en el Ateneo de Madrid, en la noche del 25 de Mayo de 1918, por D. César E. Arroyo.**

SEÑORAS.—SEÑORES:

La epopeya de la Independencia española y la epopeya de la Emancipación americana—consecuencia ésta de aquélla—fueron, en el campo del pensamiento, a la manera de ígneas y fecundas tempestades que, arrasando con lo viejo, artificioso y caduco, hicieron surgir una nueva y lozana floración de vida y de arte.

Clareaba en los horizontes históricos la aurora roja del siglo XIX, y un viento huracanado

y renovador, procedente del formidable desequilibrio necesario de la Gran Revolución, envolvía al mundo, agitando las cabezas empelucadas y fecundándolas con los gérmenes de las nuevas ideas; barriendo las relamidas y delicadas figulinas watteau; arrebatando de manos de los poetas las frágiles flautas y sistros bucólicos, que se cambian por la trompa épica y por la negra lira de bronce que, al ritmo de enardecidos corazones, vibrara allá, en tiempos de Tirteo. Los pueblos hispánicos, desorientados, sin guías, pero sintiendo en lo profundo de su ser la divina noción de patria y la sublime intuición del sacrificio, empuñan todas las armas para conquistar su libertad y cantan sus luchas, sus rotas y sus victorias, por boca de sus grandes poetas: Quintana y Gallego, en España, y José Joaquín de Olmedo, en América.

No obstante, estos poetas resultaban revolucionarios en el fondo y clásicos en la forma: no podían sustraerse a los prejuicios dogmáticos, a los cánones clásicos, a las trabas y los preceptos de la forma, que continuaban moldeando la inspiración, sujetando el vuelo, quitando espontaneidad a los cantores de todas las libertades. Es que aún quedaban en el ambiente resabios de esa época de decadencia que a la gesta heroica había precedido, porque a todas las epopeyas preceden períodos de decadencia, en los que la vida que va a estallar

parece que se afina, que se sutiliza en la languidez muelle y algo morbosa de todos los refinamientos. Fácil nos sería aquí abundar en citas históricas: la decadencia helena que precedió a la conquista romana, la decadencia romana que precedió a la invasión barbárica, la decadencia francesa que fué el prólogo de la Revolución, hasta la maravillosa decadencia del París siglo XX, en los catorce años anteriores a la apocalíptica tragedia que, con la sensibilidad hipertrofiada y el alma atónita, todos presenciamos. Queremos solamente señalar aquí, cómo una de esas decadencias, la de las postrimerías del siglo XVIII, se reflejó en el arte, comunicándole su amaneramiento, su alambicamiento, su artificio, que se rompieron, en la esfera social y política, con la Revolución, y en la literaria y artística, algo después, con la epifanía gloriosa del Romanticismo que, como un sol, apareció desgarrando las nieblas de Germania para seguir, triunfante, iluminando todo el vasto y límpido cielo de la civilización occidental.

Quintana, Gallego, Olmedo, son poetas de transición entre el engolamiento del siglo XVIII, que se retrata en Meléndez Valdés y en Cienfuegos, y la explosión romántica de la primera mitad del siglo XIX, que culmina en el Duque de Rivas, Espronceda y el gran Zorrilla. De temperamento, educación y gusto clásicos, los primeros, la época inflamada les arrebata, y

son ellos, en lengua castellana, aquende y allende los mares, los cantores de la Independencia. El estudio de estos poetas está ya hecho y agotado, y pretensión rayana en la insensatez fuera en mí intentar decir algo nuevo de ellos, a estas alturas y ante un público como el que me dispensa la alta merced de escucharme. Vengo únicamente, impulsado por un sentimiento de patria y de patria distante, a evocar a Olmedo—su estudio está también agotado—, a recordarlo, en su triple aspecto de hombre bueno y sabio, de prócer creador de patrias y de vate glorificador de los héroes y de la libertad.

El punto de partida de esta evocación se remonta al año de 1757, en que el Capitán don Miguel Agustín de Olmedo, hidalgo malagueño, embarcó en Cádiz para ir a desempeñar el cargo de Administrador de Rentas Reales en Panamá, trasladándose, pocos años después, a Guayaquil, en donde se estableció definitivamente, llegando a desempeñar los más elevados puestos de la ciudad, como Síndico, Alcalde y Jefe del Cabildo. Allí había contraído matrimonio este D. Miguel Agustín, cuya fortuna y posición se habían consolidado, con doña Ana Francisca Maruri, de las más linajudas familias del lugar, teniendo el matrimonio dos vástagos: un hijo y una hija.

El primógenito, José Joaquín de Olmedo y Maruri, a quien estaban reservados tan altos e

inmortales destinos, nació el día 19 de Marzo del año de 1780, en Guayaquil, que entonces formaba parte de la antigua Presidencia de Quito, y hoy es la segunda ciudad y el puerto más importante de la actual República del Ecuador.

No tendría aún diez años el niño cuando lo llevó su padre al Colegio de San Fernando, de Quito, dirigido por los PP. Dominicanos, en donde cursó los estudios de humanidades y latinidad, terminados los cuales fué enviado a Lima, bajo la guarda de su pariente, el Obispo D. José V. Silva y Olave, para ingresar al Colegio de San Carlos, en el cual tanto se destacó, por sus talentos y bellas prendas, el adolescente, que a los veinte años era catedrático de Filosofía, tras de haber triunfado en reñidas oposiciones. Luego pasó a la célebre Universidad de San Marcos, obteniendo, en 1808, el título de abogado y entrando a formar parte del claustro de la Universidad, como profesor de Digesto, por elección unánime de los catedráticos. Después, revalidó su título en la Universidad de Santo Tomás de Aquino y se incorporó al Colegio de abogados de Quito.

A partir de este momento, la instrucción académica de Olmedo está terminada. Su cultura tiene honda raigambre; sobre sólidas bases se sustenta su acervo espiritual, y es copioso y de la mejor ley su bagaje científico y literario. La formación de hombres así, de ver-

daderos maestros, como Olmedo, Bello, Espejo, Mexía, Caldas y cien más, nacidos y educados bajo el régimen colonial, son la prueba viva y palmaria del estado de florecimiento en que España mantenía la cultura en el Mundo que descubrió, conquistó y civilizó; tan contrario, en su realidad honrosa, a la leyenda de atraso, de obscuridad y de ignominia que la mala fe, la pasión y la ignorancia han forjado en torno a esos tiempos que fueron de preparación, de formación y, como tales, tenían que ser silenciosos, lentos y difíciles.

Las poesías considerables de Olmedo que corresponden a esta primera época, son las tituladas: «El Arbol», «A un amigo en el nacimiento de su hijo», «A la muerte de la Princesa de Asturias», y en ellas están en germen, en brote, en flor, el estro magnífico, los dones de poeta soberano que esplenden en sus cantos futuros.

En 1810 fué elegido Diputado por Guayaquil a las célebres Cortes constituyentes españolas que se reunieron en la isla de León, continuando sus sesiones en Cádiz, adonde llegó Olmedo en 1811, tomando asiento en la gran Asamblea de la que llegó a ser Secretario y miembro de la Comisión permanente. Olmedo, cuyos talentos y facultades le llevaban por otros caminos que el de la elocuencia parlamentaria, no se destacó por la brillantez de su palabra, como su compañero, el glorioso

quiteño, D. José Mexía y Lequerica, Diputado por Santa Fe, y cuyo verbo encendido de amor a la libertad y a la democracia resonó tantas veces triunfante, rimando dignamente con los de Argüelles y Muñoz Torrero, en el recinto augusto de esa memorable Asamblea. No obstante, Olmedo intervino, con éxito, en varias discusiones, sustentando siempre, con toda lealtad, sus ideas liberales: a su iniciativa y tesonero empeño se debió, en gran parte, la abolición de la especie de trabajos forzados que, con el nombre de *mitas,* imponía la adminitración española en sus provincias de ultramar. Perteneció también a la Comisión que propuso y obtuvo de las Cortes la anulación del tratado celebrado entre Napoleón y Fernando VII, imponiendo al Monarca el deber de jurar y cumplir la Constitución del Estado. Disueltas, por esta causa, las Cortes y restablecido el absolutismo, con todos sus abusos y demasías, comenzó la persecución de los diputados que en las Cortes habían sustentado ideas liberales, viéndose obligado, por esta causa, Olmedo a permanecer oculto en Madrid durante algún tiempo, hasta que, al fin, pudo salir de España, llegando a Guayaquil en 1816.

José Joaquín de Olmedo, cuya firma consta al pie de la famosa Constitución del año 12, punto en que se inicia el actual sistema constitucional de España, pertenece al grupo excelso de los inmortales legisladores de Cádiz, y

por este concepto, sería también gloria española, si ya no lo fuera, por el hecho de nacer español y haber cantado, en lengua castellana, acontecimientos de la raza, con igual espíritu y entonación que los mayores vates del parnaso hispano.

Desde 1809, en que la heroica y legendaria ciudad de Quito lanzó en el Continente el primer grito de independencia, ardía la revolución en toda la América española. Tímido, vacilante, subterráneo, fué al principio el movimiento. Muchas más veces derrotados que victoriosos, los guerrilleros americanos no cejaban en su empeño de llegar a gobernarse por sí mismos. Fracasado el intento de aquel soñador valeroso y excelso que se llamó Miranda, la ardua empresa de la creación de nuevas nacionalidades parecía irrealizable, cuando en el vasto y convulso escenario de la América austral, apareció el genio que la humanidad necesita en los momentos culminantes y decisivos de su historia: Simón Bolívar, que condensó en su múltiple personalidad gigante todos los anhelos de liberación y todas las ansias de reivindicación de los pueblos que, a toda costa, querían tener patria independiente, y que no satisfecho con libertar el suelo en que naciera, acometió y realizó, en una gesta digna de epopeya, la inaudita empresa de libertar una gran parte del Nuevo Mundo, la mismaque hoy forman cinco naciones autónomas y soberanas.

El eco resonante de las victorias de Bolívar, y el amor a la libertad que siempre había sentido, hicieron que la ciudad de Guayaquil proclamara su independencia, el 9 de Octubre de 1820, eligiendo a Olmedo para ejercer la primera autoridad con el título de Jefe político. Al mes siguiente, pareciéndole muy pesada carga para sus hombros las responsabilidades del Poder, ejercido sobre un pueblo que se iniciaba en la ciudadanía y en una época asaz agitada y convulsa, propuso a los comicios populares que eligieran una Junta de gobierno, procediéndose así y resultando elegido el mismo Olmedo, como Presidente, y como miembros, D. Francisco Roca y D. Rafael Jimena, quienes estaban respaldados y sostenidos por todas las fuerzas vivas de la ciudad.

Guayaquil, apenas nacido a la vida independiente, comenzaba, con débiles y vacilantes pasos, a recorrer el camino de la libertad. Todo era indecisión y desorientación en esos primeros momentos. El parecer de los habitantes, sobre la suerte que debía correr la ciudad, estaba dividido: unos eran partidarios de la anexión a Colombia; otros, de la anexión al Perú; algunos creían que debía constituirse un Estado, con solo la provincia del Guayas, y otros, que se debía formar la República con los tres grandes departamentos del Guayas, Pichincha y Azuay, análoga a la que, con el nombre del Ecuador, se constituyó después y existe hoy.

De este último parecer era Olmedo, cuyo amor a su ciudad natal fué en su corazón, un sentimiento hondo, entrañable y nunca desmentido.

Hallábase el Libertador Simón Bolívar, durante aquella sazón, en Pasto, luchando tesoneramente no sólo contra los españoles, sino contra los mismos pastusos, que rechazaban el nuevo régimen y se empeñaban tosudamente en seguir siendo colonos. Después de enviar Bolívar en auxilio de Guayaquil y de Quito un aguerrido batallón al mando del egregio General Antonio José de Sucre—el héroe sin tacha y sin mancilla, la personalidad más pura de la Independencia americana—, comprendiendo que se le iba a escapar aquel preciado fragmento de Colombia, fué en persona a Guayaquil, con su genio dominador se impuso a todos y, sin pérdida de momento, proclamó la anexión de la ciudad a Colombia, mandando izar el pabellón tricolor en la plaza principal y a la entrada del puerto.

Para apreciar en su justo y subido valor ese acto de Bolívar, que consolidó la integridad de la patria colombiana, ya totalmente libre, gracias a la gran victoria obtenida por Sucre y sus ejércitos en las faldas del Pichincha, a la vista de la ciudad de Quito, el 24 de Mayo de 1822, hay que tener en cuenta que aquella ciudad de Guayaquil y su provincia, sobre las que tantas miradas codiciosas se han dirigido siem-

pre, constituyen uno de los parajes más ricos y maravillosos de toda la América tropical. El viajero que venga del sur, costeando el Océano Pacífico, después de sentir la angustia de las playas peruanas, estepas desoladas, arenales yermos y sedientos, queda de pronto deslumbrado al entrar en el golfo de Guayaquil. El cuadro se ha transformado como por encanto A la monotonía tediosa de la playa desnuda y aplastada bajo un sol de castigo, ha sustituído un mágico panorama, pleno de luz, de exuberancia, de fecundidad y de color. Allí está la *Virgen América* vestida con todas sus galas faustosas y milenarias: islas verdes que parecen una ofrenda floral del Continente al mar; playas revestidas de espesos y lujosos bosques; un río ancho y rumoroso que trae centenares de embarcaciones de todas clases, cargadas de los preciados frutos de que es pródiga la generosa naturaleza tropical. La brisa es tibia y está saturada de perfumes silvestres. En el cielo añil y radiante, se contonea el sol del Ecuador. Siguiendo bajo el sortilegio del esplendoroso fasto ecuatorial, aguas arriba, el curso de ese río, a las pocas horas de navegación, se llega frente a la ciudad de Guayaquil, que recorta su silueta airosa y blanca, rayada por un bosque de mástiles, sobre la varia gama verde de la fronda y el azur bruñido del firmamento. Al norte, en lontananza, como un fantasma blanco, rompiendo las nubes con su fren-

te, yergue su soberbia testa cana el Chimborazo. Él preside el cuadro, y es como una divinidad tutelar e inaccesible que vigilara eternamente la integridad de la patria, una, grande y perdurable.

Terminada su gestión gubernativa, Olmedo partió a Lima. Allí fué elegido diputado al Congreso Constituyente que se reunió, en la ciudad de los Reyes, en Septiembre de 1822, y que fué el que dió la primera Constitución peruana, en la que Olmedo tomó parte principalísima, ya que fué quien redactó el proyecto de esa Carta Política.

Este mismo Congreso Constituyente resolvió, en 1823, llamar a Bolívar en auxilio del Perú, que, a pesar de los heroicos esfuerzos hechos por el benemérito General San Martín, tenía aún en poder de las esforzadas huestes españolas, mandadas por el General Canterac, buena parte del país. Olmedo fué el designado para ir a Quito, donde en ese entonces se encontraba Bolívar, a solicitar su decisiva intervención en favor de la causa peruana.

La memorable entrevista de los dos grandes hombres fué en extremo cordial. El poeta magistrado y legislador, dirigiéndose al guerrero genial, le dijo, entre otras cosas: «Todos, Señor, son elementos que sólo esperan una voz que los una, una mano que los dirija, un genio que los lleve a la victoria. Y todos los ojos, todos los votos, se convierten naturalmente

a V. E.» «Señor Diputado—contestó Bolívar—yo ansío por el momento ir al Perú; mi buena suerte me promete que bien pronto veré cumplido el voto de los hijos de los Incas, y el deber que yo mismo me he impuesto de no reposar hasta que el Nuevo Mundo haya arrojado a los mares a todos sus opresores.» Y así fué, efectivamente. El libertador que había emancipado ya a los pueblos que hoy comprenden las Repúblicas de Venezuela, Colombia y Ecuador, y que había jurado no descansar hasta ver a toda la América libre, no deseaba otra cosa que volar al sur. Aceptó, pues, en seguida y del mejor grado, la invitación que se le hacía, tan acorde con sus designios, partiendo en seguida al Perú, en el que tomó el título de Dictador, asumiendo el mando supremo del ejército patriota, que en las célebres y gloriosas jornadas de Junín y Ayacucho, aquélla dirigida personalmente por Bolívar y ésta por Sucre, selló para siempre la libertad de la América española.

Con estas acciones memorables se cierra el ciclo heroico en el mundo de Colón. La lucha, siempre empeñada y valiente, fué noble de ambas partes. Guerra leal y caballeresca, no dejó tras sí ni vencedores ni vencidos. Desvanecidos los ecos de los últimos fragores, extinguida la postrer llamarada de la conflagración, ningún rescoldo de odio para el adversario de un tiempo quedó en el campo de la América, que si-

guió siendo tanto o más española que antes. Lo único que se cambió fué un régimen político; pero no se borró ni se torció el curso de una civilización inapreciable, contra cuya continuidad nadie atentó ni pretendió atentar. Cuanto más se examina esos acontecimientos históricos, a la luz de moderna investigación, más se convence uno de la verdad de lo afirmado por historiógrafos, pensadores y sociólogos, de diversos países, al sentar que la guerra de la Emancipación americana contiene en sí todos los elementos que caracterizan a las guerras civiles.

La gesta heroica de la Indepencia y el genio político y guerrero que la realizara hallaron en Olmedo cantor condigno. De todas las composiciones poéticas que surgieron al calor de esa época inflamada, en la que se decidieron los destinos de un mundo, lo único que queda y que quedará, con un valor estético perdurable, será el famoso poema de José Joaquín de Olmedo, titulado: *La Victoria de Junín.—Canto a Bolívar,* pieza épica de maravillosa inspiración, de purísima factura clásica y de una gran consistencia y elegancia de técnica. El triunfo de Junín lo inspiró, habiendo sido ampliado, en las nobles proporciones que muestra, al saber el poeta el resultado definitivo y glorioso de la batalla de Ayacucho. Este monumento literario, el más espléndido y duradero de cuantos se haya consagrado, en el Nuevo Mundo, a Bo-

lívar y a los héroes de la Independecia, data del año de 1825. Es el canto más célebre y popular en Hispanoamérica, habiendo sido estudiado, dentro y fuera de ella, por los más eximios maestros de la crítica literaria del pasado siglo, desde Bello hasta Menéndez y Pelayo. Pero el primero, el mejor juez de esta obra, ha sido el mismo héroe protagonista del poema, el propio Bolívar, cuyo genio universal y proteico abarcaba las, al parecer, más opuestas y desemejantes disciplinas.

Y esto es verdad, hasta el punto de que, para exponer, de manera cabal, el plan del celebérrimo canto y apreciar su valor estético, nada mejor que transcribir, siquiera fragmentariamente, la interesantísima correspondencia que, acerca del poema, sostuvieron Olmedo y el Libertador Simón Bolívar. Esto es lo que voy a hacer ahora, seguro de que el ilustrado auditorio me perdonará la extensión de la cita, en mérito a lo excelso de su procedencia.

Olmedo, en carta dirigida a Bolívar, desde Guayaquil, en 15 de Mayo de 1825, le dice, entre otras cosas:

«Mi querido señor y muy respetado amigo: Ya habrá usted visto el parto de los montes. Yo mismo no estoy contento de mi composición, y así no tengo derecho de esperar de nadie aplauso ni piedad.....
..... .....
..... Mi plan fué éste. Abrir la escena con

una idea rara y pindárica. La musa arrebatada con la victoria de Junín emprende un vuelo rápido; en su vuelo divisa el campo de batalla, sigue a los combatientes, se mezcla entre ellos y con ellos triunfa. Esto le da ocasión para describir la acción y la derrota del enemigo. Todos celebran una victoria que creían era el sello de los destinos del Perú y de la América; pero, en medio de la fiesta, una voz terrible anuncia la aparición del Inca en los cielos. Este Inca es emperador, es sacerdote, es profeta. Este, al ver por primera vez los campos que fueron teatro de los horrores y maldades de la conquista, no puede contenerse de lamentar la suerte de sus hijos y de su pueblo. Después aplaude la victoria de Junín, y anuncia que no es la última. Entra entonces la predicción de la victoria de Ayacucho.»

«Como el fin del poema era cantar sólo a Junín, y el canto quedaría defectuoso, manco, incompleto, sin anunciar la segunda victoria, que fué la decisiva, se ha introducido el vaticinio del Inca lo más prolijo que ha sido posible para no defraudar la gloria de Ayacucho, y se han mentado los nombres del general que manda y vence, y de los jefes que se distinguieron, para dar ese homenaje a su mérito y para darles, desde Junín, la esperanza de Ayacucho, que debe servirles de nuevo aliento y ardor en la batalla. Concluye el Inca deseando que no se restablezca el cetro del imperio, que puede llevar al pueblo a la tiranía. Exhorta a la unión, sin la cual no podrá prosperar América; anuncia la felicidad que nos espera; predice que la Libertad fundará su trono entre nosotros y que ésto influirá en la libertad de todos los pueblos de la tierra; en fin, predice

el triunfo de Bolívar. Pero la mayor gloria del héroe será unir y atar todos los pueblos de América con un lazo federal, tan estrecho que no hagan sino un solo pueblo, libre por sus instituciones, feliz por sus leyes y riqueza, respetado por su poder.»

«Apenas concluye el Inca, todos los cielos aplauden: de improviso se oye una armonía celestial; es el coro de las vestales del sol, que rodean al Inca como a su Gran Sacerdote. Ellas entonan las alabanzas del sol, piden por la prosperidad del imperio y por la salud y gloria del Libertador. En fin, describen el triunfo que predijo el Inca. Lima abate sus muros para recibir la pompa triunfal: el carro del triunfo va adornado de las Musas y de las Artes; la marcha va precedida de los cautivos pueblos, esto es, todas las provincias de España representadas por sus jefes vencidos, etc.»

«Este plan, mi querido señor, es grande y bello (aunque sea mío). Yo me he tomado la libertad de hacer este análisis porque temo que a pesar de la perspicacia de usted, usted no conociera toda la belleza de la idea, ofuscada con la muchedumbre de los versos, que es el principal defecto de mi canto. Dispénseme usted, pues, porque yo, descontento de la ejecución, me contento con la bondad del plan, y quisiera fijar las mientes de todos en esto sólo para evitar la infamia de cualquier modo.»

«¿Quiere usted saber hasta donde van los ardites del amor propio? Pues sepa usted que, en la desgracia de no haber hecho una cosa buena, me consuelo con la idea de que yo podía hacer algo mejor.»

«Deseo que usted me escriba sobre ésto con alguna extensión, diciéndome con toda fran-

queza todas las ideas que usted quisiera que yo hubiera suprimido. Lo deseo y lo exijo de usted, porque en mi viaje pienso limar mucho este canto y hacer en Londres una regular edición; y para entonces quisiera saber el parecer y juicio de usted .....
.....
.....No diga usted que soy tan fastidioso en prosa como en verso: concluyo, pues, reconociéndome como siempre, su más apasionado y más respetuoso servidor. – *Olmedo.*»

A esta carta y a otra que, sobre el mismo asunto, le dirigió, poco más tarde, Olmedo, contestó Bolívar, desde Cuzco, en 25 de Junio de 1825 y 12 de Julio del mismo año, con las siguientes admirables epístolas:

«Querido amigo: Hace muy pocos días que recibí en el camino dos cartas de usted y un poema: las cartas son de un político y un poeta, pero el poema es de un Apolo. Todos los calores de la zona tórrida, todos los fuegos de Junín y Ayacucho, todos los rayos del Padre Manco-Capac, no han producido jamás una inflamación tan intensa en la mente de un mortal. Usted dispara... donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes; de mí forma un Júpiter; de Sucre, un Marte; de Lamar, un Agamenón y un Menelao; de Córdova, un Aquiles; de Necochea, un Paroclo y un Ayax; de Miller, un Diomedes, y de Lara, un Ulises. Todos tenemos nuestra sombra divina o heroica que

nos cubre con sus alas de protección como ángeles guardianes. Usted nos hace a su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó a los cielos a la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros; usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado al abismo de la nada, cubriendo, con una inmensidad de luces, el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuera tan bueno, y usted no fuese tan poeta, me avanzaría a creer que usted había querido hacer una parodia de la Ilíada con los héroes de nuestra pobre farsa. Mas no; no lo creo. Usted es poeta y sabe bien, tanto como Bonaparte, que de lo heroico a lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español lo leerá como un canto de facistol de Boileau.»

«Por todo doy a usted las gracias, penetrado de una gratitud sin límites.»

«Yo no dudo que usted llenará dignamente su comisión en Inglaterra; tanto lo he creído que, habiendo echado la faz sobre todo el imperio del Sol, no encontré un diplomático que fuese capaz de representar y negociar por el Perú más ventajosamente que usted. Uní a usted un matemático, porque no fuese que llevado usted de la verdad poética, creyese que dos

y dos formaban cuatro mil; pero nuestro Euclides ha ido a abrirle los ojos a nuestro Homero para que no vea con su imaginación, sino con sus miembros, y para que no le permita que lo encanten con armonías y metros, y abra los oídos solamente a la prosa tosca, dura y despellejadora de los políticos y los publicanos.»

.....

«Tenga usted la bondad de presentar esta carta al Sr. Paredes, y ofrezco las sinceras expresiones de mi amistad.—*Bolívar.*»

La otra carta del Libertador, a que hacemos referencia, dice como sigue:

«Mi querido amigo: Anteayer recibí una carta de usted, que no puedo menos que llamar extraordinaria, porque usted se toma la libertad de hacerme poeta sin yo saberlo, ni haber pedido mi consentimiento. Como todo poeta es temoso, usted se ha empeñado en suponerme sus gustos y talentos. Ya que usted ha hecho su gasto y tomado su pena, haré como aquel paisano a quien hicieron rey en una comedia, y decía: «ya que soy rey, haré justicia.» No se queje usted, pues, de mis fallos, pues como no conozco el oficio, daré palo de ciego, por imitar al rey de la comedia que no deiaba ítere con gorra que no mandase preso. Entremos en materia.»

«He oído decir que un tal Horacio escribió a los Pisones una carta muy severa, en la que castigaba con dureza las composiciones métricas, y su imitador M. Boileau me ha enseñado unos cuantos preceptos, para que un hombre sin medida pueda dividir y tronchar a cual-

quiera que hable muy mesuradamente en tono melodioso y rítmico.»

«Empezaré usando de una falta oratoria, pues no me gusta entrar alabando para salir mordiendo: dejaré mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinión los merece bien, y prepárese usted para oir inmensas verdades, o, por mejor decir, verdades prosaicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa. Seguiré mis maestros.»

«Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares: o yo no tengo oído musical, o son... o son renglones oratorios. Páseme usted el atrevimiento; pero usted me ha dado este poema, y yo puedo hacer de él cera y pabilo.»

«Después de ésto, usted debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta. Racine gastaba dos años en hacer menos versos que usted, y por eso es el más puro versificador de los tiempos modernos.»

«El plan del poema, aunque en realidad es bueno, tiene un defecto capital en su diseño.

«Usted ha trazado un cuadro muy pequeño, para colocar dentro un coloso que ocupa todo el ámbito y cubre con su sombra a los demás personajes. El Inca Huiana-Capac parece que es el asunto del poema: él es el genio, él la sabiduría, él es el héroe, en fin. Por otra parte, no parece propio que alabe indirectamente a la religión que le destruyó, y menos parece propio, aunque no quiera, el restablecimiento de su trono, para dar preferencia a extranjeros que, aunque vengadores de su sangre,

siempre son descendientes de los que aniquilaron su imperio: este desprendimiento no se lo pasa a usted nadie. La naturaleza debe presidir a todas las reglas, y ésto no está en la naturaleza. También me permitirá usted que le observe que este genio Inca, que debía ser más leve que el éter, pues que viene del cielo, se muestra un poco hablador y embrollón, lo que no le han perdonado los poetas al buen Enrique en su arenga a la reina Isabel: y ya usted sabe que Voltaire tenía sus títulos a la indulgencia, y sin embargo, no escapó de la crítica.»

«La introducción del canto es rimbombante: es el rayo de Júpiter que parte a la tierra, a atronar a los Andes, que deben sufrir la sin igual fazaña de Junín: aquí de un precepto de Boileau, que alaba la modestia con que empieza Homero su divina Iliada: promete poco y da mucho.....

.....

.....La estrofa 360 tiene visos de prosa: yo no sé si me equivoco; y si tengo culpa, ¿para qué me ha hecho usted rey?»

«Citemos, para que no haya disputa, por ejemplo, el verso 720:

*Que al Magdalena y al Rimac bullicioso.*

Y este otro 750:

*Del triunfo que prepara glorioso.*

Y otros que no cito por no parecer riguroso e ingrato con quien me canta.»

«La torre de San Pablo será el Pindo de usted y el caudaloso Támesis se convertirá en Helicona: allí encontrará usted su canto lleno de esplín, y consultando la sombra de Milton hará

una bella aplicación de sus diablos a nosotros. Con las sombras de otros muchos ínclitos poetas usted se hallará mejor inspirado que por el Inca, que a la verdad no sabría cantar más que yaravís. Pope, el poeta del culto de usted, le dará algunas leccioncitas para que corrija ciertas caídas de las que no pudo escaparse ni el mismo Homero. Usted me perdonará que me meta tras de Horacio para dar mis oráculos: este criticón se indignaba de que durmiera el autor de Iliada, y usted sabe muy bien que Virgilio estaba arrepentido de haber hecho una hija tan divina como la Eneida después de nueve a diez años de estarla engendrando: así, amigo mío, lima y más lima para pulir las obras de los hombres. Ya veo tierra: termino mi crítica, o mejor diré, mis palos de ciego.»

«Confieso a usted humildemente que la versificación de su poema me parece sublime: un genio le arrebató a usted a los cielos. Usted conserva en la mayor parte del canto un calor vivificante y continuo: algunas de las inspiraciones son originales; los pensamientos, nobles y hermosos; el rayo que el héroe de usted presta a Sucre es superior a la cesión de armas que hizo Aquiles a Patroclo. La estrofa 130 es bellísima: oigo rodar los torbellinos y veo arder los ejes; aquello es griego, es homérico. En la presentación de Bolívar en Junín se ve, aunque de perfil, el momento antes de acometerse Turno y Eneas. La parte que usted da a Sucre es guerrera y grande. Y cuando habla de Lamar, me acuerdo de Homero cantando a su amigo Mentor: aunque los caracteres son diferentes, el caso es semejante; y por otra parte, ¿no sera Lamar un Mentor guerrero.»

«Permítame usted, querido amigo, le pregun-

te: ¿de dónde sacó usted tanto estro para mantener un canto tan bien sostenido desde su principio hasta el fin? El término de la batalla da la victoria, y usted la ha ganado, porque ha finalizado su poema con dulces versos, altas ideas y pensamientos filosóficos. Su vuelta de usted al campo es pindárica, y a mí me ha gustado tanto que la llamaría divina.»

«Siga usted, mi querido poeta, la hermosa carrera que le han abierto las musas con la traducción de Pope y el canto a Bolívar.»

«Perdón, perdón amigo; la culpa es de usted que me metió a poeta.»

«Su amigo de corazón.—*Bolívar.*»

A estas cartas, contestó Olmedo con la siguiente, escrita en Londres, el 19 de Abril de 1826:

. . . . . .

. . . . . «Todas las observaciones de usted sobre el canto de Junín tienen, poco más, poco menos, algún grado de justicia.» . . . . . .

. . . . . .

«Todos los capítulos de las cartas de usted merecían una seria contestación, pero no puede ser ahora. Sin embargo, ya que usted me da tanto con Horacio y con su Boileau, que quieren y mandan que los principios de los poemas sean modestos, le responderé que eso de reglas y de pautas es para los que escriben didácticamente, o para la exposición del argumento en un poema épico. ¿Pero quién es el osado que pretenda encadenar el genio y dirigir los raptos de un poeta lírico? Toda la naturaleza es suya; ¿qué hablo yo de naturaleza? Toda la esfera del bello ideal es suya. El bello desorden es el alma de la oda, como dice su

mismo Boileau de usted. Si el poeta se remonta, dejarlo; no se exige de él sino que no caiga. Si se sostiene, llenó su papel, y los críticos más severos se quedan atónitos con tanta boca abierta, y se les cae la pluma de la mano. Por otra parte, confieso que si cae de su altura, es más ignominiosa la caída, así como es vergonzosísima la derrota de un baladrón. El exabrupto de las odas de Píndaro, al empezar, es lo más admirable de su canto. La imitación de esos exabruptos es lo que muchas veces pindarizaba a Horacio.»

«Quería usted que yo buscase un modelo en el cantor de Henrique. ¿Qué tiene Henrique con usted? Aquel triunfó de una facción, y usted ha libertado naciones. Bien conozco que las últimas acciones merecían una epopeya; pero yo no soy mujer de esas, y aunque lo fuera, ya me guardaría de tratar un asunto en que la menor exornación pasaría por una infidelidad o lisonja, la menor ficción por una mentira *mal trovata*, y al menor extravío me avergonzaría con la gaceta. Por esta razón, esas obras, si han de tener algo de admirable, es preciso que su acción, su héroe y su escena estén siquiera a media centuria de distancia. ¡Quién sabe si mi humilde canto de Junín despierte en algún tiempo la fantasía de algún nieto mío!—*Olmedo*.»

En 1825, Bolívar, queriendo aprovechar, en bien de esas nuevas patrias, las altas dotes de Olmedo, le confió, en unión de D. José Gregorio Paredes, una delicada e importantísima misión diplomática ante el Gobierno de la Gran Bretaña. Con el carácter de Agente diplomáti-

co del Perú, Olmedo, a quien el Congreso de este país había concedido los derechos de peruano de nacimiento, partió, como se deduce por las cartas que acabo de leer, a Londres, en donde realizó su difícil misión de la manera admirable que era de esperarse, dejando colmadas las aspiraciones que en él pusieron los pueblos y su Libertador.

La estadía de Olmedo en Londres es interesantísima para las letras hispano-americanas. Allí da a la imprenta la segunda y definitiva edición del *Canto a Bolívar,* emprende en la traducción de las célebres epístolas de Pope, y, sobre todo, conoce personalmente y contrae una amistad estrechísima con D. Andrés Bello, que entonces residía en la ciudad del Támesis. Olmedo y Bello, nacidos en el mismo año, el uno en Guayaquil y el otro en Caracas, son los dos grandes poetas y maestros de la época, en la América del Sur, los precursores, los sembradores, los que prepararon el movimiento cultural del siglo XIX en esa parte del mundo. Profundas analogías de gusto, carácter, educación y tendencias les une, y varias desemejanzas les completan. Los dos son insignes patriotas, los dos tienen un sólido lastre de cultura clásica, los dos son de temperamento apacible, sereno, moderado. Mas Bello es el dulce cantor de la paz, y Olmedo el encendido cantor de la guerra; el primero entona un himno a la agricultura de la zona tórrida, mientras el

segundo lanza el trueno de Junín. Los asuntos de sus poemas capitales no pueden ser más opuestos; pero su forma, eminentemente clásica, es la misma. Ambos están empapados en Virgilio, en Teócrito, en Ovidio, en Horacio y en los clásicos castellanos del siglo de oro.

De Londres fuese Olmedo a París. Inicia entonces con Bello una asídua correspondencia epistolar que dura hasta la muerte del vate de Guayaquil. Esta correspondencia, que ha sido publicada, anotada y comentada por el estudioso D. Miguel Luis de Amunátegui en su *Vida de Don Andrés Bello*, no puede ser más hermosa ni interesante, ya que descubre, mostrándonos en la intimidad de sus confidencias, a dos nobles y grandes espíritus representativos, y arroja mucha luz sobre zonas obscuras, por falta de datos, de dos figuras americanas de primera magnitud.

Por la nobleza, por la belleza, por la sinceridad con que están sentidas esas cartas, y por las noticias interesantísimas que contienen, bien quisiera transcribir, por lo menos, fragmentos de algunas de esas epístolas; pero el tiempo, tirano inexorable, no permite estas concesiones. Citaré sólo, de pasada, la elegante epístola en tercetos, que Bello dirigió a Olmedo, y que comienza así:

*«Es fuerza que te diga, caro Olmedo,*
*que del dulce solaz destituído*
*de tu tierna amistad, vivir no puedo.»*

Envío poético que fué contestado con una afectuosísima y efusiva carta, en la que el otro claro varón, en homenaje a cuya amistad se habían escrito esos tercetos, decía refiriéndose a ellos: «...Los prefiero, hablando con candor, los prefiero a los mejores trozos del mejor de los Argensolas. Nada hay comparable al elogio del cantor de Junín. Este es el verdadero modo de alabar... ¿Quién puede sufrir una alabanza directa y descarada? ¿Y quién puede resistir a la que viene por un camino tortuoso, tímida, modesta como una virgen que desea y no puede expresar su pasión, pero que quiere que se la adivinen?

*«Y suspirando por las caras*
*ondas del Guayas... Guayaquil un día,*
*antes que al héroe de Junín cantaras.»*

Sí, amigo, nada hay comparable a esta delicadeza. Cien veces leo estos versos y cada vez me deleitan más. ¿Y qué decir de aquel amigo?

*«Que al verme sentirá más alegría*
*de la que me descubra en el semblante.»*

Es hermoso contemplar, en la vaguedad atrayente de las perspectivas históricas, cómo mientras en el campo removido de la América caían regímenes arcaicos y surgían nuevas patrias, a lo lejos, dos maestros del pensamiento, hijos de aquella tierra, como para que no

se interrumpiera el proceso literario, la tradición castiza, escriben en el mismo lenguaje inmortal de los clásicos castellanos. Compañerismo altamente favorable a las letras fué éste de los dos insignes escritores y patricios. Tiene razón un ilustre literato hispano al comparar esta amistad de Olmedo y Bello con la de Goëthe y Schiller, en la Alemania de antaño, estudiosa y romántica.

Al cabo de tres años, Olmedo regresó a Guayaquil, dejando terminada su gestión diplomática. Poco después empiezan para la patria días difíciles y dolorosos. Primero es el Perú que invade el suelo de Colombia, siendo rechazado firmemente por las huestes del General Sucre, que alcanzan sobre los invasores la victoria de Tarqui. Casi en seguida, la Gran Colombia, la grandiosa creación del genio de Bolívar, se divide para formar tres Estados independientes: Venezuela, Colombia y Ecuador, tal, poco más o menos, como hoy existen. Sucre, el Gran Mariscal de Ayacucho, el heroico, el virtuoso, cae asesinado, en una emboscada alevosa, en la obscura y trágica selva de Berruecos, el 4 de Junio de 1830, al dirigirse a Quito, después de haber concurrido al Congreso de Cúcuta. Y Bolívar, herido en su alma por la traición que había suprimido al más egregio de sus Generales, y que, en una noche nefanda, había llegado a levantar el puñal asesino contra su mismo pecho de Padre de la

patria, salvando milagrosamente de ese atentado monstruoso, gracias a la serenidad de una mujer que le adoraba, y herido en su cuerpo por una grave dolencia que minaba su naturaleza extraordinaria, que tan inmenso esfuerzo había derrochado, durante una vida, cual muy pocas en la historia, intensas, agitadas y fecundas; después de contemplar con inenarrable amargura y hondo desaliento la inanidad de su obra, y exclamar, refiriéndose ella: «¡He arado en el mar!», expira, frente al Océano, a los cuarenta y siete años de edad, en la quinta denominada *San Pedro Alejandrino*, de propiedad de un caballero español, en Santa Marta, el 17 de Diciembre de 1830. Tranquilo, majestuoso, sereno, penetró en la inmortalidad el Libertador de un mundo. Sus últimas palabras habían sido de perdón, de piedad, de amor para sus compatriotas. «Mis votos—había dicho en su emocionante despedida a los colombianos—son por la felicidad de la patria. Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro.»

Idos para siempre los padres de la patria, los héroes epónimos, el Libertador y el más generoso y puro de sus tenientes, sus pueblos son presa inerme de militares ambiciosos y rudos, que juegan sobre el tambor con la suerte de esas nacionalidades, que se destrozan y ensangrientan en encarnizadas y feroces luchas

intestinas. En el seno caliginoso y agitado de esas contiendas, han estado muchas veces a punto de naufragar las más nobles y preciadas conquistas de la civilización, la democracia y el derecho. Se inicia la era de los estallidos trágicos, de los golpes de cuartel, de las endémicas revoluciones; males de los que apenas ahora van liberándose, poco a poco, esas nacionalidades.

Separado el Ecuador de Colombia, vinieron sus destinos a parar a manos del General Juan José Flores, nacido en Venezuela, que se había distinguido en la guerra de la Independencia; militar valiente, en extremo ambicioso, no desprovisto de talentos naturales; pero sin cultura ni ilustración suficientes para organizar y dirigir los primeros pasos de un pueblo, Flores fué proclamado primer Presidente del Ecuador, y primer Vice-Presidente, Olmedo. Este había asistido a la Asambla Constituyente que se reunió en la ciudad de Riobamba y dictó la primera Constitución del Ecuador, siendo Olmedo uno de sus redactores, como lo había sido antes de la Constitución doceañista de Cádiz, de la Constitución guayaquileña del 9 de Octubre de 1820 y de la Constitución peruana de 1825. En el Poder, Flores, representaba la fuerza, y Olmedo, la inteligencia. Poquísimo tiempo convivieron juntos en el Gobierno estos dos elementos. El Vice-Presidente renunció en seguida, aceptando luego

la Gobernación de la provincia del Guayas.

Contra el régimen militarista del General Flores estalló, en 1833, una formidable revolución que salió a combatirla el Presidente, en persona, al mando del ejército constitucional. Encontráronse los dos bandos en armas en un punto llamado Miñarica, y tras una lucha desesperada y heroica, digna de mejor causa, fueron los revolucionarios totalmente destrozados, y después de dejar en el campo más de dos mil muertos, se dispersaron, alcanzando el General Flores una victoria completa y definitiva, ya que con ella quedó extinguida la revuelta. Aunque, en el fondo, la razón y la justicia estuvieron del lado de los rebeldes, buena parte de la opinión del país estaba con el Gobierno, que si bien era verdad que representaba un régimen militarista era, al fin y al cabo, el orden constituído, lo establecido, y el pueblo que sufre y calla estaba ya cansado de levantamientos que nada remediaban y que al día siguiente de triunfar y ser Poder caían en iguales o peores errores y abusos que los que se habían lanzado a combatir.

La destrucción rápida, casi fulminante, de esa revuelta fué grata a los ojos de muchos patriotas. A Olmedo le entusiasmó esa jornada, hasta el punto de inspirarle su obra quizá más rotunda y perfecta, el prodigioso canto «Al General Flores, vencedor en Miñarica», del que llegó hasta a renegar su inspirado au-

tor, cuando, diez años más tarde, aparecía el poeta como uno de los directores de la revolución que, contra el mismo Flores, estalló en Guayaquil, el 6 de Marzo de 1846; revolución que triunfó y que dió el Poder a un triunvirato formado por Olmedo, D Vicente Rocafuerte y D. Diego Noboa.

Esta veleidad política, y el haber empleado su estro esplendoroso en cantar una triste contienda fratricida, le han sido censurados muchas veces. Mas ¿cómo puede, en justicia, acusarse a un poeta de inconsecuencia, cuando su espíritu tornadizo e impresionable, juguete de todas las corrientes, está sujeto a todos los cambios y abierto a todas las influencias? Los poetas, perseguidores eternos de la emoción, son espíritus veletas, a merced del soplo inspirador. Son no sólo distintos, sino completamente opuestos a esos hombres rectilíneos, inflexibles, de una sola pieza. Y en cuanto al asunto, ¿qué importa el asunto? El tema en arte es, quizá, lo de menos; el toque está en la manera de desarrollarlo, de ejecutarlo. «Velázquez— dice por ahí ese gran D. Miguel de Unamuno— tomó para asunto de uno de sus cuadros al *Bobo de Coria*, e inmortalizó al Bobo y a Coria.» Lo mismo aconteció con Olmedo, tomando como héroe de uno de sus más grandiosos poemas a Flores, un militar valiente y ambicioso; pero nada más, lo inmortalizó, y ese caudillo, sirviéndole de fondo el campo obscu-

ro y trágico de Miñarica, vivirá en la memoria de los hombres mientras exista la lengua castellana, tal es la taumatúrgica virtud que el arte creador puede comunicar.

Ante la Convención reunida en Cuenca del Ecuador declinaron el poder los miembros del triunvirato. Esa misma Asamblea tenía que elegir el Presidente Constitucional de la República. Concretada la votación a los candidatos Olmedo y Roca, triunfó éste, por un solo voto; y este triunfo representó el del militarismo sobre el civilismo; el de la fuerza sobre la intelectualidad. En este difícil momento histórico en que todas las violencias se habían desatado sobre la República naciente, se consideró, por la mayoría, sin desconocer los grandes merecimientos y las altas dotes políticas de Olmedo, su exaltación al solio, inconveniente, porque el país, convulso, entregado al pleno régimen de la fuerza, necesitaba de un brazo férreo y militar como el de Roca para salir avante. Y quién sabe hasta qué punto tuvieron razón los legisladores ecuatorianos de ese entonces. Roca gobernó en medio de un verdadero torbellino de pasiones en fusión y de ambiciones desenfrenadas. En esas circunstancias, no es aventurado suponer que hubiera sucumbido la dirección suave y científica de Olmedo, o quizá éste, con la visión profética de su don genial, hubiera sabido librar a la República del militarismo, conduciéndole por más nobles y

serenos caminos. De todas maneras, el Ecuador hubiera hoy tenido la honra de poder contar entre sus presidentes a una de las más célebres figuras americanas.

El nuevo Presidente encomendó a Olmedo la gestión de reclamar al Gobierno peruano los restos del General La Mar, héroe de la Independencia y primer Presidente del Perú, pero nacido en el Ecuador. A Lima fué Olmedo, en cumplimiento de misión tan piadosa, y ésta, que no tuvo eficacia, fué la última que realizó al servicio de su patria. De vuelta a Guayaquil, herido ya de muerte por incurable y cruel dolencia —un cáncer intestinal—, falleció el gran hombre, el 17 de Febrero de 1847, a los sesenta y siete años de edad, en medio de su mujer y de sus hijos. Desde 1817, estuvo casado con la muy noble dama doña Rosa de Icaza, habiendo tenido con ella tres hijos, la primera, Rosa Perpetua, que murió niña, y Virginia y José Joaquín, que sobrevivieron muchos años a su ilustre padre.

Desligado ese superior espíritu de la frágil materia ya caduca, dolorida y débil, nace para la inmortalidad el esclarecido nombre de José Joaquín de Olmedo, grande entre los grandes de Hispanoamérica. El Perú y Colombia le consideran como gloria propia, el Nuevo Mundo que habla castellano, le reconoce y proclama como uno de sus mayores maestros; España, por autoridad de la alta crítica literaria que

ejercieron Valera, Cañete y Menéndez y Pelayo, le coloca en el mismo plano que Quintana; y el Ecuador, la verdadera patria de Olmedo, hace de su memoria un culto, y con él se enorgullece como de una de sus más puras y legítimas glorias.

Al llegar, en la narración, al término inevitable y fatal de la muerte, los biógrafos de Olmedo se han mostrado, a veces, divididos, según sus ideas religiosas. En tanto que unos afirman que recibió, con unciosa piedad, los últimos sacramentos, otros lo niegan, asegurando que el poeta que sintió la duda, y tuvo tintes voltarianos en el soneto a la muerte de su hermana y en alguna de sus últimas cartas a D. Andrés Bello, penetró tranquilo, fuera de toda confesión religiosa, en el *más allá*, cuyo obscuro enigma tanto nos preocupa y nos conturba. Mas, no creemos que a las alturas del sereno ambiente de respeto y de tolerancia a todas las ideas filosóficas y a todos los sentimientos religiosos a que hemos llegado, pueda preocupar ni significar nada un acto que cae bajo el dominio del fuero interno de la persona humana, más allá del umbral que a nadie le es lícito traspasar.

Pasemos, pues, ésto por alto, y, para terminar este esbozo, fijémonos más bien, en el aspecto físico del vate prócer, que siempre es grato e interesante contemplar los retratos, ennoblecidos de pátina, de las grandes figuras de

otras épocas. Olmedo, físicamente, era un hombre muy siglo XVIII; fino, esbelto, acicalado, sin ser un petimetre. Cabello castaño, frente ancha y abombada, ojos penetrantes. Mas ¿para qué vamos a seguir dibujando, con toscos e ingenuos trazos, su figura, si él mismo se pintó de mano maestra, en 1803, en el acertado, en el hechicero, en el donoso auto-retrato, dedicado a su hermana ausente, verdadera joya de esmalte, por su gracia, por su firme dibujo, por su brillante colorido, y que consta en todas las colecciones de sus pocas, pero admirables poesías?

Tal fué el hombre, grande entre los grandes de su siglo y de su raza. Por cualquiera de sus varios aspectos sería célebre, con celebridad perenne y luminosa, en los fastos de esa América nuestra, pródiga y tumultuaria. Su posición en la historia de la poesía castellana del pasado siglo, está en lugar eminente, y es inapreciable el valor de su obra, como reflejo de una época decisiva y memorable y como aporte magnífico a la literatura de todo un Continente.—HE DICHO.

*N. del A.*—Al dar a la estampa la anterior conferencia, cúmplenos declarar que, en este esbozo biográfico, hemos seguido, principalmente, a D. Clemente Ballén, que prologa la edición de las poesías de Olmedo, hecha en París, por la casa Garnier Hermanos; a D. Manuel Cañete, que consagra al estudio de este poeta más de la mitad de un tomo de la «Colección de escritores castellanos», y a D. Víctor M. Rendón, que tiene escrita y publicada, en francés, una acabada biografía del «Cantor de Bolívar».

# HIMNO DEL SOL
# A LA PAZ UNIVERSAL

(Del libro «Estrella de los vientos», que aparecerá en breve.)

Ya llegan las palomas mensajeras del alba,
ya cantan los sonoros clarines de la aurora.
Los heraldos de Helios dan su gloriosa salva.
«¡Salud, Paz bien venida...! ¡Salve, Paz bienhechora...!»
Del volcán de la Noche surge la luz del Día,
y el alba de la Paz del cráter de la Guerra...
Sobre el ara del mundo la nueva eucaristía
del Sol de la concordia ilumina la tierra.
Vuela con alas rojas la Muerte hacia el ocaso,
rasgando con su lanza los negros horizontes,
mientras por el Oriente, en su libre pegaso,
llega el celeste Aeda. Sobre los claros montes
se detiene un instante, con la antorcha encendida,
y con su voz de oro canta un himno a la vida:
«¡Yo soy el Sol, humanos, el eterno viajero...
Porta-antorcha celeste, divino mensajero...
Lengua de luz y ojo de Dios, que no se cierra
jamás... Las sombras huyen de la faz de la tierra
cuando yo, persiguiendo la Noche, eternamente,
galopo en el Espacio de Oriente al Occidente.

¡Si mi caballo alado se detuviese un día,
una hora, un minuto... tan sólo un breve instante,
todo cuanto en la vida palpita moriría...!
¡El mundo sólo vive por mi luz vigilante...!
«¡La luz! ¡La luz...!»
¡Mi luz os envío a torrentes...!
Ella rasga las nieblas y desata las fuentes.
Ella da savia al árbol y da sangre a la viña.
Da claridad al cielo, color a la campiña.
Hace que el trigo adquiera su plenitud de oro
y que la alondra diga su saludo canoro
al árbol y a la fuente, a la tierra y al cielo,
y hacia la nueva aurora tienda alegre su vuelo...
«¡La luz! ¡La luz...!»
¡Mi luz os envío a raudales...!
Bañaos en sus ondas benéficas, mortales,
porque la luz fecunda es sangre de la vida.
Es la sangre de Dios; pues el Sol es la herida
que Dios se abrió a sí mismo, para salvar al mundo,
y esta divina sangre hace al mundo fecundo...
No cerréis vuestras casas, derribad vuestras puertas...
¡Que hasta las negras tumbas permanezcan abiertas,
para que todo, el Sol, lo lleve con sus oros...!
¡La luz es el más bello de todos los tesoros...!
Por la luz vive el aire, el agua, el pensamiento...
¡Y hasta el polvo, a su influjo, vuela en alas del viento!
¿Y si al polvo da alas, qué no dará al gusano...?
No cerréis vuestras tumbas, para que el polvo humano
pueda volar un día hasta los puros cielos
y se cumplan del alma los divinos anhelos...
«¡La luz! ¡La luz...!»

¡Mi luz es fuente de la Vida...!
Corazón del Eterno, por la celeste herida
vierte tus energías generosas, fecundas,
sobre las altas cumbres y en las simas profundas...
Sobre todos los surcos, sobre todas las ondas,
sobre los arenales, los campos y las frondas...
Sobre el taller y el templo, la nave y la cabaña...
Que no haya un solo abismo, ni una sola montaña
donde la luz no lleve su bendición gloriosa:
Al hombre y a la bestia, al ave y a la rosa,
y a las nubes, sirenas de los celestes mares.
¡Que la luz sea el ídolo de todos los hogares...!
Sea antorcha de Arte, lámpara de la Ciencia,
ala del pensamiento, ojo de la conciencia...
Maravilla del cielo, que si fuese negada,
¡Oh, mundos! ¡Oh, mortales...! ¡No existiría nada.. !»
Así habló el gran Aeda de los dioses ocultos,
mensajero celeste de todos los indultos.
Hecha la paz, los dioses perdonaban los daños,
todas las rebeldías y todos los engaños
al Hombre, y olvidaban todas sus inconstancias...
Llegó el pregón divino a todas las distancias...
¡Y así como de la Noche el volcán de la Aurora,
es cráter de la Paz la Guerra redentora...!

Goy DE SILVA

# APÓLOGO

*(Dedicado a los superhombres)*

Quiso un día la flor tender su soberbia y orgullosa mirada hacia la tierra, y al ver que las modestas hojas no ostentaban tan seductor dibujo ni tan bello matiz, hizo un mohín de desprecio.

La forma cilíndrica del tallo y acaso su vello, le parecieron soberanamente ridículos. La raíz sumida en las tinieblas, buscando sostén y alimento entre el fango, rodeada de gusanos y excrementos, le inspiró tan profunda aversión, que se decidió a separarse de la planta.

—¿Yo, flor, fecunda, ideal, bella, la superplanta, he de estar encadenada a ese conjunto de lo vulgar, de lo ridículo y de lo vil?

Esa protesta constante de la flor era un poder que se acumulaba en ella.

Apareció entonces en su pedúnculo, como órgano de la nueva facultad, un filamento constrictor que se apretaba cada día. Llegó un instante en que la flor, lozana, bella, en toda plenitud de su perfume, de su color, de su forma;

cubierta de rocío y entibiada por la caricia del sol naciente, se desprendió.

Recogióla en su seno la brisa del alba, y la flor creyó ser mariposa.

—¡Libre al fin de lo vulgar, de lo ridículo y lo vil!—cuán feliz era esa flor!

Pero calmada la brisa, la flor cayó; hallóse entonces más próxima al fango que cuando la planta madre la sostenía, y el calor del sol y la humedad del rocío que la vivificaran antes por su acción sobre la savia general, fueron los primeros agentes de la descomposición, ahora que la savia no corría ya por su ser.

Y entonces conoció todo el horror de la separatividad... Y, agónica, contóle sus cuitas a otra flor. Y ésta, luego, bendecía el sostén que le prestaba el tallo, la circulación de la savia vivifica, la actividad nutricia y el cimiento que daban a su planta las modestas raíces, las más ocultas y al mismo tiempo las más fundamentales.

Y esa flor conoció que había un vínculo entre todas las cosas. Y esa flor comprendió entonces el Amor Universal.

JYOTIS PRACHAM.

# Apuntes de la ciudad.

## Desde la tertulia.

Cotidiana tristeza de estos cafés: —Espejos
nfinitos, amables divanes, concurrencia
abigarrada, gentes sencillas; a lo lejos,
tras los cristales que pierden su transparencia
con el vaho interior y la lluvia, confusas
vibraciones—campanas tranviarias, bocinas
de los autos...—y en torno de nosotros, cien musas
burguesitas, honestas. ¡Oh, bocas purpurinas,
y divinas pupilas febriles, y rubores
de los rostros, y frases tácitas—llamas vivas
que en la rosada oreja vierten los seductores—,
y oh, manos enlazadas, trémulas, persuasivas!

***

Y nosotros, poetas—tedio de la tertulia,
¡ronías, sarcasmos, ¡oh, los negros sarcasmos

contra los que no puede erguirse nuestra abulia
que, paulatinamente, nos hunde en sus marasmos!
¡Y nosotros, poetas—llenos de pensamientos
sublimes, de teorías geniales, de citas
que no asombran-de antiguos filósofos, y hamb rientos
de ideal, mientras ríen las lindas burguesitas!

***

Y nosotros, poetas—solos con nuestros cantos,
sin cartas de la novia, ni giros que esperar,
sin champaña, sin besos, sin gloria—los encantos
del vivir, ¡condenados para siempre a cantar!

***

Y mientras en el mármol de la mesa trazamos
la figura que n unca se pintará, y la brisa
de un ritmo perseguimos que nos dará los ramos
de la victoria, triunfa la gloria de tu risa,
burguesita inconsciente, tu risa—que no sabe
de Homero ni de Niezlche—versos y silogismos
venciendo, y encendiendo tu blanca piel süave,
cuyo fulgor deshiela nuestros escepticismos!

Juan G. OLMEDILLA

# CERVANTES Y LOS ESTADOS UNIDOS DEL ESPIRITU

A ninguno de cuantos, crispados de estupor, contemplamos desde esta arista de precipicio, sobre la que escupe ya sus furiosas espumas la mayor borrasca de la Historia, se nos oculta que en esta hora apocalíptica del mundo se juega al bárbaro azar de la guerra algo más que la suerte de los beligerantes: el porvenir, la geografía, la vida de las naciones de Europa, y acaso de las del Continente Nuevo. Nadie ignora que en esta hora suprema para el porvenir del mundo, España y la América española atraviesan un momento excepcionalmente decisivo para sus vidas, políticamente separadas, étnica y espiritualmente unidas, con unidad irrompible.

Y ante la racha de cataclismo que sacude al mundo, cuando las familias humanas se agrupan, se unen, por impulsos atávicos, por instintos de conservación, los españoles que vivimos

a uno y otro lado del Océano sentimos imperiosamente, quizás providencialmente, ese impulso unificador, ese atávico grito de alarma surgido de los hondos sagrados cauces de la generación, que nos convocan, nos congregan, nos empujan a la defensa, a la afirmación, a la exaltación triunfal de los altos indivisibles bienes que poseemos en común: Religión, Historia, sangre, espíritu, literatura, habla; este habla eterna empapada en las inmortales noblezas de nuestra Historia, en la dominadora insumergible espiritualidad de nuestra estirpe.

Cuando todas las naciones luchan titánicamente por imponer con el hierro y con el fuego el dominio de su fuerza y de su espiritualidad, de su producción y de su industria, de su comercio y de sus ideas; cuando de la fragua colosal de la guerra, donde se funden viejos imperios, surgen nuevas nacionalidades, que se revelan con insospechadas energías; cuando ha sonado la hora de ser o no ser para las nacionalidades y potencias, según alcancen a merecer y a imponer su derecho a la vida y a la gloria, su potencialidad afirmativa o negativa en esta gran reconstitución mundial; cuando ha sonado la hora de la revisión de los derechos y de las supremacías con que cada pueblo entrará en la «Era novísima» del mundo, que la firma de la

paz va a inaugurar muy pronto, España y la America española no pueden permanecer estacionarias, mudas y apartadas de los caminos de la humanidad.

La Historia no marcha ya al lento andar de los tiempos heroicos; descalzó el coturno clásico y ciñó a sus talones las alas de Mercurio, que no son ya mero símbolo poético, sino voladoras alas de vapor y de electricidad, impulsoras de los magnos intereses que hoy nos rigen. El hombre dispone como dueño de poderosas energías físicas que dominan los vientos y el seno de los mares, y anulan las distancias, y engarzan los continentes, como las misteriosas ondas herzianas. Nervios metálicos empalmados a nuestros nervios propagan por todo el mundo la chispa del pensar y la vibración del sentir con la cerelidad del rayo; y, al paso que se ensancha la órbita de nuestra acción y se complica el mecanismo de nuestras relaciones con el resto de los hombres, se acelera hasta el delirio el ritmo de nuestro vivir. No hay derecho al reposo, ni al aislamiento, ni a la inhibición: la mecánica formidable, complejísima, del moderno vivir nos envuelve a todos y nos inserta a cada cual como miembro útil, o como pieza fragmentaria, en determinado punto de la máquina gigantesca. Ni los hombres ni los

pueblos pueden eximirse de esta magna y múltiple acción de la vida actual.

En el presente momento de esfuerzo maravilloso, en que el cerebro de la humanidad parece agrandado por la magnitud de la ideas y de los conflictos, y las cuerdas de nuestra sensibilidad amenazan saltar, de puro tensas, ante el horror de la lucha, y en que los propios beligerantes, mientras con una mano blanden el acero o disparan las máquinas formidables, con la otra mano allanan los caminos y preparan las conquistas de la paz, nosotros, milagrosamente salvos en este remanso de concordia, no tenemos derecho a la cobarde inacción.

En esta hora suprema en que los mismos que destruyen el mundo laboran ya en la edificación de otro mundo nuevo, aislarse es anularse, retrasarse es perecer, inhibirse es desertar del puesto de honor, faltar al más sagrado de los deberes: al de luchar por la vida y la grandeza de la patria. Y como, no sólo con las armas de la guerra se lucha por la patria, a España, que ya conquistó dos veces la inmortalidad con el rayo de su acero y con el de su genio creador, tócale ahora combatir con las armas de la paz, ensanchar los dominios de su cultura, asegurar el porvenir de su producción—intelectual y material—, de su comercio

y de su industria, y afirmar valientemente el sentido de su genio étnico y de su vida espiritual, que animó dos mundos y en dos mundos alienta prodigiosa, con luz inextinguible, con creciente y resurreccional energía.

Tócale a España realizar el ensueño de la unión moral de la estirpe, que será coger el fruto glorioso de su magnífica siembra de alma por tanto mundo; tócale a España arrojar un cable de amor a la otra orilla del Atlántico, para que las veinte naciones hijas suyas, al ceñir con él sus cuerpos de diosas vuelvan a constituir, juntas con la excelsa nación, el Estado espiritual más grande de la tierra. Tócale a España realizar esta misión tan salvadora como gloriosa para sí y para los pueblos de nuestra América. Es decir que ha llegado *la hora de España*, la hora decisiva para nuestra gran Patria y para los pueblos que comparten con su lengua su sangre y su genio étnico; que es la hora de *ser o no ser* para nuestra raza entera, y que es preciso que *seamos*, porque nunca estuvimos tan en camino y tan en derecho y en posibilidad de ser como hoy, en que un impulso renovador, resurrecional, nos anima, y en que fuerzas, y atracciones, y leyes ineluctables de la vida y la Historia nos empujan a los brazos de la América nuestra, que partida

desde su emancipación en veinte naciones, aisladas e indefensas, volvería a juntarse entre los brazos de su gran Madre en un inmenso bloque étnico, inexpugnable, contra toda codicia, fuerte y grande para toda conquista de la paz y del progreso.

Y ahora que por impulsos atávicos, por instinto de conservación, por amor de raza, por necesidad de una genealogía heroica, de una historia de colosal grandeza, «hasta por egoísmo»—como acaba de decir uno de sus escritores—, la América española siente la necesidad de un lazo común, de un nervio étnico, de un alma colectiva que la haga una, grande y fuerte contra codicias anexionistas, por la ley divina y humana, se vuelve a las sagradas fuentes de su vida histórica y espiritual, a su origen hispano, como nosotros nos volvemos a nuestra descendencia gloriosa. Y nos volvemos a ella con tanto más ahinco y amor, cuanto más codiciada la vemos de explotadores ambiciosos o de opresores imperialistas.

Y esta confederación espiritual de la raza, que ya es un hecho de conciencia previsto por todas las mentalidades hipanoamericanas y españolas, así por los que desde Bolivar hasta Ugarte presintieron el peligro del fraccionamiento de los grandes virreinatos en pequeñas

repúblicas aisladas, como por los que, como Enrique Rodó, columbraron al despuntar de una gran alborada de la estirpe, y por los que, como Blanco Fombona, han lanzado ya a la publicidad la palabra *panhispanismo*; este hecho de conciencia que, bordeando la realidad, cristalizó en alianzas parciales como la de la Argentina, Brasil y Chile (el «A B C»), y se manifiesta con creciente difusión y entusiasmo en la Fiesta de la Raza, este hecho de conciencia sólo espera para convertirse en hecho histórico una ocasión. Y esa ocasión se nos brinda a todos propicia y gloriosa para la hora de la paz. Bastará con que entonces se celebren las aplazadas solemnidades del tercer centenario de la muerte de Cervantes, entre las cuales deberán ocupar lugar preferente la reunión de un congreso de hispanistas y la de una magna asamblea de la lengua española; solemnidades que deberán coincidir con la celebración de la proyectada Exposición Hispanoamericana en Sevilla, y con la creación de un gran centro de estudios hispanoamericanos en aquella ciudad, donde se guarda el archivo histórico de dos mundos. Fiestas gloriosas que, al congregar en la madre patria las representaciones de todos los países que hablan nuestro idioma, ofrecerán ocasión feliz para que se firme en un abra-

zó de amor la federación espiritual de nuestra raza.

Excusado me parece agregar que firmada la alianza espiritual, lo de más nos sería dado por añadidura; es decir que aprovechando la ocasión dichosa de vernos por primera vez unidos los españoles de las dos Españas, sellaríamos el pacto de familia con la celebración de todos los contratos de intercambio cultural, artístico, industrial y mercantil que son vivo anhelo y creciente necesidad común, y serían la unión, la la invencible fuerza cohesiva, la prosperidad, la gloria, el resurgimiento de España y de su estirpe.

¿Qué falta para el logro de este ideal tan fecundo en magníficas y prósperas realidades? Los palacios de Sevilla, gallarda muestra del genio nacional, encarnado esta vez en el ilustre Aníbal González, bañan su elegantísima y españolísima arquitectura en el ambiente de luz y de gloria de la más bella de las ciudades; el Comité para la celebración del centenario cervantino no se ha disuelto, y lo preside una gloria nacional: Rodríguez Marín. Cervantes es el símbolo augusto de esta lengua, que es hoy la mayor potencia espiritual y aun financiera del mundo; el anhelo, la necesidad vital y salvadora de una confederación étnica alienta en

todas las almas. ¿Qué falta para lograr todo esto?

Algo que no es nada y sería para nosotros la gloria y la vida: ¡Querer!

BLANCA DE LOS RÍOS DE LAMPÉREZ.

# POEMAS [1]

## Ensoñación.

¡Clara mañana de Junio
olorosa a nardos y a flores de acacia!
Aún, frente al Sol, el pálido plenilunio
da su celeste gracia...
¡Encanto de una mujer hermosa!
Diafanidad amanecida
del fondo de la madre cadenciosa.
Y allá, en frente
del Sol, esa beldad desvanecida,
tan pálida: ¡la Luna extraña y negligente!
Tal un rostro de mágica blancura.
Claridad de íntima anunciación
venturosa; tránsito, dulzura
del infinito y del misterio; evocación
de una existencia más pura,
y una voz inefable dentro del corazón!
¡Oh, fanfástica luz matinal!
Visión de la Luna oval,
quimérica y misteriosa
ante el halo del Sol. País ideal...
¡Encantos de una doncella hermosa;
transparencia de nardo y fragancia
de nocturnos jazmines
abiertos en los celestiales jardines,
sólo tan puros cual los de la infancia!

---

(1) Del libro «La selva maravillosa y otros poemas», que se publicará próximamente.

¡Oh, aquel edén en la distancia
del que vienen nostalgias, como serafines
de blancas alas ligeras,
y tan silenciosas
como el perfume de las rosas!
¡Ah, venturosas praderas!
¡Lejanas alegrías verdaderas,
dulces y deleitosas
como los besos tácitos de su boca divina!
¡Ah, los oarystes apasionados!... Seductora
delicia de la fronda en calma;
lago azul, transparente; vespertina
cadencia de la hora
risueñamente floreal; cisne; agalma
de mármol vivo, entre las rosas bellas
y los mirtos; fragancias, besos, risas, querellas
de amor, bajo los verdes palios!... Ah, sonora
fontana cristalina,
y esbelta ascensión de surtidores
sobre mármoles blancos y entre flores!
¡Sólo al recuerdo de su amor
mi espíritu adivina,
caminando por celestes senderos,
el secreto inefable de esa flor
más honda que el fondo de mi alma
y más distante aún que los luceros;
esa flor de un perfume tan profundo
y tan misterioso
como los sueños!... Era entonces el mundo
un paraíso venturoso
iluminado por un sol melodioso,
cuya diáfana luz—que de dónde venía
nadie supo jamás—envolvía
con sus miradas candorosas,
los corazones y las rosas
de aquel jardín en que moraba la alegría...
Y en el cielo brillaban las estrellas de día,

RAFAEL LASSO DE LA VEGA

# POR LA FRATERNIDAD ARTISTICA DE ESPAÑA Y AMÉRICA

De América nos viene una buena noticia. Con el apoyo de algunos Mecenas argentinos, va a fundarse en Madrid una posada artística para albergar a los escritores y a los pintores que quieran perfeccionarse en sus respectivos oficios dentro de la sana y fuerte tradición castellana. El amigo que me anuncia este proyecto agrega:

—Por ahora no se trata sino de un grupo reducido, una media docena apenas. Pero como el ejemplo es bueno, seguramente será imitado por otros países del Nuevo Mundo. Todo es cuestión de moda, y lo necesario, aprovechando las dificultades que nuestra juventud encuentra en estos tiempos para ir a París, es enseñarles el camino del solar de la raza. ¿Encuentra usted nuestro proyecto digno de ser apoyado por los españoles? No pedimos más que apoyo moral, atmósfera fraternal, sonrisas sin ironías, en suma. No queremos que se nos llame «sinsontles»... eso es todo...

—Creo—le contesto— que el proyecto es excelente.

Hasta hoy, preciso es confesarlo, España no ha hecho nada por atraer a los artistas americanos, y los artistas americanos tampoco han hecho gran cosa por darse a conocer en Madrid. Los pintores mismos, que podrían mejor aquí que en otras capitales europeas, encontrar una atmósfera propicia a sus labores, conténtanse con pasar con veneración y prisa ante los sagrados reposorios del Greco, de Velázquez, de Goya, para continuar en seguida sus peregrinaciones europeas. Y en cuanto a los poetas, a los escritores, a los que por hermandad de lengua podrían considerar esta tierra como el solar de su hidalguía, muy raro es que vengan hasta este pueblo, y más raro aún que aquí se establezcan. ¿En qué consiste tal desamor, tal despego, tal desdén? El caso de Enrique Larreta, que ha encontrado en Avila, en Córdoba y en Granada fuentes divinas de inspiraciones ancestrales, debiera constituir, para todos los que vienen a Europa en busca de las aguas lustrales del Arte, un ejemplo fecundo. Sin negar lo que hay en París de alentador, de sugestionador, de alucinador para el que sólo vive la vida del espíritu, puede asegurarse que una larga permanencia en España sería, aun tratándose de espíritus refractarios a las tradiciones clásicas, un utilísimo ejercicio preparatorio de arraigamiento estético. Bañarse en

el manantial del idioma, sentir, en el comercio con el pueblo castellano, las palpitaciones rudas y sanas del verbo original, empaparse en los efluvios que vienen, sin notables metamorfosis, desde el fondo de la tierra de donde ha brotado la clara linfa cervantina, equivale, para aquellos que tienen el amor del magnífico instrumento con que traducen sus ideas, sus anhelos y sus ensueños, a algo parecido a una cura literaria. En París y en Roma, sin duda alguna, hállanse las estaciones de psicoterapia y de helioterapia. El sol que nos permite contemplar la belleza latina en las cumbres del Pincio, ilumina para siempre nuestras negras pupilas; y los efluvios de los jardines del Luxemburgo, que crean nuestras almas, nos dejan un eterno perfume interior. Pero tal vez si llegásemos a los santuarios del Lacio y de Lutecia con un fondo mayor de preparaciones castellanas evitaríamos que, al ponernos a expresar nuestras íntimas sensaciones, el instrumento de que disponemos nos pareciera poco armonioso y poco seguro.

Sur le pensers nouveaux
faisons de vers antiques,

dijo el poeta francés.

A los hispanoamericanos les corresponde poner un alma cosmopolita, un alma enriquecida por los esplendores de París, de Roma, de Bue-

nos Aires, en el molde de una forma castiza. Y no se diga que nuestra lengua, tal cual se conserva en Castilla, es poco apta a las sutiles ondulaciones, a las vibraciones delicadas del gusto moderno. No se diga: «Para escribir como Pereda o como Ricardo León, más vale ser incorrectos y buscar en el francés los matices de que carece el español.» Correctos, correctísimos, son Enrique Larreta y Valle Inclán, Manuel Machado y Amado Nervo. Y además de ser correctos, me parece que no tienen, como traductores de sutilezas psicológicas y de magnificencias plásticas, nada que envidiar a los más perfectos prosadores parisienses.

«Me propongo ir a Francia para perfeccionarme» — escribíame poco ha un joven poeta chileno —. —«Vaya usted a Francia – contestéle—; pero pasando antes por España.» El primer santuario en la gran romería del Arte, para un hispanoamericano, tiene, en efecto, que ser Castilla.

¿Por qué, sin embargo, son tan pocos los que de América vienen aquí con ánimo de perfeccionamiento? Digámoslo con lealtad: porque hay en la juventud del Nuevo Mundo un gran desdén hacia España, un desdén heredado de los que tuvieron razón para abrigarlo cuando en Madrid la Literatura y el Arte eran de una pobreza lamentable. Pero ese desdén, hoy, es injusto.

¿Dónde, en efecto, puede encontrarse una plé-

yade de pintores comparable a la que existe en España? En Italia, en Francia, en Inglaterra, cuando en una Exposición universal hay cuadros de Zuloaga, de Anglada, de Rusiñol y de Romero de Torres, los críticos confiesan que la patria de Goya ha vuelto a ocupar el primer puesto en Europa. Y junto a pintores como esos, pueden ponerse literatos como Galdós, como Blasco Ibáñez, como Valle Inclán, como Manuel Machado, como Zozaya, como Benavente, como Martínez Sierra, como otros cuantos que, no sólo representan una suma enorme de talento, sino que abren un surco nuevo en el Arte.

Los músicos mismos, los músicos jóvenes, con Falla a la cabeza, son, según la opinión de la crítica francesa, dignos de rivalizar con sus hermanos de cualquier otro pueblo fecundo.

Lo que falta en Madrid es el espíritu de atracción, el secreto parisiense de «acoger», el arte de saber hacer ver lo que se posee, la «propaganda», en fin, para emplear una palabra de moda. Cuando la primera media docena de artistas americanos comience esa propaganda, otras muchas docenas vendrán. Y tal vez de esta posada para estudiantes salga, al fin, la verdadera fraternidad de la raza, que tanto predican los políticos y que tanto descuidan los Gobiernos.

E. GOMEZ CARRILLO.

# DE MI "YO,, INTERIOR

I

Lector, hermano mío, yo quisiera
trazar un verso, donde se quedara
la esencia de mi vida, cual si fuera
cisterna en que mi incienso se quemara.
Lector, hermano mío, yo anhelara
tener el gran crisol, en donde uniera
la vida de una vida que soñara
al mundo de la vida en que viviera.

Ser sueño y realidad. Ser optimismo.
Para el noble sentir, franco y abierto,
para toda bondad, todo heroismo.
Del Vicio y la Nobleza, ser injerto,
y oculto dentro de mi pecho mismo
guardar el «Yo» de mi seguro puerto.

II

Pero hay algo fatal que me envenena:
¡Yo no tengo contornos! Sólo hay una
visión en la bondad de mi alma buena:
¡mi corazón es hijo de la luna!

La luna, mi madrina, me enajena
toda pasión, y en mi palabra auna
—muy lejos de la triste charca obscena—,
la mansa beatitud de una laguna.

¡Me entrego como soy!: Para el amigo
todo nobleza y lealtad... Ninguno
pudo tacharme falso, al ser testigo...

Entre todo lo humano, sólo hay uno
que sufre por mi «Yo», y está conmigo:
¡el corazón que entre mi pecho acuno!

XAVIER BÓVEDA

Madrid, 1918.

# EL CABALLERO CARMELO

## (CUENTO CRIOLLO)

### I

Un día, después del desayuno, cuando el sol empezaba a calentar, vimos aparecer desde la reja, en el fondo de la plazoleta, un jinete en bellísimo caballo de paso. Amplio poncho, sombrero de junto, pañuelo al cuello que agitaba el viento, sampedrano pellón de sedosa cabellera negra y alforja rebosante, que picaba espuelas en dirección a la casa.

Reconocímosle. Era el hermano mayor, que años corridos, volvía. Salimos atropelladamente gritando:

—¡Roberto!... ¡Roberto!...

Entró el viajero al empedrado patio, donde el ñorbo y la campanilla enredábanse en las columnas como venas en un brazo, y descendió en los de todos nosotros. ¡Cómo se regocijaba mi madre! Tocábalo, acariciaba su tostada piel, encontrábalo viejo, triste, delgado. Con su ropa empolvada aún, Roberto recorría las habitaciones rodeado de nosotros, fué a su cuarto, pasó al comedor, vió los objetos que

se habían comprado durante su ausencia, y llegó al jardín.

—¿Y la higuerilla?—dijo.

Y buscaba entristecido aquel árbol cuya semilla sembrara él mismo, antes de partir. Reímos todos.

—¡Bajo la higuerilla estás!

El árbol había crecido y se mecía armoniosamente con la brisa marina. Tocólo mi hermano, limpió cariñosamente las hojas que le rozaban la cara, y luego volvimos al comedor. Sobre la mesa estaba la alforja rebosante, sacaba él uno a uno los objetos que traía y los iba entregando a cada uno de nosotros. ¡Qué cosas más ricas! ¡Por dónde había viajado! Quesos frescos y blancos, envueltos en la cintura con paja de cebada, de la quebrada de Humay; chancacas hechas con cocos, nueces, maní y almendras; fríjoles colados en sus redondas calabacitas, pintadas encima con un rectángulo del propio dulce, que indicaba la tapa, de Chincha Baja; bizcochuelos en sus cajas de papel, de yema de huevo y harina de papas, leves, esponjosos, amarillos y dulces; santitos de piedra de Guamanga, tallados en la feria serrana; cajas de manjar blanco; tejas rellenas, y una traba de gallo con colores blanco y rojo. Todos recibíamos el obsequio, y él iba diciendo al entregárnoslo:

—Para Mamá... para Rosa... para Jesús.. para Héctor...

—¿Y para Papá? — preguntámosle cuando terminó.

—Nada...

—Cómo, ¿nada para papá?...

Sonrióse el amado, llamó al sirviente y le dijo:

—¡El Carmelo!

A poco volvió éste con una jaula y sacó de ella un gallo, que, ya libre, estiró sus cansados miembros, agitó las alas y cantó estentóreamente:

—¡Cocorocóoooo!...

—¡Para papá!—dijo mi hermano.

Así entró en nuestra casa este amigo íntimo de nuestra infancia ya pasada, a quien acariciara historia digna de relato, cuya memoria perdura aún en nuestro hogar, como una sombra alada y triste, el Caballero Carmelo.

## II

Amanecía en Pisco alegremente. A la agonía de las sombras nocturnas, en el frescor del alba, en el radiente despertar del día, sentimos los pisos de mi madre en el comedor, preparando el café para papá. Marchábase éste a la oficina, despertaba ella a la criada, chirriaba la puerta de la calle con sus mohosos goznes, y oíase el canto del gallo que era contestado a intervalos por todos los de la vecindad; sentíase el ruido del mar, el frescor de la maña-

na, la alegría sana de la vida. Después mi madre llegaba hasta el cuarto de cada uno de nosotros, nos besaba en la frente y nos hacía rezar, arrodillados en la cama, con nuestras blancas camisas de dormir, vestíamos luego y al concluir nuestro tocado, se anunciaba a lo lejos la voz del panadero. Llegaba a la puerta y saludaba. Era un viejo dulce y bueno, y hacía muchos años, al decir de mamá, que venía todos los días a la misma hora, con el pan calentito y apetitoso. Montado en su burro, detrás de los dos capachos de cuero repletos de toda clase de pan, hogazas, pan francés, pan de manteca, rosquitas...

Madre escogía el que habíamos de tomar y mi hermana lo recibía en el cesto. Marchábase el viejo, y nosotros, dejando la provisión sobre la mesa del comedor, íbamos a dar de comer a los animales. Cogíamos las mazorcas de apretados dientes, las desgranábamos en un cesto y entrábamos al corral donde los animales nos rodeaban; volaban las palomas, picoteábanse las gallinas por el grano y escabullíanse entre ellas los conejos. Después de su frugal comida todos nos rodeaban. Venía hacia nosotros la cabra; refregando su cabeza en nuestras piernas, piaban los pollitos; tímidamente se acercaban los conejos blancos; con sus largas orejas, sus redondos ojos brillantes y su boca de niña presumida, los patitos recién sacados, amarillos como yema de huevo, trepa-

ban en un panto de agua; cantaba desde su rincón, entrabado, el Carmelo, y el pavo siempre presumido, alaharquero y antipático, hacía por desdeñarnos, mientras los patos, balanceándose como dueñas gordas, hacían por lo bajo comentarios sobre la actitud poco gentil del petulante.

Aquel día, mientras contemplábamos a los discretos animales, escapóse del corral «El Pelado», un pollo sin plumas, que parecía uno de esos jóvenes de diez y siete años, flacos y golosos; pero «El Pelado», a más de eso, era pendenciero y escandaloso, y aquel día, mientras la paz era en el corral, y los otros comían el modesto grano, él, en pos de mejores viandas, habíase encaramado en la mesa del comedor y roto varias piezas de nuestra limitada vajilla.

En el almuerzo tratóse de suprimirlo, y cuando papá supo sus tropelías, dijo pausadamente:

—Nos lo comeremos el domingo...

Defendiólo mi segundo hermano, su poseedor, suplicante y lloroso. Dijo que era un gallo que haría crías espléndidas. Agregó que desde que había llegado el Carmelo todos miraban mal al «Pelado», que antes era la esperanza del corral y el único que mantenía la aristocracia de la afición y la fina sangre.

—Cómo no matan—decía en su defensa del gallo—a los patos que no hacen más que ensuciar el agua; ni al cabrito, que el otro día

aplastó un pollo; ni al puerco, que todo lo enloda y no sabe más que comer y gritar; ni a las palomas, que traen mala suerte.

Se adujeron razones. El cabrito era un bello animal, de suave piel, alegre, simpático, inquieto, cuyos cuernos apenas apuntaban, además no estaba comprobado que hubiera muerto al pollo; el puerco, mofletudo, había sido criado en casa desde pequeño, y las palomas, con sus alas de abanico, eran la nota blanca, subíanse a la cornisa a conversar en voz baja, hacían sus nidos con amoroso cuidado y se sacaban el maíz del buche para darles de comer a sus polluelos.

El pobre «Pelado» estaba condenado. Mis hermanas pidieron que se le perdonase, pero las roturas eran valiosas y el infeliz sólo tenía un abogado, mi hermano, de poca influencia. Viendo ya perdida su defensa, y estando la audiencia al final, pues iban a partir la sandía, inclinó la cabeza, dos gruesas lágrimas cayeron sobre el plato como un sacrificio, y un sollozo se ahogó en su garganta. Callamos todos, levantóse mi madre, acercóse al muchacho, lo besó en la frente y le dijo:

—No llores, no nos los comeremos...

## III

Quien sale de Pisco, de la plazuela sin nombre, salitrosa y tranquila, vecina a la Esta-

ción, y toma por la calle del Castillo, que hacia el Sur se alarga, encuentra al terminarla, una plazuela pequeña, donde quemaban a Judas el Domingo de Pascua, desolado lugar en cuya arena verdeguean a trechos las malvas silvestres. Al lado del Poniente, en vez de casas extiéndese el mar con su manto verde, cuya espuma teje complicados encajes al besar la húmeda orilla.

Termina en ella el puerto, y siguiendo hacia el Sur, se va por estrecho y arenoso camino, teniendo a diestra el mar y a izquierda mano, angostísima faja, ora fértil, ora infecunda, pero escarpada siempre, detrás de la cual, a oriente, extiéndese el desierto, cuya entrada vigilan, de trecho en trecho, como centinelas, una que otra palmera desmembrada, alguna, nervuda y enana y los toñuces siempre verdes y frágiles. Ondea en el terreno la «hierba del alaclán», verde y jugosa al nacer, quebradiza en sus mejores días, y en la vejez bermeja como sangre de buey. En el fondo del desierto, como si temieran su silenciosa aridez, las palmeras únense en pequeños grupos, tal como hacen los peregrinos al cruzarlo, y ante el peligro, los hombres.

Siguiendo el camino, divísase en la costa, en la borrosa vaguedad marina, San Andrés, una aldea de sencillas gentes pescadoras, que eleva sus casuchas entre la rumorosa orilla y estéril desierto. Allí las palmeras se multiplican y las

higueras dan sombra a los hogares, tan plácida y fresca, que parece que no fueran malditas del buen Dios, o que su maldición hubiera caducado; que bastante castigo recibió la que sostuvo entre sus ramas al traidor y sin flores, da frutos que al madurar revientan.

En tan peregrina aldea, de caprichoso plano, levántanse las casuchas de frágil caña y estera leve, junto a las palmeras que a la puerta vigilan; limpio y brillante, reposando en la arena blanda sus caderas amplias, duerme a la puerta el bote pescador, con sus velas plegadas, sus remos tendidos como tranquilos brazos que descansan, entre los cuales yace con la muda majestad de su símbolo, el timón grácil, la calabaza que achica el agua mar dentro, y los rojos retorcidos como serpientes que duermen; y cubre piadosamente la pequeña nave, como blanca mantilla, la pescadora red, circundada de caireles de liviano corcho.

En las horas del medio día, cuando el aire en la sombra invita al sueño, junto a la nave, teje la red, el pescador abuelo; sus toscos dedos anudan el lino que ha de enredar al sorprendido pez, raspa la abuela el plateado lomo de los que la víspera trajo la nave; saltan al sol como chispas las escamas y husmea el perro en los despojos. Al lado, en el corral, que cercan enormes huesos de ballena, trepan los chiquillos desnudos sobre el asno pensativo, o se tuestan al sol, en la orilla; mientras, bajo la ramada,

el más fuerte pule un remo, la moza, fresca y ágil, saca del pozo y las gaviotas alborozadas recorren la mansión humilde dando gritos extraños.

Junto al bote, duerme el hombre del mar, el fuerte mancebo, embriagado por la brisa caliente y por la tibia emanación de la arena, su dulce sueño de justo, con el pantalón corto, las musculosas pantorrillas cruzadas y los duros pies en cuyos dedos redondos como ciruelas, piérdense, como escamas, las diminutas uñas. La cara tostada por el tiempo y el sol; la boca entreabierta que deja pasar la respiración tranquila y el fuerte pecho desnudo que se levanta rítmicamente con el ritmo de la Vida, el más armonioso que Dios ha puesto sobre el Mundo.

Por las calles no transitan al medio día las personas y nada turba la paz de aquella aldea cuyos habitantes no son más numerosos que los dátiles de sus veinte palmeras. Iglesia ni cura habían en mi tiempo. Las gentes de San Andrés, los domingos al clarear el alba, iban al puerto con los jumentos cargados de corbinas frescas y luego en la capilla cumplían con Dios. Buenas gentes, de dulces rostros, tranquilo mirar, morigeradas y sencillas, indios de la más pura cepa, descendientes remotos y ciertos de los hijos del Sol, cruzaban a pie todos los caminos, como en la Edad Feliz del Inca atravesaban en caravana inmensa la costa para llegar al templo y oráculo del buen

Pachacamac, con la ofrenda en la alforja, la pregunta en la memoria y la Fe en el sencillo espíritu.

Jamás riña alguna manchó sus claros anales; morales y austeros, labios de marido besaron siempre labios de esposa. y el amor, fuente inagotable de odios y maldecires, era tan normal y apacible como el agua de sus pozos. De fuertes padres, nacían, sin comadronas, rozagantes muchachos, en cuyos miembros la piel hacía gruesas arrugas, aires marinos henchían sus pulmones, y crecían, sobre la arena caldeada, bajo el sol ubérrimo, hasta que aprendían a lanzarse al mar y a manejar los botes de juguete que al zozobrar en las olas les enseñaban a domeñar la marina furia.

Maltones, musculosos, inocentes y buenos, pasaban su juventud hasta que el cura de Pisco unía a las parejas que formaban un nuevo nido, compraban un asno, y se lanzaban a la Felicidad, mientras las tortugas centenarias del hogar paterno, veían desenvolverse impasibles las horas filosóficas, cansadas y pesimistas, mirando con llorosos ojos desde la playa el mar, al cual no intentaban volver nunca, y al crepúsculo de cada día, lloraban, lloraban, pero hundido el sol, metían la cabeza bajo la concha poliédrica y dejaban pasar la Vida llenas de experiencia, de desengaños, sin Fe, lamentándose siempre del perenne mal, pero inactivas, inmóviles, infecundas y solas.

## IV

Esbelto, magro, musculoso y austero, su afilada cabeza roja era la de un hidalgo altivo, caballeroso, justiciero y prudente. Agallas bermejas, delgada cresta de encendido color, ojos vivos y redondos, mirada fiera y perdonadora y acerado pico agudo. La cola hacía un arco de plumas tornasoles, su cuerpo de color carmelo avanzaba en el pecho audaz y duro. Las piernas fuertes, que estacas musulmanas y agudas defendían, cubiertas de escamas parecían las de un armado caballero.

Una tarde mi padre, después del almuerzo, nos dió la noticia. Había aceptado una apuesta para la jugada de gallos de San Andrés, el 28 de Julio. No había podido evitarlo. Le habían dicho que el *Carmelo*, cuyo prestigio era mayor que el del Alcalde, no era un gallo de raza. Molestóse mi padre, cambiáronse frases y apuestas y aceptó. Dentro de un mes toparía el *Carmelo* con el *Ajiseco* de otro aficionado; famoso gallo, vencedor, como el nuestro, en muchas singulares lides. Nosotros recibimos la noticia con profundo dolor. El *Carmelo* iría a un combate y a luchar a muerte, cuerpo a cuerpo, con un gallo más fuerte y más joven. Hacía ya tres años que estaba en casa, había él envejecido mientras crecíamos nosotros ¿por qué aquella crueldad de hacerlo pelear?...

Llegó el terrible día. Todos en casa estábamos tristes. Un hombre había venido seis días seguidos a preparar el *Carmelo*. A nosotros ya no nos permitían ni verlo. El 28 por la tarde vino el preparador, y de una caja llena de algodones, sacó una media luna de acero con unas pequeñas correas; era la navaja, la espada del soldado. El hombre la limpiaba, probábala en la uña, delante de mi padre, y a los pocos minutos, en silencio, con una calma trágica, sacaron el gallo, que el hombre cargó en sus brazos como a un niño, un criado llevaba la cuchilla y mis dos hermanos le acompañaron.

—¡Qué crueldad!—dijo mi madre.

Lloraban mis hermanas, y la más chica, Jesús, me dijo en secreto, antes de salir:

– Oye, anda junto con él... Cuidado... ¡pobrecito!...—Llevóse la mano a los ojos, echó a llorar y yo salí precipitadamente y hube de correr una cuadra para poder alcanzarlos.

## V

Llegamos a San Andrés. El pueblo estaba de fiesta. Banderas peruanas agitábanse sobre las casas, por el día de la Patria, que allí solemnizábase con una gran jugada de gallos, a la que asistían todos los hacendados y ricos hombres del valle. En Ventorrillos, a cuya entrada había arcos de sauces envueltos en colgaduras y

de los cuales pendían quitasueños alegres de cristal, vendíase *¡chicha de bonito, butifarras,* pescado fresco asado en brasas y anegado luego en cebollas y vinagre. El pueblo los invadía, parlachín y endomingado con los mejores trajes. Los hombres del mar lucían camisetas de horizontales franjas rojas y blancas, sombreros de junco, alpargatas y pañuelos anudados al cuello...

Nos encaminamos a la cancha. Una frondosa higuera daba acceso al circo. Mi padre, rodeado de algunos amigos, se instaló. Al frente estaba el Juez, y a su derecha el dueño del paladín *Ajiseco*. Sonó una campanilla, acomodáronse las gentes y empezó la fiesta. Salieron por lugares opuestos dos hombres, llevando cada uno un gallo. Lanzáronlo al ruedo con singular ademán. Brillaron las cuchillas, miráronse los adversarios, dos gallos de débil contextura, y uno de ellos cantó. Colérico respondió el otro lanzándose al medio del circo, miráronse fieramente, alargaron los cuellos erizados de plumas, se acometieron. Hubo ruido de alas, plumas que volaron, gritos de la muchedumbre, y a los pocos segundos de jadeante lucha cayó uno de ellos, su cabecita afilada y coja besó el suelo y la voz del Juez:

—¡Ha enterrado el pico señores!

Batió las alas el vencedor. Aplaudió la multitud enardecida, y ambos gallos, sangrando, fueron sacados del ruedo. La primera jugada

había terminado. Ahora entraba el nuestro: *el Caballero Carmelo*. Un rumor de espectación sonó en el circo:

—*El Ajisejo* y *el Carmelo!*...

—¡Cien soles de apuesta!...

Sonó la campanilla del Juez y yo empecé a temblar.

En medio de la espectación general salieron los dos hombres, cada uno con su gallo. Se hizo profundo silencio y soltaron a los dos rivales. Nuestro *Carmelo* al lado del otro era un gallo viejo y gastado, y todos apuntaban al enemigo, que era el más seguro augurio de de que el nuestro iba a morir. No faltó aficionado que dijera que vencería el *Carmelo*, pero la mayoría de las apuestas eran en favor del adversario. Una vez frente al enemigo, el *Carmelo* empezó a picotear, agitó las alas y cantó estentóreamente. El otro, que en verdad parecía no ser un gallo fino de distinguida sangre y alcurnia, hacía cosas tan petulantes como humanas, miraba con desprecio a nuestro gallo y se paseaba como dueño de la cancha. Enardeciéronse los ánimos de los adversarios, llegaron al centro y alargaron sus cuellos erizados, tocábanse sus picos y no perdían terreno. El Ajiseco dió la primera envestida, entablóse la lucha, las gentes presenciaban en silencio la singular batalla y yo rogaba a la Virgen que sacara con bien a nuestro viejo paladín.

Batíase él, con todos los aires de un perfecto luchador, acostumbrado a las artes y azares de la guerra, cuidaba de poner las patas armadas en el enemigo pecho, jamás picaba a su adversario, que es cobardía; mientras que éste, bravucón y necio, todo lo quería hacer a aletazos y polpes de fuerza. Jadeantes, se detuvieron un segundo, un hilo de sangre corría por la pierna del *Carmelo*. Ya estaba herido, pero parecía no darse cuenta de su dolor. Cruzáronse nuevas apuestas en favor del *Ajisejo* y las gentes felicitaban al dueño del menguado. En un nuevo encuentro, el Carmelo cantó, acordóse de sus tiempos y acometió con tanta furia que desbarató al otro de un impulso, levantóse éste y la lucha fué cruel e indecisa. Por fin, una herida grave hizo caer al Carmelo, jadeante..,

—¡Bravo!... Bravo el Ajiseco gritaron sus partidarios, creyendo ganada la partida.

Pero el Juez, atento a todos los detalles de la lucha y con los cánones de acuerdo, gritó:

—¡No ha enterrado el pico todavía, señores!...

En efecto, incorporóse el Carmelo. Su enemigo, como para humillarlo, acercóse a él, sin hacerle daño, pero entonces renació, en medio del dolor de su caída, todo el coraje de los gallos de Caucato, y el Carmelo incorporándose como un soldado herido, acometió de frente y definitivamente sobre su rival, quien recibió una estocada que lo dejó muerto en el sitio.

Fué entonces cuando el nuestro, que se desangraba, se dejó caer, después que Ajisejo había enterrado el pico. La jugada estaba ganada y un clamoreo incesante se levantó en la cancha Felicitaron a mi padre, bebieron por el triunfo, y como esa era la jugada más interesante, se retiraron del Circo, mientras resonaba un grito entusiasta:

—¡Viva el Carmelo!...

Yo y mis hermanos lo recibimos y lo condujimos a casa, atravesando por la orilla del mar el pesado camino y soplando aguardiente bajo las alas del triunfador que desfallecía.

## VI

Dos días estuvo el gallo sometido a toda clase de cuidados. Mi hermana y yo le dábamos maíz, se lo poníamos en el pico, pero el pobrecito no podía comer ni incorporarse. Una gran tristeza reinaba en la casa. Aquel segundo día, después del Colegio, cuando fuimos mi hermana y yo a verlo, lo encontramos tan decaído que nos hizo llorar. Le dábamos agua con nuestras manos, le acariciábamos, le poníamos entre el pico granos rojos de granada... De pronto el gallo se incorporó; caía la tarde y por la ventana del cuarto donde estaba, entraba la luz roja del crepúsculo. Acercóse á la ventana, miró la luz, agitó débilmente las alas y estuvo un rato en la contemplación del cie-

lo. Luego agitó nerviosamente sus alas de oro, enseñoreóse y cantó. Retrocedió unos pasos, inclinó el tornasolado cuello sobre el pecho, tembló, desplomóse, estiró sus débiles patitas escamosas, y mirándonos, mirándonos amoroso, expiró apaciblemente...

Echamos a llorar, fuimos en busca de mi madre y ya no le vimos más. Sombría fué la comida aquella noche. Padre no dijo una palabra y bajo la luz amarillenta del lamparín todos nos mirábamos en silencio. Al día siguiente, en el alba, en la agonía de las sombras nocturnas, no se oyó su canto alegre.

Así pasó por el mundo aquel héroe ignorado, aquel amigo tan querido de nuestra niñez, el Caballero Carmelo, flor y nata de paladines, y último vástago de aquellos gallos de sangre y raza, cuyo prestigio unánimo fué el orgullo, por muchos años, de todo el verde y fecundo valle de Caucato...

ABRAHAM VALDELOMAR

Lima.

## ?

¿Qué mirarán abiertos
los ojos de los muertos?
¡Oh, las pupilas de un difunto,
vidriosas, turbias, dilatadas,
que se concentran en un punto,
que miran hondo, sin miradas!
Remeda el párpado la inerme
dislocación de un ala herida,
remeda el párpado que duerme:
lo que allí duerme es nuestra vida...
Ojos que aún brillan y que abiertos
dejó la Muerte por olvido;
mirar que aún mira de los muertos,
mirar escrávico y hundido;
cristal borroso de agua inerte;
ventana fétrica y sombría,
por donde, a expensas de la Muerte,
se asoma el alma todavía...
¿Qué escrutan esos ojos, quietos
con insistencia, en la penumbra?
¿Qué más descubren, qué secretos?

¿Qué panorama los deslumbra?
¿Divisan mundos?... ¿Sorprendentes
cielos, según la profecía?...
¿Ven un después sin precedentes?...
¿O buscan algo todavía?...

José BRUNO.

# ARTE ESPAÑOL

## «LAS POSTRIMERÍAS», de Valdés Leal.

*La santa Caridad de Sevilla.*—Ni más ni menos.—*D. Miguel Mañara y Valdés Leal.*—*Lo que dice Gauthier de Mañara.*—*Las* Postrimerías *y el* Discurso de la Verdad.

I

Hay en Sevilla, en la misma orilla del Guadalquivir, un palacio consagrado a los pobres. Este palacio de la Santa Caridad, fundado por Mañara, conserva, como un tesoro, el sello de la época y el espíritu del fundador.

Todo cambia en torno del secular Asilo; llénanse de fábricas y de movimiento mercantil los muelles del histórico río, mas la Santa Caridad conserva su tradición y guarda con amor su carácter.

Penetremos en el Asilo. Un hermoso patio andaluz, primero, muy blanco y silencioso, que produce íntima sensación de paz y poesía franciscana.

El silencio y la quietud brindan la grata emo-

ción de un oasis monástico. No es paz de ruinas; es una paz llena de vida, pletórica de gérmenes fecundos, de potencia latente, de fuerza espiritual acumulada, rica en revelaciones y en promesas.

La Iglesia. Devota, llena de recogimiento y de recuerdos; sus lienzos y sus retablos están patinados por el humo del incienso y santificados por las plegarias de algunas generaciones.

Es este templo como un libro que explica el secreto del Asilo. Sus páginas están escritas por Murillo, Alonso Cano, La Roldana y Valdés Leal.

No es un monumento arquitectónico. Es un ser vivo que nos dice cosas eternamente nuevas.

Henos aquí ante sus páginas.

Hay una, intensa y fuerte, que nos atrae: estamos ante *Las Postrimerías* de Valdés Leal.

Poema ciclópeo, inspirado, genial, dantesco. Nos ha llevado Valdés Leal al interior de un sarcófago, y allí, con audacia, casi con crueldad, nos muestra el profundo abismo de la miseria humana. Hay tres cadáveres; tres grados de descomposición. Nunca el arte tuvo el valor de penetrar así en esos misterios.

Hay, primero, un cuerpo humano recién caído en la fosa. Aún conserva algunos rasgos de su pristina forma; aún hay vestigios de la pompa mundanal, y sobre el cuerpo inerte se ex-

tiende la solemne grandeza de un manto de Calatrava...

El artista avanza; penetra con tenacidad en la entraña del misterio; ya es la descomposición plena, la carne podrida, la fermentación de los humores, el hormigueo de la gusanera. El misterio llena de sombra las cuencas vacías de la calavera y pone una helada y enigmática sonrisa en la descarnada boca... Y todavía, sobre los gusanos que se revuelven bajo las manchas de pus, hay ricas telas y valiosas alhajas: una mitra, la púrpura y el raso, el oro y el tisú.

El artista avanza todavía. Ya del soberbio edificio humano no queda más que una carroña: unos sucios y denegridos huesos en el fondo del ataúd.

«Las Postrimerías» de Valdés Leal penetran en el alma como una espada de dos filos. Hieren con la fuerza de su realidad, con la audacia de su propósito y la grandeza de su pensamiento.

Pero el artista no ha pretendido mortificarnos únicamente, no; Valdés Leal no ha desarrollado ese cuadro sólo para herir nuestros sentidos. Su propósito es noble; si nos ha humillado es para sacudir nuestra indolencia; si nos hiere es para que veamos con más fuerza la luz de lo sobrenatural.

Sobre ese cuadro de muerte hay una luz sobrehumana. Sobre los tres cadáveres ha puesto una mano divina—la diestra llagada de

Jesús—que sostiene la balanza de la Justicia suprema.

En un platillo están los vicios—la soberbia, representada por un pavo real; la ira, por un perro; la pereza, por un lirón; la lujuria, encarnada en un macho cabrío. En el otro platillo están las virtudes—un corazón simboliza la caridad; un pan, la limosna; un silicio, la penitencia, y un libro, la oración. En un lado se lee: «Ni más», y en el otro: «Ni menos».

El segundo cuadro de «Las Postrimerías» completa la idea del primero.

Un esqueleto, con un ataúd y un sudario bajo el brazo, avanza hollando joyas y trofeos, coronas y cetros, armas y pergaminos; planta su descarnado pie sobre una esfera que representa el mundo y alarga la huesosa mano para apagar la luz de una existencia *in ictu oculi*, «en un abrir y cerrar de ojos».

Hay un rasgo muy significativo: el cadáver que ostenta el manto de Calatrava es el propio D. Miguel Mañara, que mandó pintar «Las Postrimerías», que inspiró el pensamieuto genial del cuadro, que quiso en vida meditar sobre su propio cadáver.

El turista que va a visitar la Santa Caridad lleva en la imaginación una vaga y novelesca silueta de D. Miguel Mañara. Tal vez leyó lo que Theófilo Gauthier escribiera en su «Viaje a España»:

«Vamos a hacer una visita al célebre Hospi-

tal de la Caridad —dice Gauthier—, fundado por el famoso D. Juan de Mañara, que no es en modo alguno un ser fabuloso, como pudiera creerse. ¡Un Hospital fundado por D. Juan! ¡Dios mío! Sí. He aquí cómo sucedió la cosa.

»Una noche, al salir de una orgía. D. Juan se encontró con una comitiva que se dirigía a la iglesia de San Isidoro: penitentes negros enmascarados, cirios de cera amarilla, algo más lúgubre y siniestro que un entierro ordinario. ¿Quién es el muerto? ¿Es un marido asesinado en duelo por el amante de su mujer, un honrado padre que tardaba demasiado a disfrutar su herencia?—preguntó D. Juan calentado por el vino.

»—Este muerto—respondióle uno de los portadores del féretro no es otro que el señor D. Juan de Mañara, cuyo funeral vamos a celebrar; venid y rezad con nosotros por él.

»D. Juan, habiéndose aproximado, reconoció a la luz de las antorchas (porque en España a los muertos se les lleva con el rostro descubierto), que el cadáver se parecía a él y no era sino él mismo. Siguió su propio féretro hasta la iglesia, y rezó las oraciones con los misteriosos monjes, y al día siguiente encontrósele desvanecido sobre el pavimento del coro. Tal impresión hizo en él este suceso que, renunciando a su endiablada vida, tomó el hábito religioso y fundó el referido Hospital, en el que murió casi en olor de santidad.»

¿De qué imaginación calenturienta han podido salir estos datos? Ni el fundador de la Caridad se llamaba D. Juan (Gauthier lo confundió, sin duda, con el Tenorio), ni se hizo religioso, ni su conversión se debió a esa pintoresca aventura que, con toda seriedad, relata el famoso viajero. Ese novelesco episodio es una pura leyenda que Espronceda ha relatado en «El Estudiante de Salamanca».

El mismo Valdés Leal pintó también el retrato de D. Miguel presidiendo un capítulo de la Hermandad. Se conserva en la Sala Capitular del Santo Asilo. Vedlo.

Sus ojos, llenos de vida y de fe, nos miran fijamente. Tiene un libro delante —la Santa Regla tal vez—; la diestra levantada, los labios entreabiertos. Nos quiere hablar; quiere explicar el pensamiento de «Las Postrimerías»; pretende revelar humildemente el misterio de su conversión, repetir su «Discurso de la Verdad».

Su conversión fué sencilla. Sólo un golpe de luz. Vió «Las verdades eternas»: eso fué todo.

«El era pequeño, estaba hundido en la ordinariez de una vida vulgar, y de pronto se eleva y nos mira desde lo alto de otro mundo, y todo porque le ha herido la verdad» (1).

Todo porque le ha herido lo sobrenatural.

Es que la luz llegó no sólo a su inteligencia, sino a su corazón. Vió la verdad de la vida y

(1) Emerson.

de la muerte. Penetró en el Evangelio, comprendió la ley de Cristo y la aplicó sinceramente a la vida. Este espíritu de Mañara late en el «Discurso de la Verdad», y en los cuadros de Murillo y Valdés Leal.

He aquí cómo se completan los dos retratos de D. Miguel: el de la Sala Capitular y el de «Las Postrimerías». El de la Sala Capitular—con sus ojos llenos de fe—nos dice cómo amó al pobre, cómo se sacrificó por el humilde.

El de «Las Postrimerías» - con sus ojos llenos de sombra—nos dice que si supo escalar la santidad, fué porque supo antes morir; porque mató en él las miserias del egoísmo; porque pisoteó la vanidad; porque dominó la soberbia y supo renacer como hombre nuevo... porque comprendió que *si el grano de trigo no muere, no germina.*

¡Oh! es un hombre de alma sublime. Se complace en castigar al poderoso, humilla al soberbio y levanta al humilde y al caído; golpea con su mano de titán los cráneos de los egoístas y eleva paternalmente a los desgraciados.

Se levanta con audacia como un profeta y repite las inmortales palabras de su «Dircurso de la Verdad». «¿Qué importa, hermano, que seas grande en el mundo, si la muerte te ha de igualar a los pequeños? ¡Oh, justicia de Dios, cómo igualas con la muerte las desigualdades de la vida!»

Luis LEÓN DOMÍNGUEZ

# CONFESIÓN

Alma del alma mía, amor de mis amores,
déjame que te cuente mis penas otra vez,
y que tu voz más dulce que voz de ruiseñores
despierte con caricias mis sueños de placer.
Acércate a mi lado, tan cerca que ni el viento
pueda encontrar espacio flotando entre tú y yo,
tus ojos en mis ojos se fijen un momento
y escucha de mi alma la triste confesión.
La suerte, o tu capricho, trajéronte a mis brazos,
cuando soñaba menos y menos presumí,
tejiendo amor con seda los quebradizos lazos
que en hierros invencibles me cambia el porvenir.
¿Por qué el cielo me ha dado un corazón de fuego,
que basta una mirada para encender de amor?
¿Qué hechizo me fascina para llenarme luego
de lágrimas los ojos, de pena el corazón?
Perdóname si turbo tus penas más serenas
con un gemido triste nacido para ti,
pues sé que quien no siente, se burla de las penas
de los que amando viven, sufriendo hasta morir.

Tú no eres como dices, un ser indiferente
ni un cuerpo donde el alma asilo no encontró,
tú llegas al peligro, lo retas frente a frente,
y haciéndote insensible, encuentras salvación.
Tú, por escudo llevas ese desdén profundo
que la mirada humana no penetró jamás,
y cruzas sin mojarte los mares de ese mundo,
como Moisés un tiempo atravesara el mar.
No bajes esos ojos que así me han engañado,
ni vuelvan tus palabras desdenes a fingir,
bien sé que en esta hoguera que en mí se ha despertado
no guardo ni una chispa para incendiarte a ti.
Mas sé que un cielo ocultas de espléndidas delicias
donde es feliz el hombre que premias con tu amor,
y sé que de tus ojos las plácidas caricias
no son promesas falsas ni sombras de ilusión.
Yo sé que sentir puedes, qué mágicos placeres
escondes en el cáliz que ansiaba profanar,
yo sé que si me matas, yo sé que si me hieres,
es sólo por esfuerzo de firme voluntad.
No tengo ni derecho para exhalar mis quejas,
mis alas van quemando las llamas que encendí,
y si me hallaste alegre y entre pesar me dejas,
no fué la culpa tuya, la culpa vive en mí.
La alegre primavera juntar quiso el estío
y derretir las nieves con rayos de otro sol,
subiendo hasta los cielos el pensamiento mío
con enceradas alas que el fuego destruyó.
Ádiós, vas a alejarte, mas deja que un momento
la máscara te arranque que finge tu desdén,
que rasgue tus secretos mi triste pensamiento,

viéndote como eres, no como quieres ser.
Eres buena y conmigo no quieres ser traidora,
quizá sientas y sufras mirándome sufrir,
mas ya que así te alejas feliz y vencedora
siquiera un buen recuerdo conserva para mí.
Pues mi pasión no escuchas, cariño no te pido,
no abrasa mi deseo el cielo de tu amor,
pero a lo menos sepa quien tanto te ha querido
que tienes como el cuerpo, hermoso el corazón.

NARCISO DÍAZ DE ESCOVAR

TEMAS DEL MOMENTO

# EL LATINISMO EN LA GUERRA

Entre los conceptos perentorios que antes de la guerra ya estaban en crisis, y que la guerra condena a perecer fatalmente, está, sin duda alguna, el concepto de raza. *Le prejugè des races,* que Finot ha analizado despiadadamente, ya es aún menos que un prejuicio; es sólo un fantasma, una sombra, un nada... Probablemente después de la guerra nadie creerá en las razas como conglomerados étnicos y el mundo se dividirá sólo en dos grandes grupos: el grupo democrático, el grupo de los pueblos libres; el grupo de los cesaristas, de los autócratas. Tal es el pensamiento de muchos apasionados, fanáticos, entusiastas, tan estimables. ¡Oh, sí, los que organizan las cruzadas y consolidan las religiones...!

Pero la naturaleza no sería completa si sólo estuviese poblada de sectarios - ya lo dijo Renan—y yo no soy tan simplista que acepte este punto de vista sin reservas mentales, atenuaciones y retoques. Y así yo digo que esta guerra no es absolutamente la lucha de dos grupos, sino de fuerzas encontradas antes, ahora concurrentes, coaligadas contra un enemigo común.

No es ciertamente tampoco la lucha del latinismo contra el germanismo (punto de vista muy adoptado al comienzo de la guerra por los escritores franceses), puesto que en el grupo presuntamente latino combaten hoy, en el momento más trágico y crítico de la gran guerra de expiación, dos grandes pueblos sajones, como son Inglaterra y los Estados Unidos; ni tampoco es la lucha del germanismo contra el paneslavismo que amenazaba a Europa, pues en el grupo germánico combaten pueblos eslavos, como Bulgaria.

Se puede afirmar que la guerra se desarrolla entre estos grupos de pueblos con las naciones respectivas que integran cada grupo:

*Pueblos sajones: Inglaterra y Colonias inglesas* (Canadá, Australia, India Inglesa, Colonia del Cabo).—Estados Unidos de Norte América.

*Pueblos latinos:* Francia, Italia, Portugal y Rumania.

*Pueblos eslavos:* Rusia, Bulgaria, Servia y Montenegro.

*Pueblos asiáticos:* Japón y Turquía.

*Pueblos semi-latinos* y *semi-germánicos:* Bélgica.

*Pueblos germánicos:* Alemania y Austria-Hungría.

Claro está que me refiero exclusivamente a los pueblos que hacen o *han hecho* la guerra efectiva (como Rusia y Montenegro que ya han recorrido su órbita bélica y, sin embargo, cuentan aún por sus repercusiones), no a los que se limitan a proclamarla sobre el papel de sus respectivas *Gacetas*. Y aun en esta clasificación de grupos, ¡cuántas aclaraciones podría hacer un etnógrafo sutil! ¡Cuán pocos pueblos que fuesen total y puramente de esta o de la otra raza...! Y ya veis cuán pequeña parte le corresponde al latinismo en esta agrupación.

Pero aún dentro de lo confuso y embrollado que anda este problema de las razas dentro de la guerra, hay algunas afirmaciones de latinismo que urge recoger. La primera es la excisión de la Tríplice, dentro de la cual el pueblo italiano, la más pura encarnación del latinismo—consciente de sus derechos y de su historia—quiso dar su nota dominante y tuvo que romper la armonía de ese concierto artificial. Hubo una estridencia en este concierto, y fué dada la desafinación para que un país se afirmara latino, la cuna misma del genio latino.

Este accidente previsto por toda persona sa-

gaz—que algunos poco avisados llaman accidente inopinado, y otros, más rudos, inmisericordes y poco dúctiles, apellidan traición o defección—lo había presagiado con singular clarividencia el publicista italiano G. A. Borghese en su interesantísimo libro *La Nuova Germania*. Ya anticipó allí con cierta melancolía, no exenta de humorismo, que si la Tríplice se había de romper un día, no sería precisamente ante notario...; sino en un grave momento de crisis nacional. Si aún subsistió más tiempo del calculado, fué porque su mole misma, tan enorme, la preservaba de la caída. «Si alguna vez suena la hora de su fin, la anunciará al mundo un estampido de cañón, y es fácil prever que el contrato entre Italia, Austria y Germania no es de los que se rescinden en presencia del notario» (1).

Por otra parte, uno de los triunfos del latinismo en la guerra ha sido el de aglutinar dos pueblos de tan idéntica contextura espiritual como Francia e Italia, y que vivían

(1) «La sua colossale creazione, la Triplice Alleanza, sussiste anche oggi; la sua mole stessa la preserva dalla caduta. Se mai scoccherá l'ora della sua fine; un colpo di cannone l'anunzierá agli uomini ed é troppo facile, preveder che il contratto fra l'Italia, Austria é Germania non é di quelle che si disdicono in presenza del notaio. La sua solidità, per rippettere una millesima volta la parola del senatore Blaserna, é una qualità di second'ordine; nulla é più solido di un macchio di rottami é nulla e piu inerte » (G. A. Borghese: *La Nuova Germania*, Cap. II, página 16; Fratelli Bocca, Editori; Torino, 1909.

tan aislados y aun tan recelosos y hostiles internacionalmente. Este recelo y esta sombra de hostilidad era obra de la Tríplice, cuyo mayor efecto había sido. Constituyendo políticamente Alemania, Austria e Italia, un solo Estado—en cuanto a política exterior—regido por un triunvirato de Soberanos, y no siendo Inglaterra aún enemiga de Alemania y sí muy amiga de Italia (1), Francia quedaba aislada, según la frase de Borghese, *come un pazzo pericoloso...*

La guerra ha venido a aclarar esta situación embrollada y a purificar las relaciones internacionales entre Francia e Italia. Y a la misma Italia la guerra le ha resuelto otro problema de orden exterior: el problema de sus relaciones un poco quisquillosas y recelosas con Servia, a causa de las aspiraciones, más o menos veladas de Italia, a un puerto o base naval en la ribera opuesta del Adriático...

Si la rivalidad anterior a la guerra, entre Italia y Servia, pudo dar lugar a suspicacias y críticas de publicistas franceses demasiado temerarios, ahí tenemos al diputado G. A. Colonna de Cesaro, que disculpa las aspiraciones italianas a establecer bases navales en la ribe-

---

(1) *Venti anni fa* quando l'Italia, l'Austria, la Germania constituivano nella politica stera un solo stato retto de un triunvirato di sovrani, quando l'Inglaterra non era némica della Germania e dell'Italia era amicissima, quando la Francia era isolata como un pazzo pericoloso.» (Ibidem, página 15).

ra opuesta del Adriático, y a hacer valer las reivindicaciones sobre la Dalmacia, apoyándose en el caso de Inglaterra *(à qui nul songe à en faire reproche),* «que detenta, para proteger la ruta marítima de las Indias, Gibraltar, tierra española, y Malta, tierra italiana». «No es ser imperialista—dice el presidente de la sociedad *La Dalmacia italiana*—querer la libertad de una ciudad como Fiume, que lucha tercamente desde hace ciento cincuenta años, sin tregua, contra toda especie de unión con la Croacia, y que en los últimos veinte años ha sabido sostener heroicamente la defensa de su carácter italiano contra los croatas y los madgyares aliados» (1).

Y si la guerra aclara estos problemas tan oscuros antes, suscita otros como el de la incorporación de Rumania al grupo de naciones latinas. Rumania necesitaba libertarse de la opresión del fantasma austriaco que gravitaba sobre ella, y se libertó... Su liberación fué la incorporación al grupo latino, y así sacudió la pesadilla austriaca, que no es menor que la germánica, aunque haya almas incautas que aparenten ignorarlo. Por eso decía el año pasado un gran publicista inglés que la contestación era evidente y clara a la pregunta que debe hacerse todo propugnador y confesado

(1) *Pour une entente amicale italo-serbe;* en La Revue, 15 de Marzo de 1917.

paladín de la causa aliada: «¿Deseáis el desmembramiento de Austria como un medio para la completa derrota de Alemania...? *(Germany's thorough defeat)* (1)». Es evidente que el Imperio dual tiene ligamentos tan hondos con el Imperio Germánico en el orden internacional, que no se concibe desprender el uno del otro ni aniquilar al uno sin haber exterminado al otro. Son espíritus a veces equivocados, otras veces poco avisados, en rigor, los que hablan de aplastar el militarismo prusiano y hacen reservas a favor de los dominios de la Casa de Hapsburgo. O bien desconocen los términos del problema que los aliados han de resolver. Quien desee el fin desea los medios, y no hay otro medio de ahogar el militarismo prusiano, sino privarle de los instrumentos y armas que lo han hecho fuerte. Basta una ojeada a la historia política del militarismo prusiano en sus relaciones con los Hapsburgos a través del último siglo, para darse cuenta de cómo se conglomeraron ambas fuerzas para llegar a ser formidables en Europa. El difunto emperador Francisco José fué a la vez víctima e instrumento del militarismo prusiano. Por lo tanto, para aplastarle, para aniquilarle, para que no sintamos más su taconeo brutal, es menester

---

(1) Wickham Steed: *Austria and Europe;* en The Edinburgh Rewiew or A Critical Journal; volumen 225, núm. 459. (Enero de 1917.)

aplastar antes o simultáneamente al Imperio austro-húngaro. Esta destrucción del militarismo prusiano es uno de los fines de la guerra, según las acordes declaraciones de todos los jefes de gobierno de la *Entente*, lo mismo de Mr. Viviani o de Mr. Briand, que del Signore Orlando, lo mismo de Mr. Asquith que del Vizconde Grey, que de Mr. Lloyd-George.

Pero, en rigor, el fin principal de la guerra es la reorganización política de Europa. A ella tendían, desde hace varios años, todos los pueblos. Sin el instinto de reorganización política que preside a todas sus vicisitudes, la actual contienda sería una absurda lucha sin sentido, *non-sense*. Con ese instinto, escarabajeando sordamente en las primarias impulsiones que mueven a los gobernantes, ya esta guerra puede ser a la vez guerra de purificación y guerra de expiación.

Guerra de purificación para los países que, como Francia y como Inglaterra, estaban un poco entregados a la molicie de una paz demasiado prolongada. Guerra de expiación, porque de ella saldrá la democracia triunfante, a pesar de los errores de la misma democracia. *Malgré soi*, la democracia se depura y se ennoblece en esta contienda. Este es el verdadero punto de vista de todo leal demócrata. Importa mucho que ya lo reconozcan los escépticos de la democracia a la manera de Mr. Julien Benda, el impugnador de Bergson, que escribe

en un libro reciente: *Les victoires de la Révolution ne sont plus pour m'embarrasser, non plus que celles qui attendent la troisième République; elles auront été malgré la démocratie, et parce qu'au fond de notre race palpite une force de guerre, que de mauvaises institutions elles-mêmes ne peuvent empêcher de porter ses fruits* (1).

Esta es la expresión de una sinceridad personal más estimable en un publicista de país beligerante; pero Mr. Benda está equivocado. No es que se opere la victoria a espaldas de la democracia y *a pesar de ella;* es que hay en la democracia fuerza vigorizadora suficiente para realizar su purificación. Las victorias de la Revolución, que no embarazan a Mr. Benda, lo demuestran, como lo demuestra la victoria que, a la larga, ha de obtener, plena y rotundamente, la Tercera República. Francia triunfa, como triunfará, a no dudarlo, por obra de la democracia—como, a su vez, Alemania resiste y seguirá resistiendo gracias al espíritu imperialista difundido en todo el país. Y como no me duelen prendas, he de decir con sinceridad que me son más simpáticos esos alemanes, conscientes de su misión en la Historia, que se presentan ante el mundo como representantes del espíritu imperialista—que no esos Tartufos

(1) Julien Benda: *Les Sentiments de Critias*, página 78; París, 1917.

de la democracia (de una democracia engañosa, vestida de armadura y casco, como Palas Atenea), que van proclamando por todos los países—y especialmente en los neutrales, donde suelen así ganar prosélitos—que ellos son tan demócratas como cualquier otro país de Europa y que su triunfo es el de la libertad... Siquiera los otros son sinceros...

Hay entre los pangermanistas desenmascarados una voluntad de poder, como diría Nietzsche, una fuerza máscula de expresión que suele fugazmente imponerse aun a los enemigos. Max Harden tiene esas cualidades y las ostenta; ellas hacen de él el más terrible y el más simpático de los pangermanistas. En Octubre de 1914 decía noblemente a sus conciudadanos: «Inútil es bordar el cañamazo; inútil es demostrar, diplomáticos de sobretodo y lentes, que somos honradas gentes de carácter pacífico. Un hombre de negocios ha dicho hace poco: *Esta guerra es justa porque aumenta el poderío de mi país...* Clavemos esta máxima a martillazos en todos los corazones. Es más fuerte que centenares de Libros Blancos.» Comentando estas frases, escribe recientemente el citado antibergsonista francés Julien Benda: *il y a là une volonté de passer par ce qu'on est qui finit par imposer* (1).

---

(1) *Les Sentiments de Critias*, página 7. Emile Paul Frères, Editeurs; París, 1917.)

Claro es que Mr. Benda se deja cegar aquí por su exceso de intelectualismo—a pesar de ser impugnador de Bergson por demasiado intelectualista. En realidad, esta confesión cínica de las intenciones de Alemania, debiera repugnar casi fisiológicamente al habitante de un país que está en guerra...

Pero nosotros, desde un punto de vista más sereno, podríamos ver este aspecto del pangermanismo con una mentalidad de *post-guerra*, no de *ante-guerra*. Al fin, nos asiste la opinión de un estadista que no es de un país neutral, sino de un país beligerante, el senador Tittoni, que, en una conferencia pronunciada en Campidoglio (Italia), el 17 de Mayo de 1917, afirmaba que si durante la guerra el patriotismo se nutre de pasión y de exaltación, después de la guerra es necesario que sea tranquilo y reflexivo... *(Ma se durante la guerra il patriotismo si nutre di pasione ed essaltazione, dopo la guerra e necessario che sia calmo e riflessivo.)* Ya anteriormente, en otro escrito suyo, había afirmado que el problema de después de la guerra, no debe examinarse y resolverse con la mentalidad de la guerra: *il problema del dopo-guerra non devono essere essaminato e ressoluto colla mentalitá della guerra.*

Pero lo que a nosotros nos es lícito por neutrales, no le es lícito a un pensador de país beligerante como Mr. Benda.—Conste, sin embar-

go, que, personalmente, si bien tengo la desdicha de pertenecer a un país neutral, yo, *ego ipsissimus*, creo que debiéramos haber intervenido al comienzo de la guerra europea, no intervenir actualmente de modo tardío y rezagado. Parodiemos aquel apotegma de los estudiantes de *Summa Teologica: Non oportet studere, sed studuisse* – diciendo: no conviene intervenir ahora atropelladamente y a la zaga, sino haber intervenido a tiempo. Y si no se ha hecho, es porque en España los gobernantes todos sienten, como en ningún país, lo que llamó Faguet *l'horreur des responsabilités*, y apetecen lo que más apetece el siglo XIX, la irresponsabilidad, según Eça de Queiroz en *OS MAIAS: a coisa que mais se appetece n'este seculo* XIX, *a irresponsabilidade.*

Ello hará que quizá algún día, como pensó D. Francisco Cambó, y expresó en su discurso del Parque Güell y en el Parlamento, en las negociaciones de paz se levante una voz en nombre de Cataluña, para decir que no hablan en nombre de ella los representantes de España. En España no se ha intervenido a causa del clero (1), del elemento militar y de

---

(1) Salvadas excepciones honrosísimas, como la del ilustre y cívicamente valeroso Arzobispo de Tarragona, Dr. D. Antolín López Peláez, digno de figurar en la lista de los gloriosos obispos de esta guerra, como el Arzobispo de París, el Primado de Bélgica y el Arzobispo de Pádua.—Vid. *L'Episcopato italiano e la guerra;* Padova, 1916.

cierto sedimento de despotismo, como de prusianismo, que hay en el fondo del alma castellana (1).

Pero, terminada la guerra, lo que debe precuparnos a todos, por encima de los odios de raza y de la mentalidad que la guerra suscita, es que triunfe en Europa el latinismo... El latinismo como fuerza viva, como símbolo de democracia, como síntesis de una modalidad espiritual que nos caracteriza, como cifra de nuestra idiosincracia, *Le demon du Midi* debe de ser nuestro *daimon* familiar en esta contienda. Deben importarnos poco los alaridos de los pobres de espíritu que arguyen como argumento Aquiles, para que no estén nuestros votos con Francia y con Italia (y sobre todo con nuestro hermano gemelo Portugal), que esta guerra no es cuestión de razas, sino de Estados... Y aún suelen aducir otra objeción más deleznable...

Se dice que la raza latina no estuvo con nosotros en nuestra trágica contienda de 1898. Sería conveniente que los que tal dicen lo apoyaran con textos. Por ejemplo, al azar, sin rebuscar mucho entre mis apuntes, yo encuen-

---

(1) «Castilla—escribe un eminente publicista catalán—está mucho más cerca por su tradición y su carácter de la concepción política de los Imperios centrales. No sin razón ha afirmado Jaime Brossa que hay en la política de Castilla un cierto prusianismo.» (Rovira y Virgili: *El nacionalismo catalán*, parte 2.ª, página 200; Barcelona, 1917.)

tro en un viejo y ya amarillento volumen de la *Revue Britannique*, este conmovedor párrafo de un francés, Emile Eude, en una crónica de «Política general»: *Si l'on évite la guerre, c'est que les Yankees ne sont plus Yankees ou que les Castillans ne sont plus Castillans. Les premiers veulent Cuba; ce vol (inutile de gazer!) est prémédité depuis de longues années. Les seconds n'igno rent pas qu'ils seront probablèment vaincus; mais j'estime trop leu caractère pour croire qu'ils désisteront à faire leur devoir, tout leur devoir:* **Fais ce que dois, advienne que pourra!** .. (1).

Sin embargo, suele ser de gran efecto para la galería, en países neutrales como el nuestro, ese argumento ficticio que se derrumba al primer soplo, de suponer a los otros pueblos latinos poco activos y más bien remisos en ponerse a nuestro lado en la contienda trágica del latinismo de nuestra raza, contra el anglosajonismo yankee No vale el tal argumento, como podría demostrarse con miles de textos aún más abrumadores que el citado; pero aunque tuviese ese argumento una base histórica, un fundamento de verdad, sería recusable como argumento utilitario y mezquino. Fuera lo que fuera de la actitud de estos países con

(1) *Revue Britanique;* Revue Internationa'e, 74eme. Annèe, 1898; t. IIeme. página 245 (París, 1898).

motivo de una guerra en que se ventilaron intereses latinos, nuestros votos y nuestras esperanzas deben estar con Francia, Italia y Portugal; es decir, con los países de raza latina...

ANDRÉS GONZALEZ-BLANCO

Madrid, 8 Mayo 1918.

# POETAS NUEVOS

## PAISAJE

Va cayendo la tarde. Yo estoy a mi ventana,
una nube en silencio se desliza lejana.
Detrás de una vidriera aletea tu mano,
que borda bajo el cielo azul y castellano.
¡Todo reposa amor! El Otoño doliente
ha hecho callar la rima que vertía la fuente
de nuestra plazoleta. ¿Por qué la Primavera
nos dió en una mañana su caricia postrera?
¡Ay, que no la supimos, ni tú, ni yo, esperar,
hasta que la perdimos una tarde, al marchar!
Toca una iglesia a muerto. ¿Será por nuestro amor?
¡Quién sabe! Todo es aquí paz y dolor.
Rápidamente pasa una alondra piadora
y se pierde en la tarde de Noviembre, incolora.
¿Había otra Primavera en nuestra vida inerte?
¿Florecerá el amor aun después de la muerte?
¿Qué nos espera luego en la espectral región
de la Nada? No sé que siente el corazón
cuando al caer la tarde por la vieja avenida,
recuerdo que con ella va cayendo la vida.

¡La tarde de la vida! Aún tiene más tristeza
que esa tarde sedante de la Naturaleza,
que si es trágico el sol en el cielo lejano,
es más cruel la puesta del corazón humano.

Mírame seductora, mujer de mis amores,
haz nacer en el páramo de mi vida las flores,
que está triste mi alma, vencida de emoción,
y tiene sed la seca tierra del corazón.

Borda, mientras la tarde se aleja silenciosa,
en la lírica tela del bordador la rosa
de nuestra florecida y augusta juventud,
mientras Eros, suspira de amor en su laúd.

Quizá, bajo el ardiente fulgor de tu mirada,
vuelva la Primavera de lirios coronada
a derramar su eterna divina lluvia de oro
sobre la blanca taza del surtidor sonoro.

Tal vez de tu ventana venga la Primavera,
y atravesando el claro cristal de tu vidriera
llegue a buscar el lecho azul de mi ventana,
donde reposa mi alma, bajo la paz aldeana.

Va muriendo la tarde. De un árbol desprendida
cae una hoja inerte que parece mi vida,
rodando por el barro del miserable suelo:
¡Ay, gaviota hermana, que vuelas por el cielo,
quien tuviera tus alas para poder volar
y surcando el espacio, la tierra abandonar!

¡Oh, diuturna tragedia de la miseria errante!
Cansado de la vida busco un rincón distante
donde esconder la llaga de mi desilusión,
y no encuentra más hueco que el de mi corazón.

.. .....

Rendido de la lucha me apoyo en la ventana,
una nube en silencio se desliza lejana.
Yo bien quisiera ser como esa nube, espuma,
algo erratil que pasa confundido en la bruma,
un aliento intangible de la esencia increada
que se deshace en humo y se convierte en nada.

ERNESTO LOPEZ PARRA

---

## ORIENTAL

*Para F. Villaespesa.*

Rasgando el velo de penumbra fina
y al amparo de túnica escarlata,
surgiste como amable danzarina
agitando tus crótalos de plata.

Y luego, como loca serpentina
que se envolviera en una columnata,
fingiste por movible y venusina
el ritmo de la danza que arrebata.

Y cuando fatigada de la plástica
forma, esfumose tu silueta elástica
tras unos gobelinos que se alzaban,

evocando quedé ritos perversos
mientras la mirra de su incienso daban
las lámparas votivas de mis versos.

# PRERRAFAELITA

Cuando por las mañanas te asomas al balcón
y cuidas del canario con celo maternal,
mientras tu cabellera flota como un airón
agitando los oros rubios de su trigal,

finges el marco vivo de una extraña visión
pre-raphaelita... Finges el óleo angelical
de una mística virgen llena de devoción
que soñó Frá Doménico para un lienzo pascual.

Y así sabes ser buena y sabes ser angélica
si ilumina tu rostro la bondad evangélica
y se baña en los oros rubios de su trigal.

¡Cómo siento deseos de ser un monje artista
para grabar tu rostro de virgen modernista
en las policromías de algún viejo vitral!

J. A. FALCONÍ VILLAGÓMEZ

Guayaquil, 1918.

# JOSÉ SANCHEZ GAVITO

Al continuar, después de larga interrupción, con el presente, la serie de mis artículos sobre la música y los músicos españoles, deseo y pretendo seguir también ocupándome de los artistas que forman ya, o pueden llegar a formar, un arte musical nuestro, y que, por su alto ideal y depurada realización, defina con toda expresión la espiritualidad emotiva, difícilmente superada en esencia, de ese españolismo sutil y aristocrático tan poco apreciado por no conocerlo la mayoría.

Son ya varios, afortunadamente, los que con un conocimiento completo de los más modernos procedimientos y con un sentir que pudiéramos calificar de cosmopolita, se inspiran en nuestro pasado tradicional al formar sus creaciones, en las que van engarzándose los diversos matices que dan la compleja resultante de nuestro carácter distintivo.

Granados exalta y aristocratiza, al subjeti-

varla a sí, la tonadilla que acertó a expresar la ironía regocijada del Madrid clásico ya por el genio de Goya. Albéniz nos dejó en su Iberia la visión nostálgica que fué su emoción contenida y sólo expansionada en su arte. Falla se interna en la trágica sensualidad del sentir gitano y del ambiente voluptuoso que encanta la tradición de nuestra Andalucía. Joaquía Turina, aunque más general en sus ideas, siente también preferentemente la emoción de su tierra andaluza que nos transmite de un modo menos objetivo, mas a través de su personalidad y hasta diré de su *momento*. Oscar Esplá es también, en cierto modo, un intérprete acertadísimas de su región levantina; y Guridi es por completo el más legítimo representante, en música, del país vasco, cuyo espíritu revive en sus obras inspiradísimas.

Conrado del Campo no concreta tanto y tiende más hacia lo universal por su exaltado romanticismo; pero también se inspira en cuanto forma el ideal nuestro, del que forma varias de sus obras, y alrededor de éstos son ya muchos los que van aumentando el número de nuestros compositores verdaderamente artistas. El Padre San Sebastián, Andrés Isasi, Angel Barrios y Juan Tellería, de los que pienso irme ocupando detenidamente en una serie de artículos, van siendo buena prueba de nuestras fundadas esperanzas, y también José Sánchez Gavito, de quien me ocupo en éste, por-

que es precisamente el menos conocido del gran público.

Artista de sutileza tan flexible en sus matices como su personalidad, que es de las más difíciles de apreciar en toda su espiritualidad, resulta un hombre tan selecto que escapa al sentir general, tal vez por eso que suele calificarse de *refinamiento exagerado,* de *sentimiento morboso*, de excesiva sensibilidad. Es decir, de los grandes defectos que avaloran los más grandes artistas. Su trato seduce y es como un descanso, como un refugio contra el prosaísmo de la vida, contra el ímpetu de la masa y el aturdido gritar de la vulgaridad.

Yo confieso que las horas pasadas en su intimidad fueron para mí lejanías de lo accidental, hasta en lo que al arte se refiere, porque Gavito lleva en sí el ideal estético en su más alto grado, donde se unifica el sentimiento del artista con lo que forma su verdadera aspiración a un más allá de lo que es su vida lograda. Y por eso lucha aún por encontrar su propia expresión, para que su obra sea una completa objetivación de su subjetivismo distinguidísimo.

La forma es la que logra esta exteriorización de nuestra personalidad, y para dominarla ha de conseguir el artista sobrepasar por el total conocimiento de la técnica cuanto pueda dificultar su natural modo de expresión. Yo creo que lo que llamamos *personal* es precisa-

mente lo más artificial en el que lo expresa, es decir, lo menos innato en él, lo que más depende de su vida accidental, que es la que va engarzando la continuidad de nuestro existir, con lo objetivo, que es su representación. Así va el artista depurándose y esta depuración no es otra cosa mas que un alejamiento de sí mismo para la expresión de su ideal que es cosa aparte y con existencia en sí.

Cuando el creador haya logrado ese desprendimiento de sí mismo dándose a la emoción que al herir su sensibilidad modifica su yo, es cuando necesitará de una técnica poderosa que le capacite para expresar, según su modo natural, lo objetivo que le ha inspirado, y ese *modo natural* a que me refiero es ya de una naturaleza algo desviada de su origen, y en la mayoría de los casos, bastante excitada y poco conforme con el pensar no sentido o con el sentir no pensado de la mayoría.

Desde luego espero, y aun me atrevo a solicitar, que Sanchez Gavito no sea un ídolo de las masas, porque su emoción no se expansiona con gritos de un dramatismo falso, sino que, por el contrario, se contiene según su espiritual aristocracia, en el reconcentrado lirismo del liedes, con toda la indefinición poética propia del género que hasta ahora ha cultivado más y con mayor predilección.

Aún no puedo decir que este artista como tal nos pertenezaca del todo, porque habiéndose

educado en Francia y en Bélgica, su sentimiento es todavía demasiado francés, lo que será una cualidad cuando acierte a unirlo con nuestro propio espíritu. Es el suyo de un escepticismo más bien aparente que real, como el de casi todos los escépticos, en los que la duda y la negación no son sino protesta contra los verdaderos escépticos, que son los aparentes optimistas, creyentes y afirmativos de todas las superficies.

Siente y nos transmite en su música el íntimo sentimiento de Baudelaire y de Verlaine, con toda la sutileza de su encanto, inverosímil por la fusión de tanta verdad, y aun la avalora desvelando el misterio que la palabra no puede expresar ni siquiera con la exaltación de la poesía en su más acabada forma.

Nuestro romanticismo necesita también de estos artistas íntimos que, por su ilimitada comprensión, son incomprendidos de la masa, y sobre todo, los que no alcanzamos el sentimiento popular, nos refugiamos en estos confidentes, infortunados seguramente en una votación de los públicos; pero que nos engañan con la eterna verdad dándonos de presente el ideal remoto.

CARLOS BOSCH

# RETRATO ANTIGUO

I

Tienes el aire altivo, misterioso y doliente
de aquellas nobles damas que retrató Pantoja:
los cabellos obscuros, la mirada indolente,
y la boca imprecisa, luciferina y roja.

En tus hondas pupilas el misterio se aloja,
el ave azul del sueño se fatiga en tu frente,
y en la pálida mano, que una rosa deshoja,
resplandece la perla de prodigioso oriente.

Sonrisa que fué ensueño del divino Leonardo,
ojos alucinados, cuerpo de Fornarina,
porte de dogaresa, cuello de María Stuardo,

que parece formando—por venganza divina—
para rodar segado, como un tallo de nardo,
como un ramo de lirios, bajo la guillotina...!

II

Descansa sobre el busto tentador que engalanas
con el jubón ceñido de raso y de surah,
el collar donde esplenden ágatas neronianas,
diamantes de Golconda, perlas de los Valois.

Tus pupilas se pierden en visiones lejanas
y alucinadas miran más allá.., más allá...
parecen torturadas por nostalgias arcanas,
tal vez ansias de gloria, sueños de amor quizá...

Se oculta en la impoluta redondez de tu seno
—con la aleve eficacia de su letal veneno—
el áspid cleopatrino de la sensualidad;

y en el ígneo torrente de tu sangre volcánica,
llevas acaso el germen de una raza vesánica
de amor, orgullo, muerte, fanatismo, crueldad...!

E. NOBOA Y CAAMAÑO

Quito.

# LA ESPAÑA DE UN HISPANISTA [1]

Desde Gautier que descubrió la España romántica y realista, hasta Barrés que, venido por confrontar su alma con el paisaje vehemente y las ciudades graves, después de exasperar su voluptuosidad con las cantáridas moras aún chirriantes bajo el cielo de Andalucía, hizo suya por siempre a Toledo, cuántos franceses han restablecido los Pirineos mal suprimidos por Luis XIV, a fin de tener, tras-los-montes, como ellos dicen, la sensación de entrar en un mundo aparte y único.

Sin embargo, sigue siendo costumbre, aun entre españoles, el reprocharles a los franceses

(1) Propos d'Espagne, por D. Ernesto Martinenche.

sus gustos casaneros, su contentarse con excursiones *en banlieu* o con visitas a alguna tía en provincia.

Podría uno remontarse al Eclesiastés para justificar este parco afán de errantes aventuras, y responder que hacen bien los hombres que no persiguen por los caminos del mundo las sombras que proyectan sobre otros suelos las nubes de cielos distantes; o parafraseando una sentencia de la *Imitación,* repetir que de qué le sirve al hombre conocer el mundo si ignora su alma... Pero basta con responder que tal reproche es injusto, y que no hay tal: que antes bien, el francés, aunque no tenga fama de viajador, es el viajero por excelencia—en calidad, no en cantidad—, y que lo es de antiguo: desde Montaigne y el Presidente des Brosses, hasta el último Maurel, Scheneider o Faure de estos días, cuantos franceses nos han hecho ver encantadoras Italias, todas distintas y siempre iguales, nunca agotadas para su curiosidad. Y desde Madame d'Aulnoy hasta el autor del *L'Espagne en auto* u otro cualquiera de los innumerables turistas inteligentes que acá se vienen, todo ojos, cuántas Españas tenemos, unas a todo color, otras a la manera de Hugo, de Merimée o de Pierre Louys, otras grises y pensativas como la de René Bazin,

sin contar con las incursiones imaginarias a este país de predilección para novelistas y dramaturgos, a ejemplo de Madame de Lafayette y del gran Corneille, padre y señor.

Y si bien es cierto que el francés suspira por el regreso como Yoachym du Bellay suspiraba en Roma por *la douceur angevine;* y si también es cierto que a muchos basta como a de Vigny una torre, cuánto francés ha habido de la gran raza de los errantes inapaciguables, de los que van dejando tras sí, exhaustas y vaciadas las novedades del mundo, diciendo, como Barrés en su sed: *encore un citron de pressé;* o de los que han regado, como Chateaubriand y como Loti, sobre la haz de la vasta tierra una más vasta melancolía...

A viajadores franceses debemos la más bella y la más alta literatura de viajes. No sólo porque son los mejor dotados por la naturaleza con el don de saber contar, sino por lo mismo que el viaje es para ellos algo extraordinario y que necesita disposición especial del ánimo. Para el inglés es un simple *sport* habitual, ordinario y común a todos; o si sale por motivo especial de espíritu es quizá sólo para cambiar de aburrimiento, para librarse del diuturno *cabage* doméstico y del gangear protestante y dominical... Y si escribe sus impresiones de

viaje es quizá por ver si valen la pena del dinero y del tiempo gastados, o porque dejen éstos algún fruto: y hará en efecto, alguna buena guía, un itinerario exacto, algo veraz y prolijo. Para el francés, viajar es siempre ir de aventura, una interrogación a todo lo posible, una espectativa de imprevista felicidad. Para él tiene siempre una inquietante magia la *Invitation au voyage*, de Baudelaire, y parece que al partir todos repitieran con Charles Cros: *le bonheur n'est-il donc que dans les gares?...*

Y el francés que viaja no es sino un artista de la curiosidad. Va siempre como sin rumbo, encantado con sus encuentros. Y si tiene desde luego, el don nacional de saber decir lo que ve, tiene el don más raro y esencial: el de saber ver. Los Goncourt decían que de diez personas que salen de un cuarto, las diez ignoran el color del papel y de las colgaduras que lo tapizan. Esto no se aplica al francés en viaje. Todo lo mira con ojos guiados y advertidos por la inteligencia más pronta o por la simpatía adivinatoria más abundante y mejor dispuesta. Y sus relatos conservan la libertad y el placer de su esparcimiento.

***

El conocido hispanista D. Ernesto Martinenche, autor de un libro sabio y elegante, erudito y vivaz *La comedia espagnole en France de Hardy a Racine* (obra premiada por la Academia Francesa), y de tantos estudios notables sobre literatura española, resumió a su vez en un libro sus impresiones de España.

Hace ya algún tiempo de ello. Pero, substancial y justo, ése es un libro que no ha envejecido, ni tiene por qué envejecer. Se lo leerá siempre con agrado. Lo he traído conmigo para releerlo en España mismo, pues es de esas obras que, si bien no dejan grabado como una obsesión el recuerdo de su grandeza o de su extrañeza, nunca fatigan en cambio, por su misma llaneza inteligente y maliciosa, por su mesura y por su ligereza.

No comenzaré por recordaros que el Sr. Martinenche es Profesor de Lengua y Literatura Españolas en la Sorbona. Os asustaríais ante la importancia del título y la gravedad de la función, y temeríais una lección allí donde en realidad no encontraríais sino un placer superior. Los que le conocéis por haberle oído personalmente, en su cátedra o en algún corro de amigos, sabéis que este gran profesor es ante todo un hombre *charmant* y un simpatiquísimo amigo de todo lo español e hispano-americano.

Unos y otros leedle, y le conoceréis o reconoceréis muy bien por entre estas páginas sin énfasis.

...No ha venido a España a comprobar, como un Taine, ideas o teorías de laboratorio intelectual. No ha venido a probar nada. Ha venido a ver, es decir, puesto que sabe ver, a gozar. Sus viajes a España han sido sus vacaciones. Y creedme que las tales son más amenas que las insípidas divagaciones y querellas de desterrado que todo un Quinet llamó precisamente *mis vacaciones en España*. El libro del Sr. Martinenche conserva en sus páginas la alegría de un azueto bien ganado y mejor aprovechado.

Y es como una conversación—interesantísima y culta, siempre sagaz y del mejor tono, aun docta a ratos si bien sin el menor asomo de pedantería—, pero conversación al cabo, o, cuando más, *causerie*. Va de la anécdota a su filosofía sin perder la sonrisa, y del encuentro fortuíto al recuerdo histórico sin levantar el estilo fácil ni ahuecar la voz. Y no es afabilidad de magister que quisiera sacudir al sol sus miembros ateridos de austeridad, pues este meridional lleva el sol adentro, de nacimiento, y el don de los climas felices le rebosa de todo el ser.

Va, pues, por tierras de España como por tierras doblemente suyas, por connivencias de temperamento y por predilecciones del saber. Así su paso por ellas es de lo más desembarazado; y la agilidad de su estilo es la de sus movimientos: retrata tan bien las sorpresas de sus ojos atentos y perspicaces, como la vivacidad de las reflexiones que a cada paso su inteligencia tan advertida, curiosa y múltiple, o la amplitud con que relaciona los hechos significativos a sus causas más hondas y generales.

Ha venido por distraerse. Casi no es su culpa si con él viajan recuerdos de sus lecciones, residuos de cuantiosas lecturas bien asimiladas, curiosidades históricas y literarias. Y no es culpa suya tampoco si todo su acervo de conocimientos se remueve al contacto de realidades evocadoras, y si, a su vez, sus impresiones de estudio quieren hablar ante el hecho que las confirma, las entona, las matiza o las rectifica.

El *carnet* familiar hará el oficio del amigo inexistente, del ideal compañero de viaje con quien se comparten sorpresas, desencantos y confirmaciones. Todo se lo confía y como a testigo a quien no es posible engañar. Así sus notas guardaron, sin duda, palpitante y de primer brote, toda su sinceridad, pues que ésta

trasciende aún de su última forma, arreglada, muy literaria y muy bien *compuesta*. Pues aquí aparecen ya organizadas de suyo, en *libro* propiamente dicho, no a la usual manera de ciertos diarios de viajes, incoherentes en el reflejo del cotidiano entreveramiento de anotaciones.

En el reposo del regreso se han depurado, fundido en capítulos homogéneos; y reanimadas por el trabajo del estilo, han cobrado vida nueva y superior. Al través de la reflexión que las concierta, aún se adivina la feliz disposición del ánimo con que el viajero solía salir, sin duda, a callejear sin rumbo, o iba de excursión, seguro de encontrar doquiera su placer, su provecho, su hallazgo, sin esforzarse. Cuando una impresión le posee, el *calepin* es su confidente, pero sólo entonces. En rigor, no parece ser de los que *toman notas*. Se deja quizá, como quería Alfonso Daudet, tomar por ellas. En lo anotado así al paso, queda el alma de la hora fugaz, que revivirá más tarde con su cortejo de impresiones volanderas convertidas en perdurables reflexiones.

Tiene además ojo de pintor. Y, cuando quiere, su estilo bien le sirve de paleta. Tiene para el paisaje de Castilla todos los ocres, todos los grises en que se concentra mal apagada el

alma de esta tierra. Y hasta el tono y el ritmo de los diversos capítulos se adaptan al vario aspecto y contrastes de este país tan rico en ellos. Así tenemos una Sevilla tan vivamente *enlevée,* una Toledo intensa y meditabunda, y esas ciudades muertas, Zamora, Avila, Salamanca, retratadas al agua fuerte, y ese Escorial bajo su lápida de tedio...

El autor resucita el pasado, no en laboriosas evocaciones históricas ni en descripciones literarias puestas en su libro como se cuelgan de un muro cuadros puramente ornamentales. Nos le muestra a menudo sobreviviente en la realidad actual: placer de erudito vivificado al contacto de lo presente, sin rebusca ni artificio. El Sr. Martinenche tiene más bien la coquetería de disimular que sabe tantas y tantas cosas de España. Por instinto de artista profesa el pudor de su saber. Pero imbibe en su saber antiguo sus impresiones, y así éstas, las más espontáneas, provienen de un fondo secular que les da mayor profundidad y resonancia.

Si su simpatía por lo español va a menudo hasta el entusiasmo, no siempre es lo más genuinamente autóctono lo que se lleva su predilección. Si le interesa y alaba el arte tan castizo de la escultura en madera, por ejemplo; si tan hermosas y comprensivas páginas le

arrancan Zurbarán, Murillo, Velázquez, nada parece sentir con mayor encanto que la gracia simple y complicada del arte morisco puro; y es de ver la agilidad ferviente con que se remonta hasta la metafísica de esa geometría ornamental cuyo simbolismo le parece haber añadido a la interpretación de la naturaleza, que las otras artes no hacen sino imitar, una belleza nueva, en la cual «ha desaparecido el sentido de la materia.»

En suma, y así por el empeño superior de abstracción y generalización, como por la parte de lo pintoresco que conserva alegremente en sus descripciones, este libro es uno de los mejor hechos y más agradables de leer entre los muchos que sobre España se han escrito. Sin embargo, tengo la idea de que su mismo autor no le da la importancia que cualquiera otro le hubiese dado. Se diría que, escrito como en alarde de facilidad y abundancia, le ha bastado con el placer de reconstituir sus visiones y de rehacer su viaje desde su escritorio.

Habría sido bueno que lo escribiese en castellano, lengua que conoce a la perfección, y de la que hace allí mismo un elogio sabio; pero que lo escribiese en el mismo ritmo ligero, con el mismo corte breve y en el mismo tono sin

petulancia que tan franceses son en su prosa y que tan de apetecer fueran en la española. Merece, por lo menos, ser traducido: ¡hay allí tanta cosa bonita o risueña, maliciosa y justa, o docta y amena, irónica o a ratos, lírica casi! Y si bien se deslizan todas sin insistir, están ahí denunciando el espíritu simpático de un francés inteligentísimo, a quien debemos más de lo que él mismo cree.

GONZALO ZALDUMBIDE

Barcelona, Junio de 1918.

# ACTUALIDAD ARTÍSTICA

*Exposición de retratos femeninos.—La pintura francesa contemporánea.—Miguel Viladrich. Daniel Vázquez Díaz.—Tomás Gutiérrez Larraya.—El monumento al marqués de Borja.*

Organizada por la Sociedad Española de Amigos del Arte, se celebró durante el mes de Mayo y primera quincena del actual, una Exposición de retratos de mujeres españolas, pintados por artistas españoles anteriores a 1850, que ha sido unánimente elogiada y que ha servido para hablar del arte español en momentos bien oportunos, cuando podía comparársele, aunque fragmentariamente, y por lo tanto en aparentes condiciones de inferioridad, con otro arte que, según la opinión de algunos extraviados, tiene hoy el cetro mundial, cuando de lo que únicamente puede ufanarse es de una excesiva propaganda, de una formidable «reclame».

Los franceses—a su arte nos referimos—tienen la ventaja sobre el resto del orbe, de contar con simpatías unánimes, porque han sabido hacer de París, lo que fué la Atenas de Pericles y la Roma de los Césares: el centro obligado de toda manifestación cultural y al mismo tiempo selva maravillosa, donde florecen las locuras y los vicios todos, los extravíos todos de la imaginación y de la sensibilidad. Favorecidos por la idiotez humana, siempre dispuesta a encandilarse por todo lo que sea absurdo y extraño, han podido los franceses alcanzar la supremacía artística haciendo de una vulgar medianía un genio asombroso y de un borracho o un loco un semidios. Negando el valor a los demás, se lo dieron a sí propios; pero nadie protestó, sino que una turba de cándidos y de farsantes les hicieron el juego, contribuyendo a su predominio.

Los que más nos distinguimos en esta patriótica y altruista faena fuimos los españoles. Nosotros, que tantas cosas tenemos que agradecer a los franceses, les exaltamos, les glorificamos, mientras les ayudábamos a desprestigiar a nuestro arte. Como las mentiras no pueden impearar mucho tiempo, a esta mentira del arte francés, arte malo y mercantil por excelencia, le ha llegado la hora de perder su ensordecedora resonancia para quedar limitado a sus naturales términos.

Los amantes de la vieja Lutecia, cuando han visto la verdad ante sus propios ojos, no han tenido más remedio que reconocer la inferioridad de esa pintura pretenciosa y banal que en el Palacio del Retiro ha estado expuesta durante dos meses con el título de «Exposión de pintura francesa contemporánea» (1870-1918). Claro está que no han confesado de plano el error en que vivían, la tremenda desilusión sufrida al ver de cerca lo que tanto le ponderaron desde lejos. Les queda todavía la excusa de que no están representados todos los pintores contemporáneos, de que sólo han venido unos cuantos y no con sus mejores obras. Pero con ser parte de esto verdad, lo que falta, en vez de añadirle valor a la Exposición, lo que le hubiese dado es más novedad y mayor decepción, porque el defecto enorme del arte francés es la literatura encomiástica y exagerada que se ha hecho a su alrededor.

En cambio, como la pintura española ha sido denostada y está en su mayor parte desconocida, hasta el punto de que la generalidad de las gentes ignoran casi la totalidad de los nombres de los pintores, porque aquí ha habido muy pocos que se cuidaran de divulgar el arte patrio mientras ensalzaban otros que sólo de oídas conocían, porque aquí aún está por trazar una documentada y detenida historia del arte patrio, porque ha sido norma de algunos años acá para los españoles el no dar

consideración a nada nuestro, cada Exposición que de arte español se celebra es un asombro para los mismos españoles. Unas veces son las miniaturas; otras, las telas; más adelante, los cuadros de aquel pintor solitario y humilde que en su tiempo logró que le llamaran «el divino»; ahora, esta Exposición de retratos femeninos en la que se exhuman los nombres de algunos artistas injustamente obscurecidos y fieramente atacados. Y la gente, esta gente que no estudia, ni lee y que admite sin reservas todas las opiniones que le dan hechas en los periódicos, se queda asombrada ante estas novedades y se pregunta incrédula: ¿pero hemos tenido estas maravillas? ¿pero estos pintores y estos artistas son españoles?

¡Qué consuelo, qué honda alegría causa el ver cómo nos identificamos con lo nuestro, y cómo lo nuestro crece y se agranda ante nuestros ojos!

Yo no quiero repetir aquí las diatribas que se han escrito contra el Museo de Arte Moderno. Todos mis lectores las recordarán, seguramente. Ha sido una campaña denodada, fiera, incansable. Pues bien, comparen las obras de nuestro Museo de Arte Moderno con las pertenecientes a los del Louvre, al Luxemburgo y otros museos de París, que se exhibían en la Exposición del Retiro; compárenlas y, después de comparadas, díganme si hay razón que justifique esa campaña, en tanto que los

cuadros franceses obtienen la estima de indiscutibles obras de arte.

Si en vez de ser Puvis de Chavannes el autor de «El pobre pescador», fuese cualquier pintor español antiguo o moderno, estaría lapidado. Pero Puvis de Chavannes, que no sabía dibujar y era un artista mediocre, ha sido francés y es hoy una de las más eminentes figuras del arte galo contemporáneo. Y el deplorable y risible cuadro «El pobre pescador», negro, efectista, terroso, se pasea en triunfo por todas partes como una joya de inestimable valor. Y los papanatas que aceptan las opiniones hechas, se quedan ante él diciendo: —:Oh, qué sentimiento; qué profundidad, qué concepto! ¡Oh!... ¡Ah!...

La Exposición de retratos de mujeres españolas ha sido un nuevo éxito para la benemérita Sociedad de Amigos del Arte, cuya labor en pro del Arte nacional nunca le agradeceremos suficientemente.

Ha venido a suplir de un modo elocuente la falta de historiografía artística que padecemos. Comprende desde los llamados primitivos, tales como Antonio del Rincón y Jorge Inglés, hasta D. Federico de Madrazo, y sigue paso a paso la historia del retrato español con las diferentes evoluciones que ha sufrido. Claro que no es una cosa completa; pero hay que contar con que sólo se refiere al retrato femenino, y que el fariseismo de las gentes opone

una serie de trabas y dificultades a la celebración de estos actos, que muchas veces son imposibles de vencer. Por eso entiendo yo que todas las joyas artísticas, pasado cierto número de años debieran ser del dominio público y nutrir los museos nacionales, con objeto de que todo el mundo pudiese gozar de sus bellezas.

Es altamente interesante seguir a través de estos cuadros próceres y evocadores el *tipo* de la mujer española con sus arrequives y exornos peculiares. Nos hablan de diferentes épocas y de cómo nuestros pintores supieron interpretarlas.

Aunque otros opinen lo contrario, yo creo que el retrato es lo fundamental de todo arte, porque es donde el artista puede manifestar, además del dominio de la técnica, sus cualidades de psicólogo, sus dotes de observador, su sensibilidad y hasta su fantasía. En un retrato se encierra todo, y después de hacer un retrato es cuando se puede saber si el pintor es artista o no lo es.

Así, por ejemplo, en esta Exposición podemos establecer una relación entre los corifeos de la escuela de Moro y Goya.

En Alonso Sánchez Coello y en Pantoja de la Cruz podemos ver que ambos fueron dos pintores sabios, en el sentido de saber pintar. Ellos nos han dado lo externo de una época. No fueron psicólogos, no fueron poetas. Re-

cios y adustos nos reprodujeron fielmente los tipos y los usos de su tiempo; pero gracias a ellos podemos imaginarnos con exactitud cómo eran los trajes y las modas femeninas de ese tiempo; nada nos dicen de las almas. Las damas que pintaban eran mudas para su sensibilidad y permanecen serias, inflexibles, herá-ticas, esfíngicas, monótonas y uniformadas en sus cuadros.

Goya, en cambio, en cada retrato nos da la silueta moral de la retratada y podemos, sin mucho esfuerzo, reproducir en nuestra imaginación el carácter de la mujer. Fué Goya indudablemenfe el que más se adentró en el alma femenina; por eso sus retratos son tan varios y tan distintos, dentro de aquella unidad temperamental que los distingue por sobre todos.

En Coello y Pantoja vemos los prejuicios de una escuela; vemos cómo los pintores no llegan a desarrollar sus facultades cuando sólo se preocupan de seguir un modelo, un patrón establecido y adoptado. En Goya, vemos al creador que, huyendo de todo lo que signifique norma y sujeción, realiza la obra genial, hija del propio sentimiento y de la propia inspiración.

Pero quizá hayamos dado un salto demasiado grande. No es necesario ir tan lejos para encontrar otro ejemplo admirable. No es necesario llegar a Goya para ver la diferencia existente entre el simplemente pintor y el artista

y pintor a un tiempo mismo. Entre ellos podemos elegir a Carreño de Miranda, que en esta Exposición tiene como su rehabilitación, pues harto fué postergado por los eruditos que creyeron que la crítica sólo consistía en contar curiosidades biográficas e intimidades personales, con fijación de fechas y enumeración de detalles innecesarios para la comprensión y el juicio de la obra.

Carreño fué, a no dudar, el mejor retratista del siglo XVII, después de Velázquez. Cinco retratos de él se exponían, y en los cinco se aprecia la gran maestría de este insigne asturiano que supo ser personal, no obstante vivir en la época en que Velázquez dominaba e imponía a todos la fuerza de su genio.

Los retratos de Carreño son trozos formidables de pintura española, y en ellos resplandece el espíritu realista y un tanto severo que caracteriza a nuestro arte; pero no inflexible y seco, sino jugoso y amplio. Fué un psicólogo que supo escudriñar en el alma de los personajes.

También de Claudio Coello se exhibía un admirable retrato: el de la reina María Ana de Neuburg; pero en éste se dejan sentir más las influencias velazqueñas. Hay menos personalidad.

Otro artista que ha logrado una cumplida rehabilitación y que fué, con toda seguridad, un magnífico retratista, que supo mostrarnos

cualidades eminentes, es Federico de Madrazo. Fué, sin embargo, una flor de decadencia. Es en su tiempo cuando se inicia una de las fases más agudas y deplorables de nuestra pintura; es cuando aparecen una turba de pintores sin sensibilidad que se entregan sin descanso a una labor estéril en resultados positivos. Pero no hay motivo a extender hasta él las justas protestas. Madrazo fué un pintor excelente y un artista delicado que en el retrato demostró una personalidad firme y de gran interés. ¡Ojalá los pintores de su tiempo y los que le sucedieron le hubiesen imitado!

Los siete retratos que de él se exponían, lejos de desmerecer al lado de los demás, afirman un valor considerable.

Goya no dejó continuadores. Nuestros artistas, en vez de seguir el camino que el gran aragonés dejó trazado, volvieron los ojos al Extranjero y nos anega el período de los neoclásicos y neomísticos, de los románticos y de los amanerados.

La mayor parte de nuestros antepasados supieron seguir las corrientes de la vida y se impregnaron del carácter de la época. Después de Goya, se pierde el estudio del natural, desaparece la sinceridad y sobreviene la decadencia que consiguen romper Sorolla y Zuloaga, abriendo una nueva era de florecimiento magno.

Pero Federico Madrazo logra salvarse del

naufragio de nuestra pintura en el siglo XIX. Fué mucho mejor que Vicente López, no ya como pintor, sino como retratista, en cuyo género le aventaja por modo extraordinario.

Tiene razón el ilustre señor Beruete. Las obras de Madrazo se encuentran en ese momento crítico en que las cosas dejan de ser viejas y comienzan a ser antiguas y merecen que se las juzgue con serenidad y con justicia.

Así como esta Exposición de Arte español retrospectivo ha sido un éxito rotundo, la Exposición de Pintura francesa contemporánea que se celebraba al mismo tiempo en el Retiro fué un fracaso manifiesto.

Las causas no son las que muchos críticos han expuesto. Una de esas causas es, como ya hemos señalado, que no podía continuar de ningún modo esa mentira de la supremacía de la pintura francesa sobre la del resto del mundo.

No importa que nuestros pintores en el siglo XIX, muerto Goya, en vez de seguir las tradiciones de la pintura nacional, se declararan seguidores de las corrientes francesas para deducir de aquí que eran los franceses los mejores pintores.

En lo único que nos aventaja la pintura francesa es en las excentricidades, y quiera Dios que nunca las imitemos como se empeñan algunos, porque en ese instante perderíamos, tal vez para siempre, nuestra verdadera, nuestra más real grandeza.

Es curioso observar que siempre que nuestros pintores se fijaron en los franceses, sobre vino un período de acentuada decadencia en nuestro arte, del que salimos porque en esta tierra de pintores nunca ha faltado el creador, el guía que velase por el prestigio nacional, por la gloria de nuestra patria.

Visitar la Exposición del Retiro ha sido para nosotros una dolorosa desilusión.

Desde luego, encontramos que no está aquí representada toda la pintura francesa contemporánea. Faltan bastantes nombres y de ellos tan representativos, tan popularizados como Besnard, Forain, Manet, Degas, Seurat, Gauguin, Cézanne, Carriére, Guys, Daumier y otros que en este instante no recordamos, y que en la Exposición francesa que se celebró el año pasado en Barcelona figuraban. ¿Por qué esta omisión? ¿Si a Barcelona fueron, por qué no vinieron a Madrid?

Indudablemente, el Comité organizador de esta Exposición ha querido darnos lo más característico, lo mejor de la pintura francesa contemporánea. Pero en esto se ha equivocado, porque lo mejor de esa pintura es precisamente el movimiento revolucionador representado por alguno de los que figuraban y por todos los que faltaban en la Exposición del Retiro.

Lo demás no tiene interés. Es la mala pintura del siglo XIX y principios del XX, tan desaforadamente seguida por nuestros pintores de

esa época. Allí podemos ver a Rosales, Fortuny, Gisbert, Degrain, Moreno Carbonero, Pradilla, Garnelo y tantos otros.

Lo que realmente nos interesaba, eso no ha venido y lo lamentamos de todo corazón.

Para ese viaje no necesitábamos alforjas, señores del Comité organizador.

* * *

Al fin, después de unos cuantos años de peregrinar por España y por el extranjero, y de encerrarse como un cenobita en el centenario y ruinoso castillo que le donó el Ayuntamiento de la histórica ciudad donde perdió la vida el regio esposo de Doña Urraca de Castilla, Miguel Viladrich se ha decidido a venir a Madrid y mostrarnos algunas de sus obras.

En este pintor ocurre otro caso de incompetencia nacional. Despreciado por los Jurados de nuestras Exposiciones oficiales, donde tantos fracasados han podido obtener la patente de maestros y la consideración de ilustres, que nunca ganaron con su trabajo; combatido por críticos obtusos y olvidado por unos cuantos papanatas engreídos, ha sido necesario que gentes extrañas dijeran que Miguel Viladrich es un gran pintor, para que lo creyéramos en España. Lo malo es que aún hay muchos que se resisten a creerlo, porque se da la graciosa coincidencia de que los académicos le llaman revolucionario, y los que se consideran en la

avanzada de las modernísimas evoluciones pictóricas le llaman viejo, arcaico.

Como por lo que a mí respecta no tengo que sujetarme a lo que digan aquéllos ni opinen éstos, ni me importan elogios ni detracciones, porque mi independencia es absoluta, al felicitar al joven pintor por haber celebrado esta Exposición suya en el Ateneo, me limitaré a cumplir imparcialmente el cometido de juzgador, harto desagradable.

Así, pues, vaya por delante la confesión de que yo creo que Miguel Viladrich, a pesar de sus veintinueve años, es hoy uno de los pintores mas sólidos de los muchos con que España cuenta en la actualidad.

Viladrich pertenece a esta generación de hombres que desprecian las teatralidades y las mentiras, y buscan su personalidad con todo empeño y trabajan con tesón y sinceramente, percatado de que el arte no es juego de recompensas ni elogios de amigos, sino algo muy hondo y muy serio; algo así como un rito sagrado, y, por lo tanto, hay que ser creyente y devoto, porque sin creer y sin sentir, la gloria no llega, el paraíso no abre sus puertas.

Sólo trabajando con ese misticismo, con ese fanatismo de Viladrich, que le hace sordo e inmune a todas las tentaciones y a todos los martirios, es como se puede llevar a cabo una labor semejante de plenitud, de consciencia, de fortaleza.

A Viladrich no se le olvidará nunca. Pasarán los años, y su obra quedará incólume y señora, como la de aquellos que fueron gala de otras edades. Y es que hay en ella un fondo de sinceridad tan grande, que la salva de la muerte y la redime de otros defectos que, en nuestro sentir, tiene.

Veinte son los cuadros que exponía, y aunque la cantidad no es mucha, son todos de tal importancia, que indican largos años de labor ardua e infatigable. Porque lo primero que se ve en las obras de Viladrich es el trabajo que entrañan. No nos atrae, de momento, ni la emoción ni el asunto, sino la labor hecha. Vemos al pintor luchar con los colores hasta conseguir el valor de la realidad; por eso sus colores son verdaderos colores, y no falsas brillanteces para la galería; hay en ellos luz y calidades hasta ser exactamente lo mismo que el natural.

Pero esto, que revela una enorme voluntad; esto, que sólo los elegidos atesoran, por ser cualidad indispensable del genio, no está compensado con el resto de la obra. Es decir, que reuniendo Miguel Viladrich la esencialidad de un artista cumbre, sus obras no son geniales, porque todavía hay una falsedad en ellas que lo impide. Esa falsedad es la preocupación; es la afectación.

Se preocupa demasiado en dar a sus cuadros una vestidura especial, en fijarles un sello ex-

terno, en construirlos de tal modo, que el más lego los distinga con sólo los ojos de la cara. Tienen la pueril afectación del traje, como esos tipos grotescos que se calan «chapeos» absurdos, se dejan crecen las patillas y las melenas y se colocan unas enormes gafas con montura de concha, creyendo que con eso realzan su consideración artística o intelectual.

Viladrich, que ha viajado mucho y sufrido también mucho, y que tiene una educación artística quizá sin ventaja hoy, ha cometido el pecado de teatralizarse un poco. Es un caso parecido al del Greco, sólo que éste no imitó a a nadie, por ser el suyo un estilo personalísimo, y en cambio Viladrich sí que se ha fijado en los antecesores, y como ha visto que cuando alguien volvía los ojos hacia el pasado era para fijarse en la flor del Renacimiento, es decir, en los siglos XVI y XVII, él, buscando en ello, a mi entender equivocadamente, la originalidad, con una sagacidad que prueba su inteligencia, ha ido más allá y ha estudiado, con la fe y tenacidad con que todo lo hace, a los bizantinos de los siglos XI, XII y principios del XIII, caracterizados en las diez y seis tablas de esa época existentes en el Museo de Vich, a los gloriosos flamencos del siglo XV que tanto influyeron en nuestros artistas, sobre todo los catalanes, y a éstos con más detenimiento y mayor holgura. Por eso los cuadros de Viladrich tienen ese inconfundible y fuerte sabor

de los primitivos, que tanto censuran algunos, que otros ensalzan y que a mí, francamente, no me gusta.

Yo encuentro en Viladrich una cualidad plausible sin titubeos. Y es la de que mientras hay quien se extravía por senderos extraños, él sigue recto y seguro por una senda propia, y con su pincel nos va dejando retratados tipos y costumbres de diferentes regiones españolas. Es un costumbrista, un realista castizo y fuerte, al que evidentemente le perjudica esa obsesión del primitivismo.

Consideramos muy lícito y loable fijarse en los antepasados; pero no para copiar sus maneras y sus estilos, sino para tomar de ellos lo sustancioso, lo verdaderamente bueno que tienen y transformarlo y adaptarlo a nuestra personalidad, sin que ésta resulte asfixiada, sino, al contrario, vivificada, fortalecida, exuberante de vigor y de frescura.

Este afán de parecerse a los primitivos es lo que no comprendemos en Viladrich, porque ello implica una falta de juventud, una ausencia de energías renovadoras, una carencia de ideales nuevos, incomprensible en un hombre como él, tan lleno de espíritu, tan potente de inteligencia, tan maestro en su arte.

¿Por qué hablar con la misma voz y con los mismos modos que hablaron otros, si podemos expresarnos de distinta manera, de suerte que no nos confundan con nadie? Si podemos ser

nosotros, ¿por qué empeñarnos en ser como otros?

En esta Exposición tenía Viladrich cuadros francamente admirables. Tales son los titulados «Seis hereuets», «El lego de Huesca», »Las tres fragatinas» y «Catalanes de Almatret.»

***

En el salón Lacoste se ha presentado el pintor Vázquez-Díaz al público madrileño. A pesar de ser español, Vázquez-Díaz es un extranjero en España. Casi toda su vida la ha pasado en París, y de París es su educación artística, y de París su arte. En son de extranjero, de parisino, ha venido a España, y es fuerte cosa ésta la de que algunos hombres se empeñen siempre en ser extranjeros en todas partes, aun en su propia casa, aun con su propia familia. ¿Qué misteriosa luz a lumbrará el horizonte que avizoran estos hombres y les impele a querer distinguirse siempre por el hábito, por el traje, por lo externo, por la forma, que es finita y está condenada á la muerte?

Vázquez-Díaz marchó a París muy joven fascinado por el renombre, el atuendo universal de la urbe cosmopolita, hoy amenazada por esas negras bocas horribles que vomitan la destrucción. Una gran ansia de ser le llevaba, un gran anhelo de pesar en la consideración del mundo entero le henchía. En su corazón ambicioso, enfermo de esa enfermedad incura-

ble que se llama arte, prendió la locura de la celebridad. Le cegaban los grandes prestigios parisinos, y quiso ser como ellos. Llegó allí, y llamó la atención con sus cuadros nerviosos e incorrectos, en los que pintaba con fuerte mano y pasional intensidad la España colorinesca y trágica de las corridas de toros. En aquel mundo que tanto adoraba las novedades, tan amigo del «snob» y de la afectación, los lienzos de Vázquez-Díaz, que continuaban la leyenda tauromáquica con rasgos de caricatura terrible y de horror, tuvieron un éxito resonante, que reflejó la Prensa. Indudablemente en el pintor de aquellos lienzos había un pintor de fuerte personalidad, de intensiva emoción. Y por algunos años explotó aquel renombre. Pero, agotado el tema, y ansioso de gloria más positiva, tuvo que cambiar, y no se dió cuenta de que este momento es el que consagra definitivamente las reputaciones; es el que afirma para siempre los valores, y en vez de conservar lo que era él, en vez de evolucionar sobre sí mismo, lo cual le hubiera dado un único prestigio, quiso venir a España a distinguirse entre nosotros por su arte francés, este arte francés de hoy, tan falso, tan lleno de inquietudes superficiales, hijo de cerebros dolientes y de almas morbosas; arte de un día, porque sólo se busca en él el reclamo, la sensación, la vanidad, el suceso; arte que no ve el porvenir, pues que se fija en el momento; arte

que habla de impotencia y de mentira. Vázquez-Díaz ha creído equivocadamente que en Madrid iba a obtener la misma expectación que en París. Ha olvidado incomprensiblemente que España es hoy el país del mundo que cuenta con los mejores pintores, con los únicos pintores de esta época, que pasarán justamente a la posteridad, porque son los únicos que hacen arte verdadero, sano y consciente.

Los cuadros que exponía en el salón Lacoste nos han producido una impresión desagradable, y mucho más oir hablar a Vázquez-Díaz. ¿Pero es posible que un hombre como Vázquez-Díaz, que es un artista y un pintor de sensibilidad extraordinaria, crea que esos cuadros merecen la consideración de obra artística? No es posible. Nosotros le creemos extraviado; nosotros creemos que su afán de notorieda le ha perturbado un poco. La prueba es que en los dibujos, en donde no hay color y sólo habla la línea, resurge aquel pintor que fué a París lleno de juventud y de pasión, sin más maestro que su sensibilidad ni más guía que su intuición, Es en esos dibujos, casi todos magistrales, donde está el verdadero artista, el que realiza una labor concienzuda, serena y fuerte. Deje, deje los extravios parisinos, que ya han acabado para no volver; porque el alma de Francia, gracias al poderoso reactivo de la guerra, se ha dado cuenta de las mentiras en que vivía, del falso rebrillo universal que

gozaba, y volverá a reanudar el hilo de su historia con la gravedad y la conciencia de quien ha estado a punto de morir.

Yo siento decirle a mi amigo Vázquez-Díaz que como siga pintando esas manchas de color, tan burdas y tan inexpresivas y tan arlequinescas, no llegará nunca a la celebridad de que le habló Barbusse. No es ese el camino. No es esa la gran ruta. Pintando retratos como «Don Silvestre», no puede llegarse a ninguna parte.

¡Oh, es una lástima muy grande que un artista de temperamento tan sugestivo como Vázquez-Díaz se extravíe de ese deplorable modo!

***

En el salón Mateu, el admirable artista decorador, Tomás Gutiérrez-Larraya, ha celebrado una nueva Exposición de sus obras, que, como las anteriores, ha constituído una nota muy interesante de la actualidad artística y un éxito muy lisonjero para el pintor montañés.

Modestamente titulaba esta Exposición «Hojas de álbum» y componíanla esos paisajes simplificados hasta el máximum de la posibilidad, dentro de una estilización verdaderamente exquisita, en los que Larraya, además de ser maestro consumado, no tiene rival.

***

El día 21 de los corrientes se celebró en San Lorenzo del Escorial el solemne acto de descubrir el monumento allí erigido al intendente de la Casa Real, señor marqués de Borja.

Atentamente invitados por la comisión gestora, asistimos en compañía de otros críticos y de ilustres personalidades.

El monumento es sencillísimo: un pedestal algo prolongado, de granito, sobre el que descansa un busto en bronce; pero esa misma sencillez le da solemnidad, más bien severidad, que armoniza perfectamente con el fondo austero del retiro de Felipe II.

El joven escultor Ignacio Pinazo Martínez ha realizado una obra que habla mucho de su talento

El busto del marqués de Borja está resuelto con amplitud de factura y grandiosidad de concepción. Se ve en la manera del escultor una plausible tendencia a simplicar, dando todo el valor a los planos y a los rasgos fundamentales y eliminando detalles ociosos. Esta modernísima tendencia que tiene entre nosotros a su principal defensor y cultivador en el insigne Mateo Inurria, es la mejor que podía seguir un artista de la juventud y de las ansias de Ignacio Pinazo, cuyas dotes excelentes se nos revelaron en la Exposición nacional de 1915, con la escultura titulada «El saque».

Nosotros esperamos grandes éxistos del notable escultor valenciano.

BALLESTEROS DE MARTOS

# POLÍTICA ESPAÑOLA

Escribimos esta crónica en un diáfano y caluroso día de fuertes y sugestivas evocaciones: el 22 de Junio. Creemos percibir olor a pólvora quemada, y hasta nos parece que el fúnebre redoble del tambor y la estridencia del cornetín de órdenes han puesto un poco de inquietud en nuestro espíritu. Los pasos acelerados que se sienten en el pasillo que conduce a nuestra habitación son los de la medrosa hermana o los de la aterrada doméstica; una de las dos viene a traernos noticias de los horrores que se están sucediendo en la plazuela próxima, o quizás de la furiosa lucha que se libra en este mismo instante debajo de nuestros balcones, llenos de sol y de geráneos rojos como llamaradas... Nos hiere los oídos la voz de barítono, robusta y penetrante, del orador de mitin, que, un poco temblona ahora, arenga a las masas... Nos aventuramos a en-

treabrir el balcón para mirar a la calle; nuestra cusiosidad es más fuerte que nuestra prudencia. No se oye nada. Hay una tregua en la lucha. Algunos vecinos, curiosos como nosotros, miran a través de la persiana. En la calle, tras la barricada, creemos ver unas cuantas melenas románticas, que la brisa, hecha fuego, agita y enmaraña, como pudiera hacerlo la mano juguetona de una gentil sacerdotisa del amor, del placer y de la libertad en sus más bellas manifestaciones...

Pero todo esto es ilusión, pura fantasía, entretenimientos de la imaginación, inocentes pasatiempos, en virtud de los cuales hemos dado suelta a los personajes aprisionados en nuestra biblioteca, entre las páginas de un libro del maestro Galdós, y hemos reconstituído los episodios que oimos relatar a nuestro padre, que nuestro padre se complacía en referirnos un día y otro, más que por distraer nuestro aburrido espíritu, por proporcionarse el consuelo de aspirar en la evocación el aroma de la flor de su lejana juventud.

La realidad se impone, dando al traste con nuestras fantasías y con nuestras evocaciones y hundiendo en el olvido las locuras románticas de los hombres de ayer. La pólvora que hoy se quema no es más que la que cabe en el cartucho de un cohete, elevado desde un balcón de la Casa del Pueblo para festejar el retorno de los jefes del vulgar movimiento de

Agosto, tan falto de ideal, tan sin espíritu, o para celebrar los atrevidos conceptos de uno de esos discursos de Marcelino Domingo, que son tempestades sin rayos, puñaladas sin heridas, terremotos sin destrucciones, nada en definitiva.

La voz que viene de la calle y hiere nuestros oídos no es la del exaltado que arenga a las masas. Es sencillamente la del vendedor ambulante: «¡Pamplinas pa los canarios!...» Y el pregón se repite, ya más distante, y luego vuelve a oirse más lejos.

Y en cuanto a las melenas—todos lo sabéis—, cayeron bajo la tiranía de la tijera del medro personal. Los revolucionarios de hoy, buenos chicos, llevan el pelo corto, tienen cara de burgueses satisfechos de la vida y disparan las balas de algodón de su palabrería desde la barricada de un escaño del Congreso.

Más vale así, porque nosotros estamos bien avenidos con la tranquilidad y no somos partidarios, por tanto, de las revoluciones. Y mucho menos de estas revoluciones de ahora, que tan caras nos cuestan.

¿Recuerdan ustedes la de Junio, aquella de las Juntas de Defensa que tanto nos inquietó? Bueno, pues ha traído como única ventaja al país la mejora de sueldos a todos los militares y a todos los marinos, y un aumento considerable en las clases pasivas... ¿Recuerdan ustedes aquella huelga de los empleados de Correos

y Telégrafos? Pues tiene sus consecuencias naturales: mejora de sueldo a todos los funcionarios civiles. El clero debe estar preparando a estas horas su revolución, y los maestros de escuela ya han armado la suya.

Como ven ustedes, ahora se hacen las revoluciones para cambiar de régimen... alimenticio, y como el cambio consiste en sustituir las patatas por el jamón y las judías por las chuletas, la verdad, nos salen caras.

Por eso nos echamos a temblar cada vez que se nos anuncia una revolución. No hace muchos días, el Sr. Goicoechea nos decía en un discurso que él no quería para España una revolución como la francesa—nosotros le alabamos el gusto—, sino como la inglesa, que tuvo su desarrollo en el Parlamento. Basta, ya sabemos lo que nos espera: revolución parlamentaria; otra vez los caramelos repartidos con profusión y, además, dietas a los diputados; o lo que es lo mismo: los escaños llenos todos los días; los sábados, los lunes y hasta los domingos, habilitados siempre para celebrar sesión, y las puertas de la Cámara hechas astillas, para que no haya manera de poderlas cerrar.

No es que a nosotros nos parezca mal que la gente prospere, que nuestros semejantes coman bien y vistan con decencia; es que somos pacíficos por temperamento y nos asustan estas revoluciones en las que todos los tiros van al bolsillo del contribuyente.

¿Y si éste hiciera también una revolucioncita? Porque resulta que el buenazo de Juan Español ve que aumentan los gastos del Ejército, sin que ello signifique que se dota a éste del material necesario; ve que aumentan los gastos de la Marina, sin que nadie se preocupe de las bases navales; ve que aumentan los gastos para sostenimiento de los funcionarios civiles, sin que ello quiera decir que los expedientes se despachen con rapidez; verá que aumenta el presupuesto de Instrucción, sin que por eso sus hijos puedan pasar del a, b, c; y el de Fomento, sin que se le dé como compensación agua para regar sus tierras, ferrocarriles para transportar sus productos, un régimen de protección para su industria, un poco de defensa para su comercio... Y es claro, como ha visto que lo de los aumentos no deja lugar a dudas, y como nadie le ha dicho nada de los ingresos indispensables para conservar el equilibrio, el hombre se queda perplejo, reflexiona, y piensa en el último número del programa de este gobierno de altura... en Liliput. El último número del programa es en todos los festejos españoles el castillo de fuegos artificiales. Eso van a ser los Presupuestos de las pequeñas revoluciones: un castillo de fuegos artificiales que va a quemar vivo al pobre contribuyente.

Y ante este *halagüeño* porvenir, nuestro hombre piensa que acaso una pequeña revolu-

ción, de estas al uso, le proporcionaría siquiera la ventaja de dejar de pagar algo. Nosotros vamos más lejos que él: creemos que *cobraría*.

JOAQUÍN AZNAR

---

Hablábamos del Ministro de Marina, de la inutilidad del actual Ministro de Marina, y al nombrarlo, por llamarle Pidal le llamamos Miranda. Sólo nos explicamos esta equivocación, esta confusión de nombres, recordando que al hablar del Ministerio de Marina nuestro pensamiento estaba fijo en lo mucho bueno que el general Miranda hizo por nuestro poder naval.

# RODÓ

Resumir la obra inmensa de José Enrique Rodó en breve espacio es difícil trabajo. Y aun para sintetizar mi ofrenda en un comentario, necesitaría mayor espacio y más detenimiento; pero trataré de suplir esta falta con la sinceridad de mi admiración que se rinde en homenaje a su memoria.

Juzgar a un grande hombre, sólo podrá conseguirlo un gran crítico, y a los demás únicamente nos será permitido expresar la emoción que experimentamos al penetrarnos del espíritu que informa sus obras.

Ostentan todas las de Rodó el dominio prodigioso del idioma, el pensamiento hondo, noble, educador, y el estudio detenido y lleno de geniales observaciones, cuando traza el bosquejo histórico de las grandes figuras americanas, a las que apareja un bello sentimiento en la descripción. Así, en el ensayo «Montalvo»

al describir el indio, deja pasar sobre lás páginas un destello de su alma, un lamento de compasión y de tristeza:

«Indios remisos eran arrastrados a la horrible prisión de los talleres, atándolos del pelo a la cola del caballo del enganchador. De los forzados a esta esclavitud miserable iban diez y volvía uno con vida.»

«Pasó la garra buitrera del corregidor, como antes la vendimia de sangre del encomendero; pero el látigo queda para el indio en la diestra del mayordomo de la hacienda, del maestro del obraje, del «alcalde de doctrina», del cura zafio y mandón, que también acierta a ser verdugo.»

Así nos habla el artista, describiendo el ambiente que rodeó la interesante figura de Montalvo. En este ensayo podemos admirar la narración sencilla y desapasionada de los sucesos que envolvían al Ecuador en la época de Montalvo, y que con razón dice González Blanco en su libro «Escritores Representativos de América», al hablar de Rodó:

«No es el crítico acerado y frío que aspira a ser historiador literario, es el ensayista alado y grácil que, sin pretensiones dogmáticas y doctrinales, va sembrando a su paso grandes verdades estéticas.»

Su obra principal, «Motivos de Proteo», es un libro de fuerte filosofía que, sin remontarse a lo trascendental, estudia interesantes pro-

blemas de sociología, y al individuo en toda su inquietante espiritualidad. Enamorado de los libros dedicó a ellos toda su vida: el gabinete de trabajo era para él un templo y allí con santo fervor rendía culto a la literatura, sin descanso, sin dejarse vencer por la labor.

En «Ariel», obra maestra, tiene la juventud americana el saludable consejo, la enseñanza del arte, sobreponiendo éste al grosero utilitarismo.

Cada vez que leo esta obra, siento en mi espíritu renacer el sentimiento del arte, adormecido quizás por la vulgaridad que envuelve nuestro tiempo.

Por eso, cuantos nos detenemos en la meditación de estos pensamientos perdurables que contienen la esencia de su genio, nuestra emoción juvenil nos impulsa a proclamar su gloria, e invitar a las juventudes al estudio de tan excelso Maestro.

ALVARO DIAZ QUIÑONES

*N. de la R.*—Entre los originales que recibimos para el anterior número en homenaje a Rodó, nos llegó el anterior, que publicamos hoy, como brote espontáneo de un espíritu adolescente.

# ÍNDICE

Páginas

D. José Joaquín de Olmedo, conferencia en el Ateneo de Madrid, por César E. Arroyo..... 1
Himno del sol.—A la paz universal, por Goy de Silva..... 38
Apólogo, por Yyotis Pracham..... 41
Apuntes de la ciudad, por Juan G. Olmedilla.... 43
Cervantes y los Estados Unidos del espíritu, por Blanca de los Ríos de Lampérez..... 45
Poemas, por Rafael Lasso de la Vega..... 54
Por la fraternidad artística de España y América, por E. Gómez Carrillo..... 56
De mi «Yo» interior, por Xavier Bóveda..... 61
El caballero Carmelo (cuento criollo), por Abraham Valdelomar..... 63
¿, por José Bruno..... 80
Arte Español: «Las postrimerías», de Valdés Leal, por Luis León Domínguez..... 82
Confesión, por Narciso Díaz de Escovar..... 89

Páginas

Temas del momento: El latinismo en la guerra, por Andrés González Blanco..... 92
Poetas nuevos: Paisaje, por Ernesto López Parra.—Oriental.—Prerrafaelita, por I. A Falconí Villagómez..... 107
José Sánchez Gavito, por Carlos Bosch..... 111
Retrato antiguo, por E. Noboa y Caamaño..... 116
La España de un hispanista, por Gonzalo Zaldumbide..... 118
Actualidad artística, por Ballesteros de Martos.. 128
Política española, por Joaquín Aznar..... 150
Rodó, por Alvaro Díaz Quiñones..... 156

REVISTA HISPANO-AMERICANA

CERVANTES

Madrid, Julio 1918.

# ASPECTO SOCIAL

DE LA

# NEUTRALIDAD ESPAÑOLA

La guerra es el tema obligado de cuanto en público se habla y se escribe. Algunos publicistas y políticos dicen que los países neutrales deben abstenerse de comentar oficialmente los sucesos de la guerra. En contra de esta pretensión, el profesor Elorrieta recuerda que «los Estados Unidos, sin perder su neutralidad, no sólo han criticado hechos de distintas guerras, sino que también han manifestado, en diversos

conflictos ocurridos en el transcurso del siglo XIX, sus simpatías por algunos Estados beligerantes. Pero nadie niega el derecho de los ciudadanos particulares de una nación neutral, y especialmente el de la prensa, a relatar y juzgar los sucesos de la guerra. Esta crítica, hecha serenamente y con independencia de espíritu, puede servir para moderar los rigores de la lucha. No cabe duda que una de las causas de que la guerra no tenga ya el encono-miento de los primeros meses, se debe a los comentarios de la prensa de los países neutrales. Los cuales pueden cumplir también ese noble fin, señalado por la Liga de la Solidaridad Ética de Europa, la conferencia internacional obrera de Copenhague, la Sociedad Norteamericana de la armonía moral y otras entidades igualmente laudables, fundadas con motivo de la guerra, y que consiste en mantener firme el concepto de la unidad de la civilización europea, que parece naufragar en este conflicto, y preparar un medio ambiente que acerque a los pueblos beligerantes después de la campaña, y procure que restañen las heridas causadas en ella.»

España no ha tenido ninguna dificultad ex-

terior, ni la amenaza peligro alguno en sus relaciones con los demás Estados. No han sido necesarias medidas de excepcional rigor de las autoridades, como en Suiza, para mantener el orden interior. Cuando estalló la guerra, Francia pudo desguarnecer inmediatamente sus guarniciones de los Pirineos, y los regimientos de Bayona y de Perpignan no tuvieron que retrasar un solo día su marcha al campo de batalla. Si algo pidiésemos un día, no sería nada que no nos perteneciese. No existe en nosotros ningún sentimiento de antagonismo contra nadie. Todos queremos hallarnos en la zona templada de la tolerancia, pensando en el bien de España y afirmando la neutralidad que nos es impuesta por nuestra situación.

No vamos a la guerra, a esa región de lo incierto e inesperado, porque iríamos al suicidio, sin llenar ninguna de nuestras capitales aspiraciones. No es de creer que un D'Annunzio o un Jonesco españoles salgan a la plaza a hacer propaganda guerrera, ni que un Salandra o un Bratiano, veleidosos y fáciles, al soborno muestren tendencia a olvidar la neutralidad desde el poder. Pero si a tal se llegase, el pueblo español impondría silencio y cordura, y aún se-

ría capaz de llegar al exterminio de esa prensa intervencionista que fomentase la inconsciencia. Si es muy cierto que el problema mundial ha llegado al momento crítico de su desarrollo, no solamente para las naciones empeñadas en la colosal lucha, sino que también para los neutrales, cierto es asimismo que si, en las circunstancias actuales, España quisiera ayudar a un beligerante, nada podría hacer que no redundase en daño suyo. Para entrar en la órbita de las grandes agrupaciones internacionales, nos sería indispensable un conjunto de condiciones de que, hoy por hoy, casi en absoluto carecemos.

Con más o menos hidalguía, España permanece neutral: así nos lo aseguran a todas las horas y en todos los diarios. Y dice la mayoría de la gente, formando opinión casi unánime, que esa actitud es la única prudente y la única que conviene a nuestros intereses. Esta es la causa de que no se hayan dado oídos a las excitaciones de unos y otros beligerantes, que, vencidos hasta hoy en casi todos los órdenes, hablan de la necesidad de que entremos en la lucha para salvar a la civilización de peligros que no existen más que en los discursos de

aquéllos que, como se ha dicho con gráfica exactitud, viéndose ahogados, quieren convencer a los que están en la orilla de que deben naufragar también. A pesar de que se diga que la nube pasó, la tempestad continúa, sobre todo en el campo de la prensa, y hay que presentar el pararrayos a esa prensa inicua que, al atizar el odio mutuo de los pueblos, es en gran parte responsable, si no de la guerra, de su encarnizamiento y continuación. Deber nuestro es poner el interés de España por encima de todo sentimiento, considerando que hasta personas de tendencias muy francófilas reconocen que la idea del abandono de la neutralidad en favor de los aliados no podría salir jamás del dominio de las manifestaciones puramente platónicas.

La neutralidad que se observa en nuestro país es de las que no pueden ponerse en duda en cuanto neutralidad social, pues no ha surgido públicamente incidente alguno, y las dos manifestaciones contra Lerroux en el verano de 1914, fueron precisamente contra la intervención, demostrando que el pueblo español no quiere ser arrastrado a un conflicto que le repugna. Aun en la esfera política, ni uno solo

de los derechos y libertades individuales ha sido restringido, por muy excitadas que hayan estado las pasiones. Sin embargo, políticamente no estamos muy seguros, pues el contrabando de guerra será siempre, para gobernantes como el Sr. Conde de Romanones, vasto campo de reclamaciones comprometedoras y maquiavélicas. Preciso es sacrificar intereses económicos que al fin no son nacionales, sino residentes en un grupo de mercaderes y acaparadores, y que sólo contribuyen a prolongar una lucha que deseamos ver terminada lo antes posible. La guerra va revistiendo caracteres cada vez más terribles, y lo prudente es no entrometerse en ella, si no se está decidido a tomar partido por un bando contendiente. Lo que no se ha hecho en defensa de nuestra soberanía, en nuestro propio territorio (ir a la guerra porque se nos prohibe fortificar nuestra frontera con Gibraltar), ¿hemos de hacerlo para mantener en su integridad un tráfico marítimo que se hace principalmente entre Estados beligerantes, aunque al amparo de nuestras banderas?

No olvidemos que el Sr. Conde de Romanones tiene con empresas dedicadas al contra-

bando de guerra relaciones muy íntimas, y consideremos la acusación que *La Nación* le dirigió recientemente, y que a título de curiosidad reproduzco:

«El pasado verano, cuando se habló de la intervención de Rumania en la guerra, produjose en París un incidente que muy pocos conocen, y que el lector va a encontrar interesante, sin duda. De repente, Bulgaria insinuó la posibilidad de una paz que le permitiera separarse de los imperios centrales. En París, tomándolas en serio, se llevaron las negociaciones adelante. Bulgaria proponía que si Rumania se decidía a entrar en la guerra, le fuera permitido, mediante ciertas concesiones, quedar fuera de la lucha. Hasta pidió la intervención del Zar de Rusia para que éste delimitase la frontera búlgara, con el ya hipotéticamente resucitado reino de Serbia. Y, así las cosas, los aliados se apresuraron a informar a nuestro Presidente del Consejo, quien creyó llegado el momento de comprometerse y de comprometer a España. ¿No recuerda el lector el revuelo que se ocasionó estando el conde en San Sebastián? Seguramente no ha olvidado que nuestros embajadores en París y Londres

fueron a la capital donostiarra a conferenciar con él. Entretanto, se estaba preparando en la zona fronteriza de la Dobrudja el ejército búlgaro, que, acaudillado por Mackensen, había de invadirla y hacer posible la fulminante campaña de Rumania. Pero España estuvo ya, por decisión del Conde de Romanones, con un pie en el plano inclinado por donde se llega a la guerra. Y fué entonces cuando el rey, con ocasión de su visita a Bilbao, pronunció el discurso famoso en que afirmó que España permanecería neutral, siendo él mismo la garantía más firme de que la neutralidad no se quebrantaría en ningún momeuto. Pero el compromiso estaba iniciado. La añagaza búlgara no sólo había servido para desconcertar a los aliados, sino para incitar a nuestro Presidente del Consejo a una aventura que el país rechaza con firmeza y con horror, consciente de que se ha tratado de arrastrarlo a ella. Y el conocimiento de ese compromiso se tuvo en muchas cancillerías de las naciones con quienes se aspiraqa a enemistarnos.»

El período transcurrido, desde que proclamamos nuestra neutralidad, ha sido muy difícil; el que comienza ahora, no parece serlo me-

nos. A partir, sobre todo, de la intervención de Portugal al lado de la *Entente*, el problema se ha complicado mucho para nosotros. Tenemos, en una frontera, a Portugal, beligerante, y en la otra, a Francia, aliada de Portugal. Y al recordar que hace poco, un ministro lusitano declaró que el porvenir de su país estaba en las trincheras de Francia, nos echamos a temblar ante el pensamiento de lo que hará nuestro Gobierno en un caso de apuro. Varios rumores han corrido, de los cuales sólo retendré dos, el uno honroso, el otro deshonroso, para nuestros estadistas del partido liberal. Según el primero, Inglaterra pidió el paso de tropas portuguesas por nuestro territorio, y su petición le fué denegada. Según el segundo y muy reciente, parece que se trata de pasar esas tropas de contrabando; que han pasado ya centenares de jóvenes lusitanos de veinte a veintitrés años en traje de paisano; y que las compañías de ferrocarriles están preparando el material necesario para transportar 10.000 *obreros* portugueses a la vecina república. Si tuviesen algún fundamento estos rumores, habría que convenir en que nuestra neutralidad sería algo menos que un *pedazo de papel;* pero no creo

que nuestros gobernantes sean capaces de llevar tan lejos su regligencia o su ineptitud, haciendo contraer a España responsabilidad tan enorme.

Antiguamente, la declaración de neutralidad obligaba a un pueblo, no sólo a abstenerse de intervenir con actos materiales en la guerra, sino también a prohibir sobre ella comentarios públicos, con lo que semejante declaración significaba así el silencio más completo. Aun hoy, no faltan hombres de Estado que, estimando necesaria, desde que estalló la guerra, la política de neutralidad, juzgan qué no será real ni eficaz, si, por inclinaciones sentimentales, se pronuncian las opiniones orales o escritas en pro de uno u otro bando, y las pasiones se enconan al extremo de que, como sucede en España, se llegue a la agresión de palabra y de obra entre los que discuten (1). Pero, en rigor, la neutralidad sólo impone a los Estados la obligación de no cooperar materialmente a la gue-

---

(1) Al corregir estas pruebas, ha sido ya aprobado el proyecto de ley de espionaje, que será el más eficaz escudo contra toda campaña de prensa, tendenciosa y exagerada.

rra, y, sobre todo, de no llevar a la línea de fuego un ejército más o menos numeroso, instruído y bien armado. También en Suiza, para citar un país neutral, existen germanófilos y aliadófilos, y se pelean unos con otros en los periódicos y en los cafés, casinos y corrillos, teniendo que intervenir la autoridad muchas veces para que no alzen la voz ni alboroten demasiado. No obstante, la neutralidad es sostenida por todos, cada día con más decisión, energía y convencimiento.

EDMUNDO GONZÁLEZ-BLANCO

Prosperidad, Septiembre 1917.

# LA ALABANZA

El pícaro egoistón sabía de sobra lo que valía su mujer; pero se cuidaba desesperadamente de no decirlo a nadie, y mucho menos a ella misma.

—Para mí solo,—pensaba—; para mí solo esa gracia inefable que fluye de cada uno de sus movimientos; que florece en cada una de sus sonrisas. Para mí solo, ese ritmo suave del andar. Para mí, la entonación deliciosa de su voz. Para mí, sus cualidades de ama de casa insustituíble y todos sus encantos secretos y todas las armonías ocultas de su cuerpo y de su alma...

Como vivían aislados, por tendencia invencible de carácter en los dos, el «usufructo», llamémosle así, de cuanto valía Elena, era de Manuel. Nadie podía siquiera rendir a aquella

mujer excepcional el elogio secreto que se imponía al alma en cuanto se la trataba.

La vanidad femenina—o la intuición—tienen empero, han tenido siempre grandes aciertos, y es claro que Elena sabía que era graciosa, que era discreta, que valía mucho. Pero como jamás una alabanza de su marido (a quien adoraba), ni un cumplido de los extraños, a quienes no veía casi, venían a corroborrar su interior dictamen; como Manuel, por otra parte, era el espejo por excelencia en que ella se veía, acabó la pobre por dudar de sus encantos y hasta por olvidar que los tenía.

Iba viviendo como una Cenicienta a quien ningún príncipe había rendido aún homenaje, a quien ninguna admiración había revelado todavía la maravillosa pequeñez de su chapín de cristal.

¡Cómo gozaba el egoistón cada vez que un encanto nuevo surgía a flor de piel en aquella rosa divina!

Tal inflexión, hasta entonces no oída, de la voz; tal cadencia no escuchada aún en el cristal de la risa; tal gallardía no vista del movimiento; tal gesto antes no percibido, llenábanle de satisfacción infinita.

—¡Para mí solo! ¡para mí solo! en la intimidad absoluta de mi hogar... Esto nadie lo ve, esto nadie lo sabe, esto nadie lo siente ni embelesa a nadie! ¡para mí solo!—repetía.

Y con el miedo infame de que ella se diese cuenta de la admiración que inspiraba y «se ensoberbeciese», a veces, ante las gracias más impensadas y arrobadoras, se acorazaba él de frialdad.

—¡Se diría que te fastidio!—insinuó ella tristemente, en cierta ocasión, cuando después de narrar a su marido con encanto infinito algunas sencillas escenas de su infancia, sólo halló por respuesta una como vaga sonrisa deferente.

Y el odioso egoísta, en vez de caer a sus plantas, de abrazarse a sus rodillas, de decirle: «¡Al contrario, bien mío; me embelesas; eres adorable en todo; te idolatro!» se contentó con un: «¡Ah, no, por cierto!», de leve sorpresa cortés.

...Pero el castigo no se hizo esperar. ¡Oh Dios mío, cuando los hombres no aprecian tus dones más preciosos; tú no te enojas: se los retiras simplemente, porque no conviene «arrojar margaritas a los cerdos»...!

Y Elena cayó enferma, y su enfermedad fuese agravando.

Entonces el egoistón aquél se volvió loco. ¡Perder tamaña maravilla! ¡Ver secarse tan milagroso río! ¡Comprender como nadie el válor portentoso de aquel ser todo hecho de gracias... y entregárselo para siempre a la muerte...!

¡Oh! ¡sí! ¡el castigo fué proporcionado a la culpa!

Vínole entonces el tardío, pero por eso mismo imperioso deseo de hacer justicia, y en un momento en que la enferma estaba serena, reclinada en sus almohadones, mirándole con aquellos sus santos ojos claros y grandes, llenos ya del invasor misterio de la muerte, él se arrodilló a los pies de la cama, cogió la diestra afilada y temblorosa, besóla con transporte y exclamó:

—Amor mío, es preciso que vivas para que te mime más que nunca y te diga lo que eres, todo lo que has sido para mí; el culto celeste que te rendí siempre en lo vedado de mi alma; la estimación sin límites en que tuve tus menores actos... Amor mío, yo no he sido más que un espejo que recibe en su hondura todos los detalles de una imagen y que milagrosamente se regocija de ellos, pero que no responde a

aquel don sino con su aparente serenidad de cristal. Nadie te ha amado como yo, y nadie ha aquilatado más todas tus gracias. Llena de gracia eres y derramando gracias has pasado por mi existencia. Todos mis instantes te han dicho «¡bienvenida!» Todas mis horas te dijeron, «amor»... Pero tuve miedo, un miedo espantoso, de perderte si te mostraba esta adoración.

Te juzgué capaz de un envanecimiento natural: temblé ante la idea de que me hallases inferior a la excelencia que no confesaba en ti... y callé, callé cobardemente: callé con un goce íntimo y celoso, de todos los minutos... ¡Estos labios que tantas veces debieron cantar tus alabanzas, se volvieron de piedra para el elogio: ellos que eran tan ávidos para las caricias! ¡Perdón, amor, perdón, y vive! Es fuerza que vivas. No te vayas, tú, el más alto, el más noble, el más puro e inmerecido galardón de mis días. Vive y yo iré diciendo por todas partes tus loores. Vive y te escribiré un libro: un libro para ti sola; un libro digno—te lo juro—de ti.

* * *

Los sollozos dijeron lo demás.

Ella aportó suavemente su diestra de la mano trémula de su marido y la posó en la cabeza de éste, con movimiento de ternura casta y discreta. Llena ya de esas justas y sosegadas apreciaciones, que da la muerte:

—Hijito—dijo, poniendo una indecible ternura de maternidad espiritual en su voz—; no te tortures así. Yo no tenía quizás más encanto que el que me daba tu cariño, y si lo tuve volverá al venero eterno de donde manan todas las bellezas y todos los bienes. Si fuiste un cristal, yo no fuí sino el reflejo de una luz. Cuando me haya muerto, escribe, sin embargo, el libro. Yo ya no podré envanecerme de él aunque me fuese dado leerlo, invisiblemente, sobre tu hombro; pero Dios será loado en una de sus criaturas.

Y no dijo más; pero en su mirada, en que luchaban ya la luz y la sombra, tembló la última lágrima, como postrer piedra preciosa del collar de aquella vida incomparable.

AMADO NERVO

POETAS ESPAÑOLES

# POEMAS SIN MÚSICA

## Canto de los eunucos a la luna.

Bajo la luna blanca y plena que vierte
tazas de leche sobre sus frentes pálidas,
he oído los cantos de los blancos eunucos,
blancos, más blancos que las mujeres blancas.
Cantaban a la luna: ¡Luna nuestra,
luna redonda y plena como una
fruta mondada, tú eres nuestra luna!
¡Vierte sobre nosotros tus ungüentos,
sin rubor vierte sobre nosotros tus oleos!
¡Para que resbalen sobre nuestra frente
y hasta nuestro pecho liso lleguen resbalando!
¡Llénanos de luz, madrecita!
¡Tú eres nuestra madre ¡oh señora!
blanca como nosotros, incompleta
como nosotros mismos, toda rostro!

Como nosotros, fuiste mutilada
para hacerte más blanca, ¡oh madre!
y para que tus ojos tuviesen
la nostalgia de nuestros grandes ojos rasgados...
¡Tú eres nuestra madre, ¡oh señora!
luna plena y redonda que has cerrado
tu círculo y no hieres! Cuando brillas
con tus cuernos abiertos, te asemejas
a un arco que pudiera ser puesto
en la mano de un hombre. Mas ahora
eres como una mitra, sólo digna
de nuestras blancas frentes. ¡Oh señora,
eres tu semejante a un blanco fruto
mondado, todo tierno, sólo digno
de ser desmenuzado en nuestros dedos
puros de ser todo absorbido
por nuestras almas tiernas...!
Ahora plena, tierna y redonda ¡oh madre!
eres idéntica a nosotros;
has perdido tu hoz, y tus dos cuernos;
y tus mejillas se han redondeado;
y se ha redondeado tu garganta
cual la nuestra en el grito de la mutilación...
¡Eres toda redonda; cual nosotros,
oh esplendorosa madre! Mas tu rostro
es triste como el nuestro. Te asemejas
aún más que a una mujer a un dulce eunuco...
¿Eres acaso, oh luna, un triste hermano
y no una madre, dinos? ¿Tú, privada
fuiste de algo esencial? Entre los hombres
y las mujeres, tú como nosotros,

te muestras incompleta y sus enlaces
espías, curiosa y triste. Te entristecen
las largas cabelleras de las hembras,
y sus cándidos senos te sonrojan:
sueñas con el temblor de sus espaldas
bajo los rizos desatados. Eres
serena y silenciosa cual nosotros,
en el umbral de los femeninos baños,
en el borde del agua, donde ellas
se sumergen desnudas. Se diría
que es tu disco una ampolla de perfumes
como la que nosotros sustentamos
en nuestras manos puras para ungirles
a ellas los blancos pies; cándida y triste
estás ante las hembras, cual nosotros,
envidiosos y amantes en un mismo
tiempo... Y en primavera te sonrojas
del vago rubor nuestro, de los sueños
que ponen tibias nuestras dos mejillas.
¡Oh madre nuestra, oh tierno hermano nuestro,
tú tienes nuestra pena, nuestro anhelo
tú tienes, luna mutilada y triste!
¡Eunuco de los cielos, solitario
y desdeñado, entre la nupcia viva
de la tierra y del sol, que tus mejillas
calientas al reflejo de los besos
que el sol manda a la tierra, alma intermedia,
entre sus dos amores! Cual nosotros
pálida, servicial y reverente,
así estás entre el sol y entre la tierra.
¡Oh triste luna blanca, que superas

la femínea blancura, blanco hermano
que tu ampolla colmada de perfumes
y tu radiante lámpara sostienes
ante el sueño fecundo de la tierra,
la universal señora! Nuestras frentes
úngenos con tu luz y entre nosotros
oh luna, permanece y dinos cómo
tú tiemblas cual nosotros de una vaga
magnámina emoción, cuando el abrazo
del sol y de la tierra ciñe el blanco
círculo de tu cuello y como casta,
inviolada y estéril te acongojas
en tu divina plenitud, sintiendo
que eres no más un seno blanco, blanco,
ornato de los ojos, lamentando
en tu redonda plenitud, tus cuernos...

R. CANSINOS-ASSENS

## A una jerezana.

Erguido el busto, firmes las caderas,
armonioso el andar, alta la frente,
fuego de ocaso en el mirar ardiente
y azul crepuscular en las ojeras.

Claro se ve, de que si tú quisieras
del pasado volver a hacer presente,
a tu pisar eurítmico y potente
otra vez retemblaran las esferas.

Pues a pesar de los encantos idos,
y de tus siete lustros bien cumplidos,
yo bien sé lo que aun valen tus pasiones...

Porque gusté en tu boca musulmana,
tu sangre, que es solera jerezana,
para aromatizar los corazones!...

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA

DEL PARIS D'AVANT-GUERRE

# EL PARQUE MÁGICO

En lo alto de la torrecilla, un faro prolonga su luminoso cono a gran distancia, por encima del río, de los muelles, de Cours—la—Reine, de la explanada de la Torre Eiffel, de las casas nuevas elevadas y de cuartos chiquitines, que suben con insolencia de rasca-cielos yankis...

A muchas partes llega esta claridad, fuerte y conminatoria que dice: «Aquí estoy yo, amigos, el gran parque de espectáculos, ciudad mágica donde las hogueras palpitantes del placer y del olvido arden hasta media noche. Venid a mí; yo seré asilo de vuestras murrias, espuela de vuestro tedio, brisa que os avente la melancolía. Entre mis rocas de cartón y mis guirnaldas de luces, canta, prisionera, la despreocupación. Soy la Aventura, la Risa, la

Frivolidad, la Tentación y la Elegancia; soy la noche con vericuetos propicios a las travesuras sin salacidad y glorietas donde percibiréis el claro surtidor de la fontana lírica... ¡Soy París...!»

Algo exagera el foco, que tanto promete, mientras su luz, en lo alto de la torrecilla, va cambiando de colores, lo cual revela luminosa pero incorregible volubilidad.

En otras viviendas penetra el resplandor pálido y suave, como un ruego, y sus palabras son idénticas, aunque la distancia las aterciopele y musicalice con más fortuna.

París conoce bien este rayo de color en la noche, que cruza como una cinta de fuego el río, abre un camino radiante entre los sotabancos o resbala, resbala inconstante y tentador, por sobre los tejados, subiendo luego al cielo como un nunca visto surtidor verde, azul, rosa...

A la puerta del Parque famoso, toda cuya fachada arde, como en lo más culminante de una feria, detiénense «autos» y «autos». Allí cerca resoplan los tranvías de vapor, de los que descienden, ágiles y dispuestos a divertirse ávidamente, franceses y francesas. Y entre el

jadeo de las calderas y la trepidación de los motores, la noche alza su mansedumbre, su voluptuosidad y su celestinaje. Cortina salpicada de abejas de oro, fanal cristalino, techumbre azul con el tragaluz mágico de la luna.

...*Bonsoir, madame!*

## La sala de patines.

Fémina, que siempre tuvo alas en los pies, ha trocado su gentileza en ritmo. Caminar era belleza demasiado cotidiana; ahora vuela, aunque sea a ras de tierra, como las golondrinas en verano. Es noche de sábado, hay mucha gente que la mira, y la pista de portland ha de convertirse en agua rizada de estanque. Será, pues, Fémina cisne, cuando deje de parecer golondrina, pero nunca en tan encantadas y encantadoras transformaciones ha de perder sus ojos, su risa y sus lunares de parisiense.

Ved cómo avanza, cómo gira, cómo retrocede, cómo vuelve a avanzar con versatilidad de mariposa. Siempre inevitablemente, habréis de compararla con algo alado, con algo ondulante y giróvago, estatuario sin quietud, ingrávido sin complicación.

Una copla, una melodía, un mascarón de proa, no se deslizarían más gallardamente en el aire dorado del crepúsculo o en las aguas acunadoras de la mar. Y no la despojéis de uno sólo de sus cintajos; no cerréis su falda ni sus zapatos de terciopelo; dejadla vestida tal cual está, con toda su cándida picardía muy siglo xx.

Lo que la hace digna de toda época excelsa· lo que ni le quita ni le añade años, coronándola con los precisos; lo que la destierra por una hora de las vulgaridades de todos los días, son los patines... Constituyen su trofeo, su escudo, su abolengo, su testimonio de mujer. Son su pasado y acaso su mañana. Más la elevan los patines que un trono. ¡Eh! *¡Attention!*... ¿Va a caer? No... es que vira y extiende oblícuos los brazos en su paso de danza, pleno de todas las voluptuosidades y de toda la sed de infinito— como la gaviota cuando inicia sus espirales magníficas sobre la inquietud, color de esperanza, del mar...

Vedla de nuevo sonriente, alternativamente roja y pálida. Ahora se ha unido a su compañero y trenzando sus manos con él. dejan ambos una sierpe invisible en la pista. Entre la

algarabía del elegante y simple deporte, parece que constantemente van a caer, a tropezar, a romper de improviso la grácil madeja de sus vaivenes; y, sin embargo, la pareja, unida como en una alegoría, ex-libris volandera, lleva en sus pies y en sus sonrisas la seguridad, que es lastre del triunfo.

## La carrera de las midinettes.

Son seis tobilleras—sabias pintándose los labios y los ojos—que esperan con su abultada caja de cartón al brazo.

El público se agolpa a mirarlas; tan bonitas son. En sus ojos, temprana y curiosamente abiertos a la vida, brilla el fuego infernal de París. Y cuenta que son ojos azules; pero...

*Ojos azules tenía*
*la mujer que me engañó...*

Hay, cerca de ellas un caballero que da voces, como si las señoritas costureras no se sobrasen para atraer a la gente. La carrera va a comenzar. *Attention, mesdames, messieurs...!* ¡Una, dos, tres....!

Avanzan éstas rápidas, con paso menudito y pizpireto, bamboleando graciosamente las

cajas de cartón. Rompen a andar aquéllas lentas, cohibidas, torpes; la caja, la falda, la malicia de sus ojos les estorba. El público las contempla anhelante, conteniendo la respiración. ¿Cuál de aquellas preciosidades correrá menos y quedará rezagada? ¡Bravo por la rubia de los cinco lunares...! ¡Pobrecilla torpona, la zaguera! A mitad del camino se ha parado. La rubia ganó. ¡Como corra así por el pícaro mundo!

Y el caballero que daba las voces reparte unas fichas, importe del premio, y nuevos jugadores sustituyen a los antiguos. Porque lo triste y lo divertido de este espectáculo es que las tobilleras son de cartón y todas pueden tener los mismos pies ágiles. En la «carrera de las *midinettes*», sabrá hacerlas triunfadoras o aherrojarlas en el fracaso el jugador que acierta más hábilmente a girar una deleznable manivela. ¡He ahí el secreto de la entretenida farsa!

## El palacio encantado.

Endemoniado estruendo sale de ese palacio, donde deben morar los trasgos y duendecillos

más inquietantes de la tierra. ¡Cómo! ¿Una pieza de cincuenta céntimos es el *Sésamo, ábrete?* ¡Pues, adentro, y que el hada madrina nos proteja!

Primero nos rechaza, que no acoge, un corredor lóbrego, siniestramente silencioso. La desconfianza induce a caminar despacio, pero la mocedad es atrevida. ¡Catapún! ¿Qué ocurre? La caravana hace un alto. ¿Falta alguien? Pronto al mutismo de angustia sucede la carcajada unánime y liberadora. Es que en el corredor hay colocados media docena de postes de medio metro, y como la espesa obscuridad no permite ni barruntarlos, un visitante tropezó, dando con sus narices en el suelo. Adelante.

Cuando la precaución es mayor, repentinamente el piso cede; suenan gritos de espanto; la sima está por fin allí, abriendo su bocaza hedionda y maldita...

Pero la broma prosigue. La dureza de la madera fué suplida por la flexibilidad de una red... metálica. De nuevo brotan carcajadas que, en otro pasadizo menos pérfido, serían alegres como farolillos.

Y otra vez los curiosos continúan avanzan-

do. A poco sienten en su cráneo un mazazo que debía extenuarles. Palpando, advierten que el techo del pasillo ha ido descendiendo y que a la sazón queda una especie de túnel de una vara escasa de diámetro por el que hay que pasar. Y la comitiva, obstinada en divertirse, gatea aguerridamente.

Lejos ya la boca del túnel, encuéntrase una sala de espejos cóncavos, convexos, caprichosamente ondulados, que reflejan caricaturas hilarantes. Viejo es el suceso, pero conquista la indulgencia. Y, pasado el divertido salón de espejos, éntrase en otro corredor no menos tenebroso y espantable que el precedente.

Desacreditado por conocido aquél, éste deja de amedrentar. La lección ha sido provechosa. ¡No valdrán abismos, ni estacas, ni techos inclinados!

La gente tactea las paredes, pisa más despacio que nunca, explora con las manos en todos sentidos. Estas bromas, como otras veras, suelen dar pretexto para que alguien le palpite con prisa el corazón. Ahora sí que el silencio, aunque apercibido a deshacerse en risillas, es hondo y solemne...

Transcurren los segundos, y no ocurre nin-

gún cataclismo... Alguien, poco galante con el misterio, enciende una cerilla. Y no se ve nada. No hay nada. ¡Nada! El corredor finaliza y en eso consiste su encanto y su moraleja. Los avisados de antes han sido ahora engañados cumplidamente. Pero todos ríen por tercera vez, lo cual es reir bastante en un palacio.

* * *

Todavía estos exploradores encuentran otras sorpresas, habilidades o artificios que halaguen su simplicidad. El puente de tablones movidos eléctricamente que, de un modo, alternativo, van y vienen; la escalera, al parecer insegura, cuyos tramos ceden o suben bajo los pies confiados, el sillón «hânté», donde al arrellanarse no se experimenta impresión alguna, y el sofá burguesito en el que, al sentarse hay que dar un salto, bajo el imperativo de insospechada descarga eléctrica...

Con lo cual, al cabo de una hora, el palacio encantado reveló su secreto, y el ingenuo francés y su consorte están muertos de risa. Se han dado batacazos, coscorrones y sustos; la electricidad ha soliviantado sus nervios; les

duelen los pies, la cabeza, el cuerpo todo... Pero estas cosas pueden motivar una diversión inolvidable. Aunque los timbres anunciadores del palacio no repiquetearan tan tenaces, la gente se agolparía con el mismo afán e idénticos codazos casi homicidas.

## El camello y la bella.

Entre tanto, alrededor del estanque, frente a los teatrillos y los quioscos, pasan procesionales los camellos.

Lentos y enormes como carabelas, llevan «a bordo», a sendas mujercitas. Desde lo alto ¡cuán gustoso es sonreir! El serio rumiante avanza conducido por un musulmán de Batignolles, y deja (lo que sigue manteniendo su solemnidad de nave) una estela de murmullos...

Reconocedlo... La bella «embarcada» luce la pierna hasta la rodilla. Primoroso el calzado; suave, de seda, la media; y como el cabalgar entre las gibas de un camello no es una cosa muy parisiense ni muy fácil, la bella hace aspavimientos deliciosos, exhala gritos de Trianón, y el público masculino tiene la fortuna de

admirar otros centímetros de carne, angelicalmente endiablada...

## El misterio del canal.

Podría este título encabezar un suceso de sangre, bárbaro y canalla, y, sin embargo, síntesis es de un rato romántico. La flor más olorosa del *Parque Mágico.*

Bajo las rocas abruptas por donde sube y baja la montaña rusa, deslízase, tortuoso, sin un susurro, sin un álamo en sus márgenes, el canalillo. La Empresa ha utilizado el poco trecho del Parque de recreos que no brindaba recreos, y el Amor, amigo del silencio, da las gracias a la Empresa.

Allí se reunen las parejas de novios, las mismas que se ven los domingos soleados, por las colinas de Saint Cloud o en los pintorescos merenderos de Robinsón.

Empleados y *demoiselles de magasin;* soldados y amigas fáciles; hasta matrimonios bien avenidos, de esos que solo gastan unos francos los sábados por la noche y tienen al rapazuelo fuera, en un pueblecillo de las cercanías.

A su modo, sueñan; remuévese el fondo sentimental de sus espíritus; despliega, temerosa y torpe; sus alas la fantasía...

Corre el agua del canal en suavísima pendiente, en serpenteante curso, y el agua, viva como de río, se lleva la góndola, evitando así inteligentemente la presencia, no siempre indispensable, del remero.

De trecho en trecho, colgados de estalactitas y estalagmitas de cartón, penden farolillos de colores, que dan al aire cierta oportuna luminosidad. En la caverna de escayola flota un fresquito, el cual, complicado con la penumbra, permite imaginar que se atraviesan regiones remotas, por todos amadas al hojear un viejo Album de estampas...

Y si la fantasía de los que van en la góndola no suscitase la divina flebre descontada, vénse de cuando en cuando maravillosos paisajes de percalina y de tramoya, El Japón, con sus volcanes a los lejos, y sus cerezos y su cielo de esmalte; Venecia, desde el Adriático, reflejando en él los góticos ventanales del Palacio de los Dux y la cúpula dorada de San Marcos; la Gruta de Fingal, en la que entra el mar con furia subyugadora de indomable; el Gua-

dalquivir y la Torre del Oro; Nápoles y su golfo, inexorablemente azulísimo...

Sol, mucho sol en el silencioso canal, donde todos, falso y liviano, torpe reproducción escenográfica, incita a suspirar.

La góndola sigue deslizándose, resbalando suavemente. Suena, débil, el glu-glu del agua. Alguien se besa, pero no con el beso arrebatado y salaz de los de arriba, los de los cochecitos de la montaña rusa, sino castamente, como puede besarse cuando el alma más rudimentaria, aprende, en una noche de sábado y lejos del mundo, a soñar.

## Donde se pierde el sombrero y se puede perder la cabeza.

Por arriba, por arriba, a cielo raso, sobre las frentes de los romantiquillos del canal, pasa el vértigo, la furia, el aturdimiento, el fragor horrísono, la carrera frenética que arranca gritos histéricos y levanta un remolino huracanado. ¡Paso a la montaña rusa!

Es el *clou* de la noche y del parque. El espectáculo que más alborota, que aturde y se

aturde. A unos porque les gusta la bullanga, el aparato, el ruido, lo que llama la atención;—producto, tal vez, de muchas humillaciones en la sombra. A otros porque, con el estrépito, la bestezuela que duerme pecho adentro, se despierta, porque la alegría es tumulto, y el tumulto es pasión, y la pasión se expresa siempre con violencia, sonora y avasallante. Y, en general a todos, porque subir y bajar frenéticamente, conociendo una emoción que, si no tiene belleza se la da el peligro; sentirse en la cima y en el abismo; conocer crispaciones que ninguna otra distracción impone a la fisiología; jugar con la muerte y burlarla, burlarla;—es una fiesta que sabe mejor que otras menos infantiles y menos aventuradas, convertir al hombre en espectáculo y en espectador.

Cuando se detienen los cochecitos, cuando cesa el recreo hasta el día siguiente, infinidad de mujercitas, de mozos y aun de ancianos echan de menos el sombrero. ¿El sombrero? ¡Y adornos de cabeza, y pendientes, y collares, y bolsillos y hasta prendas de vestir! Todo, en las cimas y en los barrancos de «mentirijillas» se lo llevó la tromba, cuando sonaban gritos de espanto y los viajeros gozaban la imponen-

te voluptuosidad de sentir el corazón en la boca...

## Las doce en punto.

Se oye, a lo lejos, una música de violines que calla de pronto. Apáganse uno a uno los arcos voltaicos. En la sala de patines solo flota el aroma de las elegancias, tal cual risilla diabólicamente femenina que no se apaga, como un ascua rebelde a la ceniza. Los columpios duermen con quietud de pájaros en su alero. Enfundados los billares; serena y plateada el agua del canal; sin ruidos el palacio mágico. La gente ha ido desfilando, rendida, complacida.

En lo alto de la torre, ya no brilla el foco anunciador. Trepidan los «autos»; jadean los pesados tranvías de vapor. París, tan libertino en la otra orilla, en ésta tiene mansurrona obediencia de burgués. Cuchicheante, lento, bajo la noche tibia, se va a casita dócilmente, como si hubiese cumplido, divirtiéndose, una piadosa obligación.

E. RAMÍREZ ANGEL

ESCRITORES DE AMÉRICA

# LOS HERMANOS GARCÍA CALDERÓN

## Francisco García Calderón.
## Ventura García Calderón.

### I

Nacieron ambos hermanos en el más pulido y galante rincón de la América Española, allí donde aun florecen el madrigal y el epigrama, como residuo delicado de la pompa y el brillo de las Cortes virregias... Fué quizá el Perú el más pulcro y atildado de nuestros dominios coloniales, con el cual sólo podían rivalizar, si no superarle, en letras y torneo de ingenios

y docta erudición y decir galano, la Nueva Granada (Colombia) o la Nueva España (México).

El esplendor de la Corte de los Virreyes—que ha cantado en aúreas estrofas José Santos Chocano — apagóse y se desvaneció con la emancipación del yugo español. La entrada en la nueva etapa de libertad—que para otros países hubiera sido, y fué, en efecto, para algunos, aurora de renacimiento literario, henchido de geniales promesas—fué para el Perú apagamiento y mudez desoladores; fué como el torpor que sigue al despertar de un sueño demasiado prolongado.

Fué como si aquel pueblo, no demasiado bélico ni dado a las artes turbulentas de la guerra, sino a las quietas y sosegadas delicias de la paz, cayera en un largo sopor, rendido a la fatiga de un trabajo de Hércules, superior a sus fuerzas, fuerzas relativas de cortesano delicado y exquisito... Si al fin, la guerra es un arte y hasta un arte refinado para ciertos pueblos propensos a ella—y no una ciencia, puesto que ciencia es el estudio de toda materia que no está en la infancia y la guerra no está ciertamente en la infancia, sino en la senetud

caduca (1)—no puede ser arte amable para países que han vivido entregados a los deleites suaves de la paz y a los refinamientos de la cortesanía...

Pasan unos años después de la sacudida del yugo español—¡yugo tan suave para mí, pues que es el yugo de mi patria!— sin que se ofrezca una floración tan considerable de poesía y prosa como la que ya iba brotando en los restantes Estados de América, recién formados. Hay como un estancamiento de la vida intelectual; y después de la quietud que dió la fatiga de la guerra de Independencia, prodúcense las querellas intestinas, la lucha civil, las disensio-

---

(1) Pláceme consignar que estas palabras mías son paráfrasis de un concepto muy sutil y elegantemente expresado por el crítico francés contemporáneo, impugnador del *philosophe à la mode*, de Mr. Bergson, y desmenuzador y analista intrépido de los motivos de la guerra en su obra recientísima *Les Sentiments de Critias* (Emile-Paul Fréres, Editeurs; París, 1917). Escribe así Mr. Julien Benda: «La maîtrise de la guerre, comme de tout ce qui se complique, relève de moins en moins exclusivement de l'art, de plus en plus de la science. L'art n'est entièrement maître en une matière que lorsque cette matière est encore dans l'enfance». (*Les Sentiments de Critias*, página 59).

nes partidistas que se prolongan veinte años y que sólo logra sofocar la mano enérgica del dictador Ramón Castilla (1797-1867), elevado al poder en 1845.

Durante los quince años de su dominación, la literatura comenzó a florecer, significándose desde el primer momento la dinastía de los Pardo. El padre, Felipe Pardo y Aliaga (1806 1868) perdió y malgastó un poco su alta mentalidad en la sátira periodística, y el hijo, más entregado a los negocios públicos, Manuel Pardo, fué Presidente de 1872 a 1876. Procedían de la rancia aristocracia peruana creada en el período colonial. La madre de Felipe Pardo era hija del Marqués de la Fuente Hermosa, y su padre era regente de la Real Audiencia de Cuzco. Le llevaron a España cuando España perdió el dominio en el Perú, y en nuestra patria fué uno de los discípulos predilectos de don Alberto Lista. Al regresar a su tierra natal, estrenó una comedia en tres actos, *Frutos de la educación*. No he podido encontrarla en ninguna Biblioteca; pero Alfred Coester, en su interesante libro *Historia Literaria de la América Española,* nos dice que en ella se revelan las características de todos sus escritos: alegre in-

genio y sutil ironía. «En realidad estas cualidades, en variada forma, como una modificación de la sal andaluza, dieron una individualidad peculiar a toda la literatura peruana (1)».

Don Felipe Pardo fué el Moratín del Peru, reduciéndose a satirizar los vicios y malas costumbres de sus contemporáneos. *Una huérfana en Chorrillos* (1833), tiende a condenar la afectación de los afrancesados que, como don Quintín, imitan todo lo francés y hasta ridiculizan el lenguaje castellano, chapurreándolo a la francesa; *D. Leocadio* es otro ejemplo de la *mise en execution* del célebre adagio aplicado al teatro cómico por ampliación de la sátira: *castigat ridendo mores*... De regreso al Perú, se dedicó más bien a la sátira política, desde un punto de vista conservador, pues ingresó en las filas de ese partido y censuró al Presidente Castilla cuando éste, en 1859, promulgó la nueva constitución. Su primer semanario sa-

---

(1) *«In fact these qualities in varging form, a modification of andalusian salt, give a peculiar individuality to all Peruvian litterature.» (The Literary History of Spanish America;* cap. V, p. 245; *New York, 1916).*

tírico, *Espejo de mi tierra,* era un alegato sar cástico contra la democracia; el grito de ¡Viva la libertad! era una sutil ironía, cuando la libertad significaba para el negro y para su antiguo amo la igualdad ante la ley...

Después de Pardo, floreció Manuel Segura (1805-1871), que le superó en la comedia de costumbres, aunque no en la vena satírica; *La moza mala, Na Catita y Saya y manto* son las más sobresalientes, especialmente la última, que es el retrato de la Celestina peruana; merecen mención también *El Sargento Canuto,* obra patriotera con un relato prosopopéyico de la batalla de Ayacucho, y amenazas a los españoles si osaban volver por allá; y *Lances de Amacaes* (1862).

## II

Por esa época el romanticismo trataba de imponerse en el Perú y luchaba con ese género de *poesía aúlica* que la pompa de los virreyes y el fausto de su corte había suscitado. Era este país aquel de los países de América en que más había florecido la planta de la poe-

sía cortesana; aquel en que esta lisonja constante y fatigosa a los virreyes despertara el mezquino *patriotismo de antecámara* que un día dejó para siempre rotulado Turgot el sagaz, y que luego parafraseó Stendhal en uno de los más deliciosos capítulos de su libro de viajes: *Rome, Naples et Florence.*

Se hallaba Stendhal en Bolonia, en 1.° de Enero de 1817, y era entonces cuando escribía su desdén hacia el necio patriotismo de antecámara que él veía florecer allí en Bolonia—*moi qui trouvais tant d'esprit aux bolonais, je suis presque sur le point de me dédire; pendant une heure et demie, je viens d'essuyer le patriotisme d'antichambre le plus sot!...* — y que se había exacerbado con las victorias de Murat—; más aun en Nápoles, donde, como en España, la sociedad más selecta estaba a distancia del pueblo bajo; pero con la diferencia a favor de España de que la plebe napolitana, corrompida por su clima tan benigno, no se batía (está hablando Stendhal) confiando en el refrán que dice: *San Jenaro no dejará de matar a todos mis enemigos* — mientras en España el pueblo se defendía bravamente...

Pues bien; ese patriotismo de antecámara

había engendrado la poesía aúlica en España durante todo el siglo XVIII y había sido transportado a sus colonias; ello era la causa de que la poesía se amanerase y fosilizase en una sola manera pseudo-clásica. Porque este patriotismo de antecámara no puede dar fruto más granado que esa poesía amojamada, seca y académica, de la cual es símbolo representativo *Le Siège de Calais*.

Todos sabéis que hacia 1763, *Le Siège de Calais*, fué el éxito más delirante y más nacional de Francia. El poeta De Belloy había tenido la lucrativa idea, luego explotada por otros muchos, de constituirse en el adulador de sus conciudadanos (de los conciudadanos patrioteros). Burlándose un día el Duque de Agen de esta tragedia, en presencia del rey Luis XV, le dijo el monarca:

—¿No sois, pues, buen francés?

—¡Pluguiese a Dios, *Sire*—le replicó el duque—que los versos de la tragedia lo fuesen tanto como yo!

Arrancando de esta anécdota, el sagaz Turgot que amaba a su país y que según Stendhal «no veía en la lisonja más que el comercio de un bribón con un necio»—dió el nombre

de *patriotismo de antecámara* al embobamiento de los incautos que admiraban los burdos halagos del Sr. De Belloy.

## III

Floreciendo esta poesía de corte, había de tardar en prender el romanticismo, llevado de la mano de la Musa lírico-elegiaca de algunos jóvenes poetas. La melancolía era planta exótica y que no podía florecer en el Perú; por ello ha podido observar un agudo crítico (1) que, leídas sucesivamente las obras de toda la generación romántica del Perú, parecen producciones de un solo autor; tan uniformes son sus vulgares lameutaciones. Y de este crítico perspicaz no he de decir sino que es uno de estos dos hermanos gloriosos que serán un día para la historia literaria del Perú lo que los hermanos Schlegel para el despertar de la literatura germánica en el alborear del siglo XIX, portadores del romanticismo en vasos de oro

(1) Ventura García Calderón: *Del romanticismo al modernismo*, pág. 105. (París, 1910).

tallados por artífices españoles—sobre todo por aquel maravilloso orfebre de dramaturgia clásica que se llamó Calderón de la Barca y a quien ellos tan encendidamente exaltaron;—o los hermanos Goncourt en la imposición del naturalismo romancesco y de la «escritura artística», muy siglo XVIII francés y muy japonesista, al gusto de su patria y por ende del público universal, que aun es Francia y ha de conservarse por muchos años, muy especialmente en nuestros públicos latinos, lo mismo de España que de Hispano-América, la guía y rectora de las vocaciones artísticas y la maestra del gusto y del estilo...

Forma Ventura García Calderón una diada fecunda y notable con su hermano mayor Francisco García Calderón, «erudito y sabio en humanidades y cosas de crítica, ética y estética», como le ha llamado recientemente un exquisito estilista portorriqueño, sutil crítico de letras (1).

Si el uno es la seriedad, quizá el otro es la

---

(1) Enrique Lefebre: *Paisajes Mentales*, I; *De la Poesía*, pág. 27. (Tip. Cantero, Fernández y Compañía; San Juan de Puerto Rico, 1918).

gracia; si el uno es la fuerza, el otro es la delicadeza; si el uno es la reflexión y la gravedad filosóficas, el otro es la sensibilidad artística y la exquisita comprensión de los más finos matices del Arte.

*(Continuará.)*

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

POETAS HISPANO AMERICANOS

# EL POEMA DE MI COLEGIO

*A mis compañeros de colegio de Guadalupe de Lima.*

Siento que se renueva mi espíritu cansado,
al ver lumbres sonrientes en la sombra de ayer;
y mi alma se ilumina como un cielo estrellado
al evocar las horas que no habrán de volver.

Una dulce tristeza me devuelve el ensueño
distante, con que antaño decoré mi ilusión,
cuando todo en la vida parecía pequeño
a los desbordamientos de mi imaginación.

Cuando todo lucía en la humana floresta
y ofrendábanme ramos el rosal y el laurel,
y cantaba la vida para mi íntima fiesta
y la audacia me daba su más bello corcel!

Cuando me parecía que era el sol más jocundo
y el aire era más puro y el cielo más ideal;
y sobre la alegría luminosa del mundo
no pesaban, siniestros, los cúmulos del mal!

Y en la inquietud sombría de la hora presente,
cae sobre mi espíritu la tierna evocación,
como una luz tranquila que penetra clemente,
a deshacer las sombras que hay en mi corazón...

Y entonces lo pasado reflorece en mi vida,
brota una primavera sobre mi madurez,
y vuelve a ser mi senda tan fácil y florida
como en los claros días de mi dulce niñez.

El tiempo me parece una vana mentira;
lo que ha sido renace como un milagro ideal,
y lo que parecía muerto, canta y suspira
por gracia del recuerdo que lo vuelve inmortal.

Y me veo yo mismo, pequeño, a la distancia,
como si la memoria desdoblara mi ser
y el poeta mirase su ya perdida infancia
como un cuadro distante que no volverá a ver.

¡Oh tiempos milagrosos en que las desventuras
se hundían en el alma sin hacerla sufrir,
para unirse más tarde con las aguas impuras
que arrastra el torbellino de pensar y vivir!

¡Edad encantadora que al espíritu escancia

la copa de un sagrado y bendito licor,
que nos deja en los labios una tibia fragancia
que aromara las quejas del futuro dolor!

Y me veo yo mismo, con mis rasgos sonrientes
y en mí revive el cuadro de mi niñez jovial,
llena de aparecidos y de Bellas Durmientes,
de oraciones sencillas y de gracia pascual...

Y los recuerdos vuelven como blancas palomas
a la torre brumosa donde espera el Señor,
y se llena de ritmos, de colores y aromas
la sombría morada de mi reino interior.

Surje la retorcida calle donde viviera;
asoma en la parroquia su beatífica faz
el buen cura, esperando la misa mañanera,
mientras vibran campanas en la idílica paz.

Hay un bullir de gentes humildes y hacendosas;
pasan los colegiales con viva rapidez;
y rima con la suave placidez de las cosas
la música de un silbo lleno de languidez.

Aparece la vieja casa de mis abuelos
y revive una sombra en su dulce actitud...
¡Ojos que me enseñaron a mirar a los cielos,
manos que bendijeron toda mi juventud!

Renace el viejo cuadro de mi antiguo colegio;
la gran puerta, el oscuro cuarto del Director,

pleno como de un grave y raro sortilegio,
y el patio con la humilde canción de un surtidor...

La campana al costado de la vieja capilla,
los calabozos llenos de un terrible historial,
y los claustros austeros con la gracia sencilla
que evocaba los días de un ayer conventual.

Los árboles sombreando la fuente cantarina,
los coloniales patios, llenos de un gran rumor,
y los salones largos, en donde a la sordina
se tramaban las burlas al *señor Inspector*...

Resurje en mí la clara visión de aquellos días,
cuando todos ansiaban ver las hojas caer,
sin sospechar en esas ingenuas alegrías
que eran aquellas hojas signos de nuestro sér.

Evoco a los maestros y a los amigos de antes,
la férrea disciplina y el blando retozar,
y se alzan en mi mente las visiones distantes
de aquel plantel severo que me enseñó a luchar.

Pasan en mi memoria rostros, gestos y nombres,
horas de grave estudio y horas de rebelión,
que fueron en los niños madurando a los hombres
y dándoles un rudo, masculino blasón...

Pienso en aquellas horas de bullicio ardoroso
en que todo el Colegio resonaba de ideal,
para obtener el triunfo clásico y armonioso
en la justa del músculo y en la justa mental.

Y sonrío a las locas travesuras de antaño,
a todo lo que fuera gracia y don de reir,
a la burla sencilla y al inocente engaño,
flores primaverales de un ingenuo vivir.

Sólo me inquieta el eco de las canciones idas,
que resuenan con ritmo diferente al de ayer,
como si recogieran el dolor de las vidas
que se fueron con ellas para no renacer.

Y por ellas retorna el ayer desolado
y me angustia el recuerdo de los que ya no son,
y que viviendo unidos a mi propio pasado
apenas si son eco triste en mi corazón.

Pero como un consuelo de mis evocaciones,
mis ilusiones pueden aún reflorecer,
como si me ofrendara múltiples corazones
este vivo recuerdo de mi vida de ayer.

Y tornan mis arrestos lejanos y triunfales
y las puertas de mi alma se abren de par en par,
para que entre la lumbre del ayer a raudales
y en florales hosannas vuelva mi alma a cantar!

José GÁLVEZ (Peruano.)

SOCIÓLOGOS DE AMÉRICA

# IN MEMORIAM
# DE CARLOS OCTAVIO BUNGE

No recuerdo si corrían los últimos días del año 1909 o los primeros de 1910 cuando conocí a Bunge, en Madrid. Me fué presentado por otro ilustre escritor que prematuramente, y en un ambiente de tragedia, desapareció de entre los vivos. Muy pronto se hizo íntima nuestra amistad, y después de visitar museos y bibliotecas—la afición a los libros era una de las características de Bunge—juntos recorrimos muchos pintorescos rincones de Madrid. Deseaba verlo todo, saberlo todo. Preguntaba con insistencia, y de manera metódica, como pregunta quien sujeta su pensamiento a una rí-

gida disciplina mental. A su mirada inquisitiva, penetrante, que muchas veces hacía aún más aguda por reconcentrarla frunciendo el ceño y semicerrando los ojos, nada se escapaba, y, además, como producto de la disección que hacía de lo que contemplaba, siempre tenía un comentario oportuno y una observación sagaz. No bien hubieron trascurrido unos días, muy pocos, abandonó Madrid para trasladarse a Valencia y recorrer la región levantina. La desconocía, y le interesaba visitarla. A causa de las lecturas había formado de las tierras por las que iba a andar, como peregrino ilusionado, un concepto literario muy distante de la realidad, tanto en lo fundamental como en lo accesorio. En una carta que desde Alicante me escribió, me decía: «le recuerdo muchas veces, tantas como la realidad, que es imperiosa, me hace abandonar una idea querida para suplantarla con la que ella me da muy expresivamente»... En la línea física le recuerdo alto, musculoso, atlético sin ser gordo. Muy cuidadoso en la indumentaria, su persona tenía una noble prestancia de aristocratismo. En su conversación flúida, ágil, se veía retozar un espíritu que poseía todos los secretos del ingenio y del ta-

lento. Su palabra siempre era limpia, clara, precisa; decía lo que quería decir, utilizando el vocablo más exacto. Y esto, para el que no ha nacido en España, es un mérito que debe señalarse.

Pasaron los años. Durante su transcurso nada supe de Bunge. Sólo de cuando en cuando, con intervalos muy dilatados, llegaba hasta mí, traída por los diarios bonaerenses, alguna muestra de su recia y alta mentalidad. La gustaba con avidez porque, seguramente, en ella había de encontrar algún pensamiento nuevo, alguna idea original, entallada en su estilo tan castellano y tan armonioso... Después, el acaso me hizo cruzar el Atlántico. Un barco me dejó sobre tierra argentina... Pocos días habían transcurrido desde el de mi arribada, cuando una tarde neblinosa y triste, como de otoño, encontré a Bunge en la avenida Alvear. No habían pasado aún ocho años, y una radical transformación se había operado en su persona; pero conservaba su aspecto de siempre, su aspecto de hombre que vive en un ambiente de augustos ideales, y a pesar de su rubio bigote descuidado y de púas tiesas, y del excesivo grosor de su cuerpo y de sus pantalones pro-

saicos, muy holgados y con rodilleras, mantenía la figura, como cuando le conocí, su continente de aristocratismo. La viveza de sus ojos —aquella viveza que todo lo quería inquirir, que todo lo deseaba penetrar y que tan poderosamente había llamado mi atención al serme presentado— la viveza de sus ojos, repito, había desaparecido; y en la conversación, antes viva y flúida, la palabra torpe, desmayada, no respondía a la agilidad que le quería imprimir su espíritu siempre vibrante... Nos vimos varias veces. Iba a buscarle a su hotel de la calle Villanuevá, e indefectiblemente habíamos de hablar de España. Era en los días en que el solar hispano, que Bunge tanto amaba, convulsionábase en una caricatura de revolución, y ansioso quería completar, con los detalles que yo le diera, las confusas noticias que insertaban los diarios porteños... Una tarde, paseando por Palermo, me habló de sus achaques, y lo hacía sin que de su cara se borrase la sonrisa.

—No puedo andar. Me canso tanto, tanto...— exclamó con amargura, al mismo tiempo que se dejó caer, más que sentóse, sobre un banco.

Por frente a nosotros saltaban ágiles los ni-

ños. Bunge los contemplaba con tristeza... Luego supe que aquel cuerpo fuerte, atlético, estaba herido de muerte, y esta herida ha sido la que le ha llevado al sepulcro...

* * *

A la leyenda de la escasa complejidad psicológica y de la débil contextura ideológica de los escritores sudamericanos—leyenda nacida tal vez por bastardos intereses—le han opuesto el más rotundo mentís, Rodó en el Uruguay, y Bunge en la Argentina. Bunge perteneció a esa brillante pléyade de literatos que honran a su país con la medula de un pensamiento original, una vastísima cultura y un estilo galano que le valió gran reputación en las naciones de estirpe española. Espíritu esencialmente didáctico, de un didactismo sociológico, inspirado en las necesidades de la época, del pueblo y del hombre, creyó, con el entusiasmo ciego del iluminado, que el bienestar de la humanidad estaba en relación directa con el grado de cultura que pudiera alcanzar. Bunge, durante su vida, fué un enamorado de la enseñanza, y a ella consagró la parte más importante de su

copiosa labor. En sus novelas, en sus estudios históricos, asoma y en algunas páginas en forma bien clara y precisa, ese espíritu didáctico de que antes he hablado, no con la frialdad y rigidez que pudiera poner un dómine, sino con la comprensividad de una inteligencia ecléctica que está vinculada en las sanas teorías de educación.

Su primera obra, *La educación de la mujer*, es un compendio admirable de cuanto se ha escrito desde remota época acerca de la mujer. Seguidamente aparece *El espíritu de la educación*, su libro fundamental, todo belleza y todo serenidad, donde está enclavada la idea principal que ha movido el pensamiento de Bunge. Desde la aparición de este libro, que fué saludado ditirámbicamente, toda la intelectualidad argentina, muy recia y muy numerosa, con principios muy sanos y con ideas muy nuevas, le reconoció a Bunge toda la personalidad a que era acreedor, porque él solo supo encontrar el eco íntimo del anhelo argentino, hondamente sentido por todos los que se preocupan de darle a la vida social una orientación hacia el estudio de los grandes problemas que han de llevar a los pueblos a un alto grado de progreso.

Pero Carlos Octavio Bunge no ha sido solamente el sociólogo de *El derecho es la fuerza* y *Ensayo de Psicología*. Fué un novelista admirable, observador minucioso y detallista del documento que podía arrancar de la cantera viva de la humanidad para fijarlo en letra de molde con toda su línea física y etopéyica. La prueba más exacta de lo que llevo dicho está en los personajes que intervienen en la acción de sus novelas *Xarcas, el Silenciario* y *La sirena*, llenas de honda emoción y de obsesionante interés.

En España no fué Bunge todo lo conocido que debió haber sido. Andrés González-Blanco, que vive atento a toda manifestación cultural y literaria, y que, mediante ensayos y artículos de sana crítica, aporta a las letras españolas el conocimiento de valores que debemos cotizar en nuestro mercado literario, ha sido el primer crítico español que se ha ocupado de Bunge, y posteriormente en su libro *Escritores representativos de América* (págs. 193 a 220), (1) ha estudiado cuidadosamente, al de-

(1) Editorial-América. Biblioteca Andrés Bello.—Año 1917.

talle, la personalidad de este gran escritor, como sociólogo y como historiador.

* * *

La postrera manifestación ideológica de Bunge, líricamente animada de legítimas y lógicas esperanzas, fué la de que el Estado atendiese, con el máximo esfuerzo, a la función impulsora de la existencia colectiva. Deseaba ardientemente que la vida nacional se vitalizase concentrando fuerzas que aisladas son estériles, energías que dispersas son valdías. No llegó, no pudo llegar, a darse cuenta si este pensamiento, que él acariciaba con tanto amor, prendía en los cerebros; pero aunque así no fuese, aunque la tierra rechazase la semilla espléndida que se le ofrecía, quedará siempre vivo el recuerdo de su intención en la memoria de todos, y aunque de intento no llegue á pasar, el solo intento le ha de honrar en las páginas de la historia de su nación.

LUCIANO DE TAXONERA

# MODERNOS POETAS MEXICANOS

Acostumbrados como estamos a mirar a México al través del prisma rojo de las revoluciones que han venido ensangrentando su maravilloso suelo desde 1910, lo creemos un país anarquizado y en plena descomposición; y nada, por cierto, más lejos de la realidad. Esto no quiere decir que una tromba de fuego, como una maldición bíblica, no se haya desatado devastadora por toda la enorme extensión comprendida desde el Sur de Yankilandia hasta el Norte de Guatemala, desde el Golfo de México hasta el Océano Pacífico. Pero la ígnea tempestad ha pasado ya, no quedando de ella sino dispersos rescoldos que van apagándose poco a poco. Después de esta conmoción necesaria y saludable, que ha obrado a modo de

sangría en un organismo congestionado y pletórico de vida, México se halla consolidado, en plena reconstrucción. Y son tantos, tan magnos e ingentes los recursos de ese gran pueblo y es tan enorme su pujanza que, a despecho de todo, su inmensa vida sigue desarrollándose avasalladora y protéica, de tal manera que, al contemplarla, el viajero queda sorprendido al ver que, a pesar de cuantos horrores le contaron, parece que allí no ha pasado nada...

Esto, en el orden material. Ahora, que lo ocurrido en el orden espiritual es aun más admirable. La gloriosa tradición cultural de México, que tiene su raigambre en los legendarios, faustosos tiempos aztecas, no se ha interrumpido ni por un momento; muy al contrario, a medida del tiempo, ha ido ensanchándose y engrandeciéndose, a la manera de los ríos, que cobran más potencia y majestad cuanto más avanza hacia el mar el curso de su corriente.

El movimiento cultural de México es intensísimo y enorme. Nada o casi nada se conoce de él aquí, por el completo y lamentable aislamiento en que viven los pueblos hispano-americanos. De ahí que sólo tres o cuatro nombres gloriosos, y eso de poetas, son los únicos que

llegan hasta nosotros, envueltos en cendales de gloria.

Siguiendo la estrella de un poeta, del mayor poeta de lengua castellana, cogidos de la mano de la señorita aventura, fuimos de España a México, hace apenas un año. Al llegar a las ubérrimas tierras del Anahuac, más que sus fabulosas riquezas naturales, más que su progreso material, que es magnífico, cautivó nuestra atención el grandioso monumento de su cultura, para reseñar el cuál sería necesario escribir gruesos volúmenes.

Aquí no vamos sino a recordar a unos cuantos poetas modernos de México, que cuenta con una pléyade excelsa y numerosa de cantores, como tal vez no la tiene ninguna otra nación de América, destacándose entre ellos cinco o seis figuras de primera magnitud, no sólo dentro del marco de la literatura mexicana, sino del más amplio y grandioso de la literatura española.

En el poco tiempo que permanecimos en México, entre poetas vivimos. Todos ellos nos acogieron con simpatía, con sincero afecto. Con algunos llegamos a tener una amistad estrecha, fraternal. Les debemos, pues, un

homenaje de recuerdo. Nuestra pálida evocación no tendrá más mérito que el que pueda prestarle, en algunos casos, el conocimiento directo y personal. No voy a presentar una galería completa, ni mucho menos, sino una colección particular, una pinacotea íntima, en la que si no están todos los que son, sí serán todos los que están.

Tratándose de moderna poesía mexicana, fuerza es empezar por un *muerto vivo*, que es y será siempre actual, por el procursor y padre de todo el movimiento modernista, por el divino

## MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA

La moderna poesía mexicana arranca de Gutiérrez Nájera. Antes de la aparición de este divino poeta, uno de los mayores de la lírica castellana de todos los tiempos, la poesía en México, en América, languidecía y era una copia, un reflejo, un calco de la española del romantismo. El fué el primero que infundió inquietudes, prestó sutilidades, dió mediastintas, comunicó elegancias y puso sordina a la lírica

española, un tanto, por no decir un mucho, declamatoria y rimbombante, viniendo, de esta suerte, a ser el precursor de Nuestro Señor Rubén Darío, Mesías del verso nuevo, que a poco realizaba en la esfera del arte poético la más honda y decisiva revolución que genio alguno haya podido realizar al través de la historia de la literatura española, desde sus comienzos hasta nuestros días.

Manuel Gutiérrez Nájera nació en la ciudad de México, en Diciembre de 1859. Murió en 1895, cuando apenas frisaba en los treinta y seis años, dejando en prosa y verso, una obra que por su espíritu alado, por su divina gracia, por su emotividad, parece escrita hoy, respondiendo a las complicaciones, a las inquietudes del espíritu moderno, que se ha sutilizado, que se ha modificado con sentimientos y sensaciones inexistentes e insospechadas para los hombres de ayer. Si como poeta es maravilloso, tanto o más lo es como prosista el inolvidable *Duque Job*, bello pseudónimo lleno de nobleza y de modestia, con el que Gutiérrez Nájera acostumbraba firmar sus lindos cuentos y sus aladas y exquisitas crónicas, de los que en estos mismos días se han hecho copiosas edicio-

nes en Madrid y en otras capitales de lengua castellana.

«...¿Y qué había en el fondo de esa alma selecta—dice el maestro Justo Sierra en el hermoso estudio, puesto como prólogo a la edición póstuma de las *Poesías* de Gutiérrez Nájera—, cual era su facultad ingénita, la que sirve de clave a su elegancia, a su ternura, a su amorosa y melancólica inspiración? Una muy difícil de explicar, imposible de definir y concretar, pero que todos comprendemos al nombrarla: *la gracia;* especie de sonrisa del alma que comunica a toda producción no sé que ritmo ligero y alado, que penetrando en ondulación impalpable como la luz, por todas las ramificaciones nerviosas del estilo, les presta cierta suerte de magia singular que produce en el espíritu una impresión parecida a la de la dificultad vencida sin esfuerzo, lo que se torna en delectación y encanto. Este don de la gracia en nuestro poeta se transparenta a través de todos los temas de sus admirables composiciones en prosa o verso, o lúgubre, o serio, o humorístico, o clásico, o satírico, o tierno, todo trabajo suyo es, por efecto de la gracia, diáfano, aéreo, imponderable; su risa, sus lágrimas,

sus acentos patrióticos, su crítica de arte; sus cuentos regocijados o tristes, hasta sus artículos políticos; -- todo, desde la crítica de salón hasta un estudio sobre Hamlet, desde los versos de espuma de champagne a la *Duquesita* hasta los trinos de infinita suavidad del *Non omnis moriar:* todo deja ver esa irradiación particular de la personalidad del poeta; son como los *rayos X* de Roetgen que, a través de un muro, hacen fluorescer la placa fotográfica.»

Las principales obras que de Manuel Gutiérrez Nájera nos han quedado, además de sus inmortales *Poesías*, son:

*Cuentos frágiles, Cuentos color de humo, Crónicas y fantasías, Notas de viaje, Humoradas dominicales, Primera cuaresma del Duque Job, Segunda cuaresma del Duque Job, Impresiones de teatro, Crítica literaria, Crítica social.*

Entre las más hermosas y fecundas creaciones de este gran espíritu, figura *Revista Azul*, que levantó como bandera de arte, en torno de la cual se agruparon los mayores ingenios de la época, sobresaliendo en primera fila tres figuras que pronto llegaron a ser gloriosas:

Justo Sierra, Salvador Díaz Mirón y Luis G. Urbina.

## JUSTO SIERRA

Nos encontramos ante una de las mayores figuras, no sólo mexicanas, sino continentales. Por su vastísimo, fuerte y multiforme talento; por su gran sabiduría; por la trascendencia, universalidad y valor permanente de su obra, Justo Sierra es considerado como uno de los maestros de América, de la estirpe mental de Bello, Alberdi, Hostos, Martí, Montalvo y el llorado Rodó. El progreso cultural del México contemporáneo debe enormemente a Justo Sierra, que, durante cuarenta años, fué maestro, guía y conductor de su pueblo, al que enalteció con el brillo de su nombre y de su fama. Vida laboriosa y fecunda la suya, la consagró por entero al servicio de su patria, como catedrático, como magistrado, como jurisconsulto, como pedagogo, como funcionario, como diplomático, como orador, como publicista. Nació en 1848, en la ciudad de Campeche, Estado del mismo nombre, en la península de Yucatán. Menos Presidente de la República, fué

cuanto puede ser un hombre en una Democracia hispano-americana, dejando por donde pasó huellas luminosas y perdurables. Murió en Madrid, en Septiembre de 1912, en el desempeño del cargo de Ministro Plenipotenciario de su patria. Su cadáver fué llevado a México y sepultado con todos los grandes honores que merecía. Personalidad inmensa y múltiple, abarcó, llegando a dominarlas, muchas disciplinas del saber humano: historiador, escribe su *Compendio de Historia de la Antigüedad,* su *Historia General* y su *Historia Patria;* sociólogo, nos ha dejado ese monumento que se titula: *México: su Evolución Social,* ideado, dirigido, puqlicado y, en gran parte, escrito por él; crítico, dirigió la *Antología del Centenario* y escribió admirables estudios sobre Gutiérrez Nájera, Rubén Darío y otros poetas de esa magnitud; novelista, es autor de *Confesiones de un pianista* y de *Cuentos Románticos;* narrador de viajes, nos transmite sus impresiones en sus libros *Por la Europa Latina* y *En Tierra Yankee;* poeta, no quedan de él sino *Trovas Colombinas* y multitud de composiciones desperdigadas en periódicos y revistas. Aquí no vamos sino a recordarlo como poeta.

Pero ¿fué poeta Justo Sierra? Esta misma pregunta se nos ocurrió, cuando su gran discípulo Luis G. Urbina, que guarda por el hombre ilustre un culto fanático, nos habló por primera vez de los versos de Justo Sierra y nos recitó unos preciosos poemas. Sí, Justo Sierra fué un poeta, un gran poeta, lleno de emoción, de delicadeza, de sentimiento, de amor; y aun cuarndo no nos dejó desde que se inició en *Revista Azul* sino unas cuantas composiciones en verso, que hoy son recogidas y coleccionadas como piedras preciosas, toda su vasta e inmortal obra está saturada de la más excelsa y pura poesía, hija de un gran entusiasmo y de un gran amor para todos y para todo. «Tenía, en verdad—dice Antonio Caso, una de las más poderosas mentalidades del México actual—aquel gran viejo ilustre, cuya sólida cabeza, cuyo pecho robusto sólo fueron albergue de nobles y viriles entusiasmos, un incontenible caudal de pasión, y así describiera una época histórica colmada de heroísmos y empenachada de victorias, o hablara como un buen padre de familia, de la patria o de la escuela, o bien trazara, en unas cuantas líneas, el retrato de un gran hombre, o bien

se inclinara, con unción religiosa, hasta besar en donde besa el pueblo, «por fe o por amor», siempre de su pasión, de su entusiasmo, brotaba el primer acto y la primera fórmula orgánica de su conocimiento histórico, para después extenderse y difundirse luego en el ritmo de la prosa magnífica, hasta completar un conjunto armonioso en el que la resurección del pasado se cumplía, ante sus lectores o sus oyentes, con el engaño real de las alucinaciones psicológicas».

## SALVADOR DÍAZ MIRÓN

He aquí un poeta, un enorme poeta, que en América no tiene predecesores ni continuadores, pero sí una legión de lamentables imitadores. Para encontrarle parentesco lírico, hay que remontarse hasta la cumbre misma del Olimpo inmortal donde mora el divino espíritu de Hugo, con el que tiene, sobre todo por los versos de su primera época, muchos puntos de contacto; tanto es así, que en su *Canto a Víctor Hugo* muestra Díaz Mirón tal comprensión, tal compenetración, no sólo con el espíritu, sino hasta con la técnica del genio francés,

que esa pieza parece una oda escrita por el mismo Hugo, en loor de algún super-hombre de su altísima devoción. Y con decir ésto, está dicho todo.

Salvador Díaz Mirón es el poeta del impetuoso arranque, del encendido apóstrofe, de las imágenes desconcertantes y deslumbradoras, del verbo candente y la estrofa lapidaria. Este titán del verso da la impresión de proceder siempre en sus poemas con fuego y con sangre, con bloques y con montañas, con truenos y haces de rayos deslumbradores. Sin embargo, un hálito pagano, una armonía helena parecen correr por toda su obra, en la que cada estrofa tiene un valor real, independiente y perenne, con el que vive hoy en la memoria y en los labios de los contemporáneos y vivirá después en los de las generaciones del porvenir.

Espíritu inquieto, ávido, ambicioso cual ninguno, después de haber llegado a ser un lírico sin igual, quiso dominar la técnica, haciendo del verso una maravillosa obra de orfebrería, y escribió, mejor dicho, buriló ese prodigio de *Lascas,* libro único de arte supremo, en el que no hay sabia combinación métrica que no

esté usada, rima extravagante que no esté empleada, dificultad que no sea vencida, haciendo de él una obra maestra, asequible únicamente a los iniciados en los secretos de un arte, no sólo novísimo, sino futurista.

A la publicación de este volumen (1906), Díaz Mirón, con un gesto de orgullo demoniaco, declaró que reconocía a *Lascas* por su único libro, dando por no escrita toda su obra anterior.

A pesar de esta declaración, vivirán en la literatura castellana, con vida propia y perdurable, dos fases de este inmenso poeta: la de la primera época—apóstrofe, soberbia pasión,—que se sintetiza en las estrofas a *Gloria,* y la de la segunda—preciosismo, sutilidad, refinamiento—que se concreta y cristaliza en la gemada joya de *Lascas.* Ambas épocas se relacionan y se enlazan por el aliento panida y pagano que la potente personalidad del creador ha sabido comunicar a la obra total. «Victorias animadas parecen las estrofas del poeta—dice, refiriéndose a Díaz Mirón, José Juan Tablada—; arrancó a la de Samotracia de su base rostral, le reintegró su testa soberana y animó su ímpetu; a la Ateniense, *a la que des-*

*ata su sandalia y que tiene la impaciencia del vuelo difundida en todos los pliegues de su túnica,* le restituyó su divina celeridad; a la *Aptera,* le donó sus alas perdidas y sonoras; y a todas, a la del Megarense, a la de Peonios, a la de Orcomenes, las suspendió redimidas y flotantes en el éter luminoso de su creación poética. La rememoración de la Grecia luminosa se impone siempre al recorrer la obra de Díaz Mirón. Así los gestos heroicos contenidos por grave armonía se multiplican, y cree el lector transitar por una avenida de Olimpia o de Corintio, decorada por las estatuas de los púgiles célebres y de los amigos victoriosos. Así el énfasis de una frase hace pensar en las inscripciones lapidarias y un poema de sensual melancolía produce idéntica impresión que la Afrodita de Epidauros, velada por el *himation* y con la frente llena de pensamientos. Así el *Boedromión* evoca imperiosamente las arengas de Tirteo en Lacedemonia y se antoja un resonante escudo de bronce, en cuyo umbo un poeta romano, siglos después, hubiera prendido un haz de rocas latinas.»

La vida de este autor excepcional ¿guarda relación con su obra? Circundada de leyenda,

bordada de anécdotas y hechos raros, aparece la existencia de este hombre extraordinario en todo. En México corren mil historias de sus aventuras, de sus duelos, de sus prisiones. Se le pinta como una persona de carácter hosco, soberbio, impulsivo. Dicen que es tan consumado tirador de pistola, que con su propio hijo suele realizar la emocionante prueba de Guillermo Tell. Ha sido diputado combatiente y periodista político, en varias ocasiones. De resultas de un desafío, tiene un brazo seco, como el de Cervantes. Cuenta en la actualidad sesenta y cinco años; pues nació en Veracruz en 1853. La última marejada política de su patria, le arrojó a La Habana, en donde reside actualmente. A nuestro paso por la capital de la Gran Antilla, supimos que Díaz Mirón se encontraba allí, desempeñando el puesto de profesor de inglés en un colegio. Villaespesa y el que esto escribe hicieron lo posible para dar con él; pero todo fué en vano. La fama de hombre misántropo y retraído que le rodea, no falló, por desgracia, en esa ocasión.

Las principales obras de este gran poeta se titulan: *Poesías, Lascas, Triunfos, Astillas, Entre vosotros, Melancolías* y *Cóleras.*

## LUIS G. URBINA

Si es muy grande y merecida la fama de que, universalmente, goza Luis G. Urbina, como uno de los más insignes líricos de Hispanoamérica, no se le conoce, en cambio, tanto como merece, por otras fases de su múltiple y admirable espíritu. Además de poeta egregio, heredero legítimo y continuador brillante de la gloria del mágico Gutiérrez Nájera, Urbina es un cronista sutil y alado, que sobre la vida cotidiana continúa tejiendo, con hilos de luz, el velo de ensueño que dejara a medio tejer el incomparable *Duque Job;* un ingenio fino y doliente que gusta cultivar sobre el erial de la existencia, la divina y deliciosa flor del humorismo; un gran crítico de arte, a la manera elevada de Taine y de Barrés; un maestro, un verdadero maestro en letras humanas, sobre todo en literatura, en la que ha llegado a adquirir un dominio casi absoluto; y, sobre todo, un corazón de oro, un hombre bueno y piadoso que para todo tiene una sonrisa llena de afecto y de amable filosofía.

El que traza esta galería tuvo el honor de co-

nocer y tratar, muy de cerca aquí, en Madrid, a Luis G. Urbina. La primera vez que le vimos fué en el Centro de Cultura Hispanoamericana. Celebrábamos sesión una tarde de Mayo del año antepasado, cuando el notable publicista mexicano, D. Carlos Pereyra, llegó acompañado de un hombre como de unos cincuenta años, de baja estatura, más bien grueso que flaco, la color morena; una gran melena en bucles negros coronaba su testa leonina; la frente era ancha y abombada, los ojos pequeños, obscuros y vivísimos; la nariz, ancha, un bigotillo ralo sombreaba sus labios; vestía pulcramente, y sus manos eran finas y muy cuidadas.

—Tengo el gusto de presentar en este Centro a mi ilustre compatriota, el señor D. Luis Gonzaga Urbina, dijo D. Carlos Pereyra, señalando a la persona que le acompañaba. Inmediatamente todos nos levantamos y dimos la bienvenida al huésped insigne, gloria no sólo de su patria, sino de la raza.

Desde entonces, nuestra amistad con Urbina fué sincera y afectuosa.

Villaespesa fundó con él esta Revista (que dirigieron ambos en su primera época, de la cual es resurrección y palingenesia esta segun-

da y esperamos que más próspera y fructífera etapa), en el verano 1916, y desde entonces venimos todos trabajando en ella.

Observador curioso y atento de la realidad circundante, Urbina escogió, para su vivienda, el riñón mismo de Madrid, yéndose a habitar en un cuarto con balcón, en la vieja calle del Pez, una rúa muy alborotada y típica, en un barrio de estudiantes y menestrales. Allí le íbamos a visitar con mucha frecuencia, recreándonos con su charla deliciosa, provechosa, llena de la ciencia de la vida y de los libros. Muchas noches de luna y de ensueño vagamos juntos por las intrincadas calles de esta Villa y Corte; y era de ver cómo florecía en poesía y en amor esa alma de privilegio y de selección. En varias ocasiones memorables nos encontramos también reunidos: con él y con Villaespesa fuimos a la casa de Felipe Trigo, el día en que se suicidó el célebre novelista; con él y con Nervo fuimos al Ateneo de Madrid la noche memorable en que habló a España Mauricio Maeterlinck. Urbina *llegó*, *vió* y *venció* en Madrid. Toda la intelectualidad hispana, que ya le conocía y admiraba de antiguo, le rodeó y supo aquilatar sus excepcionales dotes y sus

bellísimas prendas. Pronto fué popular *el viejecito*, como se le llama en México y continuó llamándosele en España.

Mucho, muchísimo trabajaba aquí, con el enorme éxito que era de esperarse. Publicó, en poquísimo tiempo, varios tomos: *Bajo el sol* y *Frente al mar* (crónicas), *El glosario de la vida vulgar* (versos), *Antología romántica* (versos), *La literatura del siglo XIX en México* (historia literaria). Pocos días antes de que nosotros dejáramos España, Urbina partió a la Argentina, a donde se le invitó con el objeto de que diera en Buenos Aires un curso breve de literatura mexicana. Terminado este curso que, como no podía menos de esperarse, fué un espléndido triunfo para el maestro, volvió a Madrid, y de aquí regresó a su México natal, en donde se encuentra actualmente.

Luis G. Urbina nació en la ciudad de México, en 1868. Poeta y literato por espíritu, por vocación, por temperamento, no ha dejado de producir versos, crónicas, cuentos, críticas, estudios, desde que, adolescente, se dió a conocer en *Revista Azul* de Gutiérrez Nájera, su padre espiritual, cuya obra de belleza y de emoción ha continuado y continúa, al través

de los años, imprimiéndole, eso sí, el sello de su propia personalidad. Ha hecho una gran labor periodística en diarios y revistas, llegando a adquirir, dentro y fuera de su país, reputación de verdadera autoridad. Si ha desempeñado cargos públicos, siempre han guardado éstos afinidades con sus aficiones e índole de su espíritu. Así, ha sido catedrático de Literatura y Bibliotecario nacional, Subsecretario de Instrucción pública durante el Ministerio de su viejo y amado maestro, D. Justo Sierra, al que había llegado a sustituir en más de una ocasión.

La poesía de Urbina es una poesía romántica de la más pura ley. Nada de sensiblerías, nada de lloriqueos, nada de exageraciones ni estridencias. Un amor profundo y acendrado para las personas, para los hechos, para las cosas; un sincero, patético y dulce dolor humano; una cautivante emotividad, que antaño fuera anhelo y ahora es dulce añoranza otoñal; una suave ironía, un sonreir melancólico corren a lo largo de toda la obra, como un *leit motiv* en la sinfonía interior de una alma lírica. «Decía Justo Sierra—afirma Francisco A. de Icaza—que la inspiración de Urbina, caricia

del oído, era propia para traducir emociones íntimas y suaves; hoy, aquel astro adolescente se ha robustecido y ampliado, sin perder nada de sus cualidades primitivas; su frase rítmica no tiene la trompetería bélica del verso de Díaz Mirón, ni la grandiosa solemnidad sinfónica que pone Othon en sus pastorales, pero lleva en sí toda la sugestión musical de la poesía de Gutiérrez Nájera.»

«En melodías desfallecientes o suplicantes, dulce o dolorosamente melancólicas, en el fondo siempre resignadas, desenvuelve Urbina, por serie de confidenciales medios tonos, el motivo inicial de su canción. Su poesía, predominantemente melódica, asocia la idea a la música y sabe hallar en ella la expresión de lo inefable. Traduce dulcemente emociones y sensaciones; diríase que su estro doma hasta sus propias penas: *la música a las fieras domestica*. No quiere decir eso que a las veces no sea pictórico también, y a ello tiende en su último libro, donde el verso se hace color para fijar las realidades fugitivas: lo más inmaterial del paisaje, forma de nubes, color de lagos y de cielos, puestas de sol, con toda la gama de los oros crepusculares.»

Este poeta, hoy en plena madurez de su riquísimo estro, lleva publicadas las siguientes obras: *Versos, Ingenuas, Puestas de Sol, Antología del Centenario* (en colaboración con Pedro Henríquez Ureña y Nicolás Rangel), *La Literatura Mexicana, Lámparas en Agonía, Cuentos vividos y crónicas soñadas, Bajo el sol y frente al mar, El Glosario de la vida vulgar, La vida literaria de México* (Curso sintético de Literaria mexicana, dado en la Universidad de Buenos Aires).

CÉSAR E. ARROYO
(Ecuatoriano)

# GÓNGORA Y EL CULTERANISMO

*Al estupendo escritor y Abad de Beiro, D. Basilio Alvarez, con todo afecto y admiración.*

## I

El fundador del culteranismo en el siglo de oro de la literatura castellana, no fué otro si no D. Luis de Góngora y Argote, aquel glorioso autor de *Polifemo* y las *Soledades,* aunque el autor de la *Historia de las Cortes españolas*, D. Francisco Martínez Marina, en el antepasado siglo, sostuviera que el creador del *langage précieux* era el sabio P. Juan de Mariana, y que éste, por sus artificiosas palabras que pusiera en boca de históricos personajes, y el mismo Cervantes, por los preciosos vocablos castellano-latinos, con los cuales ornamentara, enriqueciéndola, la viviente y florida prosa de

su *Galatea* y los giros «hasta entonces no usados», que son el valor de su obra póstuma *Persiles y Segismunda*. Tan descabellado criterio no puede sostenerse hoy, aunque su autor, como anteriormente mencionamos, pertenezca a los primeros años del siglo XVIII.

No hemos de forzar nuestro pensamiento a una determinada creencia en cuanto al culteranismo respecta, sin que para ello, y bebiendo en las fuentes de origen, aportemos datos, de exactitud recta y consciente, que haya en definitiva de obligarnos por el imperio de la evidencia a aceptar el criterio de unos u otros: defensores o detractores.

Con razón escribía el poeta coetáneo, don Félix de Arteaga, refiriéndose a Góngora:

> «Hijo de Córdoba, grande,
> Padre mayor de las musas,
> Por quien las voces de España
> Se ven, de bárbaras, *cultas*»;

y también el erudito D. Adolfo de Castro, discreto y notable ordenador de la valiosa colección de *Poetas* líricos de los siglos XVI y XVII (tomos de la *Biblioteca* de Rivadeneyra XXXII y XLI), afirma que «Góngora fundó la secta de los

llamados *cultos*», secta que ya hubo de bautizar en sus primeros tiempos el gran humorista Bartolomé Jiménez Patón, y que más tarde ratificaba el propio Fénix de los Ingenios (enemigo de Góngora como veremos más adelante) al terminar una octava.

En el siglo XVIII, llamado ya *gongorino,* surgió el «estilo de los que hablan culto afectadamente», y también la cuestión importantísima de precisar con certidumbre el verdadero origen del culteranismo.

Hay críticos, como el buen hablista D. Ignacio de Luzan, que han considerado a Góngora como autor o introductor de aquel estilo en nuestra literatura; y otros mencionan en este asunto al italiano marqués Virgilio Malvezzi (autor de varias relaciones históricas de España) sin fijarse que éste escribió su obra en 1630, o sean tres años después de que dejara de existir el glorioso autor del *Polifemo;* otros indicaban a D. Diego Saavedra Fajardo, el concienzudo autor de *Empresas políticas* y *República literaria*, y al sevillano D. Juan de Jáuregui, el traductor del Tasso, no pensando quienes así sostienen, que tanto uno como otro fueron posteriores en algunos años al poeta cordobés.

Hace ya algún tiempo, en la segunda mitad del siglo último, el notable crítico francés M. Aicard, en un estudio consagrado a la investigación y origen del *langage précieux* (estilo *cultidiablesco*, según Lópe de Vega) emite el siguiente juicio:

«La imaginación no se contenta con imitar lo bueno, sino que aspira a crear, por eterno anhelo hacia la perfectibilidad humana; y cuando el hombre de talento se encuentra en presencia de caminos trillados, de sendas perfectamente conocidas en el vasto campo de las letras y las artes, suele apartarse a un lado para buscar atajos difíciles y lanzarse a ellos con arrogante paso hasta llegar al punto deseado: si le guía la inspiración, lega a la posteridad obras tan grandiosas como la *Divina Comedia* y la *Escuela de Atenas;* si le guía el capricho, el deseo de originalidad insensata, entonces sólo deja, por huella de su paso, alguna extravagancia.»

Viene como de perlas esta valiosísima opinión de M. Aicard al glorioso período de la historia literaria de nuestro pueblo, que comienza en Garcilaso de la Vega y Góngora, con D. Diego Hurtado de Mendoza, en el si-

glo XVI, y concluye con D. Francisco de Quevedo y D. Pedro Calderón de la Barca, en el tercio último del siglo XVII; entonces florecieron los ingenios líricos de nuestro pueblo, desde Santa Teresa, la seráfica autora de los *Conceptos del Amor Divino*, hasta el príncipe de todos, Miguel de Cervantes Saavedra; por tanto, el hombre de talento, (aplicando la frase de M. Aicard) que se apartó a un lado de las sendas conocidas para buscar caminos difíciles y transitar por ellos con arrogante paso, fué D. Luis de Góngora y Argote.

## II

Guerra sin cuartel habíanse declarado y enorme el número de sátiras e invectivas crueles conque se mofaban los partidarios y enemigos del culteranismo: al lado de Góngora estaba el hidalgo Correo Mayor de España y sus Indias, D. Juan de Tássis y Peralta, Conde de Villamediana, que tan desastrosa muerte tuviera años después en la corte, en la calle Mayor, frente a los portales de Manguiteros, al caer la tarde del día 21 de Agosto de 1622; el ilustre doctor Suárez de Figueroa, autor del *Constan-*

*te Amarilis;* el abad de Rute, Salas, Villar, Vázquez Ciruela y otros ingenios, coetáneos del gran lírico cordobés; y al frente de los adversarios del poeta, figuraba Lópe de Vega, quien, para burlarse del culteranismo, compuso no pocas letrillas y versos como los que dan fin a un conocido soneto, y que son los que siguen:

«—¿Entiendes, Fabio, lo que voy diciendo?
—Y como que lo entiendo.—Mientes, Fabio;
que soy yo quien lo digo, y no lo entiendo.»

Y antes que Lope, ya había escrito también el poeta antequerano Pedro Espinosa, rector del Colegio de San Ildefonso de San Lúcar de Barrameda, los siguientes versos:

«Tú mirón, que esto miras, no te espante
Si no lo entiendes; que aunque yo lo hice,
Así me ayude Dios, que no lo entiendo.»

Preciso será confesar que Góngora también era osado, cruel y satírico para defenderse. Citaremos, para muestra, dos composiciones inéditas que se conservan en la Biblioteca Nacional.

En un soneto, por ejemplo, búrlase Góngora de Lope y sus secuaces, en la siguiente forma:

«Patos del aguachirle castellana...
.....
Pisad graznando la corriente cana
Del patrio idioma ..»

Y ahora véase también esta quintilla humorística:

«Dícenme que hace Lopico
Contra mí versos adversos;
Pero si yo versifico,
Con el pico de mis versos
A ese Lopico, *lo pico.*»

De Góngora, no sólo ha habido mordaces enemigos entre los críticos españoles, sino que también en los críticos extranjeros los tuvo: un autor francés le llama «espíritu vano y fantástico, licencioso y aturdido e impotente para seguir las huellas de sus maestros».

Góngora, no obstante, tuvo varios entusiastas panegiristas.

El mismo Lope dice de él que «su ingenio es el más raro y peregrino que ha conocido en la provincia de Córdoba». Saavedra Fajardo le

llama, en su *República literaria*, «requiebro de las musas y corifeo de las gracias»; el gran historiador Cascales le dice *ingenio divino* y *cisne que mejor ha cantado en nuestras riberas;* el ilustre Pellicer, su comentarista y contemporáneo, le venera como a Príncipe de los ingenios españoles, comparable al Píndaro de los griegos; también el P. Ferrer de Valcuebro le coloca a la altura del inmortal Tasso, y dice que «si igualaran a los versos los asuntos, había de tener mejor lugar que Homero».

Como epílogo a cuanto llevamos escrito, nos parece insertar y transcribir aquí el juicio crítico que sobre Góngora escribiera el señor Castro (1):

«Góngora, en mi opinión, ha sido mal juzgado por los críticos. Tenía más vehemencia y estilo poético que Fernando de Herrera, si bien era menos erudito.

»Indudablemente es el primero de los poetas españoles; ninguno, aun en las obras en que parece abandonado, tiene rasgos más sublimes y más brillante color poético. En el *Polifeno* y

(1) Edición Rivadeneyra de la «Biblioteca de autores españoles», tomo XXXII.

las *Soledades*, poemas que han sido execrados, se hallan pasajes que honrarían a los poetas más famosos de cualquiera de los siglos de las diversas naciones».

Góngora, pues, ha sido el creador del culteranismo en el preciosismo literario, pese a criterios absurdos de críticos más fantásticos que realistas.

·León NAVARRO LARRIBA

Julio de MDMXVIII.

# MEDALLÓN VERANIEGO

La nueva doncelluca, Nela—una montañesita de quince años que hemos tomado para que nos acarree el agua al *chalet* — llega por el senderito blanco que al través del prado verde serpea, y parece la niña con la herrada a la cabeza, la mirada elevada en el fondo, los brazos caídos, la rubia trenza al aire y todo el rostro tostadito por el sol, una de esas pastorcillas hebraicas que huellan las cuestas encartonadas de los montes de Navidad. En la diestra, donde aun clarea el aljófar de la fuente, porta una rama florida, que, lasciva—como si en vez de femenina desinencia le correspondiera masculina terminación—se aprovecha del vaivén del zagaleja para iniciar caricias a la moza. Esta ni siquiera se ocupa de la dulce azotaina, porque todo su afán se reconcentra en guardar sobre el rodete el equilibrio de la

vasija, que al mecerse deja escapar alguna perla sobre los áureos cabellos.

Poca es la distancia que ya la separa del *chalet:* aquel zig-zag, esta ligera curva, una cuestecilla, dos o tres piedrucas que aparta con el pie, los cuatro escalones del hotelito, y yo que la saludo:—¡Nela...!

Nela se quita la herrada, dando a los brazos que la sostienen ademán de ánfora. Luego, mientras el agua, al beso de la luz, se tornasola en aquel recipiente de sabor egipcio, la virgencita de la Montaña se alisa los revueltos y mojados bucles, se estira el arrugado delantal, y me contesta:—Buenos días, señor...—Y en la diestra, como un cetro de rústica beldad, agita la verde rama que huele a campo.

Yo he prendido una de sus hojas, y al soltarla mis dedos se han llevado parte del aroma fino. Ella ha notado mi fruición, y, generosa, me alarga la rama:—¿La quiere...?

Es el primer obsequio campestre que me hace una mujer. Esa vara, por la ingenuidad y desinterés con que se ofrece, eclipsa encantos de parecidas dádivas que en otra ocasión me hicieron (siempre recordaré el clavel sangriento que en el ojal me puso una mujer in-

grata que me quiso). La tentación peca de púdidica y no puedo resistir a ella: acepto el regalo. Y ufano de la aldeana preferencia subo al comedor, y en el centro de la mesa, sobre el mantel blanco a sabanilla de altar, en uno de los limpios vasos destinados a la libación, pongo la humilde gala del campo montañés, que esparce por el ámbito su sano efluvio como ofrendándose al candor.

Niñas: si queréis que os amen con locura, no regalad rosas y claveles y jazmines y nardos, que enardecen al cozazón y embriagan los sentidos, sino esas ramitas humildes de portalillo de Belén, que parececen ungirnos de inclinación paternal. Yo os digo que de no haberme concedido Dios a Marujilla—una chiquirritina que aun no cumplió el año—adopto a la montañesita de la trenza dorada.

EMILIO ROMÁN CORTÉS

San Vicente de la Barquera; 25-VII-918.

## DE LAS IDEAS PRESENTIDAS

Un buen padre de familia, dentro de su concepto clásico, siente estremecerse sus nervios cuando el hijo llega al dintel de la juventud, al entrar en el momento crítico de las iniciaciones voluptuosas o sentimentales. Le atenaza la duda de cuál será su orientación futura, y le cabe la certidumbre de que esta orientación ha de ser la más conforme con sus inclinaciones innatas, pese a toda norma objetiva. No obstante, lo más grave para este buen padre—dentro de su concepto clásico—no es precisamente cuando el hijo se marcha por derroteros de crápula o simplemente de vagancia; al fin y a la postre siempre cabe el hastío como una esperanza luminosa. Lo peor de todo es cuando el hijo siente la afición a pensar, cuando sobre su alma, como una plaga maligna, se deposita el virus de la inquietud ideológica.

Entonces... Es preciso redoblar la vigilancia, una vigilancia activa, cauta, implacable.

Existe una literatura abundantísima sobre un solo tema: los malos libros. Quizás sea el sermón más fácil para el sacerdote sin grandes merecimientos. Hay una colección interminable de lugares comunes.

Y, no obstante, la labor de todos estos apóstoles es perfectamente ineficaz.

Porque no existen buenos ni malos libros. El libro en sí es inofensivo, es neutro. Su labor destructora o reparadora sólo es complementaria de las ingénitas inclinaciones espirituales del que lo lee.

Ayer repasábamos las páginas de un libro encantador y fuerte de raciocinio, de Juan Stuart Mill, que se intitula «La libertad». Discurre el gran filósofo la libertad política, marcando el campo posible de desenvolvimiento autónomo del individuo frente al poder constituído. Desentrañando las varias modalidades de su tema amplísimo, entra en el problema del derecho a la libertad de conciencia, que tanto interesó a nuestros abuelos, y al que prestamos hoy tan poca atención, a pesar de hallarse aún sobre el tapete, casi insoluble.

Aun sentimos sobre nuestras sienes el martilleo de sus argumentos, de una fortaleza estupenda. Todos ellos pudieran ser aplicados sin violencia lógica a este asuntillo, siempre torpemente desflorado de los buenos y malos libros.

Vamos a suponer por un momento que el libro que contenga ideas—probado que existen infinitos libros que sólo contienen abortos de ideas o iniciaciones de ideas—produzca una acción decisiva de afirmación o negación en el alma del que lee.

He aquí un libro: esta es la verdad. He aquí otro libro: este es el error.

¿Qué inconveniente hay en que el error sea conocido?

La verdad ha de acoplarse a la certidumbre, y ésta no se da espontáneamente, por la simple aparición de aquella verdad en nuestro cerebro. Nada vale la verdad en nosotros, si fácilmente puede hacérsela vacilar. En tanto es beneficiosa la admisión de una verdad en cuanto va adornada del carácter de ejecutiva, es decir, cuando comunica al que la posee la suficiente dosis de energía para que sea realizada.

La verdad—dice Stuart Mill—ha de ser contrastada en el error. Y si decís vosotros—agrega el filósofo—que lo que es verdad triunfa siempre; ¿qué temor tenéis?

* * *

Pero no; el libro, hemos dicho, sólo realza una labor complementaria de concreción. Nadie puede vanagloriarse de haber convencido a nadie en su totalidad. El más afortunado no es más que un buen director del pensamiento que ya existía en el dirigido, jamás el creador de este pensamiento. Y todos esos que se dicen apóstoles de la verdad, y que van por esos mundos de Dios pregonándola, serían seres perfectamente grotescos, si no fuesen apóstoles falsos y no hubiese tanto imbécil o tanto incauto que los cree auténticos y verdaderos.

Se dice que se nace escéptico como se nace rubio. Y ello es evidente. Un estoico, es ya estoico antes de leer a Marco Aurelio; un positivista, lo es antes de saber que existía Augusto Compte, y el creyente en el autodeterminismo no necesita, para serlo, del concurso de Schopenhauer.

Partiendo, pues, de este supuesto innegable, no hay temor a variación alguna esencial.

No es necesario advertir que en todas estas consideraciones nos referimos a todos aquellos que piensan por sí mismos: a los «cultos»; es decir, a aquellos de espíritu refinado, capaces de originalidad.

Ya nadie confunde el término culto y el civilizado. Pero por si acaso, sépase que el concepto civilización ha encarnado en Alemania, y un alemán es el «civilizado» por excelencia, o lo que es lo mismo, un ente que se ha apropiado un caudal considerable de conocimientos, pero conservando intacta su ordinariez primitiva.

El espíritu culto, de fina sensibilidad, ante un libro, sólo busca un complemento, una ayuda para delimitación y concreción de ideas iniciadas espontáneamente. Y pasarán por sus ojos páginas y páginas, pero la atención sólo se concentrará en aquello que guarde analogía con su manera peculiar de pensar y sentir.

Porque todo hombre es el creador de un sistema torpe, rudimentario, incompleto, pero sistema al fin. Quizás no sea capaz de hallar todas las coyunturas, pero siente la armonía confusa de sus ideas. Sobre todo en materia

religiosa. Y muchas que atacan determinada religión política, es a título provisional; y sólo en espera de una afirmación definitiva de su sistema que tal vez nunca llega.

Siendo la acción del libro estrictamente auxiliar, nos parece que ni al sacerdote desde el púlpito, ni al padre de familia en la vida del hogar, debiera preocupar tanto el libro.

Y cuando el adolescente brinque de su adolescencia sentimental a la plena juventud, antes que apartar de su mesa de estudio libros supuestamente perniciosos, mejor es aconsejarle, cuando a sus ojos asome la fiebre de la inquietud:

—No pienses, muchacho, que el pensar hace daño...

J. FERNÁNDEZ-ARIAS Y CAMPOAMOR

# LA SOCIEDAD DE LAS NACIONES

## Los grandes negociantes y la guerra.

Desde hace un año, políticos, economistas y sociólogos vienen ocupándose continuamente en periódicos, revistas y conferencias, del magno problema de las relaciones internacionales en lo futuro; es decir, para el día venturoso en que la paz sea firmada entre las ahora naciones combatientes.

Parece como que los hombres, fatigados ya de este régimen absurdo que hasta ahora ha regido la política internacional, quieren fijar nuevas reglas, establecer principios fundamentales de derecho que garanticen la inde-

pendencia de los pueblos y al mismo tiempo su bienestar y riquezas naturales.

Intérprete de este deseo ferviente, ha sido el Instituto Americano de Derecho Internacional establecido en Washington, que ha celebrado diversas sesiones y publicado numerosos trabajos sobre este tema. Pero quien ha personificado y recogido el asunto, convirtiéndolo en parte esencial de su programa, en bandera de sus campañas, ha sido Wilson el Presidente de la República de los Estados Unidos, que supo cristalizar, en su famosa fórmula de la Sociedad de las Naciones, todo el problema.

Realmente no puede continuar un día más la tranquilidad de los pueblos, el trabajo humano de varias generaciones, la obra artística y cultural de toda una época histórica, la vida de millares de hombres, a merced de los contratos matrimoniales de los reyes, de las marrullerías cancillerescas, del malhumor de un viejo y puntilloso diplomático. Menos todavía puede estar a disposición de los capri-

chos o de la vesania de un monarca ambicioso que quiera monopolizar el mundo, en su monomanía de grandezas.

Por eso todos los países han vuelto sus ojos hacia Norteamérica, esperanzados de que Wilson imponga una paz duradera, firme, inalterable, que acabe con las autocracias rapaces y con las tiranías destructoras de la civilización.

Estas doctrinas de fraternidad universal son tan antiguas casi como el hombre, desde luego anteriores al Cristianismo, que fué la expresión suma de todas ellas.

Jenofonte, en su obra *Las rentas del Atica*, Platón en su *República*, Aristóteles en *Política* y otros libros, hablaron ya de paz entre todos los hombres.

Más tarde las predicaciones de Jesucristo y los evangelistas a ese fin se encaminaron. Los doctores de la Iglesia, San Agustín, Santo Tomás, los Papas Gregorio VII y Bonifacio VIII, después León XIII en su Encíclica *Rerum Novarum*, llamada también *De conditione epi-*

*ficum*, dada en 15 de Mayo de 1891 con ocasión de las propagandas socialistas, buscaron las garantías de la paz mundial al amparo de la Iglesia católica, o sea gobernado el unive so entero desde Roma, bajo el cetro y la tiara del Sumo Pontífice; es decir, mitad pastor de almas y mitad soberano terrenal.

Frente a ellos una legión de utopistas, capitaneados por el monje Campanella y Tomás Morus, han soñado en una *Cívitas máxima* asentada en el mutuo asenso humano. Y así ha ido desenvolviéndose esta idea internacional con Leibniz, Rousseau, Kant, Ovven y Saint Simón, hasta cristalizar con Carlos Marx y Fernando Lassalle en la Internacional obrera del moderno socialismo.

Pero a pesar de todos estos nobles esfuerzos, las guerras continuaron ensangrentando las tierras. Siempre ha sido, claro está, el egoísmo de los hombres el que ha lanzado unos pueblos contra otros. Desde los tiempos más remotos, las guerras de conquista extendieron el dolor a todos los países, y las épicas

hazañas que indeleblemente grabaron en las páginas de la historia, griegos, romanos y cartagineses, a ese fin comercial y posesorio obedecieron.

Sólo en la época medioeval, y a principios de la Edad Moderna, parece soplar un hálito de espiritualidad en las contiendas humanas: aquellos recios batallares de las Cruzadas; esotros singulares combates de nobles caballeros que por su Dios y por su dama medían las armas con esforzados paladines; las gloriosas jornadas de la Reconquista española; la cruel, sanguinaria y feroz guerra entre la Reforma y el Catolicismo...

Después nada. En nuestros días, el imperialismo, con sus fingidos honores y dignidades nacionales, no es más que la máscara tosca y pintarrajeada con que el régimen capitalista trata de encubrir sus maquinaciones y especulaciones bursátiles.

Por instintos de rapiña se luchó entre Rusia y el Japón, entre éste y la China, Inglaterra y el Transvaal, Estados Unidos y España, Tur-

quía y los Estados Balkánicos. Por iguales motivos pelearon Francia en Madagascar y Marruecos, Italia en la Tripolitania, nuestra patria en Melilla y en Ceuta.

Pero este mal es mayor si se considera que ahora habíamos llegado a un punto en que no se trataba ya del deseo de engrandecimiento de un pueblo, de expansión comercial de toda una nación y por tanto su mejoramiento económico, si no que se encendían las guerras por el sórdido interés de una sola empresa, de un poderoso *trust* bancario.

* * *

Hace poco tiempo leía yo en la prensa americana que en el fondo agitan la anarquía en Méjico los antagonismos existentes entre los banqueros Pearson, de Londres, y el *Standard Oil* de los Estados Unidos, que pretenden ser los acaparadores del petróleo mejicano. La competencia entre las casas constructoras de

acorazados y cañones, tales como Krupp, Vickers, Asmtrong, Saint-Chamond, etc., etc., ha contribuído mucho a la guerra europea. De todos son conocidos los manejos de los hermanos alemanes Mannesman en Marruecos, hasta el punto de haber llegado a ofrecer al Gobierno español determinada cantidad de millones de pesetas a cambio de ejercitar allí un condominio con España

Por lo expuesto se comprende claramente que no están muy desacertados los que afirman que a las guerras de conquista sustituyeron las guerras de negocios, y a las guerras de negocios el negocio de las guerras.

* * *

Para evitar en lo futuro estos choques sangrientos, se idea la Federación de las Naciones, bajo un tribunal de arbitraje que dirima las polémicas que pudieran surgir sobre pretendidos derechos o sobre cualquier punto en litigio.

El Instituto Americano de Derecho internacional, en las sesiones celebradas del 29 de Diciembre de 1915 al 8 de Enero de 1916, sentó indeleblemente las bases para ese nuevo régimen, en la que llamó su «DECLARACIÓN DE LOS DERECHOS Y DEBERES DE LAS NACIONES».

He aquí los seis artículos de que consta, que transcribimos literalmente por su enorme trascendencia, puesto que forman parte del programa de Wilson:

«1.° Toda nación tiene derecho a existir, proteger y conservar su existencia; pero este derecho no implica el poder ni justifica el hecho de que un Estado cometa, para proteger o conservar su existencia, actos injustos contra inocentes Estados que no hacen ningún mal.

2.° Toda nación tiene derecho a la independencia en el sentido de que tiene derecho a alcanzar su felicidad, sin que se inmiscuyan ni le controlen otros Estados, con tal de que al obrar así ni interverga ni viole derechos justos de los otros Estados.

3.° Toda nación es en derecho y ante el derecho el igual de los demás miembros de la Sociedad de las Naciones, y todos los Estados tienen el derecho de proclamar, y, conforme a la Declaración de Independencia de los Estados Unidos, de adoptar entre las potencias del globo la situación distinta e igual a que le dan derecho las leyes naturales y divinas.

4.° Toda nación tiene el derecho de poseer un territorio dentro de límites determinados, y de ejercer una jurisdicción exclusiva sobre su territorio, así como sobre los extranjeros que se encuentren en él.

5.° Toda nación que tiene un derecho en virtud de la ley de las Naciones, lo tiene asimismo de verlo respetado y protegido por las demás naciones, ya que el derecho y el deber son correlativos, y donde hay para uno derecho, existe para todos deber de observarlo.

6.° El Derecho internacional es conjuntamente nacional e internacional; nacional en el

sentido de que es la ley del país y se aplica como tal a la decisión de las cuestiones que ponen en juego sus principios; internacional, en cuanto es la ley de la Sociedad de las Naciones y se aplica como tal a los miembros de dicha Sociedad cuando ponen en juego sus principios.»

* * *

Esa es la declaración de los derechos y deberes de las naciones. ¡Ojalá ella ponga término a las luchas fratricidas!

Todos los siglos al hundirse en el abismo insondable del Tiempo, pasaron a las páginas de la Historia, con el distintivo de su mayor abolengo .Así se los denomina por los historiógrafos: al siglo I, el de la Redención; al II, el de los Santos; al III, el de los Mártires; al IV, el de los Padres de la Iglesia; al V, el de los Bárbaros; al VI, el de la Jurisprudencia; al VII, el del Mahometismo; al VIII, el de los Sarracenos; al IX, el de los Normandos; al X, el de la Igno-

rancia; al XI, el de las Cruzadas; al XII, el de las Ordenes Religiosas; al XIII, el de los Turcos; al XIV, el de la Artillería o de la Pólvora; al XV, el de los Descubrimientos; al XVI, el de las Bellas Letras; al XVII, el del Genio y la Marina; al XVIII, el de la Revolución o el despertar de los pueblos; y al XIX, el Siglo de las Luces.

Pues bien; al siglo XX habrá de llamársele ERA DE WILSON, porque marcará una etapa nueva en la Historia: la etapa de la fraternidad universal, del restablecimiento del derecho, del respeto humano, de la felicidad y progreso de los pueblos.

JULIO MILEGO
Catedrático de Economía Política.

# REVUELTA DE ESTUDIANTES

París está en revuelta; casi podría decirse en revolución. Ha habido, en efecto, todas las escenas clásicas de las revoluciones parisienses: asalto a la prefectura de policía; barricadas hechas con ómnibus derribados; incendios de kioscos; destrucciones de cafés; corte de las cañerías de gas, sumiendo en tinieblas calles y bulevares; policías arrojados al Sena, y clamores de: ¡Viva la anarquía!... Nada faltó...

Dicen (tal vez exageradamente) que los muertos son casi treinta y que los heridos exceden de dos mil...

¿Por qué esta revuelta tan sangrienta?... ¡Por causa de una mujer desnuda y un senador pudibundo!... No es, sin duda alguna, la primera vez desde Helena y desde la guerra de Troya, que los hombres se destrozan entre sí por causa de la desnudez de una mujer. Pero es ciertamente la vez primera que una ciudad levanta barricadas por causa del pudor de un senador. La historia es grotesca y lamentable...

Los estudiantes de la Escuela de Bellas Artes de París organizan todos los años un baile, que no es público, y que por los elementos que lo constituye se intitulan *Baile de las Cuatro Artes*. Es siempre una fiesta en extremo fantástica. ¿Y dónde podrá expansionarse la fantasía más naturalmente que en un baile de artistas, mozos y libres, que en los dominios de la imaginación tienen el derecho nato de ser fantásticos...? Ahora bien; este año los escultores del taller de Falguières decidieron presentarse en el baile, llevando en triunfo, sobre unas andas, como una diosa de

belleza, y en la actitud de Diana disparando el arco, a una tal Sara Brown, que es de los más lindos y perfectos modelos de París. Excuso añadir que esa Sara, en su calidad de Diana, iba poco vestida. En verdad, para cubrir el esplendor de su cuerpo, que ha sido ampliamente reproducido en el mármol y en el lienzo, llevaba solamente (anacronismo deplorable) unas medias de seda negra y unos zapatos. Sería de más en Grecia y en tiempo de Diana. En París y en 1893, es tal vez poco: y una leve túnica, un velo, un cendal, hubieran ahorrado los desastres y la sangre. Con todo, de parte de los estudiantes no había, en esta exhibición triunfal de la bella Sara, intención alguna.

Eran artistas que en su casa, en una fiesta particular, donde sólo se podía penetrar por invitación, celebraban con honras paganas un tipo perfecto de belleza femenina. Pienso que mostraron poca fantasía e inventiva; porque repitieron en una noche de fiesta las ocupaciones habituales de la escuela. Su profesión,

como artistas y escultores, es contemplar, comprender, reproducir la forma humana. Y llevando con ellos al baile a un modelo desnudo en una actitud de estatua, estos muchachos transformaban la sala en *atèlier* y no estaban tramando una juerga; sino estudiando una lección.

No pensó así, con todo, el senador Berenger. Y aquí aparece este hombre terrible...

El senador Berenger es el Presidente de la *Liga contra la indecencia de las calles*. Los fines de esta asociación—para quien conoce París, y sobre todo la línea de bulevares que va desde la Magdalena a la Bastilla—no necesitan ser explicados ni justificados. Es una asociación útil, casi providencial. Y quien tenga hijas (1), y a veces necesite atravesar con ellas los bulevares, debe contribuir con su

(1) He aquí un grito sentimental en que el padre ahoga al humorista. Eça de Queiroz tenía ya en 1895, a más de dos hijas, una niña, que hoy es ornato de la sociedad de Lisboa: la bella y gentil señorita portuguesa María Eça de Queiroz.—*N. del T.*

cuota mensual a la fuerza, eficacia y desenvolvimiento de la Liga.

El único defecto de esta Liga es su presidente—porque este hombre excesivo, que tiene setenta años y una pudibundez maniaca, no sólo embiste, en nombre de la Liga, contra todas las indecencias indiscutibles y patentes de las calles, sino contra todo acto humano que vagamente se le figure revelar una tendencia impúdica. Y para este anciano, catoniano y *caturra* (1) (mojigato), todo en el Universo es impudicia. Una señora, para atravesar el barro, levanta un poco la falda—; inmediatamente llama el Sr. Berenger a un policía. En el escaparate de un librero, sobre

(1) *Catónico*, dice Queiroz, esto es, discípulo de Catón; me parece más conforme con el genio de nuestro idioma decir *catoniano*. En cuanto a *caturra*, ya he dicho en otro libro *(La decadencia de la risa;* Biblioteca Nueva; Madrid, 1918) que era un vocablo genuinamente portugués y casi intraducible; aquí es uno de los pocos casos en que tiene traducción fiel y exacta; vale tanto como beato, mojigato, santurrón.—*N. del T.*

la cubierta ilustrada de una novela, hay una imagen algo descotada;—en seguida Berenger, con los cabellos erizados de horror, se querella del librero y del libro. Por detrás de una puerta sale un rumor de besos—; sin demora, Berenger pretende derribar la puerta y empapelar a Cupido. Recientemente llevó a los tribunales al autor de un libro científico, de medicina, *¡por indecente...!* Es él quien conspira para que se cubran con burdas camisas de lona todas las estatuas antiguas del Museo, y si Berenger triunfase, veríamos en las iglesias a San Sebastián metido castamente en un largo sobretodo de paño negro... Hasta la desnudez de los animales le indigna; y afirman sus amigos que se prepara a presentar un proyecto de ley, para que todos los perros y caballos de París anden con bufanda... El horror que amarga su vejez es que haya dos sexos; Berenger quisiera que hubiese uno solo—el neutro. Y no pudiendo realizar esta reforma en la humanidad—se esfuerza por realizarla en la gramática. Así evi-

tará el afrentoso escándalo de que haya sustantivos masculinos y femeninos, viviendo en promiscuidad, encerrados en el mismo diccionario, ¡y tal vez haciendo porquerías allá dentro...! Tal es Berenger.

¡Imagínense, pues, el furor de este varón castísimo, al saber del baile de las *Cuatro Artes* y de la bella Sara desnuda...! ¡Trémulo, subió a la tribuna del Senado y fulminó...! Desde allí corrió a los tribunales y se querelló. Y he ahí a la pobre Sara—la gentil Diana—y a los estudiantes refinadamente estéticos que la habían llevado en triunfo—citados ante la policía correccional como promotores de *indecencias públicas*.

El furor púdico de Berenger fué grande; pero ¿cómo decir el furor artístico de los estudiantes? Había en ellos muchos sentimientos ofendidos: sentimientos de arte, sentimientos de clase, sentimientos de libertad, sentimientos de tradición escolar y de tradición estética. Y la idea de que este viejo mojigato arrastraba a los tribunales, *por obscenos*, a

unos artistas de veinte años que, a la manera de sus antiguos colegas de Grecia y de Italia, celebraban con una fiesta particular, totalmente suya y solamente escolar, la belleza de una modelo que ellos copian todos los días en la escuela, y que su maestro Falguières ya reprodujo en mármoles ilustres, pareció intolerable. De ahí provino un odio inmenso contra Berenger. Y, por tanto, burla inmensa organizada contra Berenger... No sé cómo proceden los estudiantes de Sao Paulo y de Río (1), para celebrar sus grandes bromas oficiales. En Coimbra es una enorme multitud armada de tambores, calderos, latas, sartenes, pitos estridentes, bocinas horrendas que, en la alta noche, se acerca a casa del «embromado» y rompe bruscamente en un griterío descomunal, que no cesa y va cre-

(1) No se olvide que Eça de Queiroz dirigía estas cartas desde París, en estilo llano y casi familiar, a periódicos importantes del Brasil como la *Gaeta de Sao Paulo* y el *Diario de Noticias* de Río de Janeiro.—*T.*

ciendo demoníacamente, hasta que «el embromado» huya por los tejados o muera de terror o se humille e implore absolución.

En París, la gran broma escolar se hace por medio del *monomio*, que es una larga cola de mil o dos mil estudiantes, serpenteando por las calles, berrando el nombre del «embromado» e intimando a la población a que lo vilipendie. Y hay algo de imponente y dramático en esta inmensa fila oscura, semejante de lejos a una culebra interminable, que se extiende, colea por las callejuelas angostas del Barrio Latino y clama, como últimamente lo hizo, en un compás lento y siniestro: *¡Vilipendiad a Berenger...! ¡Vilipendiad a Berenger...!* (1).

Ahora bien; cuando uno de estos monomios, el domingo pasado, iba vilipendiando a Berenger, tuvo un conflicto con la poli-

(1) La frase ritual en París es el verbo *conspuer*; por tanto, los estudiantes gritarían: *Conspuez Berenger...—N. del T.*

cía. O más bien, a lo que parece, el monomio se había deshecho, los estudiantes se habían situado en el Café d'Harcourt para descansar y refrescar, cuando la policía, desaforadamente, invadió el café, hizo un asalto tremendo y brutal. Y por desgracia, en el atropello fué muerto un pobre rapaz que tomaba pacíficamente un bock, que no era estudiante y sí amigo y camarada de estudiantes.

Después, inmediatamente siguiéronse todos los incidentes tradicionales de un motín académico: inmensa excitación, formación de un comité de resistencia, intimación al gobierno para que dimitiese el prefecto de policía, responsable por la injustificada brutalidad de sus agentes; y ante la negativa del gobierno, el desorden en las calles, el asalto a la prefectura, los encuentros sangrientos con las fuerzas de la policía, el Barrio Latino en estado de sitio y la mitad de París llena de bayonetas.

Los estudiantes, por lo general, tienen la revuelta muy fácil, pero muy corta. Y siempre

que los barullos los arman únicamente los estudiantes, el orden renace de repente cuando una madrugada se sienten abrumados de tanto grito y de tanto empujón, y se recogen a sus casas a mudar de ropas y de entusiasmo. Pero en París, desgraciadamente más que en ninguna otra ciudad, hay una verdadera clase revolucionaria, que está compuesta de las últimas, de las más bajas, de las más viciosas y de las más violentas capas del proletariado. Son los salvajes de la civilización (la frase es conocida). Y son ellos los que convierten cualquier motín de París en algo excesivamente peligroso, porque acuden en seguida a agravarlo, introduciendo en él la violencia bestial, el furor de la destrucción y el desorden por amor al desorden. Que el motivo del tumulto sea una justa teoría política o una indignación humanitaria o un entusiasmo patriótico; el salvaje, que nada sabe de patria, ni de humanidad, ni de justicia, corre en seguida con su porra, su faca y su lata de petróleo, avido de apalear, quemar, destruir.

Y fué precisamente lo que sucedió en esta simpática algarada de estudiantes donde la legítima cólera no excluía una alegre moderación. El salvaje apareció y al punto todo tomó un carácter feroz y sangriento; desde ese momento el gobierno ejerció una represión especial, no prudente y adecuada a estudiantes, sino implacable y adecuada a bandidos... Y de ahí se siguieron todos esos incidentes de los cuales los periódicos cuentan la crónica lamentable, y que, por la audacia de los tumultuosos y la inmensa brutalidad de la policía, dieron por triste resultado, a lo que se dice, treinta muertos y dos mil heridos.

¿Y por qué? ¡Por causa del bailoteo de las *Cuatro Artes!* Por causa también de este calor terrible que excita y exalta los temperamentos. Es un hecho, hoy explicado científicamente, que las revueltas populares sólo se dan, sobre todo en los países del Norte, durante los cálidos meses del verano. El termómetro con 40° a la sombra y una atmósfera pesada y eléctrica, llevan a las multitudes a

enfurecerse por cosas que, durante el invierno y con las calles llenas de nieve, las dejarían indiferentes. Y no comprendo cómo no se intentó aún de un modo metódico (porque casual e irregularmente ya se ha hecho) sofocar las algaradas por medio del agua fría. El sistema ya lo poseemos, admirablemente organizado, en el servicio de incendios. Una revolución es siempre comparada en literatura a un gran incendio. Y no hay motivo para que no se apague en realidad por medio de bombas. Tres o cuatro bombas de vapor, vertiendo sobre una multitud formidables e irresistibles chorros de agua fría, serían, a mi ver, más eficaces que cargas de caballería. Una carga irrita siempre a aquellos contra quienes se da; y el instinto del valor, el deseo del desquite, el fondo de heroísmo que tienen en sí todas las multitudes, impele a la resistencia y a la lucha. Pero la venganza y la resistencia son imposibles contra una bomba de incendios que riega... El hombre acuchillado por la policía puede acuchillar también, porque tiene un arma

igual y se siente bravo. El hombre regado, encharcado, pierde todo valor, porque se siente grotesco... No ve ante sí otro hombre en quien vengarse; ve sólo un largo chorro de agua que le empapa y le constipa. Es una humillación bochornosa. No se puede apedrear ni acuchillar a una manga de riego...

Delante de una manga de riego sólo queda huir a secarse. A más de eso, las plebes tienen un horror enorme al agua fría; y tal que afrontaría una bala, escapa a correr delante de una ducha. Añádase a esto que nadie hay que no tema al agua cuando está vestido. Desnudo, el hombre afronta aún el elemento líquido. Pero de levita y sombrero no lo resiste.

La bomba de incendio (adoptado este método) no sólo operaría como dispersadora, sino como sedativa. Calmaría la exaltación y con ella la revolución. Y después sería una represión perfectamente dulce y humanitaria. No más heridos ni muertos. Sólo mojados... Cuando más, acatarrados. Acabado el motín,

los vencidos irían a sudar en la cama y el orden quedaría restablecido. Al siglo XIX competía, dado su espíritu humanitario, hacer esta reforma considerable en la represión de las revoluciones.

EÇA DE QUEIROZ

(Capítulo inédito de una colección de ensayos de Eça de Queiroz, próxima a publicarse y traducida por nuestro Director D. Andrés González Blanco.)

NOTAS HISPANO-AMERICANAS

# DON JOSÉ DE DIEGO

El cable ha traído, en estos días, la noticia de haber fallecido en San Juan de Puerto Rico el ilustre portorriqueño D. José de Diego, elocuente orador, poeta de altos vuelos y publicista de recio temple mental, campeón insigne de la independencia de su patria.

Cuando no bien estaba cerrada la tumba del benemérito D. Rafael María de Labra, apóstol esforzado del ideal hispanoamericano en España, viene a caer en los abismos de la muerte este otro apóstol de la misma causa, en América. El ideal ha perdido, pues, en poquísimo tiempo, dos grandes fuerzas; pero como él lleva en sí mismo elementos de eternidad, se erguirá con mayor firmeza y poderío, haciendo de las losas de los sepulcros de los luchadores que van cayendo, bloques de su basamento.

Aun está aquí vivo el recuerdo de D. José de Diego, cuando, hace año y medio, vino a España, como un Pedro el Ermitaño de las Antillas, predicando la santa cruzada de libertar al Cordero portorriqueño encadenado por el Imperialismo y sujeto a una roca en medio de los mares. Entonces su voz vibró emocionante y persuasiva en el Ateneo y en los Centros americanos de la Capital de España, y a su paso, todos los hombres libres le saludamos, como la encarnación de un pueblo irredento, injustamente proscrito de la comunidad de las naciones.

Amigo y colaborador de esta Revista, el autor de *Cantos Antillanos,* le prestó desde el principio su concurso intelectual y su simpatía.

Mucho hemos sentido su muerte, y reverentes nos inclinamos ante la tumba de este paladín de un ideal generoso.

## JOSÉ GÁLVEZ

Tenemos el gusto de saludar, enviándole la más cordial bienvenida, al inspirado poeta peruano D. José Gálvez que, con el cargo de

Cónsul General de su país, se encuentra en Barcelona, de donde ha tenido la amabilidad de enviarnos los hermosos versos que publicamos en este número.

«De entre los poetas peruanos—dice un ilustre crítico hispano-americano, colaborador de esta Revista—José Gálvez es quien más sonoramente ha triunfado. Las sonatinas de este poeta son de una melancolía de fuente bajo la luna. *Bajo la luna* se llama su primer volumen. Su inconsistente vaguedad de ensueño, su diafanidad y fluidez de agua corriente, su divagación melancólica y lunar son todavía las notas más frecuentes en la música, un poco silvestre, de su *Jardín cerrado*. Y es, sin duda, lo mejor de este nuevo libro el ritornelo espontáneo de la canción inicial. Pero Gálvez tiene también la fibra heroica y no desdeña la elocuencia; polífono y múltiple, tiene además la resonancia lírica y la habilidad plástica, y entrevera el alma a las cosas para animar su impasibilidad...»

A propósito de la llegada de este poeta, nos es grato hacer notar que, de algún tiempo a esta parte, viene señalándose en la elección que de sus representantes diplomáticos y con-

sulares en España hacen las naciones hispano-americanas, una orientación muy simpática: la de investir con su representación, en esta patria de su espíritu, a los literatos y hombres de letras, lo cual trae, entre otras ventajas, que no es necesario mencionar, la de que nadie mejor capacitado que aquellas personas para darnos a conocer el movimiento cultural de sus respectivas patrias, ensanchándose así la órbita del conocimiento mutuo, base de toda unión y de toda confraternidad.

Recordamos con placer que, por el momento, tenemos en España, con cargos representativos, entre otras personalidades que seguramente se nos olvidarán, a Marco Avellaneda y a Amado Nervo (transitoriamente ausentes, pero que siguen conservando sus cargos diplomáticos en Madrid), a Pedro Emilio Coll, a Manuel S. Pichardo y Alfonso Hernández Catá, a Carlos Meany, a José Gálvez, a nuestro compañero César E. Arroyo.

# LA JUVENTUD HISPANO-AMERICANA

Bajo la presidencia de D. Cristóbal de Castro, e integrada por elementos representativos de la juventud española, se ha constituído en Madrid una nueva asociación que tiene por objeto propender a la realización del ideal hispano-americano en todas sus manifestaciones, especialmente en la cultural.

CERVANTES, que aspira a ser un órgano del pensamiento y del sentimiento, estéticamente expresados, de las naciones de habla castellana, no puede menos que enviar a la *Juventud Hispano-Americana*, que así se denomina la naciente asociación, su más sincero y efusivo saludo, ofreciéndole al mismo tiempo estás páginas como vehículo para la difusión de sus nobles propósitos.

AMÉRICUS.

# ACTUALIDAD ARTÍSTICA

*Exposición del Círculo de Bellas Artes.—«Poema de Otoño».—Drudis Biada.—Los comentaristas gráficos del «Quijote».*

En el salón permanente del Círculo de Bellas Artes se está celebrando en estos días la XXI Exposición de las que dicho Círculo organiza con vario éxito. Esta corresponde a las que se denominan «generales», por integrarse de obras de diversos artistas.

Como en las anteriores, esta Exposición general no corresponde a la importancia del Círculo y a su prestigio. No puedo explicarme el absurdo criterio que siguen los organizadores, porque eso de exponer obras sin someterlas antes a una previa selección no ocurre más que en los almacenes de los chamarileros. El salón del Círculo no puede ser un campo abier-

to para que envíen sus obras cuantos quieran, sino cuantos lo merezcan.

Fuera de unos cuantos nombres, los demás que componen la Exposición no merecen ni que nos acordemos de ellos por siempre jamás.

Tiene, sin embargo, la nota simpática de que en ella se presentan al público madrileño dos artistas sevillanos muy notables, que en plazo breve habrán de ocupar puestos muy distinguidos.

Se trata de los ceramistas trianeros Juan del Río Rosa y Manuel Escudero.

Los cuadros que presentan son tan iguales, tan semejantes en tendencia y temperamento, que podrían creerse de uno solo.

No se trata de obras serias, sino solamente de estudios y ensayos, y por lo mismo, no podemos emitir un juicio definitivo, que estaría sujeto a los errores naturales de toda apreciación falta de solidez, por carencia de elementos informativos. No obstante, en estos ensayos y estudios vemos un defecto de orientación que forzosamente hemos de señalar, porque ahora es tiempo de corregirlo, y porque sería lamentable que persistieran en él.

Nos referimos a la indudable fascinación que

dichos artistas sienten por Marín Ramos. Sus ensayos y estudios de cabezas y escenas andaluzas, están vistos y resueltos a la manera de Marín Ramos, y este señor no es un modelo tan magistral y ópimo como para seguirlo ciegamente. Además, que tanto Río Rosa como Escudero, tienen el suficiente temperamento y la necesaria pericia para no necesitar andadores y acoplarse a un patrón.

Demos, pues, la bienvenida a estos notables pintores, y esperemos confiadamente a que en breve nos den la prueba exacta de su talento. Hoy por hoy, no podemos decir más, sino que de ellos se puede esperar mucho.

Lo más admirable de las obras que exponen, es un tintero de cerámica, precioso.

El pintor argentino Ernesto Riccio presenta dos cuadros de Mallorca muy bellos, que le señalan como colorista de gran valía.

Marín Castellanos, hijo del antes citado Marín Ramos, exhibe varios cuadros, en los que puede adivinarse una intención pictórica muy aguda. Pero es un temperamento todavía sin formar. Le queda mucho, mucho que aprender, y necesita mesura, calma, tranquillidad...

* * *

La Casa Editorial «Mundo Latino» ha puesto a la venta «Poema del Otoño y otros poemas»; tomo XI de las obras completas del gran Rubén Darío, que está ilustrando el insigne dibujante Enrique Ochoa.

Ya hablamos en otra ocasión de la labor que este joven y prestigioso artista está desarrollando en esa colección de obras de Rubén Darío, y por lo tanto, nada hemos de repetir de lo que ya dijimos sobre el acierto que dicha casa editorial ha tenido al encargar a Ochoa tal trabajo, y de la manera con que lo lleva a efecto el pintor andaluz.

En este tomo que ahora se ha puesto a la venta culmina la personalidad del insigne artista. Allí están su elegancia de líneas, insuperable; su sentido ornamental, sencillo y gracioso; su fantasía, rica en motivos, que matiza y realza y subraya los temas que le sirve la inspiración genial del poeta hispanoamericano; su gran sensibilidad y sus extraordinarias condiciones de ilustrador.

Es un acierto completo este libro, que honra al editor que lo ha publicado, y que añade un nuevo laurel a los muchos conquistados por Ochoa, el cual se está haciendo acreedor a un

acto con el cual sus muchos admiradores le ofrendemos el testimonio de nuestra devoción. Si en algunos momentos los banquetes significan algo, es ahora, en que se trata de rendir público homenaje a un artista insigne, joven y laborioso, que va de triunfo en triunfo, sin las alharacas de otros, que pregonan más que hacen.

* * *

El gran acuarelista catalán Drudis Biada, está celebrando en estos días una Exposición en el Ateneo de Santander, que está siendo objeto de unánimes elogios en la población montañesa. Casi todas las obras son paisajes del Norte de España, sobre todo de Asturias y Galicia, y en ellas Drudis Biada se muestra el observador atento, el pintor admirable y el artista sensitivo y fuerte, apasionado y sincero, que pudimos apreciar en la Exposición que hace unos meses celebró en esta corte.

* * *

Cervantes fué un hombre desgraciado y esa desgracia de su vida asendereada e inquieta le persigue denodadamente aún después de muer-

to. El libro inmortal que nos legó sufre de continuo los ataques rudos de toda gente que, creyendo exaltarle, le manosean y trajinan como objeto de buhonero.

Tras los desafueros de los que en él vieron una bandera para cubrir una personalidad huera y pedante, vienen estos otros que quisieron llegar hasta él pintando o dibujando las escenas que su pluma maravillosa dejó trazadas de modo definitivo e incopiable.

Con ser el «Quijote» el libro que más motivos puede ofrecer a la inspiración de un artista, ha tenido el dolor de que sólo ha concitado y provocado la vanidad de los mediocres que se creen genios. Sin piedad ni respeto para el Gran Libro, tanto los comentaristas literarios como los comentaristas gráficos, han entrado en él a sangre y fuego, como en patio de vecindad. Y si el Gran Libro no fuese inmortal por su propio mérito, sus comentadores de toda laya le hubiesen puesto en ridículo, le hubiesen desprestigiado y le hubieran colocado a la altura de un mal libro de cuentos, de esos cuentos candorosos y pueriles que la Casa Calleja edita y que sirvieron de entretenimiento de nuestra infancia, en esa edad en que es po-

sible creer en gnomos y liliputienses, gigantes y trasgos, brujas y endriagos, princesas encantadas y príncipes desencantadores, vulpejas parlanchinas y ranas discurseadoras, ratoncillos pícaros y conejos avispados.

A la gran mentalidad de Cervantes no ha correspondido que otra gran mentalidad le comente y le interprete.

Ahora le ha tocado el turno al Estado español de seguir faltando el respeto al Genio de la literatura española.

Después de premiar ese monumento ridículo que mancomunadamente perpetraron el arquitecto Zapata y el escultor Coullaut Valera y que se alzará para nuestra vergüenza en la Plaza de España, sin que nadie sepa por qué motivo, por qué poderosa e ineludible obligación, ha encargado al dibujante Ricardo Marín, que ilustre la edición monumental del Gran Libro que a sus expensas ha editado con motivo del centenario de Cervantes, bajo la dirección del Sr. Rodríguez Marín, el cual—dicho sea de paso—en vez de ocuparse tanto de fisgonear por el «Quijote», que maldita la falta que hace, debiera ocuparse en que la Biblioteca Nacional que dirige estuviese en condiciones

de cumplir los fines para que fué creada y evitar que los ciudadanos que quieren trabajar y estudiar con los medios que el Estado pone a su alcance, no pierdan el tiempo lastimosa e infructuosamente en muchos casos y yo soy paciente de uno.

Parece que el Estado y sus administradores tienen el prurito de hacer las cosas mal. Es fuerte cosa esta la de que siempre, siempre, nos veamos obligados a hablar mal del Estado. Yo no sé qué fatalidad tienen las cosas oficiales; pero en cuanto lo oficial interviene es para hacer las cosas al revés y para levantar un cúmulo de protestas. No parece sino que el Erario nacional es una merienda de negros.

Ricardo Marín es el dibujante menos indicado para ilustrar el «Quijote», a pesar de que él se pregone el sucesor de Goya y de que se crea el único capaz de codearse con Cervantes. A tan gran señor, tan gran honor. Está muy bien que él se estime de tan superior calidad; pero aquí estamos nosotros para rebajarle los humos y darle la categoría que merece. ¡Bueno fuera que se dejara a la gente campar a sus respetos y merodear a sus anchas! ¡Con tanto señor como hay por ahí que se juzgan semidio-

ses no podríamos vivir, porque hasta el aliento se nos negaría!

¿Por qué regla de tres se ha encargado expresamente al Sr. Marín la ilustración del «Quijote»? ¿Es que en España no hay más dibujantes que el Sr. Marín? ¿Es que el Sr. Marín es el único capacitado para tal empresa? ¿Es que se pueden hacer mangas y capirotes del dinero de la nación? ¿Es que la audacia es un mérito? ¿Es que el llamarse a boca llena y a todas horas genio es suficiente motivo?

Nosotros protestamos con toda energía de ese hecho inexplicable. No se puede obrar de ese modo con evidente perjuicio de muchos ciudadanos que pueden aspirar a que se les otorguen tan pingües encargos.

Nada diríamos de esa anomalía si se hubiese acertado. Pero es que no ha ocurrido así, ni era posible que ocurriese. Y eso, a los jóvenes que luchamos y que trabajamos denodadamente, con todo entusiasmo y con toda sinceridad, nos indigna y nos desalienta. Porque es abusivo y desmoralizador—y así anda todo como anda—que unos cuantos señores, prevalidos de sus influencias, lo acaparen todo y cierren el paso a los que no contamos nada más que con

nuestra juventud y nuestro afán de ser. Y conste que yo no soy dibujante ni me perjudica en lo más mínimo que el Sr. Marín ilustre el «Quijote». Es que esto ocurre en todas las cosas; se extiende a todos los sectores de la vida nacional.

Ricardo Marín es un ensayista admirable; pero no pasa de ahí. Hace como nadie, no tiene rival hasta hoy en esos apuntes ligeros y superficiales, en esos ensayos rápidos y nerviosos de incidentes de las corridas de toros y carreras de caballos. Y sus dibujos expresivos y atrozmente incorrectos no pueden tener más marco que las hojas volanderas de los periódicos diarios. Hasta ahí cuenta Ricardo Marín con nuestra admiración y nuestro aplauso. Pero confundir el «Quijote» con una corrida de toros o unas carreras de caballos no podemos tolerarlo, y nos sorprende que el Estado sancione tamaño desafuero y lo premie pagándole unos miles de pesetas.

Tal es lo que la Exposición de los dibujos del «Quijote» de Ricardo Marín nos ha sugerido. La falta de pudor del dibujante, que no se contuvo ante la leyenda:

«Nadie las mueva...»

nos sonroja a nosotros, que tan profundo respeto sentimos ante esa Biblia de la humanidad que se llama «El Ingenioso hidalgo D. Quijote de la Mancha.»

* * *

En la Academia de San Fernando se exponen al público los cuadros que el Sr. Muñoz Degrain ha pintado sobre motivos del «Quijote» para la sala «Cervantes», de la Biblioteca Nacional.

La historia del Sr. Muñoz Degrain nos impone un poco de respeto. Su prestigio y su labor retiene nuestra pluma; pero sin embargo, no podemos callarnos que tampoco el Sr. Muñoz Degrain ha acertado completa y absolutamente. En general, estos cuadros son tan mediocres, tan parvos, como cuantos se han pintado hasta ahora sobre el libro inmortal. Pueden aparejarse tranquilamente con los de Moreno Carbonero. Son los fríos e insulsos y deleznables cuadros de historia de la última mitad del siglo pasado.

El Sr. Muñoz Degrain, tiene un espíritu algo más moderno y lo revela en estos cuadros. ¡Pero es su pintura tan efectista, tan confu

sa, tan falsa! Tiene el sentido del color y sabe encubrir sus defectos con relampagueantes armonías. A mí me da la impresión esta pintura de Muñoz Degrain de una traca valenciana: mucho ruido, muchas luces de colores, y luego nada, humo que lentamente se desvanece en la impasibilidad de la noche estrellada.

De estos cuadros que acaba de pintar el ilustre profesor jubilado, el que más nos gusta es el titulado «La aventura de los batanes». Nos agradan también algunos trozos del «Puesto ya el pie en el estribo...» y el concepto de la Dulcinea que Sancho describe y el del cuadro «La del alba sería...» Recusables en absoluto se nos antojan, la Dulcinea imaginada por el Caballero de la Triste Figura y «El yelmo de Mambrino.»

BALLESTEROS DE MARTOS

# BIBLIOGRAFÍA

Nuestro actual director literario, D. Andrés González-Blanco, tan reputado en el mundo de la crítica por la labor que lleva hecha en libros tan considerables como *Los dramaturgos españoles contemporáneos*, *Estudio preliminar a las obras de Rubén Darío*, *Campoamor*, *Historia de la novela en España desde el romanticismo a nuestros días*, *Marcelino Menéndez Pelayo*, *Elogio de la crítica*, *Los contemporáneos*, *Escritores representativos de América* y otros volúmenes muy conocidos en el mundo de las letras, y tan estimado fuera de este sector de la crítica por sus novelas *Matilde Rey*, *El paraíso de los solteros*, *Julieta rediviva* y otras, al aceptar el honor que se le confería ofreciéndole el puesto de director de la revista CERVANTES ha querido hacerse cargo personal-

mente de la sección bibliográfica, comprendiendo la importancia que debe tener en una revista mensual de la índole preferentemente literaria de esta revista que puede decirse que hoy surge al público en una nueva etapa y como en una resurrección inesperada y prometedora.

Al encargarse de esta sección el Sr. González-Blanco quiere fiscalizar personal y escrupulosamente toda la producción literaria que va ya saliendo al público en lengua castellana a uno y otro lado del mar, cultivando con especial afecto la producción hispano-americana; no desdeñando, como viene siendo hábito inveterado en las revistas españolas, los libros aparecidos en los países de nuestra raza, concediendo la misma devota atención a un libro aparecido en Madrid, en Barcelona, en Bilbao, que a un libro editado en Santiago de Chile, Méjico, La Habana, Quito, Buenos Aires, Lima, San Salvador, Panamá o Montevideo; y sin excluir, antes bien, concediéndoles trato de preferencia, o por lo menos de igualdad verdaderamente fraternal a los libros escritos en los dos idiomas que conviven con el castellano dentro de la Península, o sea, a los libros es-

critos en lengua catalana y en lengua portuguesa.

Tendrá, pues, la crítica de libros en esta revista—por primera vez en los anales de las revistas españolas—un carácter verdaderamente peninsular, o mejor aún, *ibérico,* viniendo a ser CERVANTES como una aduana bibliográfica en que minuciosamente se registren todos los productos intelectuales de aquende y allende el mar.

Por premuras del tiempo para la confección de este número, no ha podido el Sr. González-Blanco preparar la copiosa bibliografía que tiene en cartera para el próximo número; pero desde luego, adelanta, para que el público intelectual se de cuenta del tono y aspecto de esta bibliografía, el índice de libros de que ha de ocuparse en atento examen en el número del mes de Agosto.

Y ruega a los escritores de España y América, que en lo sucesivo envíen dos ejemplares de cada libro que deseen ver registrado en esta bibliografía: uno a nombre de la Dirección de la revista CERVANTES. (Apartado de Correos núm. 502), y otro personal a nombre de Don Andrés González-Blanco (Montelión, 20, primero; Madrid).

## LIBROS RECIBIDOS:

Cándido Guerreiro: *Sonetos*. — (2.ª Edicão aumentada.) — «Renascença Portuguesa». — Porto.—1917.

Francisco Camba: *El amigo Chirel*.—Librería de la Viuda de Pueyo.—Madrid, 1918.

Salvador Albert; *Florida de tardor*.—Poesías.—Gerona, 1918.

Felipe Sassone: *El tonel de Diógenes*.—Novela.—Sanz Calleja, editores.—Madrid, 1918.

W. Fernández Flórez: *Silencio*.—Novela.—Librería de la Viuda de Pueyo.—Madrid, 1918.

Enrique Lefèbre: *Paisajes mentales*.—San Juan de Puerto Rico, 1918.

Adriá Gual: *Hores d'amor y de tristesa*.—Drama.—López, editor.—Barcelona, 1918.

Eliodoro Puche: *Corazón de la noche*.—Poesías.—Editorial «Mundo Latino».—Madrid, 1918

Frédéric Pujulá y Vallés: *En el repós de la trinxera*.—Barcelona, 1918.

Armando Donoso: *Los nuevos.—Bilbao y su tiempo*.—Santiago de Chile, 1917.

Antonio Rey Soto: *La loba*.—Novela.—Librería de la Viuda de Pueyo.—Madrid, 1918.

Ignasi Ribera y Rovira: *Catalunya y la guerra dells nacions.*—Barcelona, 1917.

Francisco Alejandro Lanza: *El Cuento de Pedro Corazón.*—Poesías.—Montevideo, 1918.

Miguel de la Cuesta: *Un mundano.*—Novela.—Librería de la Viuda de Pueyo.—Madrid, 1918.

José Francés: *El Año Artístico*, 1917.—Editorial «Mundo Latino».—Madrid, 1918.

# ÍNDICE

Páginas

I.—*Aspecto social de la neutralidad española*, por Edmundo González-Blanco..... 1

II.—*La Alabanza* (cuento), por Amado Nervo.. 12

III.—Poetas españoles: *Poemas sin música: Canto de los eunucos a la luna*, por R. Cansinos-Assens.—*A una jerezana*, por Joaquín Alcaide de Zafra..... ..... 18

IV.—*Del Paris d'avant-guerre: El parque mágico*, por E. Ramírez Angel ..... 25

V.—Escritores de América: *Los hermanos García Calderón*, por Andrés González-Blanco. 38

VI.—Poetas Hispano-Americanos: *El poema de mi colegio*, por José Galvez (peruano)..... 49

VII.—Sociólogos de América: *In memoriam de Carlos Octavio Bunge*, por Luciano de Taxonera..... 54

VIII.—*Modernos poetas mexicanos*, por César E. Arroyo..... 62

IX.—*Góngora y el culteranismo*, por León

Navarro Larriba..... 84
X.—*Medallón veraniego*, por Emilio Román Cortés..... 93
XI.—*De las ideas presentidas*, por J. Fernández-Arias y Campoamor..... 96
XII.—*La Sociedad de las Naciones*, por Julio Milego..... 102
XIII.—*Revuelta de estudiantes*, por Eça de Queiroz (traducción de Andrés González-Blanco) 113
*Notas Hispano-Americanas*, por Américus... 128
*Actualidad artística*, por Ballesteros de Martos 133
*Bibliografía*..... 145

# EDITORIAL "MUNDO LATINO"

APARTADO 502.—MADRID

---

# CATALOGO PROVISIONAL

(EXTRACTO DEL CATÁLOGO GENERAL)

Pesetas

## OBRAS COMPLETAS

### DE RICARDO DE LEÓN

(de la Real Academia Española)

Edición del Banco de España. Ocho volúmenes en 4.°, encuadernados en tela, con alegorías de Coullaut Valera y retrato del autor, por Vacqué..... 50,00
A plazos (5 pesetas mensuales)..... 60,00

### DE FRANCISCO VILLAESPESA

I.—Intimidades.—Flores de Almendro..... 3,00
II.—Luchas.—Confidencias..... 3,00
III.—La copa del Rey de Thule.—La musa enferma.... 3,00
IV.—El alto de los Bohemios.—Rapsodias..... 3,00
V.—Las horas que pasan. (Veladas de amor)..... 3,00
VI.—Las joyas de Margarita: Breviario de amor.—La tela de Penélope.—El milagro del vaso de agua. 3,00
VII.—Doña María de Padilla.—La cena de los cardenales..... 3,00
VIII.—El milagro de las rosas.--Resurrección.--Amigas viejas..... 3,00
IX.—Las granadas de rubíes.—Las pupilas de Almotadid.—Las garras de la pantera.—El último Abderramán..... 3 00

| | Pesetas |
|---|---|
| X.—Tristitiæ rerum | 3,00 |
| XI.—La leona de Castilla.—En el desierto | 3,00 |
| XII.—El rey Galaor.—El triunfo del amor | 3,00 |

## DE RUBÉN DARÍO

(Ilustraciones de Ochoa)

Tomos publicados:

| | |
|---|---|
| I.—La caravana pasa | 3,50 |
| II.—Prosas profanas | 3,50 |
| III.—Tierras solares | 3,50 |
| IV.—Azul | 3,50 |
| V.—Parisiana | 3,50 |
| VI.—Los raros | 3,50 |
| VII.—Cantos de vida y esperanza | 3,50 |
| VIII.—Letras | 3,50 |
| IX.—Canto a la Argentina | 3,50 |
| X.—Opiniones | 3,50 |
| XI.—Poema del otoño y otros poemas | 3,50 |
| XII.—Peregrinaciones | 3,50 |

Ediciones especiales de lujo.

## HENRIK IBSEN

TEATRO COMPLETO

| | |
|---|---|
| I.—Catilina. La tumba del guerrero. La castellana de Ostrat | 3,50 |
| II.—La fiesta de Solhaug. Olaf Liliekrans. Los guerreros en Helgeland | 3,50 |
| III.—Los pretendientes a la corona y La comedia del amor | 3,50 |

| | Pesetas |
|---|---|
| IV.—Brand | 3,50 |
| V.—Peer Gynt | 3,50 |
| VI.—La unión de la juventud. Las columnas de la sociedad. La casa de una muñeca | 3,50 |
| VII.—Emperador y Galileo | 3,50 |
| VIII.—Espectros. Un enemigo del pueblo. El pato silvestre | 3,50 |
| IX.—La casa de Rosmer. La dama del mar. Hedda Gabler | 3,50 |
| X.—El constructor Solness. El niño Eyolf. Al despertar de nuéstra muerte | 3,50 |

## JOSÉ FRANCÉS

| | |
|---|---|
| El año artístico 1915 | 6,00 |
| » » » tela | 8,00 |
| El año artístico 1916 (con 250 grabados) | 10,00 |
| » » » » » tela | 12,00 |
| El año artístico 1917 (con 250 grabados) | 11,50 |
| » » » » » tela | 13,00 |

## COLECCIÓN DE AUTORES ESPAÑOLES

### NOVELAS

| | |
|---|---|
| *Edmundo González Blanco.*—Jesús de Nazareht | 3,00 |
| *José Francés.*—La estatua de carne | 3,00 |
| — El alma viajera | 3,50 |
| *López de Saá.*—Los indianos vuelven | 3,50 |
| — Bruja de amor | 3,50 |
| *W. Fernández Flórez.*—La procesión de los días | 3,00 |
| *Elías Cerdá* —Don Quijote en la guerra | 2,00 |
| *V. García Martí.*—Don Severo Carvallo | 2,50 |

| | Pesetas |
|---|---|
| *María Luisa Latil.*—Según labremos | 3,00 |
| — Genoveva | 2,50 |
| *Eugenio Noel.*—El allegretto de la Sinfonía VII | 3,00 |
| — Cuentos | 3,50 |
| *Rafael Cansinos-Assens.*—Las cuatro gracias | 3,50 |
| *Francisco Delicado.*—La lozana andaluza | 3,00 |
| *J. de Lucas Acevedo.*—La Caja de Pandora | 3,00 |
| *Martín de la Cámara.*- Vidas llameantes | 3,00 |

ESTUDIOS Y CRÓNICAS

| | |
|---|---|
| *Emiliano Ramírez Angel.*—Bombilla-Sol-Ventas | 3,00 |
| *J. M. Carretero.*—Lo que sé por mí (dos series) | 3,00 |
| *J. Costa.*—Alemania contra España | 3,00 |
| *Pedro Pellicena.*—Los Cosacos | 3,50 |
| *Margarita de la Torre.*—Jardín de damas curiosas | 3,50 |
| *Fola Igurbide.*—El Actor | 3,50 |
| *Alberto Ghiraldo.*—Los nuevos caminos | 3,50 |
| *Enciso.*—El soneto en España | 3,00 |

POESÍAS

| | |
|---|---|
| *José Montero.*—Yelmo florido (con ilustraciones) | 4,00 |
| *Zurita.*—Pícaros y donosos | 3,00 |
| *Mauricio Bacarisse.*—El esfuerzo | 3,00 |
| *Eliodoro Puche.*—Libro de los elogios galantes y de los crepúsculos de otoño | 2,50 |
| — Corazón de la noche | 2,50 |
| *Emilio Carrere.*—El retablo de los poetas. (Antología) | 3,50 |

TEATRO

| | |
|---|---|
| *Muñoz Seca y López Núñez.*—El Rayo | 3,00 |
| *H. Ibsen.*—Dramas líricos | 2,00 |
| — La castellana de Ostrat | 2,00 |

Pesetas

## LAS GRANDES FIGURAS DE LA GUERRA EUROPEA

Biografías de los generales: **Alberto I de Bélgica.—Joffre.—Sir Jhon French.—Lord Kitchener.** Con preciosas fototipias, a ..... 3,00

## COLECCION DE AUTORES EXTRANJEROS

Traducidas por *Felipe Trigo, Rafael Cansinos y Pedro de Répide.*

*Victoriano de Saussay.*—La ciencia del beso..... 3,50
*René Emery.*—Santa María Magdalena..... 3,50
*Maquiavelo.*—Obras festivas: La Mandrágora.—El P. Alberico.—La Celestina.—El archidiablo Belfegor..... 3,00
*Claudia Lemaitre.*—Juegos de Damas..... 3,50
*Procopio.*—Historia secreta..... 3,50
*Anónimo.*—Teatro persa..... 3,50

## CELEBRIDADES ESPAÑOLAS

I.—Bécquer..... (encuadernados en tela) ..... 3,50
II.—Zorrilla,..... (ídem) ..... 3,50
III.—Espronceda. (ídem) ..... 3,50

## COLECCION SELECTA

*Tomás de Quincey.*—Los últimos días de Kant..... 1,00
*Kalidasa.*—El reconocimiento de Sakuntala ..... 1,00
*Rousseau.*—Discurso sobre las artes y las ciencias.... 1,00
— Origen de la desigualdad entre los hombres 1,00
*Luciano de Samosata.*—La diosa de Siria..... 1,00
*L. Sterne.*—Viaje sentimental de un inglés a Francia... 1,00
*F. Alvarado.*—El filósofo rancio. (Cartas)..... 1,50

Pesetas

### COLECCION CIENCIA Y ARTE

*Ricardo Yesares.*—¿Qué quieres aprender? Electricidad. Encuadernado en tela..... 3,50
— ¿Qué quieres ser? Automovilista. Encuadernado en tela..... 3,50

### OBRAS VARIAS

*Sthendal.*—Del amor..... 6,00
*E. M. Segovia* (Oficial del Banco de España).—Los documentos de crédito..... 5,00
*Rivero.*—Legislación de clases pasivas. Volumen de 500 páginas, encuadernado en tela..... 10,00
*R. Yesares.*—Ayuda memoria del mecánico electricista. Un volumen, encuadernado en tela.... 1,50

### LIBROS DE CARTAS

El arte de escribir cartas..... 1,00
Manual epistolar (encuadernado en tela)..... 2,00
Cartas amorosas..... 0,60
Epistolario de amor (encuadernado)..... 2,00

## COLECCIONES POPULARES

### COLECCION «MAC-BULL»

Obras sensacionales, originales del conocido escritor señor *Bedoya*, cuya maestría en esta literatura es universal:

El millonario detective..... ..... 1,50

| | Pesetas |
|---|---|
| El secreto del Kaiser | 1,50 |
| La bola de sangre | 2,00 |
| El alma de las brujas | 2,00 |

## COLECCION PICARESCA

Tomos de 130 páginas, de amena lectura, de índole burlesca y galante, con bonitas portadas en bicolor. Van publicados:

| | |
|---|---|
| Voluptuosidad y perversión | 0,50 |
| En camino de la mala vida | 0,50 |
| Corazón de piedra | 0,50 |
| Memorias galantes de un abate: Juventud | 0,50 |
| » » » » Mis amores en París | 0,50 |
| » » » » Amores de otoño | 0,50 |
| Lágrimas de amor | 0,50 |
| De flor en flor | 0,50 |
| El maldito dinero | 0,50 |

## COLECCIÓN MARAVILLAS DE LA GUERRA

Narraciones sensacionales del conocido periodista señor *López Moya*, cuya fantasía corre parejas con su amenidad. Van publicados:

| | |
|---|---|
| Hazañas de Vedrines | 0,50 |
| Proezas de un submarino inglés | 0,50 |
| Tragedia en los aires | 0,50 |
| El misterio de los Zeppelines | 0,50 |
| El fantasma del mar del Norte | 0,50 |
| Buzo heroico | 0,50 |

Pesetas

## COLECCION MEFISTOFELES

Primorosos volúmenes de sugestiva lectura. Van publicados:

La magia negra ..... 0,50
El A B C del hipnotismo ..... 0,50
Los misterios del sonambulismo ..... 0,50
Ocultismo experimental ..... 0,50
Los misterios de las piedras preciosas ..... 0,50
Las plantas en las habitaciones ..... 0,50

## LIBROS TAURINOS

*El Caballero Audaz.*—El libro de los toreros: epílogo de José Francés. (Bomba, Joselito, Gallo, Belmonte, Pastor, Gaona, Carpio). Con fotografías. Libro de éxito enorme ..... 2,00

Los amores de los toreros. Cuadernos de gran tamaño y muy interesantes para la afición a toros. Van publicados: Belmonte.—Pastor. – Gallo.—Gallito —Gaona.—Los crímenes del gallismo. Cada cuaderno... 0,20

AP
60
C4
1918
abr.-jul.

Cervantes; revista hispano-americana

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY